

Selecta

ELEANOR RIGBY

CÓMO HACER
QUE UN CONDE
SE ARRODILLE

COMITIVA DEL CORTEJO 2

Cómo hacer que un conde se arrodille

Eleanor Rigby

Selecta

SÍGUENOS EN
me gustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Prólogo

Londres, 1870

El hedor a muerte perfilaba los rincones de la estancia como una angustiosa premonición, pero ni la aparición divina de todos sus santos podría haber tentado a Abigail a salir de allí. Todo en su actitud apuntaba a que pasaría el resto de su vida arrodillada frente a la cama de su madre, especialmente si ese era el requisito para mantenerla consciente. Lady Stratford agonizaba, esclava de altas fiebres que la mecían en el limbo. Entretanto, la hija adolescente podía aprovechar sus momentos de lucidez para confiar en la utopía de su recuperación.

—Abby, mi corazón. Tienes que escucharme.

Abigail se llevó la mano de su madre al corazón. El pensamiento de cuánto le gustaría poder transmitirle el latir vital de sus órganos, cederle la vida a cambio de nada, la consumía lentamente.

—Abby, mi Abby... —repetía—. Sabes que este es nuestro último rato juntas, ¿verdad? Sabes que... Sabes que te quiero y que eres mi mayor recompensa en la vida. Mi golpe de suerte.

—Yo también te quiero. Por eso no puedes irte —añadió rápidamente—. Preferiría morir a quedarme sin ti.

—No digas esas cosas —gimoteó, estrechando con fuerza sus manos—. Yo no soy ni seré nunca un motivo por el que merezca la pena morir... Aunque no haya nada más bonito que irse amando. Y es de eso justamente de lo que

quiero hablarte.

Lady Stratford sonrió y alargó una mano para acariciarle la mejilla. Había un ángel cautivo en su gesto de pura bondad, y el corazón del fuego renacido bailaba en sus ojos claros. Para Abby, era la mujer más bella del orbe pese a su estado. Si algo le consolaba, era que como criatura celeste, el Cielo la recibiría con los brazos abiertos.

—Escúchame bien, Abigail... Aún no conoces el mundo, y Dios sabe que nunca estarás preparada para su crueldad. Creo firmemente que nadie lo está. Pero cuando salgas a la luz, cuando te presenten en sociedad, cuando decidas casarte o cuando simplemente interactúes con el resto... No te asustes y sé valiente. Te van a hacer daño, ¿me entiendes? Muy pocos ahí fueran tienen tu buen corazón, y rara vez actúan movidos por el bien común. Saldrás herida en incontables ocasiones porque las personas como tú nunca llegan a entender la maldad ajena, del mismo modo que ellos tampoco comprenderán tu magnanimidad, y a menudo querrán destruirla, o apropiarse de ella... Por eso quiero que me prometas que te protegerás y serás fuerte y, al mismo tiempo, no dejarás que nadie te quite lo que te pertenece: tu esencia. No le des a nadie la oportunidad de destruir quien eres. Y si te destruyen, mi dulce Abby... Si se les ocurre intentarlo... Renace. Renace siendo quien eres o una mejor versión de ti misma, pero jamás te amoldes a lo que ellos establecen, porque siempre habrá alguien que valore así. Alguien que te querrá tal y como eres, que amará cómo te muestras, que se desesperará por extraer el dolor de tu alma...

—Y esa eres tú —sollozó Abby—. Solo tú... Ni siquiera padre...

—No pienses en él ahora, y deja que...

Una tos ronca y violenta se apoderó de lady Stratford. Se cubrió la boca con el fino pañuelo bordado que no había soltado en días, en el que aún relucían los lamparones de sangre seca. Tras recomponerse, separó con dificultad el broche de la cadena que llevaba al cuello. Del cordel de plata pendía una minúscula lágrima de un material humilde, cuya esquina apuntaba hacia arriba. La observó con seriedad unos segundos, hasta que se la tendió a Abigail con

aire solemne.

—Esto es quien eres, mi amor. Y eres también lo que le falta. —Señaló la esquina de la piedra—. Esto es lo que me queda por decirte.

»Solamente *tú* decides a dónde perteneces. No hay nada escrito sobre ello, por mucho que hayan intentado inculcartelo. Ni tu marido es tu dueño, ni tu madre, ni tu padre, ni esta casa hace tu hogar. Cuando llegue ese momento en el que necesites echar raíces, has de dejar que sea tu corazón quien decida, no ninguna condición o rutina previa. El hogar no viene establecido —sonrió, trémula—. Tú lo creas.

»Elige o crea uno perfecto para ti, Abby.

«La noble empresa de buscar marido se ha de confiar al personal adecuado. Tomar la iniciativa sin un estudio previo y exhaustivo de posibilidades solo conducirá a la dama al desastre».

Extracto del Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta.

Londres, 1880

—¿Qué tal Sebastian Talbot? —sugirió Jess, ladeando la cabeza en dirección a una pareja de invitados.

Ese debía ser el «qué tal inserte-nombre-de-aristócrata» número quinientos ochenta y seis...

...como mínimo.

Lady Jezabel Ashton, gran amiga, fiel consejera y comprometida intrigante de la aventura de encontrar un marido adecuado para ella, se había tomado tan en serio su papel que solo le faltaban los prismáticos y la vara de medir para considerar a los candidatos. Su complicidad hacia el plan había sido satisfactoria desde el principio, pero ahora que la señorita Viviana Conti —tercera intrigante del objetivo matrimonial— estaba pasando por las penalidades de una enfermedad —provocada por ella misma, todo fuera dicho—, se había visto en el deber de exagerar su reincidencia en la maquinación.

A decir verdad, Abby estaba echando de menos la presencia de la italiana. No únicamente porque sus escandalosas ocurrencias quedaran para la posteridad, sino porque con su buen ojo y determinación, Viviana habría elegido al candidato que ella necesitaba en una sola noche. Aunque ni Jess ni ella lo dijeran, cada vez se notaba más que no contaban con su valiosa perspicacia. Asistían a la cuarta velada en la que intentaban ponerse de acuerdo y, a juzgar por cómo se estaba desarrollando, Abby tenía claro que no sería la última.

—Mi padre nunca permitiría que me casara con un empresario —repitió por décima vez, con ese tono paciente que consideraba su mayor virtud. Si hubiera sido enemiga de la sutileza quizá la habría zarandeado por insistir en endosarle un ricachón sin abolengo—. Y es demasiado grande y feroz para mi gusto. Es decir... No es que me halle precisamente en situación de buscarle defectos a los posibles pretendientes, pero preferiría no casarme con un hombre que a simple vista me aterroriza.

Sí, definitivamente, ese hombre le daba miedo. Era más alto que el índice de pobreza del East End y tenía la clase de mirada capaz de darle a entender a su interlocutor que era un despreciable bufón. Los motivos de su popularidad llamaban tanto la atención de las descaradas como repelía a las modestas muchachas que dedicaban su vida a la complacencia, tal y como ella. Y por si fuera poco, la temible cicatriz que le cruzaba la mejilla le confería el aspecto de un pendenciero pirata, aire que desde luego no la incitaba a hacer buenas migas con él. En todo caso, hacer como el resto de los presentes: huir como si de la peste se tratase.

No, Sebastian Talbot no era para ella...

...pero Jess se daba golpecitos en el labio, meditándolo.

—A mí me parece muy atractivo, pese al evidente defecto físico. Y parece sano: podría darte muchos hijos.

—No lo dudo. Pero también parece capaz de arrearles palizas para educarlos —añadió, imprimiéndole toda la dulzura posible—. Y

desgraciadamente no estoy preparada para lidiar con un maltratador en potencia.

Jess la miró sin parpadear.

—No me termino de acostumbrar a tus exageraciones, Abigail Appleby. De veras que no lo consigo. Pero he cogido el punto —repuso enseguida, recuperando el buen ánimo—. Así que... Adiós, Talbot.

Tachó alegremente el nombre de la lista que reposaba en su regazo, captando la atención de algunos curiosos.

Un baile no era el mejor sitio para ponerse a tramar perversas estrategias de conquista. Entre otras cosas porque ningún lugar o acontecimiento social era bueno para maquinarse... Pero la Comitiva del Cortejo seguía sus propios métodos, y dado que daban resultado —Viviana era el claro ejemplo—, Abigail no estaba por la labor de menospreciarlos. Bastaba con ignorar las miradas interesadas y quizá censuradoras de los invitados, del mismo modo que lo hacía lady Jezabel, y continuar escrutando a lo lejos con la esperanza de hallar un milagro.

—Sin Talbot nos quedan tres nombres más —anunció—. Doyle, también empresario; Leverton, al que no tocarás porque es mío, y...

Entre las muchas y curiosas características personales que definían a Jess, a Abigail le maravillaba su determinación a salirse con la suya. A veces, sirviéndose de grandes argumentos; otras, de algo tan simple como «porque lo digo yo». Aunque admiraba su resolución a quedarse con lord Leverton a *literalmente* cualquier precio, le asustaba que también echara mano de esa virtud tan suya para casarla con quien *ella* dijera.

—En tu lista solo hay caballeros altos como un campanario y más ricos que Creso. ¿No has pensado que quizá... —tanteó, muy despacio—, podría interesarme otra clase de hombre? Me es indiferente si no es joven, no cuenta con una asignación anual desproporcionada o se le cae el pelo. Tengo veintisiete años y ni una libra que ofrecer; ¿no crees que debería bajar el listón?

Jess la miró como si acabara de sugerir que se metieran desnudas en una pira ardiendo.

—Por supuesto que no —decretó, refunfuñando.

—Vale, de acuerdo. —Alzó los brazos en señal de rendición—. Pero, Jess... En tu lista solo hay candidatos que representan tu ideal. Es decir —se apresuró a explicar, temiendo ofenderla. Mosquear a lady Jezabel era tan fácil como liberar a una ballena encallada usando las manos, pero eso no significaba que no existiera el riesgo, ni que quisiera correrlo—. Imagino que todo el mundo se siente atraído por la belleza. Es solo que a mí, tan grandes y fuertes... No lo sé. Siento que podrían hacer conmigo cuanto se les antojase, y no tengo carácter para imponerme o protegerme en caso de que se sirvieran de su impunidad para obligarme a obedecer. Entiendo que buscamos a lo más apropiado para mí, pero... ¿Podría elegir yo al conjunto?

Lady Jezabel la miró un rato en silencio, meditando.

—No te gustan mis candidatos —suspiró, decepcionada consigo misma—. Lo entiendo, no pasa nada. Y me parece lícito que tomes la iniciativa. Pero ni se te ocurra señalar a un vejestorio, Abigail. —La apuntó con el lápiz, con la misma violencia con la que un soldado empuñaría su bayoneta—. No pienso pasarme los próximos meses animando tu idea de conquistar a un decrepito baboso que podría ser tu padre.

Abigail sonrió más animada tras su claudicación y estudió la aglomeración de pantalones esparcidos por el salón y sus alrededores. Desde la posición poco privilegiada que eran los palcos para las más desafortunadas, podía apreciar a todos y cada uno de los invitados. Tras hacer un barrido panorámico, ubicó a uno al azar.

—¿Qué te parece lord Chiswick? ¿No crees que podría ser amable?

Jess se pasó una mano por la cara.

—Chiswick tiene cuarenta y cinco años y ha enviudado tres veces sin dejar un solo niño. ¿Sabes lo que eso significa, Abigail? Significa que o sus mujeres tenían problemas para concebir, o es él quien no funciona como cabe esperar.

Y por estadística —es decir: tres contra uno—, me atrevería a decir que, si te casas con él, morirás sin descendencia. No lo digo yo —añadió, librándose de una réplica con solo alzar las manos—. Lo dicen las ciencias matemáticas.

—Captado —murmuró Abby, desilusionada. Volvió a mirar—. ¿Lord Paynter?

Lady Jezabel hizo una mueca.

—Es demasiado conservador. Tuve una desagradable charla política con él hace relativamente poco, en la que dejó caer entre líneas que no le importaría borrar del mapa a toda la población del East End. Según él, «son solo parásitos». A saber si no acabaría acusándote a ti de lo mismo.

—Espera... ¿Hablaste de política con un caballero?

No había de lo que sorprenderse cuando los periódicos del pueblo, los panfletos de supuestamente secretas reuniones sindicales y los libros de viejos pensadores que ocupaban su mesilla de noche enriquecían día tras día de su formación intelectual. Prácticamente era de saber público su obsesión con estar al tanto de todo lo que se cocía en cada esquina de Londres; de ahí que su doncella personal, Jane, le hubiera recomendado que no se dejara ver con ella. Ni con ella ni con Viviana, por supuesto... La señorita Conti —ahora Radcliff— era italiana —ya de por sí malo— sin modales —algo terrible— y que no tenía respeto por la tradición —sencillamente imperdonable— mientras que Jess, a pesar de su buena reputación y apariencia angelical —eso estaba bien—, insistía en comportarse como un hombre —eso ya no estaba tan bien—, atreviéndose a hablar de asuntos que una mujer debía incluso desconocer —lo que alcanzaba la categoría de rotundamente inadmisibile—. Si se añadía a Valentina Conti al conjunto, una muchacha con serios problemas de pronunciación y terrible a la hora de contener su entusiasmo, Jane estaría pronto por considerarlas los jinetes del Apocalipsis.

—Ya hablaremos de mis temas de conversación cuando estés casada. —Hizo un gesto airado con la mano—. ¿Alguno más?

—Eh... ¿Lord Galloway?

Jess dejó caer la mano bruscamente sobre su muslo, arrugando la lista en su mano.

—¿Me estás diciendo que lord Galloway, un hombre que lo ha perdido todo en el juego, es mejor que mi Thomas Doyle o mi Sebastian Talbot? Te recuerdo que Doyle, a pesar de ser más frío que un invierno siberiano, posee una empresa editorial sin precedentes; Sebastian Talbot incluso lo adelanta en beneficio con sus barcos en serie. Ambos son tan ricos que no les importaría que no aportaras patrimonio al matrimonio, adjuntando incluso su comprensión, ya que tendrán por entendido que si algo te falta es porque es de su propiedad.

»Y respecto a tu afán de casarte con un aristócrata, te recuerdo también que la burguesía se está empoderando, la industria crece a un ritmo vertiginoso y, tarde o temprano, derrocará a este germen social que somos nosotros, por lo que un lord, a la larga, te saldría tan rentable como una patada en los riñones. Mientras ellos ganan dinero dirigiendo negocios que aportan al Estado, luchando por el desarrollo de la sociedad, nosotros nos dedicamos a bailar y a organizar cenas, derrochando el poco dinero que nos queda. Un dinero que nunca nos hemos ganado —apostilló—, sino que nos viene perteneciendo por una estúpida ley de mayorazgo que tiene sus orígenes en el Antiguo Régimen. Un sistema de gobierno que se remonta a hace más de un siglo, lo que dice bastante del atraso que llevamos encima y lo orgullosos que estamos de ello.

Abigail asintió con una ligera sonrisa de incredulidad, esperando de todo corazón que no le hiciera ninguna pregunta acerca de lo expuesto. Siendo honesta y quizá dura consigo misma, la verdad era que Jezabel haría sentir ridículo y estúpido a un ilustrado.

—No sabía nada sobre eso, Jess.

—Solo es el pensamiento del conde de Saint-Simon. Recientemente he estado leyendo extractos de un periódico que llevaba, *L'Industrie*, y concuerdo con él en que la sociedad moderna crecerá de la mano de los industriales. En cuanto acabe, echaré un vistazo al último libro de Karl Marx,

un político prusiano que está triunfando últimamente entre el pueblo llano — contó, con los ojos rebosantes de energía. Pronto recordó que tenían otros asuntos en los que pensar, y añadió—: Ahora... ¿Podrías darme un pretendiente en condiciones, por favor?

—¿De nuevo dando lecciones socialistas? —inquirió la novedad de la noche—. ¿No habíamos tenido una conversación al respecto?

Abigail levantó la mirada y chocó de frente con los ojos más extraordinarios que jamás hubiera visto. O quizá solo exageraba, pues compartían la característica del aderezo áureo con los de Jess, con quien pasaba suficiente tiempo como para acostumbrarse a sus detalles. No obstante, esta era la mirada de un hombre: un hombre no tan absurdamente ancho como Talbot, Doyle, Leverton o cualquier otro de los pretendientes descartados. Tampoco arrasaba con su atractivo físico, lo que no le restaba, ni de lejos, la belleza que ridiculizaba toda virtud que un ser humano podría merecer.

Sobrecogida por la visión, agachó la barbilla y buscó las puntas de los escaarpines.

Quiso mantener los ojos clavados en el suelo, pero la curiosidad acabó venciénola como de costumbre y pronto se encontró fascinándose por la perfecta estructura ósea de su rostro. Las arañas le arrancaban destellos rojizos a su cabello dorado, cediéndole la aureola de un ángel guardián. Tenía los pómulos altos de un príncipe orgulloso, los labios finos y el mentón fuerte. El toque justo de masculinidad para que su corazón se saltara un latido.

Desconocía la clase de conversación que estaba manteniendo con Jess y, aunque intentó seguirla para averiguar si podría equiparar las virtudes de su intelecto a dicha apariencia exuberante, le fue imposible. Lo único de lo que era consciente era de sus mejillas arreboladas, el nudo que se había formado en su estómago al tenerlo tan cerca y de su aroma natural, una mezcla de almidón y frescura que hizo que tuviera que agarrarse a su falda para calmar los nervios.

—Oh, pero qué despistada soy. ¿Cómo se me ha podido olvidar presentaros?

—exclamó entonces Jess, que la miraba por el rabillo del ojo—. Abby, querida... Este es mi hermano, el conde de Ashton y futuro marqués de Denton. —Recalcó su título lo suficiente para que Abby captase al vuelo el mensaje entre líneas. «Aquí tienes a tu aristócrata»—. Tristane, me complace presentarte a mi *muy* buena amiga lady Abigail, hija de lord Stratford.

El príncipe dorado tomó la mano que le fue ofrecida, aparentemente sin percatarse de la torpeza con la que la extendió, y rozó los nudillos con los labios. El gesto de inclinarse provocó que de manera inevitable, un mechón rubio cayera sobre su frente. Cuando alzó la barbilla para mirarla con una sonrisa sincera, Abigail sintió que el sonrojo le atravesaba la piel para mancharle los huesos.

—Es un verdadero placer conocerla, milady. Mi hermana menciona a sus amigas muy a menudo, y he de decir que ya me picaba la curiosidad por conocerlas en persona.

—¡Cierto! No sé cómo no se me pudo ocurrir presentaros —comentó la susodicha, que sonreía como el gato de Cheshire—. ¿Por qué no la sacas a bailar, Tristane? Abby es una enamorada del vals, y lo ejecuta maravillosamente.

—No lo dudo. —Sonrió, fugaz. Abigail no supo qué hacer para mitigar el furioso rubor que la asediaba. «¿No puedes calmarte un poco?», se regañó. «Acabarás espantándolo»—. Desgraciadamente venía a avisarte de que ha surgido un pequeño imprevisto y tengo que marcharme, pero puedes disponer del carruaje. Iré a pie. En cuanto a usted, lady Abigail, espero que tenga la gentileza de reservarme su primer baile en la próxima velada.

Abigail contuvo la respiración.

Jamás le habían pedido un baile y, si las matronas que se esforzaron en vano para casarla tuvieron alguna vez la pésima idea de aconsejarle a un caballero que lo hiciera, tal y como Jess acababa de hacer, el pobre hombre se había visto en dificultades para inventar una excusa. Era lógico: una mujer no demasiado atractiva pero con una buena asignación que ofrecer al matrimonio,

podría haber bailado una o dos veces durante una velada. Ahora bien... Si la aportación de la susodicha era nula, poco importaba su belleza, cosa de la que para colmo carecía. Si como aditivo se contaba su avanzada edad, tal y como estaba acabaría cogiendo polvo en el rincón del olvido.

—Por supuesto, milord. —Asintió con la cabeza, forzando las comisuras de sus labios para evocar una sonrisa... O una *casi* sonrisa, que era su especialidad—. Será un gran honor.

Lord Ashton se retiró con una leve genuflexión, desapareciendo con el andar tranquilo y confiado de un hombre seguro de sí mismo. La corazonada de estar soñando hizo que Abigail empequeñeciera, pero no se privó del placer de admirar su salida del salón. Tuvo que ser el carraspeo de Jezabel quien la sacara de la supuesta alucinación.

—Así que... —empezó, garabateando en el papel—. Ya tenemos elegido, ¿no?

—Oh, sí... —suspiró. No tardó en reaccionar abruptamente, mirando a su amiga con los ojos muy abiertos—. Espera, espera... ¿Cómo? ¡No, por supuesto que no! Jess... ¿Lo has visto?

—Todos los días, sí. —Rodó los ojos—. Estoy bastante cansada de verlo, de hecho. ¿Por qué?

—Porque es... Es... —balbuceó, intentando averiguar cuál sería el mejor adjetivo para resumir su sublimidad—. Es demasiado atractivo, demasiado amable, demasiado rico... *Demasiado todo*. Si intento un acercamiento tardará dos segundos en decirme amablemente que puedo volver por donde se me ha ocurrido aparecer.

—Mi hermano no es ningún estirado, Abby. No se cree por encima de nadie y si no desdeña su título en voz alta es porque lo han educado en condiciones, porque ganas no le faltan. Jamás te despreciaría por tu edad o por no tener dinero. Como tú bien has dicho, se puede limpiar los oídos con su fortuna: me arriesgaría a decir que la dote es lo último en lo que se interesaría a la hora de elegir a una mujer. *Eso* es lo que debes buscar —señaló, dándole un toquecito

en el muslo—. Un hombre rico y no ambicioso al que no le importe tu escaso patrimonio; gallardo, para que vuestra descendencia no desentone, y de carácter afable.

»¡Cristo resucitado! ¿Cómo no he podido incluirlo antes...? Qué despiste... Es perfecto para ti y te ha gustado, así que no pienso oír una sola palabra más. ¿Entendido?

Abigail se mordió el labio, sin tenerlas todas consigo. Un solo vistazo había bastado para hacerse a la idea de que Tristane Ashton era la clase de hombre que no estaba al alcance de nadie: un caballero de buena cuna, modales exquisitos, y encima elegante a rabiar. Debía tener algún gran defecto, algo imperdonable...

...O no. Después de la sonrisa que le había dedicado no se atrevía a ponerse en lo peor. Un hombre de semejante dulzura comprendida no podía tener una sola sombra.

Inspiró profundamente y se dijo que, a pesar de no merecerlo, intentarlo no sería tan terrible. Estaba segura de que el no sería rotundo pero, en realidad, si existía alguna posibilidad de cazarlo, esta vendría de la mano de la Comitiva del Cortejo. No en vano, lady Jezabel y la señorita Viviana Conti, habían conseguido tramar un plan ideal para conquistar al imposible duque de Saint-John.

Si él había picado, y demostró ser bastante obstinado... ¿Por qué no Ashton?

—De acuerdo. —Sonrió, atribulada—. I-iré a por Ashton.

—¡Así me gusta! Y ahora... ¿Qué vamos a hacer con Cromwell? —preguntó Jess, mirándola seriamente—. Porque a mi hermano no le hará ninguna gracia cortejar a una mujer que tiene específicamente a ese hombre pisándole los talones.

Como cada vez que nombraban a viva voz a su mayor pesadilla, Abby contuvo un escalofrío. Esa noche podía relajarse en el asiento y animarse a sonreír, puesto que lord Cromwell no se encontraba entre los invitados... Lo que significaba que no tendría que agarrar a Jess o a cualquier otra de sus

amigas de la cinta del vestido para obligarlo, indirectamente, a mantener las distancias. Cromwell no temía quebrar las incontables normas sociales que le impedían encerrarse a solas con una muchacha en biblioteca ajena; lo había demostrado más veces de las que a Abigail le habría gustado protagonizar. Sin embargo, si algo —o en ese caso, *alguien*— podía empujarlo a comportarse debidamente, esas eran Jezabel y Viviana, que hacía tan solo unos meses le habían dado una inolvidable lección de principios.

—Aunque... —continuó Jess, mirándola de reojo—. Si Cromwell te interesara en el fondo...

—Claro que no me interesa —interrumpió Abby. Se sonrojó enseguida por su tono vehemente—. Ese hombre me aterra, Jess. Apenas puedo hacerme una idea de lo que quiere de mí y, francamente, tampoco deseo saberlo. Lo único que quiero es que pare... y no lo hará hasta que me vea casada.

Evidentemente, aquel era el motivo principal por el que Abigail decidió retomar la cuestión del matrimonio, puesto que de otro modo habría sido imposible que se planteara aceptar la ayuda de sus amistades.

En cuanto cumplió veintisiete años, asumió su lamentable situación y olvidó por completo que existía cierta institución que unía hombres y mujeres. No era una persona romántica; si alguna vez tuvo sueños, estos estuvieron enfocados en la descendencia. Siempre quiso tener hijos a los que entregarse, o convertirse en la consentidora tía Abigail. Por desgracia, la familia Appleby se reducía a su padre, quien no parecía interesado en casarse de nuevo, y un primo lejano que según oyó decir, se encontraba en las mismas que ella: viejo, casi repudiado y sin habilidades sociales o dinero para conseguirse una compañera. Ergo, las fantasías estuvieron prontamente descartadas en pro de un pensamiento más objetivo, que fue el de aceptar que se quedaría para vestir santos, ocupando de manera indefinida su habitación de niña... En una casa donde ni siquiera se la quería.

Así pues, en el fondo, Abby debía agradecerle en cierta parte a Cromwell que le hubiese devuelto el interés hacia las bodas. Viviana y Jess le

aseguraron que la mejor y única manera de espantar a un seductor, era adoptando el papel de fiel esposa. La italiana alegó que, personalmente, le parecía deplorable la necesidad de protección de un hombre en esa materia, pero no estaba en posición de ignorar la realidad. Con la amenaza adecuada del caballero adecuado, Cromwell se daría en retirada, y Abigail no solo se libraría de la angustia que le producía estar en la misma habitación que él, sino que pasaría el resto de su vida acompañada de alguien que la toleraría.

—Lo sé, lo sé, quería asegurarme —intervino Jess—. ¿Qué vamos a hacer con él, entonces?

—No tengo ni idea —admitió Abby, con la boca pequeña—. Podríamos esperar a contárselo a Viviana para que nos ilumine.

—Sí, eso sería lo mejor. A nosotras no se nos da tan bien el juego extremo —suspiró Jess, con una sombra de preocupación en los ojos.

Abigail cabeceó, lamentando para sus adentros lo mismo que la joven no decía; Viviana tenía al duque, eso era cierto, pero lo que el proceso de conquista había desencadenado no se parecía en nada al final feliz que ambas esperaban. Algo que, visto por otro lado, debería animar a las muchachas a dejar de seguir su ejemplo y solicitar la ayuda de las expertas en el asunto: las matronas.

—Debería estar aquí. Con ella todo es más sencillo —dijo Abby, clavando la vista en el vaivén de faldas que se movían al son de ese vals que podría haber bailado con lord Ashton—. Es muy ocurrente, ¿verdad? Y cuando estamos a su lado, nosotras también lo somos. Aunque... —La duda no tardó en azotarla, haciendo que se girase hacia su amiga—. Jess, ¿no crees que podríamos estar equivocándonos al imitar sus procedimientos?

—La verdad, creo que no podremos equivocarnos mientras no se nos ocurra dejar pruebas —resolvió, encogiendo los hombros—. No te preocupes, Abby. En situaciones desesperadas, las medidas han de seguir el mismo patrón. Y al final, un buen resultado suele justificar el modo de llegar a él. ¿No decía el refrán que en el amor y la guerra todo es justo?

—Sí, eso decía —cabeceó, distraída.

—Entonces hagamos la guerra... Y hagámosla bien.

»Pero cuando dejen de rugirme las tripas, ¿vale? Ahora me muero de hambre y se me antoja uno de esos pastelillos de limón...

«El chismorreo es impropio e indigno de una dama que quiera considerarse como tal, mucho más cuando se tratan los asuntos notoriamente inmorales de un caballero, en los que bajo ningún concepto se debe intervenir».

Extracto del *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

Jess había enviado una urgente misiva a la mansión de Stratford para avisarla de que esa noche empezaría la caza. Tras una persuasiva insistencia por su parte, Tristane había accedido a presentarse en el baile organizado por los Haviland. Y por lo que Abby sabía acerca de su compromiso con las promesas que hacía, imaginaba que se cobraría el vals mencionado.

Eso, además de buenas noticias, significaba nerviosismo en su máxima extensión. Bastó con leer la nota para revolucionar todo el vestidor, buscando algo que no desentonase demasiado. Un hombre se había ofrecido a bailar con ella, y no podía recordar la última vez que salió de casa con la certeza de que no sería ignorada por todos. Oh, deseaba estar deslumbrante..., porque histérica ya estaba de sobra. Quería poder soñar con que él alimentaría su vanidad haciendo algún comentario positivo al respecto, y no podría hacerlo sin el traje adecuado.

Desgraciadamente, abrir el armario bastó para que parte de ese regocijo

interior y todas sus esperanzas se fueran al garete. Solo tenía vestidos pasados de moda, mil veces remendados y que le quedaban u holgados o demasiado estrechos para gozar de amplitud de movimiento. Si algo había allí que se pudiera aprovechar o que se ajustara a sus contornos, la prenda resultaba ser una chapuza de colores, tener el escote cerrado de una novicia, o cosido con telas que ya ni se comerciaban para noches tan prometedoras como aquella.

Todo era un absoluto despropósito. Su madre murió antes de que pudiera enseñarla a vestirse o a elegir lo más apropiado en el telar, y como su doncella personal la había considerado siempre una cabeza hueca que carecía de gusto alguno para vestir, se había nombrado a sí misma la encargada de acudir a la modista. Después se arruinaron... Y no le quedó más remedio que usar los trajes de su difunta madre, que si bien se arreglaba en su tiempo para rivalizar con una princesa, seguía sin ser el atavío apropiado para una joven de finales de siglo.

—El azul oscuro no le sienta bien —apuntó Jane.

Abby la miró expectante, dejando a medias el trabajo de cerrarse los corchetes del vestido.

—¿Qué me pongo entonces, Jane?

—Le diría que probara con el anaranjado, pero aún no está presentable. No nos quedará más remedio que utilizar ese... —Jane frunció los labios—. *Eso*.

A pesar de esforzarse por considerar los motivos de sus allegados para comprender su trato, Abby no era estúpida y sabía perfectamente que Jane no solía interceder en el nombre de la solidaridad cuando se trataba de ella. Podía ser su doncella, y bien presente tenía que estaba en el deber de mostrar lealtad y respeto, pero empleaba su malicia conscientemente para hacerle daño siempre que encontraba oportunidad. Nunca estaba bonita, nunca destacaría; nunca sería atractiva o decente a ojos de un caballero, y por eso estaba soltera; nunca llamaría la atención de nadie, siendo sosa y aburrida; su padre no la soportaba y debía entenderlo porque era una carga para él. Esto último nunca lo había dicho con esas palabras, mas estaba implícito en su

manera de mirarla, dando a entender a veces que ella pensaba exactamente lo mismo.

Como tenía razón, Abigail la había dejado hacer durante años. Pasó un tiempo tratando de convertirla en una figura materna, alguien a quien amar y de quien protegerse de la fría distancia que su padre puso entre ambos para, suponía, superar la muerte de la matriarca... Hasta que se dio cuenta de que era inútil. Sus esfuerzos por agradar no habían hecho otra cosa que darle alas a su altanería, y en consecuencia, ahora incluso se creía con el poder de decirle lo que hacer, decir y cómo comportarse.

Sí, Abigail la había dejado hacer durante años. Pero dado que iba a dar un paso hacia una vida nueva, en la que no sería la solterona de oro de su generación sino una mujer casada, acordó que no permitiría un solo desplante más.

—Creo que este está bien. —Medio sonrió, estirando el cuello. Habló con voz dulce, pero una nota de tajante aclaración cortó su suavidad sutilmente. Lo bastante para no ofender a Jane, aunque suficiente para que no se le ocurriese replicar—. Avisaré a lord Stratford de que salimos, ¿de acuerdo? Espérame en el carruaje.

—Sí, milady.

Abigail esbozó una sonrisa confiada, se echó el chal sobre los hombros y caminó decidida hasta el estudio de su padre. Una vez delante de la imponente puerta de doble hoja, su ánimo se vino un tanto abajo, pero se dijo que nada debería poder con ella esa noche. Si regresaba a casa con la buena vibración de haber agradado a Ashton, su padre estaría orgulloso. A fin de cuentas, y aunque no lo dijera, se moría por perderla de vista.

—¿Padre?

Se asomó con cuidado bajo el umbral, hablando en voz baja para no sorprenderlo. Stratford estaba acostumbrado a la soledad, y cualquier amago de conversación repentina podía hacerle saltar y acentuar su mal humor. Además, sufría de constantes jaquecas, lo que solo agravaba el problema.

Lo encontró sentado frente al gran escritorio, de donde no levantó la cabeza ni siquiera tras su interrupción. No esperaba tampoco que lo hiciera.

—Estaré fuera esta noche, en los salones de los Haviland —anunció—. Dicen que organizan un gran banquete y la orquesta jamás defrauda, por no hablar de que tienen un jardín precioso. Quizá podrías venir con nosotras; el señor Haviland especificó que le complacería verte. —Su sonrisa decayó un poco cuando observó que él ni siquiera la escuchaba. Se aclaró la garganta y tragó como pudo el nudo instalado en ella—. ¿Quieres que les diga algo de tu parte? —intentó de nuevo—. Un saludo cordial, o felicidades por el compromiso de su hijo...

Lord Stratford levantó su fría mirada gris del escritorio, y la clavó en ella con la misma piedad de un verdugo. Tenía una curiosa manera de observar a los demás, como si en realidad no los viera, cuando Abigail sospechaba que en realidad no quería verlos.

—Envía mi más sincera enhorabuena.

Después volvió a pegar la barbilla al pecho, entregado a unos asuntos sobre los que Abby no sabía nada, pero que no pudo sino odiar por arrebatarse el interés de su única familia.

De nuevo decepcionada, abandonó el despacho silenciosamente, preguntándose qué más tendría que pasar para que sus esperanzas por congeniar con él se extinguieran.

—Teniendo en cuenta que vas a seducir a mi hermano, creo que te convendría saber algunos aspectos negativos de su personalidad —comentaba lady Jezabel, quien llevaba una hora de reloj parloteando sin cesar—. Empezaría comentando cuánto le apestan los pies, pero como imagino que esa no es la clase de información que necesitas, he pensado en que tú me hicieras preguntas sobre lo que te preocupa. Tranquila: si hay algo que puedo

asegurarte, es que los hombres y mujeres de la familia Ashton jamás han tenido problemas para concebir. Mi madre tuvo dos hijos porque se negaba a perder la figura, pero mi tía tiene seis y mi abuela se marchó después de traer al mundo a nada más y nada menos que once criaturas. Me atrevería a decir con esto que en el asunto de la descendencia estamos cubiertos.

—A no ser que yo sea estéril —temió Abby, lúgubre—. Mi madre solo tuvo una hija. Y ella misma era hija única.

Jess suspiró.

—Por favor, Abby, haz el esfuerzo de ser optimista. Viviana no está aquí para ayudarme a creer en ti, así que sé fuerte por las tres, ¿quieres?

La mención de Viviana fue sobrado motivo para forzar una sonrisa. No ya solamente para animarse a sí misma, sino en nombre de la tercera y ausente integrante. Después de la inminente noticia de que se casaría por llevar en el vientre al hijo del duque de Saint-John, sospechaba que todo estaba por torcerse, si es que aún podía ser posible.

—De acuerdo, eh... —carraspeó—. Por casualidad no sabrás si tu hermano es hombre de...

—¡Oh, Dios mío, aquí estáis! —exclamó una voz cercana. Abby se giró para encontrarse con una pálida Elaine Haviland, que se abanicaba con las manos exageradamente—. Por favor, tenéis que ayudarme... Alguna de las dos.

Elaine era un puñado de pensamientos utópicos y nervios a flor de piel, razón por la que hacía la diferencia entre sus otras dos hermanas, Celinia y Louisa, y el muchacho mayor, Richard, quien acababa de comprometerse con la máxima representante de la flor y nata de la sociedad. Los Haviland eran un ejemplo de distinción, todos de espléndida belleza e impecables modales. En los negocios se conocían por su honradez, y eran envidiados por sus iguales siendo titánicos anfitriones.

Elaine, en cambio —y tal vez por ser la menor—, correteaba de un lado para otro sin saber a dónde se dirigía. Hacía de todo una tragicomedia y un auténtico escándalo que, en realidad, solía resolver con el encanto que le

venía de familia sin dejar ni rastro de sus huellas.

—¿Qué ocurre?

—Es vergonzoso —continuó balbuceando—, pero también una cuestión de vida o muerte. Necesito que alguna de las dos... eh... suba a la habitación de mi hermana Louisa y... —carraspeó—, encuentre un pañuelo azul.

—¿Un pañuelo azul?

—Sí, un pañuelo azul —insistió Elaine, mirando a su alrededor con creciente nerviosismo. Se acercó un poco más y prosiguió en tono confidencial—. Veréis... Yo... Digamos que no he conseguido... *Ejem...* Sabéis que el señor Talbot y yo...

—Oh, mi buen Dios —suspiró Jess—. ¿Has vuelto a las andadas con el señor Talbot?

—¿Qué le puedo hacer yo! —se defendió, haciendo un puchero—. Ha aparecido de repente, cuando me aseguré de que no le hicieran llegar ninguna invitación... Y se me ha insinuado, y no he podido resistirme. ¡Es superior a mis fuerzas! —se lamentó—. Sus guiños son peor que un gatillo. Me mata y hace lo que quiere conmigo después... Aunque me arrepiento. Me arrepiento de lo que he hecho —aseguró, mirando a Abigail cargada de vergüenza—. Hemos tenido un encuentro clandestino en la habitación de mi hermana. Solo nos hemos besado, pero él ha perdido su pañuelo...

—Si ha perdido su pañuelo no creo que la cosa se haya limitado a un beso —comentó Jess, aparentando seriedad—. En cuyo caso creo que no deberías volver a...

—¿Te crees que no lo sé? —espetó Elaine, mirándola con los ojos espantados—. Ese hombre es un liante. Le dije que no, que debíamos parar, pero insistió y... Oh, Dios, ahora su pañuelo está en la habitación de mi hermana. Y ya sabéis cómo es Louisa conmigo. Hará lo que sea para dejarme mal delante de mi madre, y lo peor es que si llega a encontrarlo, tendrá pruebas de sobra para que me encierren durante lo que me queda de vida.

—No creo que hiciera eso —intervino Abby, conciliadora. Teniendo la

prudencia de cerciorarse de que nadie miraba, llevó las manos a la cintura del vestido de Elaine. Giró la falda con cuidado, que se había puesto del revés—. Solo se enfadará un poco, y después...

Elaine le lanzó una mirada horrorizada.

—Te puedo jurar por mis ancestros que me quedaré sin descendencia si Louisa encuentra ese pañuelo —sentenció, retorciéndose las manos—. Por eso tenéis que ayudarme. Haré lo que sea a cambio, lo juro. ¿No podríais subir en un despiste y encontrarlo? Lo haría yo misma, pero he aprovechado que mi madre se había ausentado para escapar con Talbot al dormitorio... Y ahora ha vuelto. Sabe de mis correrías con ese diablo, y también sabe lo que hará conmigo si llega a sus oídos otro cuento similar —masculló por lo bajo—. Procura tenerme tan vigilada que se ha ocupado de llenar mi carnet de baile para que esté bailando durante el resto de mi vida. Ya no podré escabullirme sin que se dé cuenta. Me está observando ahora mismo, de hecho.

—Elaine... —suspiró Jess, frotándose la cara—. No es que no tenga espíritu aventurero, pero creo que no será necesario. Si Louisa encuentra el pañuelo en su habitación, ¿no la acusará tu madre a ella?

—El pañuelo tiene bordadas sus iniciales, y toda mi familia sabe que Talbot es mi punto débil. ¡Incluso le amenazaron para que me dejara en paz! No les costaría atar cabos —musitó, al borde del llanto—. Y Louisa es la favorita indiscutible, además de que ha estado a la vista durante toda la velada.

—Por el amor de...

—No te preocupes. Yo iré a por el pañuelo.

Elaine miró a Abigail como si las puertas del Paraíso se hubieran abierto ante ella.

—¿Lo harás? ¿De veras? ¿Harías eso por mí? ¡Oh, mi buen Dios, gracias por regalarme a este ángel de los cielos! —exclamó, uniendo las manos en una plegaria y mirando al techo dramáticamente—. Cuando lo tengas en tu poder, haz lo que quieras con él. Quédatelo, échalo al fuego, asfixia a alguien y luego échale la culpa a Talbot, entrégaselo a una gitana para que lo maldiga... Lo que

desees. No quiero volver a ver nada relacionado con ese canalla en mi vida.

A continuación, Elaine explicó con pelos y señales dónde podría encontrar la habitación de Celinia. Mientras escuchaba vagamente, Abigail no pudo sino preguntarse por qué se había metido en algo que podría salir muy mal. Si alguno de los familiares de Elaine la cazara en su aventura, ¿no saldría ella escardada...? O, peor... Si lord Ashton iba a buscarla durante su viaje a la planta superior y no la encontraba, ¿dónde quedaría su preciado vals?

Era tarde para echarse atrás. Cuando la fiesta alcanzaba su punto álgido, se escabulló por el pasillo y subió las escaleras corriendo. Cruzó el pasillo, dobló una esquina y se detuvo en la puerta de la que reconoció como la habitación en cuestión. Ahí respiró una y dos veces antes de girar el pomo, echar un vistazo a ambos lados y, tras asegurarse de que no había nadie, encerrarse precipitadamente.

Elaine no había especificado dónde podría encontrar el pañuelo, así que empezó por el lugar que creyó más conveniente: la cama. Se sintió una completa estúpida al palpar las sábanas y levantar cojines, como si en realidad estuviera preparando un encuentro con algún amante. La mera idea la hizo reír: ella con un hombre, teniendo esa clase de acercamiento... El único en el que podía pensar era Ashton, y no lo veía capaz de comportarse de esa manera a la mínima oportunidad. Aquel tipo de conductas al margen del decoro solo iban de la mano de los peores libertinos de la ciudad, no de hombres íntegros y admirables como el susodicho.

Recordar a Ashton hizo que se tomara más en serio su búsqueda. Jamás se perdonaría haber faltado a la promesa de un vals con él, sobre todo sabiendo que podría no repetirse. Un caballero de su talla nunca se entretendría insistiéndole a una mujer, y menos pudiendo invitar a bailar a cualquier otra bastante más atractiva.

—...acuerdo... rato... —escuchó, al otro lado de la puerta.

Abigail abrió los ojos como platos y se quedó inmóvil sobre el dibujo geométrico de la alfombra. Debía haber sido su imaginación: ni siquiera ella

tenía tan mala suerte como para coincidir con Louisa Haviland en su habitación... *durante una condenada fiesta.*

No obstante, cuando escuchó la voz de nuevo y el sonido de otras zancadas, no perdió el tiempo. Se tiró al suelo y se arrastró para meterse debajo de la cama. Cupo de puro milagro; el mismo milagro que la salvó de ser atrapada en medio de su expedición por los propietarios de los pares de pasos que la pusieron a temblar.

El chasquido de las bisagras anunció la reclusión de la pareja, que se adentraba en el dormitorio con torpeza. A través de la fina ranura del somier, Abby distinguió los volantes verdes del vestido de Louisa... Y unos zapatos masculinos. Los dos muy cerca, rozándose... No, no, no... Louisa no llevaba un vestido verde esa noche; por el contrario, recordaba haber alabado el favorecedor tono rosado del satén de la cola de la falda. Lo que solo podía significar que se había equivocado de habitación, entrando en la de...

—Estaba deseando que llegaras. Sé que sueles aparecer tarde, sea o no de tu interés la cita, pero... Si te hubieras retrasado un solo minuto más, me habría vuelto loca —jadeó Celinia. Abigail se cubrió la boca con la mano, ahogando un grito de sorpresa—. Oh... Bésame ahí...

Abigail dejó de respirar cuando reconoció el sonido que rompía el silencio. Eran dos bocas chocando con ansia viva, separándose y volviendo a encontrarse... Le siguió el rasgado de una tela, el frufú de una falda al acercarse al borde de la cama, un gemido ahogado al caer de golpe sobre el colchón... Tuvo que replegarse a un lado para no morir aplastada por el peso de la señorita Haviland... que a ese paso se convertiría en toda una señora.

«Dios mío, ¿y se supone que las hermanas de Elaine son las recatadas?».

Perdió el hilo de sus pensamientos cuando oyó la temblorosa súplica de Celinia. Parecía estar retorciéndose entre las sábanas; algo que Abby acabó sabiendo de primera mano, pues nuevamente tuvo que correrse hacia el lado. Se hizo un ovillo preguntándose cuánto duraría aquello y si alguna vez podría recordarlo sin ruborizarse.

—Oh... Dios mío, es... ¡Ah!

El sonrojo inicial de Abigail se convirtió en una incomodidad abrasadora e irreconocible que le robó la propiedad de los sentidos. Nunca había escuchado un grito así, tan... Tan... Ni siquiera encontraba palabras para describirlo. Solo sabía que no parecía horrorizada, sino complacida, y que aquella extraña sensación que hacía hormiguitar su estómago se intensificó lo indecible durante los gemidos que siguieron.

No sabía si escandalizarse o tomar nota. Sin duda, aquello era lo que un marido le hacía a su esposa —y viceversa, suponía— cuando llegaba la noche de bodas... O, como mínimo, lo que un caballero esperaba de su amante. Y ella quería ser esposa y amante; quería dárselo todo al hombre que tuviera el valor de elegirla. Así pues, y a pesar de que la coyuntura para estudiarlo no era la mejor, supo que estaba viviendo una experiencia única y aprovechó para investigar.

—Ah, cuánto te he echado de menos... Odio estar encerrada aquí, sabiendo que tú lo estás también en otra parte, y...

—Date la vuelta.

Abigail soltó de golpe el labio que mordía.

La orden le caló los huesos en forma de escalofrío. Incluso ella, a quien no estaba dirigida, estuvo tentada de obedecer. Aquella voz se coló bajo las siete pieles para evaporarle la sangre y concentrarla en una zona que no debería gozar de esa independencia.

—¿Qué? N-no podemos llegar tan lejos, no...

—Confía en mí —volvió a decir la voz profunda.

Irradiaba tal autoridad y suspense que Abby no supo si obedecería por constituir un mandato, o porque sabía que el misterio sobre lo que sucedería si no lo hacía acabaría consumiéndola.

Celinia solo rio.

—No se puede confiar en ti, Dorian.

—Date la vuelta y te daré tanto placer que bajarás a ese salón con las

piernas temblando.

—Ya sabes que no puedo bajar al salón...

—Entonces estarás soñando conmigo hasta que llegue la primavera.

Abigail tragó saliva compulsivamente, asombrada por la poderosa duda que la atacó. Necesitaba ver su rostro, tan sencillo como eso. Necesitaba asociarle una cara a esa voz tan cadente y asimismo tan lejana a cualquier nota del pentagrama.

Pero no podía husmear. Ya era cómplice de una reunión de amantes, ¿cómo sobreviviría a la vergüenza de reconocer sus caras? ¿Cómo los trataría cuando volviera a verlos, sabiendo lo que se cocía de puertas para adentro...?

Pero quería arrastrarse un poco más y echar una corta ojeada, solo para saber si era como lo imaginaba, solo para...

«Diantres, lo necesito».

No, no lo necesitaba. Con ponerle la cara de Ashton era suficiente.

Aunque por otro lado...

Abigail sacudió la cabeza. No iban a verla, por el amor de Dios. Estaban demasiado ocupados dando rienda suelta a sus pecados para prestarle atención a la alfombra. Y creyendo firmemente en eso, se deslizó por el suelo hasta asomar parte del cuerpo. Extremando la precaución, estiró el cuello. Todo lo que pudo ver fue una mata de cabello negro; tan negro que en las puntas centelleaba azulado. Lo parecía especialmente gracias a las manos de Celinia, tan pálidas que el contraste lo hacía ver como el demonio seductor de las muchachas de bien. Y en realidad debía serlo...

«Su rostro, su rostro...».

Se apoyó con las manos para asomar más la cabeza, descubriendo su frente lisa, la nariz grande y recta, los finos y perfilados labios... Era el perfil de un centurión romano.

Fuera por casualidad o porque los hilos del Destino lo inspiraron a mirar a su derecha, el susodicho torció la cabeza y clavó sus ojos directamente en ella.

«¡Virgen Santísima!», estuvo a punto de gritar. Se volvió a tumbar tan rápido como se lo permitió el brusco movimiento y los miembros entumecidos, y buscó a toda prisa el hueco bajo la cama para acomodarse. Allí se quedó en completo silencio, sin respirar, con el oído tan aguzado que podía escuchar los latidos de los tres corazones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Celinia—. ¿He hecho algo mal?

«No puede ser. No, no, no... La curiosidad no puede matar a este gato. No a este gato, y no hoy precisamente. Si el escándalo piensa cernirse sobre mí, que sea después de bailar con Ashton. Después, por favor. Por favor, Dios mío, te lo suplico...».

Su petición silenciosa no se cumpliría, porque ese hombre, con los ojos más azules que había visto en su vida, iba a...

—No. Solo acabo de darme cuenta de que tengo que estar en otro sitio.
...delatarla.

—¿Cómo? —aulló Celinia—. ¿Ahora? ¿Justo *ahora* te das cuenta? ¿Qué diablos es más importante que...?

—Lo siento —cortó, tan implacable como el aire al arrancarle un silbido a la guadaña. Abigail tuvo la certeza de que no sentía absolutamente nada—. No puede esperar.

Vio —o más bien sintió— que el susodicho abandonaba la cama con apremio. Celinia no tardó en seguirlo, soltando malhumoradas exclamaciones al viento que fueron rápidamente erradicadas por un breve silencio. Un silencio que Abigail interpretó como un prolongado beso. Lo confirmó cuando escuchó la carcajada risueña de la mujer.

—Nos veremos la semana que viene.

—S-sí, claro... —murmuró la mujer, que imaginó adecentándose el peinado y alisando las arrugas de su vestido. Mientras, una risa burbujeante y demasiado ñoña para tratarse de la estirada Celinia Haviland llenaba el espacio—. Mi madre no tardará en subir a comprobar que estoy en la habitación, así que... Me voy a... M-me marcho.

—Iré después de ti para no levantar sospechas.

Abigail supo que se habían quedado a solas cuando la puerta se cerró. No había transcurrido un solo segundo desde la marcha de Celinia cuando empezó a sudar la gota gorda. Se convenció de que había soñado aquel choque de miradas, que él no sabía que ella estaba allí... Pero entonces, una mano se cerró en el volante que sin querer había dejado a la vista, y la fuerza inexorable de los bárbaros la sacó de su escondite con un contundente tirón. Sorprendentemente, el vestido no se rasgó. Y la que también se quedó de una pieza fue Abigail, quien desde su posición —tumbada en el suelo boca arriba— se enfrentó a un hombre semidesnudo, de expresión impenetrable y mirada burlona.

—¿Quería unirse?

Abigail abrió los ojos hasta que le dolieron las cuencas. Su intención fue levantarse, pero el hombre tenía el vestido apresado bajo los pies y sabía que no podría cambiar de postura a no ser que se conformase con quedar de rodillas.

Y los demonios la llevasen si iba a postrarse delante de Dorian Blaydes, quien encabezaba la lista de los hombres más odiados del actual y futuro Londres. Odioso incluso para la misericordiosa y carente de prejuicios Jezabel Ashton, a quien no se le pasó por la cabeza incluirlo en su lista de candidatos por evidentes razones. Era un fantasma. Recibir pocas invitaciones y no asistir a ninguna de las veladas en las que su compañía sería solo tolerada le había convertido en un ingrato.

—Por supuesto que no, estaba aquí en calidad de...

—¿Pervertida?

—¡Amiga!

—Amiga, ¿de quién?

—De la señori...

—Ah, entonces quería tomarme el relevo y *hacerle un favor* a la señorita Haviland.

Abigail se llevó las manos a las mejillas, que notaba ardiendo. ¿Cómo diablos se atrevía?

—No, yo... Estaba aquí porque tenía que conseguir un pañuelo de... No se lo puedo decir —confesó, mordiéndose el labio—. Lo siento, lo siento muchísimo... No quería aguarle la noche, ni la fiesta, ni...

—¿Ni el fornicio?

«Dios mío. ¿De dónde ha salido este hombre tan descarado?».

Inspiró profundamente y soltó el aire, tan afectada por el giro de los acontecimientos que en el fondo se alegró de tener tan lejos la salida. Necesitaba tiempo para relajarse. No sería nada agradable precipitarse sobre la puerta con los tobillos flojos, y menos aún presentarse delante de Ashton con el recogido hecho un auténtico desastre.

—Ha sido muy gentil por su parte no comentárselo a la señorita Haviland —probó de nuevo, con los ojos puestos en él. Cualquier tipo de conversación era buena, excepto la que el desvergonzado parecía querer proponer—. Le estaré eternamente agradecida si me deja salir de aquí sin... Sin contarle a nadie que cometí un gran error.

El señor Blaydes se cruzó de brazos. Los fibrosos músculos acompañaron el movimiento, captando toda la atención de Abigail. Se fijó en la forma ideal de sus extremidades, en las venas que los surcaban; alguien las había dibujado allí para que nadie pudiera apartar la mirada. Su pectoral también se alzó, con las pequeñas areolas encogidas por el frío.

—No tiene cara de estar muy arrepentida, milady. —Una de las comisuras de sus labios se rizó, evocando una sonrisa insolente. Abigail dejó de fijarse en sus labios cuando vio que apartaba los pies, lo que inmediatamente la incentivó a levantarse—. Dígame qué buscaba.

—No puedo. No es mi secreto, señor.

—Los secretos son de todos, aunque solo pague uno las consecuencias de su revelación. —El hombre se acercó a ella. Todos los sentidos de Abigail despertaron, acentuando la calidad de sus funciones. Le pareció ver más allá

de lo que permitía la vista cuando se plantó delante suya—. ¿Qué esperaba encontrar aquí, tan lejos del salón?

Abigail inspiró. No encontró nada que se asemejase al olor a almidón de un caballero en condiciones. Por el contrario, su aroma y cercanía se le antojó electrizante, como el cielo agonizante antes de echarse a llorar.

—Creo que podríamos llegar a un acuerdo, milord —dijo, sorprendida al encontrar su voz—. Usted no insiste en preguntarme qué hago aquí, y yo no le digo a nadie lo que estaba... haciendo hasta ahora.

Aquello debió resultarle verdaderamente gracioso, porque un amago de sonrisa propició la aparición de un par de graciosas arrugas en sus mejillas.

—¿Sabes acaso lo que estaba haciendo? —inquirió bajando el tono. Se acercó más a Abigail, invadiendo su espacio—. Porque pareces un pajarillo extraviado que no sabe cómo volver a su jaula y aletea en todas direcciones. Seguro que no has entendido nada de lo que has visto... —Chasqueó la lengua y le alzó la barbilla con dos dedos—. Pobre colibrí.

Abigail despegó los labios para defenderse, pero el roce de sus yemas la descolocó por completo. Los calientes dedos tuvieron el efecto de un cañonazo en el centro de su estómago.

—No me trate con condescendencia —musitó, entre enfadada y desvalida. No supo si fruncir el ceño o suplicar que la dejara ir—. Sé... Sé muy bien de qué iba todo esto. Y ahora apártese.

Él medio sonrió y sacó un pañuelo del bolsillo. Un pañuelo azul con las iniciales «S. T.» cosidas en un extremo. Desgraciadamente no se lo tendió, sino que lo mantuvo en alto, esperando que saltara para agarrarlo.

—Supongo que es esto lo que buscabas antes de equivocarte de habitación. Jovencita traviesa... —Chasqueó la lengua, sin dejar de medio sonreír. Abby pensó que no había ni rastro de alegría o regocijo en ese gesto, solo costumbre—. Sabía que me serviría de algo coger esto. Por ahora vas a tener que batir las alas para tomarlo.

Abigail se sonrojó.

—¿Qué? Pero...

Parpadeó de prisa cuando él le puso el pañuelo en la cara. Intentó agarrarlo en vano. Blaydes volvió a alzarlo, muy lejos de su alcance.

«Por estas cosas odio a los hombres altos».

Aunque no era un alto vertiginoso ni apabullante. Era solo alto y gallardo, y tan elegante que no se habría fijado en su desnudez si no le hubiera dado con ella en la cara.

—Es usted un... —Apretó los labios. Sabiendo que no le serviría la fuerza, optó por la súplica—. Por favor, milord...

—¿Milord? —Arqueó una ceja—. Pero bueno, milady... ¿Acaso no sabe quién soy yo? —Al ver que no contestaba, bajó el brazo y evocó una reverencia—. Dorian Blaydes, para servirle...

Abby aprovechó que tenía el pañuelo a mano para agarrarlo y echar a correr con él engurrñado en el puño. No fue especialmente rápida, porque Dorian alcanzó uno de sus volantes y tiró para devolverla a su sitio. No lo consiguió, pero sí se lo rasgó.

Quiso pararse a increparle su falta de diplomacia, pero cuando chocó de nuevo con esos penetrantes ojos azules decidió dejarlo correr. Nerviosa, confundida y con un cosquilleo en el estómago imposible de catalogar, empujó la puerta y se escabulló por el pasillo.

Antes de volver a la fiesta se miró en el espejo del recibidor y jadeó al comprobar el mal estado del vestido. De ninguna manera podía plantarse en el salón de ese modo, como si un león la hubiera atacado... Aunque en realidad fuera cierto que un depredador la había asaltado.

Buscó maneras para disculpar el roto del traje y así poder bailar con Ashton, pero no encontró ninguna excusa factible. No le quedó más remedio que abandonar la fiesta y regresar a casa. Con un vals y un volante menos, y un conocido de estremecedora mirada añil más.

«La condición de dama soltera proporcionará respetabilidad a la susodicha siempre y cuando no ponga en tela de juicio su honra quedándose a solas con un hombre que no sea su padre o su hermano...».

Extracto del *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

Cuando Abby llegó a casa después del desagradable incidente con Dorian Blaydes, se vio seriamente atacada por su lado místico. Ese que desde niña había cultivado con cuentos de hadas y poemas sobre la fuerza del sino. Un sino que, trasladado a la situación de haber renunciado por segunda vez a un vals con lord Ashton, parecía sugerir con la sutileza de la casualidad que ese hombre no era para ella.

Estuvo varios días pensando largo y tendido en lo curioso del hecho. Sabía que estaba exagerando —como tenía ya por costumbre—: ¿por qué iba el Destino a decir que sí o que no, cuando en la primera ocasión el conde no había podido bailar con ella por su precipitada marcha y en la segunda simplemente se mereció perder la oportunidad por entrometida? Su lado racional y obsesionado con Ashton lo tenía muy claro, pero los remordimientos del espíritu que vivía dentro de ella habían acabado superándola.

Por supuesto, comentárselo a Jess solo había servido para que la mirase como si se hubiera vuelto loca. «Has sido víctima de dos imprevistos», había dicho. «Si quieres dejar de cortejar a mi hermano, vas a tener que buscarte otra buena excusa».

Como no consiguió convencerla del todo, lady Jezabel echó mano de su perspicacia para que coincidiera con el conde de Ashton en las siguientes seis o siete veladas. Y no se podía decir que no se hubiera salido con la suya, porque dos semanas después, Abigail se encontraba en un estado de iluminación al que había decidido llamar «amor».

Lord Ashton no solo era guapo. También bailaba de maravilla, sabía conducir las conversaciones de manera que los dos interviniesen lo mismo — lo que significaba que no era ni egocéntrico, ni reservado en exceso— y siempre parecía interesado en saber su opinión sobre cualquier materia. Aquello para Abigail era lo más parecido al cielo, y él, gracias a esa misma inteligencia por la que era famosa su hermana, lo había notado.

—Me sorprende que no la saquen a bailar más a menudo —le dijo cuando cumplía la promesa del vals. Abigail se esforzaba por ocultar una sonrisa bobalicona, pero estar entre sus brazos la hacía sentir tan bien consigo misma que a duras penas podía escudarse en la simplona cortesía que le inculcaron desde niña—. Es usted la mejor pareja de baile que he tenido.

Su lista de virtudes no acababa ahí. En otra ocasión, mientras admiraban en silencio el don de una cantante de ópera durante su representación, Ashton se había inclinado sobre ella para contarle curiosidades sobre la historia de la Royal Opera House. Con ello no solo quedó demostrado que era un hombre culto e interesado en todo lo relacionado con su nación, sino que tenía un efecto inquietante sobre ella. Al tener sus labios tan cerca del oído, su corazón había empezado a latir más rápido. Y cuando se separó, la decepción la invadió de tal manera que se pasó toda la noche conteniendo suspiros lastimeros.

Le habría gustado ser una desvergonzada capaz de hablarle a esa distancia,

de rozarle la mano con los dedos durante un paseo, de agarrarlo con firmeza durante los vales que siguieron... Pero la timidez cimentaba sus articulaciones con yeso y cal, y para cuando tenía la oportunidad de lograr un acercamiento, ya se había convertido en piedra.

Además de que estaba plenamente convencida de que Ashton no estaba interesado en ella. Era impensable que un hombre de su casta y atractivo físico encontrara algo ni remotamente virtuoso en una mujer reservada, solitaria y que todavía vestía como las debutantes de la Regencia. Si el caballero la invitaba a cenas y buscaba su compañía debía ser por insistencia de Jess, a la que era imposible negarle algo, ya fuera por sus argumentos aplastantes o escuetos chantajes.

O eso había pensado hasta que Ashton decidió salir a pasear con ella tras los fuegos artificiales del cumpleaños del señor Wentworth. Abby no esperaba ninguna propuesta de matrimonio. Ni siquiera habían hablado sobre el asunto, y no era porque no hubiese intentado sacarlo a colación. Desgraciadamente se le trababa la lengua cada vez que mencionaban el futuro, lo que les obligaba a centrar la conversación en otros puntos.

También confiaba en sus intenciones y no creía que fuera a besarla o hacer ademán, pero el hecho de estar a solas con él la alteró lo indecible.

¿Qué podía decirle? ¿Le sonreía, mostraba su lado serio, actuaba como si no le importara demasiado...? ¿A qué distancia de él debía caminar? ¿Quería dar la impresión de normalidad, o expresar cuánto le complacía su cercanía? Oh, ¿dónde estaba Viviana cuando se la necesitaba?

Como empezaba a ser costumbre, fue él quien rompió el silencio. Comenzó con una charla insustancial que Abby se esforzó por seguir con la mayor naturalidad posible, hasta que llegaron a una senda delimitada por un par de bancos. Abigail se sentó esperando que él la imitase, pero Ashton se quedó de pie, estudiando las flores que crecían a ambos lados del camino.

—¿Ha oído hablar de la orquídea australiana, milady?

A Abby no le sorprendió la pregunta. Acostumbraba a comentar en voz alta

lo primero que le pasaba por la cabeza. Era un hombre que divagaba constantemente, pero nada salía de sus labios que no fuese interesante.

—No, milord.

—Es la flor más difícil de cuidar, la orquídea de la que hablo. *Caleana major* en latín y descrita por primera vez por el botánico escocés Robert Brown, gran amigo de mi abuelo —concretó—. Se extiende por todo el sur de Australia, culminando en los límites de Queensland. Aparte de en esta zona de la que hablo, es imposible su cultivo en tierra común, y cuando ha florecido en su hábitat, no llega a vivir más de un año o dos. Es de las pocas plantas de bosques tropicales que prefieren el frío al calor, y solo hay una clase de insecto capaz de polinizarla.

—¿Cómo sabe todo eso?

—Estuve un tiempo conociendo Australia y la vi con mis propios ojos. Fui con un grupo, y de este, muy pocos supieron apreciarla a pesar de su belleza. Supongo que se debe a que era distinta a lo que se había visto antes, y no contaba con el típico encanto de una orquídea común, de esas que podemos encontrar a raudales en Inglaterra. Pero lo que me llamó la atención de ella no fue su aspecto, sino cuán intensivos eran sus cuidados y su tardío florecer. —Ashton la miró con una expresión tierna—. Usted parecería una de estas extrañas especies de no ser porque tengo la sensación de que tardaría más de un año en abrirse a mí. Más de una vida, incluso.

Abby enrojeció tanto por el cumplido como por la posible interpretación.

¿Estaba insinuando que quería que se... entregase a él? ¿En ese sentido?

«Viviana...».

—Por Dios, milady, no es lo que piensa —rio Ashton, despreocupado. Se acercó a ella y tomó asiento a su lado—. Quiero decir que llevo casi dos meses compartiendo mi ocio con usted, preguntándole sobre toda clase de materias, y siento que no sé nada sobre usted. Es como si hubiera un muro inexpugnable entre su mente y los demás. Y lo admito: desearía derribarlo. Sobre todo para saber si tiene algún interés en mí o intenta complacer a mi

hermana viéndose conmigo. No me gustaría estar desperdiciando su tiempo, ni tampoco que se sienta presionada.

Abby necesitó un momento para asimilar el exceso de información, pero en cuanto estableció la relación entre sus palabras y su comportamiento, que repasó a toda velocidad para encontrar la base del problema, quiso que se la llevaran los demonios.

¿Tan mal lo había hecho para que no pudiera poner la mano en el fuego por sus sentimientos? Pensaba que estaba siendo demasiado obvia, y por el contrario, lo había tratado como a un amigo.

—¿Por qué piensa que no me interesa? —preguntó con un hilo de voz—. Yo... Soy muy tímida, milord, pero intento esforzarme todo lo que puedo para hacerle ver que disfruto de su compañía. Adoro conversar con usted y si me lo encuentro de casualidad en alguna parte, no necesito nada más para sentirme en paz.

—Es recíproco, milady. Lo que preguntaba es si alguna vez podré cruzar la barrera de la cómplice amistad. Porque esperaba haber sido convincente demostrando que no deseo otra cosa salvo compromiso.

Abby se atragantó, de pronto asaltada por el miedo. Lo miró a los ojos en busca de algo que clamara el desenlace de una broma, pero su solemnidad la disuadió de ser un sueño.

Un hombre al que admiraba y del que se había enamorado con solo mirarlo estaba declarando su intención de casarse con ella.

El pánico y el regocijo se cogieron de la mano para echarle un nudo a sus entrañas. Evidentemente se sentía halagada, jubilosa incluso, y sin embargo... Había un muro invisible entre la felicidad por el ofrecimiento y ella.

Le habría gustado disponer de tiempo suficiente para meditar de qué podría tratarse. Sin embargo, ya había pasado mucho tiempo en silencio y le debía una contestación.

—Yo... Quiero lo mismo, milord.

—¿De veras? ¿No lo dice para contentarme?

Abby esbozó una sonrisa afectada ante su tono incrédulo.

—Claro que no. Yo... Debería haberme esforzado más para no dar lugar a esto. Tendría que haberle confirmado que estaba interesada, pero me cuesta tanto...

—Por eso no se preocupe. Ahora que sé que tiene interés no me importa demostrarlo por los dos.

Antes de que Abby pudiera hacer o decir algo más, Ashton se inclinó sobre ella.

En el tiempo que discurrió entre un parpadeo y otro, se encontró con que el conde tenía los labios pegados a los suyos, y los movía buscando una respuesta por su parte. Ella, temblando por lo que suponía que debía ser emoción, intentó responder con el mismo brío... Pero no pudo. De repente se vio atrapada en los brazos de un hombre, tan asustada por el impulso que se quedó completamente inmóvil. Hizo todo lo que pudo por moverse, abrazarlo de vuelta, separar los labios... Y nada. Su cuerpo ya no le pertenecía. Era todo mente, y su mente le gritaba que estaba equivocándose.

Se sentía tan impotente, enfadada consigo misma y decepcionada por lo que debía ser el primer y mejor beso de su vida, que no pudo contener una mueca antes de romper a llorar.

Ashton se percató enseguida de la situación y se separó tan rápido como pudo. La soltó de inmediato, y ella, en lugar de pararse a esperar una disculpa que a juzgar por su expresión habría llegado, se puso de pie como un abanto y echó a correr muy lejos de allí. Le pareció que Ashton la llamaba, e incluso se levantaba para seguirla, pero era difícil saberlo cuando la sangre se le acumulaba en los oídos y solo pensaba en alejarse.

Por el camino se le enganchó el vestido. Intentó liberarlo de la rama en la que casi se había anudado, pero fue en vano. Fue poniéndose más y más nerviosa hasta que empezó a tirar con fuerza, y justo cuando pensó que tendría que desnudarse para salir de aquel laberinto, una mano cálida la cogió de la muñeca para detener sus histéricos movimientos.

—El vestido no tiene la culpa de nada, colibrí.

La voz profunda consiguió estremecerla de tal manera que se tambaleó. Con el miedo aún atascado en la garganta, apartó su mano y tiró tan bruscamente del vestido que consiguió liberarse por fin... dejándose una buena porción de tela por el camino. Prácticamente todos los volantes traseros.

El hombre chasqueó la lengua.

—¿Nunca ha oído que quien avisa no es traidor?

Abby se mordió el labio para no llorar con más fuerza. No lo consiguió. Ni siquiera la presencia de Dorian Blaydes, un hombre al que no convenía darle motivos para burlarse, pudo evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas.

—Por favor, déjeme —gimoteó. Lo tenía tan cerca que lo sintió tensarse a su espalda.

—¿Está llorando?

Le sucedió una prolongada pausa en la que quedó claro que Abby no pensaba responder. Creyó que sería suficiente para espantarlo, ya que su reputación de cínico y descarnado le precedía, pero no se movió. Cuando volvió a hablar lo hizo con tanta suavidad que no supo cómo reaccionar.

—Venga aquí.

Abby se giró más por curiosidad que por obedecer la orden. Siendo noche cerrada, la visibilidad era reducida, pero algunos farolillos colocados en honor a la fiesta del interior le iluminaron parcialmente el rostro. Las facciones duras pero curiosamente armónicas del hombre aparecieron ante Abigail como las sombras de una historia de guerra romana y perdición.

Lo vio quitarse la chaqueta, inclinarse sobre ella y anudársela a la cintura. Asistió a sus movimientos decididos completamente enmudecida, prestando tanta atención a la expresión solemne de su rostro que pronto se dio cuenta de que no había parpadeado ni una vez, dejando de llorar. El temblor hubo remitido hasta desaparecer.

Luego se fijó en el sencillo chaleco que vestía, la camisa algo ceñida a los

brazos y la estrecha cintura. Vestido parecía incluso desgarrado, y nada más lejos de la realidad. Se movía con una gracia felina que jamás habría creído en un hombre, como si fuera mitad humano, mitad pantera.

—La chaqueta de Dorian Blaydes no es el mejor accesorio que podría llevar una mujer decente, pero le servirá para deslizarse hasta su carruaje sin que le vean las calzas por el camino.

—Ahora mismo parezco cualquier cosa menos una mujer decente —susurró, con una tranquilidad que le sorprendió incluso a sí misma—. Lo siento, señor Blaydes...

—¿Por qué me pide disculpas?

—Porque... —Pasó un rato pensando, descubriendo que en realidad no lo sabía—. Siempre me encuentra en situaciones comprometidas.

—¿Qué situaciones comprometidas?

—El otro día usted y yo... Seguro que creyó q-que buscaba el pañuelo del señor Talbot porque soy su... su amante.

Dorian esbozó una sonrisa que, extrapolada a la literatura, habría sido una sátira teatral.

—El señor Talbot no se dedica a otra cosa que a hacer alarde de sus conquistas, así que créame cuando le digo que si no me ha hablado de usted es porque no figura en su lista de muchachitas arruinadas. Por otro lado, me ha ofendido. No tengo tan poca visión como para pensar que podría tener un amante, y definitivamente no sería tan imbécil como para tacharla de una cosa u otra en caso afirmativo. Por si no lo imaginaba ya, yo tampoco vengo de tomar un poco el aire... Y no soy ningún fanático de la doble moral.

El brillo irónico de sus ojos confirmó lo dicho. Sin duda, los jardines siempre eran un buen sitio para encuentros románticos.

—Pero a usted no se le nota.

—Se le ha notado a usted por mi culpa. A estas alturas ya sabrá que los calaveras tenemos la capacidad de rasgar faldas con solo aparecer... —bromeó—. Le debo dos vestidos.

La despreocupación monótona con la que habló de su condición le resultó incluso divertida, pero seguía tan conmocionada por los hechos que no sonrió. Cuando vio que tenía intención de marcharse, una oleada de decepción la invadió, y se molestó consigo misma al asumir que se iba porque su charla era insustancial.

—Gracias, señor Blaydes. Encontraré la manera de devolvérsela.

Él se giró un momento, con esa sonrisa incapaz de expresar un sentimiento concreto que le empezaba a caracterizar.

—Mejor encuentre a un hombre que sepa complacerla, colibrí. Le sentará mucho mejor que a mí la chaqueta.

«Es imprescindible que una dama tenga como lección aprendida las compañías que no debe frecuentar bajo ninguna circunstancia».

Extracto del *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

Estaba tan avergonzada por su arrebató que no había dormido ni comido en dos días. Todo por motivos puramente fisiológicos, puesto que si recordaba el pésimo encuentro con Ashton, sentía que una garra le retorció el estómago y le daban ganas de devolver hasta la primera papilla. Y no era su único padecimiento, porque si trasladaba la evocación al momento en que se cruzó de nuevo con Dorian Blaydes en un momento crítico, se ruborizaba furiosamente. El hombre había malinterpretado la situación, asumiendo que Ashton la había forzado o maltratado, y de ser así, Abigail no se perdonaría que a partir de entonces pensara lo peor del conde.

Esa mañana se había levantado con ganas de llorar y gritar, pero sabía que ninguna de las dos cosas arreglaría la situación.

Ashton le confesó que quería casarse y demostró que era de su agrado regalándole su primer beso, y ella decidió reaccionar estropeando la relación que podría haberse forjado a partir de ese momento. Imaginaba que un hombre como él no perdería el tiempo insistiéndole, por lo que tendría que actuar.

El problema era que estaba tan avergonzada que dudaba que fuera capaz de

mirarlo a la cara.

Se planteó mandarle una carta urgente a Jess para confesarle lo que había ocurrido. Conociéndola, se mostraría comprensiva y le regalaría útiles consejos... Pero temía decepcionarla, y en el fondo no estaba dispuesta a compartir una de las grandes miserias de su vida con alguien a quien admiraba. Sobre todo si el que había padecido su estúpido ataque de nervios era el hermano de la susodicha.

Tampoco molestaría a Viviana con una tontería así. Para Abigail, su comportamiento hacía unas noches había supuesto el fin a la posibilidad de casarse, lo que se traducía en que estaba condenada a ser una infeliz y era el problema de mayor gravedad entre todos los que tenía: no obstante, comparados con los de la señorita Viviana Conti —o Viviana Radcliff, ahora que estaba casada—, eran una indiscutible sandez. Bastante tenía con su miserable esposo para encima soportar un drama infantil que debería haber manejado con éxito.

Por eso decidió quedarse un día más en casa, analizando por qué había reaccionado de esa manera y dándole vueltas a cómo podría arreglar todo aquel entuerto sin molestar a sus seres queridos. Pensó en qué estaría dispuesta a arriesgar por el conde de Ashton, en hasta dónde sería capaz de llegar por recuperarlo. Y después de una larga y tendida conversación consigo misma, llegó a la conclusión de que se había asustado porque no tenía ni idea de qué se hacía en esos casos. Exacto: le constaba que Viviana tenía la experiencia de galanes italianos para salir airosa de esa clase de situaciones, además de que por sus venas corría la pasión mediterránea. Jess, por otro lado, podía ser una bella flor inglesa demasiado técnica para dejarse llevar, y definitivamente demasiado obsesionada con un hombre para dejarse tocar por *segundones*, pero también tenía cierta idea sobre el amor. Ella, en cambio, jamás había estado tan cerca de un hombre, y sus conocimientos al respecto eran nulos.

La solución era sencilla. Tenía que acostumbrarse a que la tocaran, aprender

a disfrutar con ello para no salir corriendo y procurar exteriorizar lo feliz que era cuando pasaba tiempo con lord Ashton. Eso solo podía lograrlo venciendo su timidez y tomando lecciones sobre seducción.

El problema era: ¿quién diablos impartía clases sobre algo tan natural... y asimismo libertino? ¿Estaría dispuesto o dispuesta a colaborar? Porque Viviana y Jess no eran una opción. Ellas eran maestras del fingimiento, y el juego de las apariencias no iba con Abigail. Por muy inteligentes que fueran, no terminaban de conocer la mente masculina al dedillo... o el cuerpo. Una conclusión que vino de la mano de una pregunta: ¿quién conocía mejor el cuerpo de un hombre... que un hombre?

Ahora sabía que debía recurrir a alguien experimentado, que pudiera decirle lo que hacer y enseñarle cómo debía sentirse. Alguien experimentado y discreto. Alguien sin escrúpulos. Y sobre todo, alguien por quien no pudiera desarrollar ninguna clase de sentimientos.

Dorian Blaydes se quedó mirando la invitación a la boda del muchacho Haviland sin alterar las facciones. El mayordomo, que esperaba pacientemente a que su señor se decidiera a confirmar su asistencia o declinar la oferta, no habría sido capaz de descifrar los pensamientos del susodicho. Aún no había nacido hombre o mujer con la innata capacidad de leer la mente a Dorian, cosa con la que un amplio número de convecinos soñaba: tenía un don para los números y las apuestas, lo que generaba ingresos de sobra que envidiaban incluso quienes le odiaban. También sabía labrarse amistades convenientes aunque en el pasado hubiera sufrido a causa de compañías tildadas de funestas. Y aun así, el enrevesado intelecto de Dorian no era solo interesante por su eterna buena suerte en negocios ajenos, sino porque era tan reservado que presentaba todo un reto.

Levantó la mirada para estudiar al mayordomo, al que cazó echando un

vistazo rápido a la lectura que había dejado a un lado en pro de atender su labor social. Dorian se percató del significado de la reprobación implícita en sus saltones ojos claros. Ahogó una ligera sonrisa.

—¿Le ha molestado algo de lo que ha visto, Wilson?

—Pues ahora que lo dice, señor Blaydes, sí que me ha molestado algo —contestó, tan pedante como de costumbre—. Esa... revista que está hojeando no es digna de un hombre como usted.

Qué bonito sonaba aquello. Un hombre como él... Le habría pedido que le echara flores para elevarlo a las nubes con su definición, si no hubiese tenido la suya propia, una bastante menos positiva.

En lugar de responder a la pulla, se inclinó para tomar dicha revista y hojearla con cuidado. No eran más que unos cuantos folletos grapados malamente, pero con un contenido que él, en lo personal, encontraba fascinante. La plática del autor anónimo acerca del hegelianismo era refrescante; una pausa entre los gritos de revolución que vomitaban en ese periódico socialista. Claro que ese era el problema para su mayordomo conservador. Ser un ensayista conocido por su marcada inclinación a la izquierda, todo lo que saliera de su pluma era un insulto al lector.

Decidió ignorar la expresión de Wilson y la meticulosa prosa de Robert de Rouvroy, volviendo a la invitación.

—Wilson —exclamó al fin, tan enérgico como aburrido—. ¿Recuerda lo que le dije sobre esto? —No esperó a que contestara—. Le refrescaré la memoria: la próxima vez que me molestase con una de estas patochadas, le despediría.

—Con el debido respeto, señor, me ha despedido tantas veces que ha desvirtuado el significado de la orden —habló, con la libertad de quien conoce al interlocutor desde la tierna infancia—. Y soy perfectamente consciente de ello, pero si me permite decirlo, sería una buena oportunidad para empezar a llevarse con los Haviland. Son una familia muy respetable, y si está interesado en volver a incorporarse a la buena sociedad, comenzar por burgueses sería una buena opción.

—¿Quién rayos está interesado en pertenecer a la «buena sociedad»? ¿Podría usted decírmelo, ya que manifiesta una gran disposición a espetarme lo que debo hacer?

—Yo no espeto nada, señor, simplemente sugiero. Le conozco lo suficiente como para saber que una insinuación es lo único que no desdeñaría.

—Pues se equivoca, porque desdeño su insinuación. Wilson, me importan un bledo los Haviland, sus hijos, sus hijas, sus padres, sus tatarabuelos, sus nietos... Su línea de ascendientes y también toda su progenie. ¿He sido claro? Diablos... —Sacudió la cabeza—. ¿Por qué iba a ir a su boda?

—Para *fingir* que le importan.

—¡Por supuesto! ¿Y qué es lo siguiente? ¿Casarme con Celinia Haviland para reforzar el vínculo? Dios me guarde —masculló maliciosamente, inclinándose hacia delante para coger la cajetilla donde guardaba los habanos. Sacó uno y se lo colocó en la boca: Wilson lo encendió enseguida, sacando un paquete de cerillas de quién sabía dónde—. Rechace la invitación. Y si le sabe muy mal, invéntese cualquier memez que me deje en buen lugar.

—A usted no hay manera de dejarle en buen lugar. Está convencido de que ha venido al mundo para escandalizarlo y comportarse como un salvaje, y está consiguiendo convencer al resto en el proceso —farfulló Wilson por lo bajo. Dorian nunca estaba a salvo de sus regañinas—. Y hablando de la señorita Haviland... Ha sido ella quien ha mandado la invitación. Ha escrito algo en el reverso, por si le interesa leerlo.

—Si no ha adjuntado ninguna fecha, ninguna hora y ningún lugar, la nota puede ir directa a la basura.

—Señor Blaydes... —empezó, mirándole con un aviso—. Ya que en su momento me dio el poder de ejercer como padre, deje que le diga que se está comportando como un estúpido redomado.

—Ahora me dirá que le sorprende. Aparte eso de mi vista antes de que lo haga trizas con mis propias manos. Se acabó ir a esos eventos de pacotilla para hacerles de mono de feria o para fornicar con la anfitriona, su hija y hasta

su condenada nieta. Estoy harto de tanta parafernalia e hipocresía.

—¿Entonces piensa pudrirse en este mismo salón de por vida?

—Por supuesto que no, Wilson. Saldré para comprar tabaco.

El mayordomo compuso una mueca de decepción y abandonó el salón, llevándose consigo la carta que había desencadenado el desprecio de Dorian. Este permaneció en silencio, fumando tranquilamente. Cada dos minutos, echaba un vistazo a la ventana abierta de par en par, preguntándose qué se habría atrevido a escribir Celinia Haviland.

Cuando la conoció, le pareció una de las mujeres más bellas que había visto nunca... Y casi no tuvo el honor. Coincidieron de casualidad en Bond Street; ella parecía huir de algo o de alguien, oculta bajo una capa que se soltó al chocar con él, revelando una belleza rubia sin igual. Descubrió entonces, y con un gran regocijo interior, que la muchacha no se andaba con medias tintas: tardó exactamente unos minutos en invitarle a hacerle una visita. Por lo visto, estaba castigada durante unas semanas por una fechoría que no le confesó, y que supuso que repetiría durante sus días de libertad, puesto que la confinaban frecuentemente en su alcoba.

Sin embargo, estaba empezando a cansarse de ella, lo que no tenía mucho sentido: Celinia era una amante con un gran sentido de la imaginación, tanto así que había inventado juegos del todo interesantes para que no echara de menos la consumación definitiva. Evidentemente, Dorian no deseaba comprometerla. Ante todo, era una muchacha de buena cuna que no tardaría en confesar su crimen entre lágrimas, y entonces... Entonces, su hermano se armaría con una Beretta y le abriría el cráneo al amanecer, o peor aún: le obligarían a casarse con ella. No, Dorian no iba a jugarse su soltería e independencia por una mujer que cada vez que hablaba le ponía el vello de punta... Aunque eso no significaba que fuese a renunciar a sus besos. Después de haber estado en numerosas relaciones con mujeres vírgenes, Dorian concebía el coito como una práctica sexual cualquiera, que ni de lejos le parecía la más satisfactoria.

El problema de todo era justamente el mencionado: se aburría, mientras que la obsesión de Celinia crecía. No había manera de ponerle freno. Claro que hasta el momento no lo había intentado, y dudaba que llegara a perder el tiempo miserablemente tratando de hacer razonar a una señorita que se prendería fuego a sí misma para que la mirasen dos veces.

La puerta volvió a abrirse.

—Ni lo intente —amenazó a Wilson, que sujetaba el pomo de la puerta con los nudillos blancos—. No va a convencerme de ir a esa boda.

—Descuide, señor. Venía a decirle que tiene una visita. Una visita femenina —concretó.

—Y eso también le extraña a estas alturas —dedujo Dorian irónicamente. Después se tomó un momento para meditar si le apetecía tener una cita clandestina con Celinia en ese preciso instante. Recordó su cabello rubio, su cara redonda y sus labios en forma de corazón... Nada se agitó dentro de él, ni siquiera una ligera emoción por la expectativa, pero se encogió de hombros igual y decidió que le veía bien una distracción—. Dígale a la señorita Haviland que pase. Veré qué puedo hacer.

—No es la señorita Haviland, señor.

—¿Lady Merton? ¿Sheryl? ¿Gwendolyne Payne? ¿La pelirroja de la otra vez?

Wilson negó con la cabeza una y otra vez.

—No ha revelado su identidad y ha especificado que no lo hará hasta que no esté a solas con usted. ¿La hago pasar, o le pido que se marche?

Dorian estuvo a punto de poner los ojos en blanco. No era la primera vez que Celinia se presentaba en su casa con un jueguito de ese tipo. En los últimos días, se le había metido entre ceja y ceja convertirlo en un hombre apasionado e interesarlo en su compañía fuera de la cama; lejos de la protección de las sábanas que lo protegerían de su anodina personalidad. Se había quedado por el camino, como muchas otras.

De todos modos, esa vez le picó levemente la curiosidad. Si Wilson decía

que no era la señorita Haviland, no sería la condenada señorita Haviland.

—Sí, hágala pasar. No se preocupe por mí, Wilson —añadió en tono comedido, viendo que el mayordomo estaba preocupado—. La registraré antes de que plante el trasero en mi sillón. Ya he aprendido a aplacar amantes vengativas con una pistola bajo la enagua.

Aquello pareció tranquilizar a Wilson, que asintió y se retiró para luego aparecer de nuevo con una mujer pisándole los talones.

Había estado en lo cierto al confiar en que no era Celinia: la dama en cuestión —porque era una dama, sin lugar a dudas. Su elegante caminar y su espalda estirada lo confirmaban— era bastante más alta, de largas y delgadas extremidades. El hecho de que el vestido le quedara ligeramente holgado por la cintura terminó por determinar lo que ya había dado por supuesto. Celinia Haviland estaba podrida de dinero y seguía la moda de París. Ni siquiera al salir precipitadamente de su cama con el vestido arrugado se la había visto desfavorecida.

—El señor Dorian Blaydes, milady —presentó Wilson. Acto seguido, se marchó cerrando la puerta, dejándola a merced de su intenso escrutinio.

Dorian se quedó mirando el velo que cubría parcialmente el rostro. Con la luz del alba, se lograba percibir piel pálida como ninguna otra a través de los encajes de la mantilla. Se le antojaba familiar, y curiosamente atrayente, pero no pudo reconocerla hasta que se lo quitó con cuidado. Se fijó en que los dedos le temblaron levemente, revelando un gran nerviosismo amortiguado por, quizás, horas y horas de sermones sobre la importancia del coraje.

Si se hubiera presentado la mismísima reina Victoria vestida como un bufón de circo ambulante, no le habría sorprendido más. Lady Abigail, hija del arruinado y empecinado en seguir estándolo lord Stratford, estaba en medio de su salón con una expresión resuelta... ¿A qué?

Lo único que se le ocurrió hacer fue echarle un vistazo a sus dos manos vacías, que llevaba entrelazadas en el regazo.

—No ha traído la chaqueta.

—Se la he dejado al señor Wilson. Pensé que él sabría mejor que usted dónde está el perchero —explicó. Podría haber sonado despectivo o como mínimo burlón, pero su tono era una llamada a la educación. Dorian tuvo la certeza de que podría acusarle de cerdo y seguiría pareciendo un cumplido, una virtud derivada de la elocuencia que le fascinó—. A no ser que sea uno de esos burgueses que se visten solos.

—Oh, no. Comparto con la nobleza esa costumbre de hacer todo lo posible por molestar a mis inferiores —comentó, desahogado. No se levantó para besarle la mano como habría procedido, por lo que no supo si Abigail apretó los labios por su falta de cortesía o por sugerir que el linaje del que procedía poseía el defecto de la tiranía. Como si quisiera compensarla por la ausencia de diplomacia en su comportamiento, señaló el diván frente a él con un gesto para animarla a sentarse—. ¿En qué puedo ayudarla, milady?

Abigail rodeó el sillón, flotando en lugar de caminar, y se sentó con tanto cuidado que pensó que tenía los huesos de cristal. Reconoció en la incomodidad que la embargaba cuánto le estaba costando estar allí, y casi instantáneamente sintió curiosidad por los motivos que la habían arrastrado a la guarida del lobo. Si fuera un poco más necio, habría imaginado que Abigail buscaba que la sedujeran, y aunque desconfiaba del decoro y contención de cualquier dama habiendo puesto a prueba a un sinnúmero de estas, estaba seguro de que ella era la gran excepción. La prueba era ese tono rosáceo que le coloreaba las mejillas y que se estaba volviendo familiar: no era la clase de rubor que las debutantes se esforzaban por lograr y que les encantaba lucir en sus pómulos perfectos, sino uno tan natural como la vida misma. Por no hablar de que Abigail parecía no darse cuenta de él, y cuando lo hacía, se llevaba las manos a la cara con clara mortificación. Demostraba odiar los signos de debilidad, justo como el propio Dorian, al que sin embargo le molestaba cualquier gesto espontáneo o dulce en las mujeres. Por eso buscaba seductoras experimentadas o, al menos, algunas que no se preocuparan de parecer sumisas y se desataran a la primera oportunidad.

Aun así, el rubor de lady Abigail le tenía intrigado.

—Antes de hablarle sin tapujos de los motivos de mi visita, me gustaría que me prometiese discreción. Si decide no aceptar mi proposición, sería un alivio marcharme sabiendo que no la utilizará en mi contra.

Estaba acostumbrado a que la gente pensara lo peor de él, pero que aquella criatura tan aparentemente pura tuviera que tomar la precaución de pedirle silencio le molestó. Por supuesto, se cuidó de exteriorizarlo.

—Tranquila, milady. Solo arruino reputaciones si se me suplica tres veces, como al genio de Aladino. El resto del tiempo soy una tumba.

Supo que aquello le bastó, porque hizo el amago de sonreír. Desgraciadamente estaba demasiado nerviosa y aún desconfiaba como para dedicarle tal gesto, por lo que se limitó a erguirse.

«Un poco más y se parte la espalda», pensó él. No lo negaría: le divertía.

—Le hablaré con claridad, señor Blaydes —empezó, manteniendo las manos en el regazo. El rubor se intensificó un tanto, como si ya estuviera avergonzándose de lo que aún no había dicho—. Quiero casarme con un caballero.

Dorian parpadeó una sola vez.

—Enhorabuena —cabeceó—. Pero con todo el respeto del mundo, milady, eso a mí no me importa.

—Lo sé, lo sé... —se apresuró a aclarar, trabándose—. Solo quiero explicarle por qué voy a pedirle lo que voy a pedirle.

El nerviosismo fue pronto reemplazado por una expresión de calma absoluta y una voz aterciopelada, lo que fue digno de la admiración de Dorian. A primera vista no parecía capaz de controlar sus emociones, pero si se lo proponía tenía resultados fascinantes. Sin duda debía ser dueña de una gran fuerza de voluntad.

—Quiero casarme con un caballero que está interesado en mí. Como bien sabrá si conoce la situación económica familiar de los Appleby, es una oportunidad única y que no voy a dejar escapar por nada del mundo. Pero

mucho me temo que he... cometido un gran error durante el cortejo, y me gustaría asegurarme de que no volverá a suceder preparándome para otra situación del estilo. Incluso... incluso siendo yo la que toma la iniciativa.

—No la entiendo.

—Usted es un libertino, ¿verdad?

Dorian apartó la mirada, conteniendo una brutal carcajada.

—Eso dicen.

—Pues necesito a un libertino como usted para lo que me propongo.

—¿Qué se propone? ¿Volver a casa despeinada?

Fue realmente encantador verla enrojecer, y más aún esforzarse por estirar la espalda más estirada de la historia de las espaldas.

—Quiero que me enseñe a seducir a un hombre, señor Blaydes —soltó, mirándolo con tal determinación que Dorian se planteó cambiar de asiento para esquivarla, como si fuese una bala—, de manera que así pueda proporcionarle placer; demostrarle que estoy interesada en él y me ocuparé de sus necesidades.

Dorian dejó la mano del puro suspendida en el aire. Fue incapaz de recordar qué era lo que tenía entre los dedos y cuál era la finalidad del movimiento.

Era muy posible que su fachada de indolencia se hubiera ido al traste para imponer una mueca de absoluta perplejidad, pero en ese momento poco le importaba revelar su posición respecto a la propuesta. No estaba sorprendido. No estaba perplejo. Estaba absolutamente ojiplático.

Si le hubiera parecido una petición salida de tiesto, se habría rendido a la evidencia de que de vez en cuando podía equivocarse en sus predicciones: en este caso, asumiendo que Abigail era la única dama innegablemente decente. No obstante, y de manera casi milagrosa, seguía sin parecerle indecente.

Le había propuesto que le enseñara a seducir a un hombre *a él*, a poco menos que un proscrito de la sociedad al que dejaban que se paseara por los salones menos afortunados solo para murmurar por lo bajo sobre sus hazañas en la cama, y aun así la consideraba todavía una dama de la cabeza a los pies.

Debía ser porque a pesar de hablar con calma, estaba roja como un tomate y erguía la espalda como una reina orgullosa. En Abby Appleby se conjugaba la adorable princesa y la esclava de sus deseos, subordinando todo lo que decía a esa mezcla que la convertía en cualquier cosa menos en un ser impúdico.

—¿Tiene idea de lo que está pidiendo, milady? —preguntó al fin, antes de que pudiera sentirse más incómoda por el silencio—. Quiere que le enseñe a tocar, besar y complacer a un hombre cuando hace unos días estaba llorando a lágrima viva en un jardín a oscuras porque probablemente le habían acariciado la mejilla. Entenderá que no quiero ser el causante de ninguna impresión que derive en trauma.

Le sorprendió que Abigail no se molestara por el tono o por la cruel ironía de su ceja alzada. Por el contrario, admiró que mantuviera el temple a pesar de tener escrita la duda en la cara.

—Fue un beso, y es exactamente ese el motivo por el que le pido ayuda. No quiero volver a asustarme cuando el caballero vuelva a intentar besarme, sino responderle y hacer que lo... disfrute.

—¿Y qué le hace pensar que querrá volver a besarla cuando lo ha rechazado?

—Nada, pero ya se me ocurrirá algo para arreglarlo. He pensado que usted podría darme alguna idea. ¿Alguna vez le ha rechazado una mujer? —preguntó, muy interesada—. En el caso afirmativo... ¿Qué habría valorado en sus acciones para volver a interesarse en ella?

Dispuesto a ponerla a prueba, soltó:

—Que se quitara el vestido y me esperase desnuda en la habitación.

El objetivo de escandalizarla se desvaneció en el aire, porque milagrosamente ni se inmutó más allá del rubor.

—Si eso es lo que hay que hacer, enséñeme.

Dorian negó con la cabeza, molesto por haberle dado a entender aquello.

—Esa es solamente mi perspectiva. No todos los hombres quieren casarse con mujeres sueltas de moral. ¿Entiende eso? Yo no conozco las preferencias

de su pretendiente para adaptarme a ellas. Y no tiene que aprender a ser otra clase de persona o actuar como un determinado modelo para gustarle a un caballero.

Dorian desencajó la mandíbula al darse cuenta de lo que estaba diciendo. ¿Qué diablos hacía dándole charlas motivacionales a una mujer?

—No pretendo ser nadie salvo yo misma, con todo lo que eso conlleva —replicó, tan segura de sus palabras que Dorian no dudó de su sinceridad—. Pero quiero y necesito casarme con ese hombre, y después del desaire que le hice tendré que hacer algo grande para enmendarlo.

—¿Y por qué ese *algo* debe estar relacionado con la seducción?

—Porque es la mayor demostración de interés que hay, algo que yo no suelo manifestar debido a mi timidez. Además de que la pasión es algo que todos los hombres sin excepción buscan. ¿O me equivoco?

—No se equivoca —adujo quedamente—. Entonces pretende que la vea como una mujer irresistible, e insinuar que le esperarán grandes aventuras en la cama si se casa con usted.

—También quiero que se enamore de mí.

Dorian esbozó una sonrisa cínica.

—Es usted demasiado ambiciosa para su bien. Desgraciadamente no sé mucho sobre ese aspecto de las relaciones, por lo que tendrá que buscarse otro instructor.

—Creo que el amor se improvisa: nace o está destinado a morir. La pasión, por otro lado, es más premeditada de lo que parece. Así que me quedo con usted. Estoy segura de que no encontraré a nadie más cualificado.

Dorian exhaló bruscamente en un intento de carcajada. Nadie habría dicho que Abigail tenía un lado calculador y tan valeroso que se sentía propiamente amenazado, ni que se equivocaría tanto al definir la pasión como el amor, y viceversa.

—¿Y yo qué gano con esto?

Su determinación se vino abajo como un castillo de naipes. Pudo oír los

engranajes de su cerebro girando hasta chirriar, intentando dar con algo que pudiera interesarle a un tipo como él. La desazón no tardó en reflejarse en su semblante una vez asumió que no existía nada capaz de tentarle.

—No había pensado en eso —admitió humildemente—. Ya sabe que no tengo dinero, señor Blaydes, por lo que no puedo ofrecerle compensación económica... Aunque tampoco lo querría, ¿no? Le haría ver como una especie de...

—Fulana, sí —contestó con brío. Recordó su primer encuentro y casi sonrió: parecía destinado a acabar las frases por ella con las palabras que no se atrevía a pronunciar—. No piense que me creo tan honorable como para sentirme insultado. Usted ha planteado esto como un negocio, y el negocio de la carne es algo que persiste hoy día, por lo que no sería nauseabundo pedirle dinero a cambio. Aun así no lo haría porque ya tengo suficiente.

—Podría presentarle a todas las familias importantes que conozco para integrarse en la sociedad —sugirió con una nota esperanzada.

—Lamentablemente eso sería más un castigo que un favor.

Con esa contestación terminó de decaer el estado de ánimo de Abigail. Por lo visto había pensado que todo el mundo sería tan altruista como ella, o tal vez había decidido aferrarse a la nada para seguir adelante con su plan sin pies ni cabeza. La realidad le había dado en la cara: Dorian Blaydes no hacía nada a cambio de nada.

O sí.

Mirándola bien, era bonita. No de una manera excepcional, y en ningún sentido, además. No había nada de exótico en su rostro y tampoco parecía inglesa a simple vista. Tenía la piel muy pálida y la mirada melancólica de un cuadro del romanticismo, pero ahí acababa la similitud con el canon. La escasa melena castaña oscura, que a duras penas había logrado recoger en un moño, no se parecía al fino cabello claro de las debutantes más solicitadas. Estas tenían una estructura ósea perfecta, mientras que la cara de Abigail era más bien ovalada y con la barbilla ligeramente puntiaguda.

No, no era ninguna beldad, pero casi podía palpar ese aire de inaccesibilidad que la envolvía como en una fantasía. Compartía más características con una muñeca que con un ángel, lo que no era malo en absoluto cuando se tenía esa piel de terciopelo y ese cuello tan largo y elegante, perfecto para un amante de las marcas en la zona.

Bajo el vestido se adivinaban unas curvas ligeras indudablemente atractivas en el sentido de la admiración. Si una mujer curvilínea resultaba tan explosiva que incitaba a que la agarrasen con pasión, la sutileza de los contornos de Abigail daban lugar a interludios tántricos donde caricias eternas se llevaban a cabo en absoluto silencio.

Pero si Dorian decidió apiadarse de ella no fue por todo aquello, sino por una cualidad que su mente había decidido achacarle y que le intrigaba como ninguna otra cosa. Entre ese aura de elegancia, esos castos modales y esa distancia cortés a menudo confundida con aburrimento, le parecía ver oculto un anhelo superior a todo aquello, que palpitaba con la fuerza del verdadero corazón. Podía ser el deseo de ser amada por encima de cualquier cosa, de que alguien la tocara sabiendo que le concedería su alma si lo hacía de la manera soñada... O podía ser simplemente la ingenua pasión de una mujer a la que habían llevado encorsetada toda la vida.

El deseo de liberarla de su jaula era tan fuerte que negarle su ayuda no estuvo entre las posibilidades.

—Olvide la compensación por ahora. Más adelante me cobraré el favor de alguna manera —especificó, mirándola contrito. Abigail no comprendía la emoción salvaje de sus ojos: él se cuidaba de mostrarle al público sus cartas. Aun así, sí que percibió algo. El ambiente cargado, eléctrico, y una silenciosa y tentadora invitación a solo Dios sabía qué—. Empezaremos el miércoles. Vendrá a mi casa tal y como ha hecho hoy... Por la mañana, a poder ser. Procuraré enseñarle lo suficiente para tener a su pretendiente de vuelta en la boda del señor Haviland.

Para despedirla sí se levantó. El habano ya era historia, pero el humo aún

flotaba en el aire, igual que el dulce perfume a jazmín de la mujer. Dorian atravesó ambas esencias para acompañarla hasta la puerta, fijándose irremediabilmente en el escueto contoneo, casi tímido, de la falda al caminar.

Desde luego tendría que hacer un gran esfuerzo para convertirla en una mujer deseable...

Ese mismo pensamiento se desvaneció cuando ella se giró de repente para mirarlo directamente a los ojos.

—¿Es necesario que traiga algo conmigo?

La vio enrojecer al sentir su mirada a la altura de la boca. Quizá se había precipitado al asumir que el cuello era su mejor arma, cuando sus labios eran demasiado tentadores para estar en la cara de un pajarillo asustadizo. Parecían decir «bésame» y «muérdeme».

«Hiéreme», incluso. Algo que se le daba condenadamente bien.

Dorian volvió a mirarla a los ojos.

—Solo su buena disposición a dejar que le haga todo lo que me apetezca — dijo, besándole los nudillos. Como si se hubiera acordado de un chiste, añadió en el último momento—: milady.

«Una dama nunca hablará de sí misma, evitará el prolongado contacto visual y jamás dará su opinión cuando se toque una materia masculina». Extracto del *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

A pesar del gran impacto que Dorian Blaydes tuvo en ella, Abby no se arrepentía de su decisión.

Era la primera vez que hacía algo sin supervisión y que sería tildado de impúdico, y en lugar de replantearse si estaba equivocándose o había tomado el mal camino, sentía que por fin era dueña de sí misma, de que gozaba de una libertad con la que no recordaba haber soñado. Iba a luchar por algo que quería hasta conseguirlo, e iba a aprender por su propia mano cómo se sentía hacer cualquier cosa por una meta.

Cualquiera.

Días después de cerrar el trato, se encontraba sentada en la salita de la mansión de Dorian Blaydes, esperando a que su experto profesor en artes amatorias hiciera acto de presencia. Por el momento observaba la habitación con interés. Era acogedora, o quizá solo lo veía así porque sabía que allí viviría momentos demasiado íntimos y estaba ansiosa por adaptarse. El papel de pared en tonos beige, blanco roto, amarillo y ocre confería al ambiente el aire relajado con el que rompían los elementos decorativos. Sin duda, el señor

Blaydes desdeñaba el arte del movimiento romántico: se había quedado estancado en el tenebrismo barroco, decorando la estancia con cuadros esperpénticos. Eso, unido a la presencia de elementos como la cajetilla de habanos, el pañuelo de cuello sobre el respaldo del sillón orejero y una amplia gama de licores sobre el aparador de cristal, servía de asociación directa al retiro de un hombre.

Por lo demás, dedujo que no tenía motivos para sentirse incómoda; no hasta que llegara Dorian. El señor Wilson le había servido el té con diligencia e incluso ternura, lo que denotó que no estaba muy acostumbrado a tener visitas en la casa. O visitas que pudieran atenderse en primer término, y no ver correr ligeras de ropa por el pasillo.

Wilson era la clase de hombre al que le habría asignado el empleo de mayordomo incluso si se lo hubiera cruzado vestido de calle. Era alto, regordete y de pecho inflado. La papada desfiguraba un tanto sus rasgos más bien comunes, y los saltones ojos claros brillaban en su rostro como dos gemas preciosas en una playa de arena blanca. Sus ademanes eran exquisitos, su trato tan cordial como debía y aunque no era distante como cabía esperar en un mayordomo, Abby lo prefería así. Sospechaba que sería agradable tener cerca un hombre que no temía expresar cómo se estaba sintiendo en todo momento, no como el dueño de la propiedad, al que le costaba reconocer de qué pie cojeaba.

Como si lo hubiera invocado, Dorian Blaydes apareció a paso ligero. Una contracción estomacal alertó a Abigail de que todos sus miedos acababan de ser destapados por la sencillez del acuerdo, que ahora se hacía más real por su compañía física. Se fijó en que Dorian caminaba con despreocupación, pero a un ritmo que iba en crescendo, como si llegara tarde y le importase un bledo.

Lo vio tomar asiento en el mismo sillón donde había estado repantigado durante la primera conversación. Imitó la postura de ese encuentro, apoyando los codos en el reposabrazos, deslizando la pelvis por el asiento y colocando los pies sobre la mesa; dicho fuera de paso, haciendo alarde de la mala

educación que le enorgullecía enormemente.

Pero Abby no se ofendió, entre otras cosas porque no le dio tiempo. La mirada zafiro de Dorian capturó la suya llevándose toda su atención y, de camino, generándole un familiar cosquilleo en la nuca. Ese que estaba directamente conectado con la esencia del hombre, como si su cuerpo tuviera el deber de activar la voz de alarma con cada mirada.

—Sedúzcame —dijo solamente.

Abigail se estiró hasta que le crujió la última vértebra. Si hubiera sacado una pala de obras de debajo del diván y le hubiese propinado un buen golpe en la nuca, no se habría sorprendido más.

Su voz estrangulada no tardó en hacerse oír por encima del estruendoso silencio que siguió.

—¿Disculpe?

—Ya me ha oído, colibrí —contestó despreocupado, sin moverse. Solo alargó la mano para coger la cajetilla de tabaco, y a continuación sacar un puro que encendió con una cerilla. Después de una larga calada a la que Abby asistió con mucho más interés que repulsa, y de apagar el fuego aireando la mano desganado, prosiguió—. Si yo fuera ese hombre suyo que la trae por la calle de la amargura, ¿qué haría para captar mi atención?

Abby lo pensó un rato.

—No lo sé —confesó humildemente, encogiendo un hombro—. Por eso estoy aquí: porque quiero que un hombre sepa que le deseo y no tengo ni idea de cómo hacerlo.

—Invénteselo entonces. Tengo que saber más o menos cuánto trabajo tengo por delante y por dónde debo empezar. —Alzó una mano e hizo un gesto apremiante—. Vamos, haga lo primero que se le ocurra. Intente seducirme.

Abby asintió y puso a su cabeza a trabajar a toda velocidad. Buscó en conversaciones subidas de tono que había tenido con sus amigas, en algún que otro libro romántico que encontró escondido entre los pesados tomos de economía, seguramente propiedad de su madre; comentarios que varios

caballeros borrachos tuvieron la grosería de escupir delante suya...

Decidida, se puso de pie y avanzó hasta colocarse delante de Dorian. Este la observaba con los ojos entornados, el puro en la boca y una expresión que bien podría haber significado curiosidad, interés, aburrimiento o... nada. Su semblante ambiguo era, por un lado, estremecedor: le producía ansiedad no saber nada. Pero por otro, agradecía que así fuese. Habiéndosele ocurrido revelar un sentimiento negativo, Abby se habría metido en su caparazón de nuevo.

Preocupada por si no dejaba de darle vueltas a la idea del valioso tiempo que le estaba haciendo perder, apoyó una mano temblorosa en el reposabrazos, muy cerca de la suya, y dejó ahí todo su peso para poder alzar la pierna sin perder el equilibrio. En un torpe abrir y cerrar de ojos, Abigail estuvo sentada a horcajadas sobre su regazo, tan colorada que no podía pensar en nada salvo en el lamentable aspecto que debía estar ofreciendo, y mirándolo entre dubitativa y expectante.

Dorian no cambió de expresión, pero un relámpago de diversión hizo crujir los dos anillos añil que la estudiaban de hito en hito.

—Así que... —empezó, muy despacio. Abby se preguntó si se había tensado bajo su cuerpo o eran imaginaciones suyas—. Si ve a un caballero en la ópera o sentado en el salón de baile, llega y le planta su adorable trasero en el regazo —cabeceó, con una mueca—. Me extraña que sea usted la dama más respetable del *beau monde* si saluda así a sus amigos.

Abigail, avergonzada como muy pocas veces, se apresuró a levantarse. Esa vez sí estuvo segura de interpretar correctamente la emoción de sus ojos: gracia. Le hacía gracia. Estaba divirtiéndose a su costa.

—De acuerdo, ha sido muestra más que suficiente. Veo que tengo mucho que hacer... —comentó con desenvoltura. Le hizo un gesto para que tomara asiento frente a él, y por primera vez mostró una mínima disposición a ejercer como hombre de buenos modales sentándose como era debido. Entrelazó los dedos de las manos y apoyó los codos sobre los muslos—. Por si no ha quedado

claro: ni se le ocurra hacer eso con su pretendiente. Habría sido una excelente muestra si quisiera ser su fulana, pero si no recuerdo mal, está interesada en matrimonio.

—En el matrimonio se hacen esas cosas, ¿no?

—No en el matrimonio común; sí en uno afortunado. De todos modos estamos en un cortejo formal. Deberá ser mucho más sutil.

—¿Cómo?

—Miradas —enumeró, sacando un dedo por cada posibilidad—, roces, gestos, sonrisas coquetas, bailes... Hay un mundo de seducción al alcance de una mujer respetable. El problema es que es más difícil coquetear delante de un público estricto que rodeado de borrachos y otras putas. Aunque no creo que vaya a costarle ser perspicaz.

—Discrepo. Creo que ya ha quedado claro que se me daría mejor actuar como una... señorita de compañía.

Apreció una sombra de sonrisa en sus labios. No era ni educada, ni cortés, ni tierna, ni nada que pudiera tildarse de correcto o al menos no insultante, pero de alguna manera le sentaba bien el cinismo. Era un hombre adherido a la esencia del sarcasmo en su máxima extensión: incluso con su manera de fumar parecía estar desdeñando al mundo entero.

El señor Blaydes prefirió ignorar su comentario por lo bajini.

—Le presento la primera lección, lady Abigail: cómo sugestionar con la astucia de un felino. Si lo hace bien, habrá incitado al caballero a acercarse a usted.

—¿A qué se refiere? ¿Empiezo lejos de él?

—Cuando llega al salón del baile, primero la miran. Dependiendo de lo que muestre, mantendrán la mirada sobre usted o irán a buscar algo mejor. Tiene que conseguir con el poder del lenguaje no verbal que el susodicho no aparte los ojos.

Abby asintió, atraída por la idea y por la espontaneidad con la que hablaba.

—Es más fácil ser el centro de atención que pasar desapercibido, aunque

parezca lo contrario. En un salón bastará con llevar un vestido pasado de moda o guiñarle un ojo a un hombre para convertirse en el cotilleo de la noche. Tiene que ser más inteligente que eso y atrapar solo al caballero, sin arrastrar a una hilera de cotillas por el camino.

—¿Y cómo se empieza?

—Mirando. Venga, póngase de pie. —Dorian tomó la iniciativa y se acercó a ella para invitarla a imitarlo cogiéndola de la mano. La condujo al centro de la sala—. Estamos en el viejo Almack's. Debuta como una jovencita de dieciocho años en el periodo de la Regencia. Tiene que encontrar marido a toda costa, y le ha gustado el caballero del fondo. ¿Cómo es? Visualícelo.

Abby cerró los ojos, guiada por la experiencia onírica de su voz de barítono.

—Tiene el cabello dorado y los ojos de un castaño tan claro que parecen dos soles... No es excesivamente alto, sí elegante y lleva una sonrisa amable en los labios.

—Perfecto, eso será suficiente. Abra los ojos y mírelo. —Abby obedeció y centró toda su atención en Dorian—. Imagine que soy él. Piense en qué le gustaría decirme y no utilice los labios, solo los ojos.

¿Qué quería decirle a Ashton? «Lo siento. Siento haber perdido los estribos de esa manera. Lamento haberme marchado corriendo, cuando estaba a punto de obsequiarme con una propuesta con la que jamás habría soñado...».

La voz de Dorian penetró en su fantasía como el agua por la rendija de una vasija. Empapándola de la cabeza a los pies.

—Por casualidad su príncipe azul no será profanador de tumbas, ¿no? —dijo Dorian—. Por Dios, ¿tiene a su hombre delante y lo mira como si la apuntase con una bayoneta?

—Lo siento. Todo lo que quiero decirle ahora mismo es que estoy arrepentida.

—Nunca mire a un hombre de esa manera. Solo los monstruos disfrutaban del arrepentimiento y el miedo en los ojos de una mujer, y espero por su bien que el elegido no pertenezca a este grupo —apostilló, acercándose a ella. La cogió

de los hombros y le dio la vuelta para enfrentarla a un espejo de tamaño reducido. Ahí fue cuando Abby se dio cuenta de lo verídico de su comparación: de veras parecía haberse cruzado con un asesino en serie—. Las cejas en su sitio, quizá suavizadas por una expresión de calma... Al menos hasta que sepa controlarlas. No arrugue la frente. No apriete los labios. No haga mohines con la boca ni la nariz. Y haga todo lo posible para no ruborizarse tan violentamente. En una debutante habría quedado adorable, pero usted no está para andarse con juegucitos, así que declare sus intenciones en cuanto tenga oportunidad y déjese de sonrojos inútiles.

Abigail parpadeó un poco descolocada por la vehemencia de sus correcciones.

—¿Cómo podría dejar de sonrojarme?

—Imagine que todos en la sala están desnudos, de la cabeza a los pies. O piense que están disfrazados del animal que más rabia le dé. A las actrices de Covent Garden les sirve para gritar en medio de un gran público: a usted debería rentarle para dedicarle una mirada a un hombre.

—Está bien, me esforzaré —prometió, cuadrando los hombros. Se dio la vuelta para encararlo, percatándose de que estaba tan cerca que podía inhalar su aroma a recién afeitado, a la electricidad de una tormenta y a tabaco: una mezcla que sorprendentemente se le antojó agradable—. ¿En qué debería pensar cuando lo mire, señor Blaydes?

—En lo mucho que le agrada su compañía. En cuán dichosa se sentiría si la sacara a bailar. En cuánto llevaba esperando el momento de su llegada... Todas esas pamplinadas románticas que pueden resumirse en una sola: debe mirarlo como si fuera el único hombre no ya del salón, sino del mundo entero. Debe alimentar su vanidad como la vieja bruja a Hansel y Gretel. Es el caballero más atractivo, inteligente y ocurrente con el que se ha topado. Y si es mentira da igual.

—En su caso no es mentira —comentó distraídamente—. De acuerdo. Voy a intentar...

Abby se esforzó por cambiarle la cara a Dorian e imaginar que se trataba de Ashton, pero fue imposible. No solo porque fueran completamente opuestos, sino porque no podía engañar a su cuerpo, que era muy consciente de las diferencias entre uno y otro y de la extraña sensación que ejercían las características del primero sobre ella.

—No ha entendido nada —declaró Dorian—. Se está esforzando demasiado y debe ser natural. Fíjese en mí, ¿de acuerdo? Voy a caminar hacia allá, y cuando me dé la vuelta, trataré de convencerla de que se acerque a mí con una mirada.

Dicho y hecho. Dorian se dio la vuelta, anduvo unos cuantos pasos, y cuando se giró ya había atrapado a Abigail.

Los zafiros del hombre refulgieron como estrellas plateadas en la noche. Verdaderamente parecía interesado en ella: de hecho, daba la impresión de estar deseoso de que se fijara en él. Ella era, de pronto, la criatura más sublime sobre la faz de la Tierra.

Dorian se llevó el puro a los labios y le dio una calada sin dejar de observarla. Sus ojos bajaron un instante a la boca femenina, tan breve que Abby lo creyó soñado. Después expulsó el humo, sumiendo el intercambio de miradas en una bruma translúcida que deseó que se esfumara de inmediato.

El hombre emergió de la nube grisácea para pasear tranquilamente por la estancia, lanzándole leves miradas discretas sin despegar los labios. Solo en un momento se pasó la lengua por la línea donde ambos estaban unidos, asomando la punta de manera tan imperceptible que supo que si no lo hubiera estado mirando fijamente, no se habría percatado.

En cuanto a lo que sintió estando a merced de una mirada así... No hubo palabras que expresaran lo que fue de su cuerpo. No estaba acostumbrada a sensaciones fuertes, pero algo tan simple como ese fingido interés logró girarle la cabeza.

—Y ese es el poder de una mirada, colibrí —sonrió Dorian, a escasos centímetros de su cara.

Abby frunció el ceño y echó un vistazo por encima de su hombro. Vio el espejo tan lejos de ella que se dio cuenta de que no había sido él quien se había movido, pero tampoco recordaba cuándo lo había hecho ella.

—Sería incapaz de hacer eso —musitó, desanimada—. Yo... No soy nada expresiva en el buen sentido, señor Blaydes. Él me lo dijo: temía que el cortejo fuera unilateral y lo peor es que tenía motivos para pensarlo, porque no sé exteriorizar cómo me siento a no ser que me encuentre mal.

Dorian esbozó una sonrisa secreta. Cambió el habano de mano y utilizó del dedo índice de la derecha para levantarle la barbilla.

—Eres la mujer más expresiva que conozco —replicó, con una sinceridad aplastante que pudo con sus reservas—. Se nota más cuándo tienes miedo y cuándo estás nerviosa, pero también es sencillo percibir si estás deslumbrada o tienes interés en algo. Hace unos minutos escuchabas mis consejos con los ojos fuera de las órbitas, y mientras te miraba, me has devuelto la mirada con la misma intensidad. Lo que significa, tristemente, que ese hombre no se ha molestado en hurgar en tus expresiones para sacar lo relevante, y se ha conformado con lo que había en la superficie. Como cualquier hombre mediocre.

Abby arrugó el ceño.

—Lord Ashton no es mediocre en absoluto.

—Ajá —cabeceó Dorian, con una especie de sonrisa victoriosa—. Conque es el conde de Ashton, ¿eh? Es curioso, pero si me hubiera interesado averiguarlo probablemente habría elegido a ese mismo.

—¿Por qué?

—Por sus ínfulas de príncipe azul. Apuesto a que es el único hombre que creía incapaz de arrojarse encima de usted por un beso. El único que no le daba miedo.

Abigail lo miró a la expectativa de que añadiera a su discurso una duda, un «tampoco estoy seguro», pero no dijo nada. Y eso solo aumentó tanto su interés como su asombro. Estaba completamente convencido de lo que decía, y

lo sorprendente era que acertaba.

—Supongo que ha de tener defectos; nadie es perfecto —expresó en favor de Ashton—. Pero no creo que me molestasen o fueran muy graves. Mi único objetivo era dar con un hombre agradable, sin importar lo demás, y al final se ha fijado en mí alguien muchísimo mejor de lo que esperaba. También es culto, elocuente y le importa lo que tengo que decir... —añadió en voz baja—. No es una cualidad que abunde en los hombres.

—En eso estamos de acuerdo, colibrí. Sin ir más lejos, a mí no me importa lo que me tenga que decir sobre las interminables virtudes de Ashton —comentó con brío, dedicándole una sonrisa sin rastro de humor. Sonrisas muertas, siempre muertas, como si en el fondo le doliera tener que mover los labios—. ¿Qué te parece si volvemos a donde estábamos?

Dorian se acercó a un aparador situado a su espalda y rebuscó en los cajones hasta que sacó un abanico que había visto tiempos mejores. Manteniéndolo cerrado en una mano, lo sacudió un poco contra la otra palma. Después lo abrió, lo aireó un poco y cuando volvió a esconder los dibujos del ala, se lo tendió a Abigail.

—No voy a dejar que piense que no es expresiva —determinó, mirándola con gravedad—, pero creo que esto le ayudará hasta que se acostumbre a dejarse llevar por lo que piensa.

—Según el *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*, no es apropiado para una mujer andar reflejando cómo se siente.

—Pero tú no vas a ser la dama perfecta, sino la esposa perfecta. —Dorian le guiñó un ojo y le acercó el abanico hasta que ella lo cogió tímidamente—. Y estamos en medio de una importante misión, lo que disculpa los medios. No tienes que expresarle a un borrachuzo que no soportas que sea un borrachuzo. Solo a él, ¿entiendes? Así es como se empieza a hacer sentir especial a un hombre, cuando lo tratas como si lo fuera.

Abby asintió y abrió el abanico.

—Mal —espetó él, haciendo que diera un respingo—. ¿Qué manera es esa

de abrir el abanico? Parece que vayas a encontrarte ácaros entre los encajes. ¿Es que nunca te han enseñado a manejarlo?

—Aprendí hace años, cuando era una debutante, pero llega un momento en el que te limitas a utilizarlo para darte aire —se defendió ella, ruborizada de vergüenza—. No he tenido ni una sola oportunidad de hablar con un hombre en toda mi vida. Estaban de más los floreos y miradas coquetas por encima...

Dorian la miró largamente hasta que sintió la necesidad de darle una calada al habano. Esta vez no fue precoz como las anteriores, sino una espesa y prolongada. Luego soltó el aire muy despacio, ladeando la cabeza para no molestarla, pero sin quitarle ojo de encima.

—¿Por qué no se acercan los hombres a usted? —preguntó muy despacio.

—¿No lo sabe?

—¿Qué debería saber? —Enarcó una ceja—. Milady... Si tuviera que recordar cada insípido cotilleo que va de boca en boca, me estallaría la cabeza. Por no hablar de que prefiero reservar los rincones de mi memoria para información relevante o que, como mínimo, no me importe un bledo. Así que... ¿Por qué no me ilumina?

—No tengo dinero —dijo humildemente. El rubor de sus mejillas se intensificó, pero no agachó la cabeza. Jamás agachaba la cabeza, por lo menos delante de él; no sentía la necesidad—. Mi padre invirtió en una empresa que quebró y nos quedamos en bancarrota. Tuvo que utilizar mi dote para reactivar la economía familiar, por lo que no tengo una sola libra que ofrecer. Eso ocurrió cuando tenía veinte años, en mi primera temporada. Desde entonces he estado arrastrando la maldición de «Lady Sin Blanca», siendo invitada a los salones por el prestigio de mi apellido pero relegada a pasar las veladas en un rincón.

—¿Por qué se presentó tan tarde?

—Cuando tenía diecisiete mi madre murió. Estuve de luto tres años.

—¿Tres años no es un poco excesivo?

Abigail se ofendió por primera vez. Fue apenas una leve inclinación a la

irritación, pero estuvo segura de que él la había percibido, porque su expresión inquisitiva mudó a una relativamente agradable, como si quisiera compensar el agravio.

Había algo de caballeroso en ese hombre, a fin de cuentas.

—No para mí, señor Blaydes.

Él se limitó a asentir.

—No todos los hombres están interesados en mujeres con dinero. Es decir... Todo el mundo quiere dinero, pero los que lo necesitan y lo exigen como requisito son los nobles —meditó, mirándola bien—. ¿He de entender con esto que solo busca títulos?

—Yo no busco títulos, pero mi padre sí. Dijo que le escupiría a cualquier burgués que entrara en su casa con intenciones de pretenderme. —Hizo una mueca de circunstancia—. A mí no me habría importado. De hecho, dice una buena amiga mía que sería interesante, aprendería muchas cosas y... algo sobre que los nobles ya no son lo que eran.

—Está en lo cierto. La aristocracia como clase se acabará yendo a pique, al igual que el Antiguo Régimen. Como todo lo que es injusto —comentó, con ese desparpajo que hacía sonrojar a Abigail. No parecía la clase de comentario que un hombre pudiera soltar en medio del Parlamento—. Aun así hay nobles con dinero que buscan otras cosas en una esposa, como prestigio. Usted tiene de sobra, con sus modales y apellido.

—Pero soy... Bueno, no soy... No tengo... —carraspeó—. Soy tan tímida que a duras penas saco conversación a los caballeros. Hasta hace unos meses me limitaba a sonreír y asentir.

—Justo lo que buscan algunos. Sumisas.

«¿Por qué no lo deja correr?», quiso preguntar.

—Claro, pero si buscan una esposa florero tomarán una atractiva. Yo... Soy demasiado larguirucha, tengo la boca enorme y mis ojos son demasiado comunes —dijo de carrerilla. Inspiró bruscamente. Toda la tensión de los hombros se diluyó cuando soltó el aire para zanjar la cuestión—: Señor

Blaydes, no soy bonita.

Dorian quiso achacar su respuesta al deseo de que la contradijese y la llenara de flores, pero no pudo engañarse a sí mismo. La manera que tenía de rehuir su mirada, el exagerado color rojizo que había adoptado su rostro y cuánto le había costado pronunciarlo en voz alta, como si fuera su mayor maldición, le hizo llegar a la ineludible conclusión de que de veras lo pensaba.

Aun así se la quedó mirando un rato, esperando ver una flaqueza que indicara su actuación. No vio nada, solo vergüenza y tristeza.

Abby evitó mirarlo todo lo que pudo. Estaba asustada por si el hombre reiteraba su misma opinión con otra de sus legendarias faltas de educación. Temía no soportarlo. No obstante, él la sorprendió cogiéndola suavemente del mentón. Al intercambiar una mirada con él, llegó incluso a olvidarse de lo último que había dicho. Se sumergió de lleno en aquellas profundidades azules, un azul borroso que contra todo pronóstico le sentaba bien. Una tonalidad tan oscura que bajo la luz correcta podrían parecer negros.

—Si no fueras bonita, ¿por qué se habría fijado en ti el perfecto conde de Ashton?

—Eso es algo que yo misma me pregunto.

—Te daré una idea, colibrí. —Medio sonrió—. Eres esbelta, elegante y tan liviana que cuando caminas parece que estás volando. Te envuelve un halo de intocabilidad que casi te ilumina. Tienes la piel tan blanca y suave en apariencia que aún no sabría decir si sería seda fina de la que resbala entre los dedos, o terciopelo que haría sudar en momentos de alta tensión. El cuello largo solo es un reflejo de tus finas extremidades, que podrían haberse visto torpes y desgarradas si no te movieras como si fueras propietaria del viento que te empuja. No tienes los ojos claros, pero llevas escrita la melancolía del azul en ellos, y cualquier hombre que estuviera comprometido a honrar su condición de caballero, desearía moldearla hasta convertirla en tristeza solo cuando tuvieras que marcharte de su lado. Y no tienes una boca enorme. —

Estiró el pulgar para acariciar lentamente la curva de su labio inferior. La mirada del embrujo se olvidó de los ojos de Abby para concentrarse en esa zona—. Tienes una boca hecha para el amor, Abigail.

«Abigail». Era la primera vez que decía su nombre, y sonaba... No sabía cómo sonaba, solo cómo se había sentido.

Sospechaba que un hombre que había tratado con toda clase de mujeres sabría hablar de manera que captara toda su atención, haciéndoles pensar que no existía nada salvo su voz susurrante hablando de virtudes. Sin embargo, no se había recreado en su nombre. Lo había dicho sin más, sin pararse a paladearlo. E igualmente sonó tan dulce que la garganta se le secó.

—Si se tiene en tan bajo concepto mucho me temo que hemos empezado por donde no era —continuó Dorian, soltándola sin alterarse en absoluto. Aireó el puro haciendo un ademán rápido—. Una persona ha de ser plenamente consciente de sus virtudes para que confíe en que alguien pueda fijarse en ella y, por ende, suceda.

—Pero usted se ha dado cuenta sin que yo...

—Yo tengo la maldición de ser muy observador con las mujeres, y he visto tantas que he aprendido a apreciarlas una a una por cada una de sus características. Pero mucho me temo que un hombre como Ashton, que la tacha de inexpresiva, necesitará un aliciente.

La manera que tuvo de mencionar el error del conde captó la atención de Abigail. Aparentemente estaba tranquilo, pero en el fondo se notaba que se burlaba de su falta de análisis e incluso pensaba que él estaba por encima.

—Ahora intente quitar ese rubor de su cara, coja el abanico, y...

La puerta se abrió bruscamente. Wilson apareció bajo el umbral con la cara roja y una gota de sudor deslizándose por su sien.

—Señor Blaydes, la señorita Haviland está aquí —anunció. De fondo se oyó el sonido de cristales rotos—. Asegura... Asegura que le ha visto abrazado a una mujer desde la ventana, y exige saber quién es.

—¡Dorian! —chillaba la susodicha. Su voz se extendió por todo el pasillo,

distorsionada por la rabia.

Abigail miró a Dorian esperando toparse con una expresión de pánico, o como mínimo fastidio. Pero no dio con nada salvo desidia. Al instante se le contagió la tranquilidad que exhibía.

—Escóndete debajo de ese diván —dijo sin mirarla, dirigiéndose a la puerta con actitud resuelta—. Y procura que tu vestido no asome por debajo, que nos conocemos.

Obedeció sin rechistar, procurando ocultar todos los volantes bajo su peso. Se distrajo pensando que había tenido mucha suerte: si a Dorian no le hubieran gustado los canapés de absurda longitud, habría tenido que enfrentarse a la señorita Haviland cara a cara. Aunque pensándolo bien, habría sido un descubrimiento mutuo. Para dejarla en evidencia, en caso de así quererlo, habría tenido que admitir a la par que estaba en casa del señor Blaydes por motivos sentimentales.

Aunque Dorian tomó la precaución de cerrar la puerta de la sala para despacharla en el mismo pasillo, los gritos atravesaban las paredes.

—¡La he visto! ¡La he visto con mis propios ojos! —decía Celinia Haviland. Abby contuvo el aliento durante la exposición, lamentando que se hubiera enamorado de un hombre que no le convenía. Porque solo una mujer atravesada por Cupido habría reaccionado así—. No... No sé quién es... Al menos no estoy segura... ¡Pero eso no significa que esté loca! ¿Por qué te ves con otras? ¿Es que no soy suficiente para ti? ¿Por qué me haces esto, Dorian? ¡Sabes cómo me siento por ti...!

—Y tú sabes cómo me siento por ti, Celinia —escuchó a Blaydes, tan tranquilo que daba rabia—. No tienes ningún derecho a entrar en mi casa y armar un escándalo. Nuestra relación no es exclusiva. Te lo clarifiqué en el preciso momento en que terminé contigo la primera vez.

«Ese hombre tiene la empatía en el codo», pensó Abby, horrorizada.

—¡No me importa! ¿Cómo te has atrevido a engañarme con una fulana? ¡Yo te lo doy todo, te lo entrego todo... Y no te pido nada a cambio! ¿Es que

quieres verme sufrir?

—Lo único que quiero es que te vayas y vuelvas cuando recuerdes que no soy tu marido —cortó Dorian. Esta vez sonó irrefutable—. No me puedes exigir fidelidad.

Un silencio.

—Déjame verla.

—¿Para qué?

—¡Déjame verla, Dorian! ¡Quiero saber cómo es!

Blaydes soltó una carcajada sin humor.

—Vete de aquí, Celinia. Si te lo tengo que pedir otra vez, no vas a volver a verme. A mí nadie me trata como si fuera de su propiedad.

Si Abby había notado el enfado precoz entre líneas, Celinia debía haberlo sufrido con el acero de su mirada. Estar presenciando una discusión de ese calibre la puso nerviosa. Quiso que acabara de una vez por todas, no solo por salir de aquel espacio que parecía encoger por momentos, sino también por la pobre señorita Haviland. Sus sentimientos merecían una mínima intimidad.

A continuación escuchó el sonido de una bofetada. Un silencio. Un sollozo. Silencio de nuevo... Un golpe sordo, como si hubieran apoyado un cuerpo bruscamente contra la misma puerta. Un jadeo nervioso. Más silencio... Finalmente, un murmullo amoroso y el frufú de una falda perdiéndose en la lejanía. Un portazo.

Abby se quedó muy quieta debajo, temiendo que sus oídos la hubieran engañado y estuviera esperándola para pillarla. Cuando oyó que la puerta se abría y unos pasos tranquilos se acercaban a donde ella estaba, se animó a salir muy lentamente. La mano amable de Dorian la ayudó, cogiéndola de la carne desnuda del brazo. Le pareció que era enorme cuando enroscó los dedos a su alrededor, siendo estos brasas marcando su piel vulnerable.

Al alzar la barbilla se fijó en que tenía la mejilla algo enrojecida y la boca levemente hinchada. Hizo caso omiso de las ideas que se formaron en su cabeza y se concentró en levantarse.

—¿Por qué ha sido tan cruel con ella? —preguntó sin poder evitarlo. No había tanto reproche como curiosidad en su voz—. Está enamorada de usted. Quizá habría sido conveniente que le dijera que no estaba con nadie, aunque fuera solo por ahorrarle el berrinche.

La expresión de Dorian era inalterable.

—Yo nunca miento.

—Entonces podría haberle dicho que no era lo que parecía.

—No le debo ninguna explicación a una mujer que no entiende cómo funcionan las relaciones carnales —replicó, ahogado en tedio—. Ni ella ni yo planeamos casarnos, y no puede ser mi amante completa porque ha de llegar virgen al matrimonio. Si piensa que voy a renunciar a mis necesidades por unos tocamientos detrás de las palmeras de un salón de baile, está muy equivocada.

Abby se envaró visiblemente.

—Si al menos tuviera la amabilidad de explicárselo, tal vez no lo estaría.

—Se lo habría explicado en maldito chino mandarín si así me hubiera entendido, pero hay mujeres que simplemente no saben ver lo que hay.

—Aun así, si me permite añadirlo, ha sido usted demasiado grosero. Herir los sentimientos de una mujer por el motivo que sea no es caballeroso, señor Blaydes.

—Nunca tuve la intención, puesto que no soy un caballero.

Abigail abrió y cerró la boca varias veces. Sentía que tenía muchas cosas que preguntarle —y muchas más que recriminarle—, pero ninguna idea llegaba a aparecer con total evidencia en su cabeza. Temiendo balbucear, se quedó un rato en silencio, solo mirándolo.

—¿Trata así a todas las mujeres que lo quieren, señor Blaydes?

—Trato así a todo ser humano que me paga con una moneda distinta a la que yo ofrezco, sea para bien o para mal.

De nuevo un silencio.

—¿Por qué es así? —preguntó finalmente, con voz queda.

Dorian esbozó una sonrisa ladina en absoluto divertida. Se acercó a la puerta y la abrió para luego apartarse y señalarla con un floreo de trovador.

—No todos somos perfectos caballeros andantes como su Ashton, milady — anunció, sin avergonzarse—. Supongo que eso le produce una tirria atroz.

—Para nada. Solo me da lástima... y quizá un poco de envidia —admitió Abby, pasando por su lado como una desconcertante brisa fresca en el bochorno del verano. Su respuesta sorprendió a Dorian, que no apartó la vista de ella—. A no todo el mundo le quieren de ese modo, señor Blaydes. Supongo que no comerá por los desfavorecidos como ha demostrado que no ama por los que no son amados, pero sepa que yo daría lo que fuera por estar en su lugar.

Abby escribió en completo silencio los próximos días que estaría libre para otra sesión. No bajó la guardia, esperando que el deslenguado Dorian Blaydes despegara los labios para replicar algo ingeniosamente mordaz, pero no obtuvo ninguna respuesta. Así pues, añadió a dónde podría mandar la hora exacta y punto de la reunión, y se marchó sin decir nada.

«Para no caer en la descortesía o el pecado del chismorreo, la dama nunca preguntará directamente a un caballero por asuntos de índole personal».

Extracto del *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

Cuando Abigail se marchó, Dorian se quedó un buen rato pensando en sus últimas palabras. Aunque el halo de melancolía que la envolvía era más que palpable, sospechó desde el principio que también era intrínseco en su esencia, no que hubiera sido fruto de la desazón de no haber sido amada por sus seres queridos. Él no estaba en situación de determinar si lady Abigail Applebly merecía o no amor, puesto que no la conocía más allá de su valor, tenacidad y adorable tendencia al sonrojo. No obstante, tenía la sensación de que todo aquel que la pasara por alto estaba perdiéndose algo grande.

Ya fuera porque la tristeza en su declaración le había mantenido fuera de eje un buen rato, o porque simplemente sabía que no se había comportado como era debido, decidió enviarle una nota a Celinia para disculparse. Al final del rabioso encuentro, ella lo había golpeado y más tarde besado con necesidad, pero conocía demasiado bien las fases del enfado pasional para comprender con su gesto que estaba perdonado.

Obviamente, Celinia Haviland le importaba un carajo y parte de otro. Pero

Abby estaba en lo cierto cuando decía que se burlaba de una mujer que, a su manera, lo quería más de lo que merecía. Así pues, terminó concertando una cita para el día siguiente.

La siempre rígida Celinia lo había recibido desatando su lado fogoso hasta un punto en que fue él quien tuvo que frenarla. Era una mujer atractiva y si se tratara de cualquier otra no habría dudado en meterse entre sus piernas, pero no le costaba recordar las consecuencias que sufriría y lo poco dispuesto que estaba a afrontarlas solo por rato divertido. Era algo en lo que ambos habían estado de acuerdo, puesto que Celinia no pretendía lucir como marido al desheredado y despreciado Dorian Blaydes. Al menos hasta aquel día en que se tumbó y le pidió que lo hiciera.

Evidentemente no lo había hecho, invocando de nuevo la rabia de la joven y llevándose otra buena bofetada. Dorian no era como su amigo Sebastian Talbot, al que le hacía gracia que las mujeres le pegasen, como si eso fuera a resolver el problema o, ya puestos, a reemplazar su cinismo por el amor de Romeo. Tampoco era como Thomas Doyle, que jamás daba motivos para que le arreasen un sopapo. Estaba entre los dos, lo que no significaba que no hubiera empezado a cansarse del lado dramático de Celinia.

Entonces estaban en el punto inicial. La señorita Haviland ofendida porque no había querido robarle su preciada virtud, lo que en realidad era un favor; él con la mejilla morada y, muy probablemente, Abigail sosteniendo su teoría de que era un despreciable. Aunque lo dijera con esa voz lírica incapaz de ofender a alguien.

En cualquier caso, había aprendido la lección. No pensaba volver a decirle a una mujer que lo sentía. No necesitaba que se tomaran más confianzas a raíz de ello, además de que mentir estaba mal visto y había jurado delante de un ángel que nunca lo hacía.

Y en eso estaba pensando cuando lady Abigail, puntual a la hora del encuentro, se presentó en el salón con uno de los vestidos más feos que había visto en su vida. No favorecía en absoluto a su figura, quedándole holgado por

el pecho y la cintura, las mangas muy ceñidas a los hombros y la falda...

¿Aún se llevaban esas faldas?

No recordaba haber levantado una ni remotamente parecida.

—Buenos días, señor Blaydes.

Dorian ahogó una sonrisa divertida y la animó a sentarse a su lado. Le hacía gracia que lo saludara como si no estuvieran en la guarida del lobo, a punto de empezar una lección sobre cómo poner de rodillas a un conde.

—¿Ha estado practicando su mirada sugestiva?

Abby dejó el pequeño bolso de mano a un lado y entrelazó los dedos en el regazo. Eso, unido al vestido pasado de moda y la rigidez de su cuerpo, le hacía parecer más una matrona de las que andaban detrás de las muchachas para recordarles que no se cruzaban las piernas en público que una soltera en busca de marido. Pero era imposible que aparentase la edad que tenía con la expresión nostálgica de un cuadro romántico.

—Así es, señor Blaydes —asintió, mirándolo muy seria—. Con el espejo.

—¿Con el espejo? Qué afortunado.

El rubor no se hizo de rogar. Dorian se recreó en él para sus adentros.

—Sí. He estado practicando miradas hasta que he dado con una medianamente decente. Al principio me costó porque aunque fue usted muy ilustrativo en su demostración, no podía imaginar cómo iba yo a lograr algo tan difícil... Me desesperé bastante. Pero creo que ha dado buenos resultados.

Dorian se fijó en las ojeras levemente marcadas. Tuvo que admitir para sí mismo que estaba sorprendido. *Realmente* quería casarse con ese hombre.

—De acuerdo. Muéstremela.

Vio que enrojecía sutilmente. Estuvo a punto de regañarla por ignorar su consejo de esforzarse por mantener las mejillas pálidas, pero entonces ella parpadeó y, al instante siguiente, ya estaba dedicándole su mirada especial.

Un hombre únicamente interesado en la mujer por sus curvas no solía prestar demasiada atención a los ojos de la susodicha. Menos cuando los de la susodicha, que tal y como ella había dicho —e independientemente de las

características oníricas de sus vistazos—, eran bastante comunes. Almendrados, pestañas suficientes —quizá algo cortas y rectas, como las de uno de esos animales de cuello largo que vio de niño en el zoo de Bristol— y de un tono castaño sin ningún verde o dorado perdido en sus matices.

Pero con su mirada, esos ojos comunes se transformaron en algo único. Muchas muchachas lo habían mirado de muchas maneras: queriendo seducirlo, queriendo captar su atención solo por curiosidad, con la curiosidad misma, con inocencia, con odio... Eran diferentes grados de intensidad.

Abigail los tenía casi todos en ese momento. Esa inocencia suya se intensificó, con la seducción oculta entre líneas y la pizca justa de curiosidad para hacerle morder el anzuelo. Pero lo que más le impresionó fue que la melancolía anudada a su mirada adoptó una nueva forma. No dejó de ser lo que era, pura tristeza cortada de manera que nadie supiera nunca de dónde procedía, pero en lugar de presentarse como un problema, vino en forma de solución. En lugar de mirarlo sin la esperanza de sobrevivir —como acostumbraba—, lo miró como si él fuera el único salvavidas al que aferrarse para huir de la monotonía. Sus ojos brillaban como luceros, tal vez algo más claros, y una sonrisa no pronunciada se dibujaba muy lentamente en cada parpadeo.

Dorian carraspeó y asintió. Fue al incorporarse cuando se dio cuenta de que se había puesto tenso.

—La alumna ha superado al maestro —anunció sin cortarse—. ¿En qué se ha inspirado para decidir que esa sería su mirada? ¿Cuál era el truco?

—Bueno... En realidad he tenido en cuenta muchas cosas. No podía pensar en lo que usted me dijo. Si imaginaba que era Ashton y debía decirle sin palabras que quería estar a solas con él, me ponía colorada, y dijo que el rubor no me sienta bien. Tampoco podía imaginar que era cualquier otro, o sería incapaz de fingirlo. Creo que he mezclado las miradas que he visto en las debutantes durante largos años sentada en los bailes... con un elemento de mi cosecha.

—¿Cuál?

—Recordar pequeñas cosas que me hacían feliz —sonrió afectada—. Y pensar en cómo sería revivirlas.

Dorian prefirió no preguntar, aunque la duda amenazó con consumirle. Dejó correr un breve silencio entre los dos antes de retomar el hilo.

—Muy bien, lady Abigail —empezó, frotándose las manos—. Ya ha conseguido que lord Ashton mantenga la mirada sobre usted. Ahora decide acercarse, intrigado por el interés que muestra. ¿Qué viene ahora?

—¿Un vals?

—Una breve pero intensa conversación —corrigió—, aunque el vals también lo practicaremos. El lenguaje corporal es mucho más importante que las palabras.

—Entonces, ¿por qué no empezamos con el vals?

—Porque un intercambio verbal puede aumentar las expectativas, y tiene el poder de guiar a un caballero a un lugar u otro. Si usted me mirase así en un salón, me acercaría a usted con el objetivo de llevarla al dormitorio. Como usted no querría eso, utilizaría las palabras para disuadirme con elegancia de dicha idea y, en su lugar, implantar otra más sensata con un ligero juego de persuasión.

—Suena impresionante, aunque mucho me temo que no tengo la retórica de Sócrates.

—Conque la retórica de Sócrates, ¿eh? —Alzó una ceja, sonriendo como un rufián—. ¿Quién le ha enseñado eso?

—Tengo una amiga a la que le fascina la filosofía, entre otras materias que no deberían interesarle.

—Estupideces. Las mujeres deberían interesarse en cualquier cosa que fuese de su agrado, sobre todo si luego van a compartir su sabiduría —expresó—. Pero volviendo a lo importante... A hablar se aprende hablando. Y... Puede servirse de este viejo amigo suyo, que siempre habla por varios. —Alargó la mano hacia el abanico que reposaba sobre la mesilla y se lo tendió. Ella lo

cogió suavemente, como si nunca hubiera visto uno en su vida—. Con el movimiento de muñeca adecuado puede dar a entender que está dispuesta a cualquier cosa, que no desea ver a nadie o que está muy ofendida.

Dorian empezó a explicarle qué clase de movimiento debía llevar a cabo dependiendo de lo que quisiera reflejar. Abby asentía y lo imitaba muy concentrada.

—¿Por qué sabe tanto sobre abanicos? —se atrevió a preguntar—. ¿Tenía alguna hermana, o leyó algún libro?

—Soy observador, y conozco muy bien los gestos de las mujeres. Puede que no signifiquen lo que le estoy diciendo, pero en ese caso sería incluso mejor. Usted quiere saber qué busca y piensa un hombre, no una vieja amargada con cofia.

A Dorian le parecieron adorables sus intentos por no esbozar una sonrisa malévola después del último comentario.

—No sea perverso, señor Blaydes.

—Primera regla durante una conversación: jamás corrija a un hombre. Incluso si cree que ha dicho algo terrible, ríale la gracia. Hay caballeros a los que les gusta que les contradigan, sí, pero no correremos el riesgo de pensar que Ashton forma parte del colectivo.

—Siempre me pide opinión sobre las cosas.

—Puede que le interese. O puede que solo lo haga esperando que responda lo que él quiere oír. Tiene que ser complaciente, milady, aunque de una manera... especial.

—¿A qué se refiere?

—Nunca dé respuestas tajantes: esa es la segunda regla. Debe ser ambigua, sobre todo si la pregunta es directa. ¿Por qué? —preguntó él mismo, viendo venir la curiosidad de la joven—. Porque una opinión tajante siempre da pie al fin de una conversación, ya que ninguno de los dos se enzarzará en una discusión en caso de que difieran y si están de acuerdo no tendrán nada más que hablar. Así que sea abstracta —repitió—. Hará que el caballero sienta

curiosidad por lo que pasa por su cabeza, lo que ha de ser un misterio en todo momento.

Abby negó con la cabeza.

—Ashton estaba preocupado porque no sabía si estaba interesada. Si no soy sincera...

—Será sincera con el lenguaje no verbal. Hablando, no —zanjó—. Tercera regla: los segundos sentidos y las modulaciones de la voz. Es excitante tener una conversación con una mujer en la que cada una de sus respuestas puede tener varias interpretaciones, o que las adquiere solo por la manera que tiene de pronunciar una palabra.

—De... acuerdo.

—Ahora, teniendo todo esto presente, empecemos con el ejemplo. —Se acomodó en el asiento y adoptó una postura aristocrática—. Buenas noches, milady. Me ha parecido que estaba usted intentando captar mi atención.

—Ashton jamás sería tan directo —se quejó en un murmullo. Dorian la miró con una ceja arqueada, a lo que ella estiró más la espalda y esbozó una minúscula sonrisa ladeada—. ¿Quién no lo habría intentado?

—No coquette abiertamente. Responda de manera sutil durante las primeras respuestas. No le regale los oídos a la primera. Quiere seducirlo para que se case con usted, no que la utilice para sentirse mejor. De nuevo: Me ha parecido que estaba intentando captar mi atención.

Abigail lanzó una mirada distraída y luego volvió a concentrarse en Dorian.

—Quizá es porque su pañuelo me suena familiar. Creo que mi padre tiene uno igual.

Dorian soltó una potente carcajada. Fue un glorioso sonido que la transportó a otra realidad, una en la que ella también podía reír por boberías.

—Pero bueno, colibrí, ¿cómo se te ocurre? ¿Quieres seducirlo o que te odie por reírte de él?

La máscara de serenidad de Abigail se resquebrajó. Nerviosa, lo miró sin ninguna esperanza.

—Yo no sirvo para esto. ¿No puedo aprender a seducir a un hombre sin hablar?

—No. Inténtelo de nuevo, vamos... Piense en alguna dama que conozca y a la que admire por cómo la idolatran los hombres.

—Viviana Radcliff—dijo en el acto.

Dorian levantó una ceja.

—No es la que yo habría elegido. Entre otras cosas porque nadie la idolatra.

—Pero todos la desean y la buscan de una manera u otra. Además... Es muy hermosa.

—Tiene la nariz hebraica y demasiado pecho; y es un hombre el que está diciendo esto, que conste. Además de que en algunos ademanes es un poco brusca, casi masculina. Pero admito que tiene su atractivo —cabeceó, ignorando la incomodidad de Abigail frente a su despliegue de sinceridad—. Cojamos a lady Saint-John, pues. ¿Qué habría contestado ella?

Abby se quedó un momento en silencio. Cuando habló, lo hizo muy despacio.

—Todo es cuestión de perspectiva, milord. Tal vez... —sonrió levemente—. Tal vez solo estaba usted en mi trayectoria.

Dorian medio sonrió.

—Mucho mejor. Ahora es cuando yo digo: ¿y qué estaba en su trayectoria, que le resulta tan interesante?

Abby se tomó unos segundos de más para responder.

—Una dama tiene sus secretos, milord.

—¿Y qué puedo hacer para descubrirlos?

—¿Por qué querría hacer eso? —Ladeó la cabeza—. Quitarle a una mujer sus secretos sería como desnudarla.

Dorian sonrió secretamente.

—Eso quizás ha sido excesivo, pero has cogido el punto del segundo sentido. No lo voy a corregir. —Se acomodó mejor en el sillón—. Debe ser uno grande si me rehúye de esa manera. ¿No podríamos llegar a un acuerdo?

—Depende de lo que esté dispuesto a ofrecer.

—Su misterio a cambio de un baile.

Abby esbozó una sonrisa enigmática que cautivó a Dorian.

—¿Qué le hace pensar que un solo baile lo valdría?

—Un lord orgulloso la habría desdeñado por difícil. En caso de notar que lo fuera, tendría que haber accedido antes —apuntó—. Pero Ashton está interesado, así que sigamos. —Carraspeó—. ¿Y qué propone usted?

—¿Y si me lleva a ver las estrellas? —sugirió en voz baja.

Dorian contuvo un resoplido y se mordió el labio.

—Bien, se nota que ha cogido el concepto de la interpretación. Pero eso habría espantado a Casanova en uno de sus días buenos —concretó, sin dejar de mirarla—. Aunque yo no habría dudado en cogerla en volandas y llevármela a mi habitación.

—¿Se está comparando con Casanova, señor Blaydes?

—No me estoy comparando, estoy diciendo abiertamente que soy mejor.

—¿Y eso no es excesivo?

Dorian esbozó una sonrisa peligrosa.

—No juegue conmigo, ni me tiene a hacer una demostración, colibrí. Yo no soy al que tiene que conquistar. —Se levantó de sopetón con la mano extendida—. De acuerdo: su misterio a cambio de las estrellas. Salgamos al jardín.

Abigail miró la palma masculina con cara de circunstancia.

—¿No nos verán?

—No. Vamos.

La condujo al humilde jardín trasero de la mansión. Hacía un día excepcionalmente soleado, de esos que rara vez enfrentaban a mediados de julio y con los que no debían soñar a principios de octubre.

Cuando Abby fue a sentarse, Dorian la cogió del codo para devolverla a su lugar. Pensó vagamente en lo fino que era su brazo, que podía abarcar con la mano llegando a tocarse las puntas de los dedos.

—Nunca se siente cuando salga al jardín con un caballero. Dará la

impresión de que pretende pasar un buen rato allí, y tanto si es cierto como si no, no es conveniente. Además de que estando de pie la posibilidad de recibir un beso será mayor.

Lo dijo suavemente, temiendo asustarla. Encontrársela en estado catatónico durante su primer encuentro con un hombre interesado le había servido para comprender que era demasiado delicada, y que al mínimo movimiento brusco podría herirla de gravedad. Al menos en ese sentido, porque tenía la impresión de que si la insultaba, no lograría sacarle más que un sonrojo indebido.

—Bien, eso es importante —dijo, sorprendiéndolo—. Debo estar preparada si el conde de Ashton intenta besarme de nuevo. Fue un espectáculo bochornoso —musitó, apartando la mirada y ruborizándose—. Haría lo que fuera por borrarlo de mi cabeza, aunque en el fondo sepa que merezco recordarlo para siempre.

—¿Por qué dice eso? No fue su culpa que ese hombre no tuviera ni idea de cómo tratar a una mujer inexperta —replicó con un exabrupto, arrugando el ceño—. ¿A qué clase de animal se le ocurriría asaltar en un jardín a una...?

—¿A una mujer de veintisiete años, que a estas alturas ya debería saber a lo que se expone cuando sale a pasear a oscuras con un hombre adulto? —completó, con tanta suavidad que la ironía pasó completamente desapercibida. Dorian, que no la habría creído capaz de hablar con tanta malicia sobre sí misma, se la quedó mirando con los labios apretados—. Fue mi culpa, señor Blaydes. No pensé y esas fueron las consecuencias.

—Las consecuencias fueron que un hombre se aprovechó de su posición de poder, su dinero y la conciencia de que usted no lo apartaría para hacer algo indebido.

—Con todo el respeto, señor Blaydes, no creo que un beso a una mujer a la que se le acababa de declarar —y sabía que era algo mutuo— fuera indebido. Y si me permite añadirlo —prosiguió, enrojecida por algo que se acercaba mucho a la irritación. Pero no lo era, por supuesto: su voz seguía siendo

serena—, creo que todo hombre sobre la Tierra ha hecho algo indebido alguna vez. No debería juzgar al conde por su acción.

—Coincido en que todos hacemos cosas indebidas. Besar a una debutante es indecoroso, pero hay debutantes que se te lanzan a los brazos y lo aceptan encantadas, lo que le resta importancia a la falta de recato. Ahora bien: besar a una mujer tan disciplinada y que no ha tenido contacto con los hombres jamás, sabiendo que puede asustarla, está mal. Ni siquiera a mí se me habría ocurrido siendo un depravado —insistió, negando con la cabeza—. Ya me puedo imaginar cómo fue. La emoción le pudo y se le abalanzó con los brazos por delante, llegando a manosearla como si fuera una ramera.

Abigail se tensó tanto que podría haberse confundido perfectamente con una muñeca.

—Pero tampoco me sorprende —prosiguió Dorian—. Es lo que hace la gente de buena posición. Utilizar su aparente dominio sobre todas las cosas como excusa para hacer lo que le viene en gana.

—Usted también es de buena posición y no lo hace —replicó suavemente. Dorian parpadeó, impertérrito. ¿Le estaba halagando?—. Viene de la familia de los Blaydes y es usted segundo descendiente del conde de Standish... Y como ha dicho, no se ha aprovechado de nadie. ¿No cree que puede haber excepciones como usted?

—Yo no soy ninguna excepción. Si cree que Celinia era un caso aislado de lo mal que me porto con quienes me rodean, está equivocada. Y le aseguro que justamente por ser hijo de Standish sigo pensando que puedo hacer lo que me apetece.

—Entonces está siendo injusto, ¿no cree? Señalar los defectos a un hombre cuando uno mismo los posee es un comportamiento altamente hipócrita.

En efecto, lo era. No sabía qué genio maligno acababa de poseerle para echar piedras en el tejado de Ashton, quien a pesar de ser despreciable por una condición que compartía por él —la de aristócrata— era mucho mejor en todos los sentidos. Lo conocía lo suficiente para saberlo, pues los dos

invertían en la empresa naviera de Talbot y tenían a Doyle como buen amigo en común.

Acabó sacudiendo la cabeza.

—Qué más da. Volvamos a lo importante. —Inquieto por razones desconocidas, Dorian alargó el brazo y tomó la mano enguantada de Abigail—. Lo primero que hará un hombre si tiene un momento con usted en un jardín y si no es un brusco animal —apostilló con retintín—, será cogerla de la mano. Si intenta quitarle el guante, ha de zafarse del pretendiente en el acto. En un primer encuentro no podrá permitirle mucho más que un roce de dedos, el segundo tal vez un beso robado, y en el tercero, si cree que está preparada, sentir su piel. Pero no se la ofrezca fácilmente.

Ella asintió, concentrada. Pero no estaba pendiente de lo que decía, sino de él. Sus ojos lo estudiaban con detalle e interés velado, como un secreto entre bambalinas. Y ser consciente de ello no ayudaba a que explicara su proceder.

—Si juega al juego de la adivinanza y el misterio tendrá que pensar en algo muy especial para que haya merecido la pena arrastrarla al jardín. En caso de ser Ashton quien se ve tentado por descubrir el enigmático trasfondo de la conversación, ¿qué se habría inventado?

—Habría admitido que en el fondo estaba en lo cierto y quería su atención.

—Entonces la besaría.

—Estoy de acuerdo —dijo, mirándolo muy decidida—. Ashton y yo llevamos un mes acompañándonos mutuamente a las veladas. No sería muy precipitado besarle la próxima vez que lo vea.

—Se dará cuenta de que está desesperada y adoptará el papel dominante.

—Los hombres siempre tienen el papel dominante. Lo dice el *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

—Concreto: adoptará el papel dominante de jugar con usted a su antojo y se tomará la libertad de levantarle la falda. ¿Está preparada para eso?

—A veces es usted un tanto brusco, para venir de una familia tan noble —dijo, contagiada por su sinceridad.

—Y a veces el cielo es azul. ¿Cuándo será la próxima vez que vea a Ashton?

—Dentro de una semana, en la boda del señor Haviland.

—A plena luz del día... De acuerdo —asintió, decidido—. Si me entero de que lo ha besado, daré por concluidas las clases. No me estoy esforzando para que acabe besándola para reparar su ego maltrecho y luego la desdeñe a modo de venganza, ¿entiende? Así que límitese a dejar que la acaricie, juegue un poco con su pelo y déjele con ganas de más.

—Pero tengo que pedirle perdón. Dejarle con ganas no será...

—Pídale perdón, pero no le declare su amor y fidelidad eterna. Sigue teniendo que ganársela. Voy a dejar aquí el contacto delimitado: llega, lo mira, espera a que se acerque, y le deja ver que está interesada en él. Si tiene un poco de decencia hablará con usted para disculparse. Cuando lo haga, asienta y dígale que lo perdona, pero preocúpese de que se vaya a casa pensando en que no ha hecho lo suficiente para redimirla. A continuación empezarán a hablar de banalidades, e irá dándole segundas interpretaciones hasta que no sepa qué responder a algo. Ahí será cuando se marchará.

—Está bien.

Dorian asintió, conforme, e intentó no prestarle mucha atención a lo decepcionada que parecía. Sin duda debía molestarle no tener una excusa para arrojarle a los brazos de Ashton, pero no sería él quien la preparase para el trauma de un segundo beso tórrido.

Simplemente no estaba preparada aún...

—Volviendo al punto inicial... —Dorian estiró el cuello y la miró de soslayo—. Ya estamos viendo las estrellas, milady. Una promesa es una promesa: ahora ha de decirme cuál es ese misterio suyo.

Ella le sostuvo la mirada con una emoción que no supo clasificar, pero de la que le habría gustado escapar mirando a otra parte. No lo hizo: la caricia del sol en su cabello castaño y en un lado del rostro era tan cautivadora que incluso su apreciativo corazón pragmático le dijo que sería absurdo perderse el espectáculo. Ahora sus ojos parecían miel, su piel más blanca que la túnica

de la Virgen, y la sombra de las pestañas se apoyaba en su mejilla como un singular tatuaje tribal.

—Mi secreto es la curiosidad que siento hacia usted, milord.

—¿Curiosidad? —inquirió, metido en su papel—. Las mujeres han sentido muchas cosas por mí, milady, pero curiosidad casi nunca.

—Quizá es porque nadie se para a apreciar lo que no se ve —contestó, eligiendo las palabras meticulosamente. De pronto añadió—: Es usted el único descendiente de un noble linaje que desprecia sus orígenes y rechaza los buenos frutos que puede darle abrazarse a ellos. En realidad, deberían llamarle lord Dorian Blaydes...

—No soy descendiente de un noble linaje, y si quiero buenos frutos, los fabrico yo mismo —replicó, lejano—. Rechazo todo lo que pude ser en su día. Ahora soy Dorian Blaydes, sin ningún «lord» delante y ninguna familia detrás.

—¿Su odio es vengativo porque le desheredaron, o viene de antes?

Era imposible tomárselo como una afrenta cuando hablaba con tanta candidez, cuando no había lástima en su mirada, ni desprecio, ni ninguna de esas malas vibraciones que le transmitía todo el mundo por el pasado.

—Nadie me desheredó, milady. Me desheredé yo solo —contestó quedamente. A continuación se dio la vuelta y empujó la puerta que conectaba con la parte trasera de la casa. La sostuvo esperando que pasara, y ya que estaba, volviera por donde había venido—. Mucha suerte con lo suyo, lady Abigail. Espero un informe detallado.

«Perseguir a un hombre es el colmo de lo inadecuado. Una dama honrada nunca importunará a un caballero que no ha solicitado previamente su compañía».

Extracto del *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

Abigail se abanicaba como Dorian le había enseñado una semana atrás. No recordaba haber estado tan emocionada por algo jamás, y es que la ceremonia de enlace entre el señor Haviland y su prometida reflejó todo lo que ella esperaba encontrar en un futuro próximo. Era evidente que el motivo de la boda era el amor, y no ninguna obligación o pacto entre familias. Lo percibió estando ambos en el altar, intuyéndose con miradas de reojo y sonrisas nerviosas. Ahora, cogidos del brazo y murmurando palabras cómplices que les hacían reír por lo bajo, saludaban a los invitados.

Las bodas la sensibilizaban, y no solo por el alto contenido apasionado de las miradas de los novios, sino por ser el recuerdo vivo de todo lo que se estaba perdiendo. Todo lo que parecía que no alcanzaría pese a hacer sus mejores esfuerzos, y a lo que había renunciado hacía apenas unos meses.

Fue difícil permanecer allí sentada recibiendo miradas de lástima por parte de mujeres jóvenes, caballeros que probablemente la habrían aceptado si hubiera tenido dinero y matronas, que incluso la observaban con el reproche

entre líneas —como si su ayuda hubiera servido para encontrarle un marido—, pero sin duda, aquello era menos violento que pasearse por el salón al lado de la señorita Valentina Conti y lady Jezabel. La criatura casi alada de los Ashton resplandecía como los bordes de la luna durante un eclipse y la hermana menor de Viviana, pese a su pésima reputación, era una belleza sin igual. Lo que solo realzaba los defectos de la que caminaba agarrada a sus codos. En ese caso, ella.

Aun así, Abby no se replegó a la esquina, a la que estaba acostumbrada a huir cuando el peso de la decepción amenazaba con hundirle los hombros. Mantuvo las palabras de Dorian en mente, convenciéndose de que era necesario que se hiciera ver. «Un hombre ofendido no va a buscarte», le había dicho. «Si quieres que repare en tu presencia, hazte notar».

Y por el momento lo estaba cumpliendo, esperando que todo aquel barullo de faldas y pantalones oscuros cesara para poder encontrar a su objetivo.

Por primera vez en su vida, no estaba nerviosa. Solo andaba a la expectativa, observando cada minucia que la rodeaba, prestando atención a los gestos de cada uno de los convidados a la ceremonia... Ubicando al más importante de todos ellos en cuestión de segundos y repasando mentalmente lo que diría para ganarse su perdón.

Lord Ashton estaba impecable en su traje de corte imperial, con el chaleco dorado a juego con el resto de sus atributos y la eterna sonrisa en los labios. Charlaba con el recién casado y dueño del salón recién estrenado gesticulando comedidamente, asintiendo cuando debía y evocando las respectivas genuflexiones cada vez que se acoplaba un invitado a la conversación. Le pareció tan hermoso como siempre: tanto que dolía mirarlo. Sin duda alguna hacía honor a su apodo de «el príncipe dorado», rodeado como estaba por esa nube invisible de perfección que lo elevaba a la categoría de inaccesible.

Pero no era inaccesible por su belleza exótica. Cuanto más se fijaba en él, escondiendo parcialmente el rostro detrás de un abanico estampado, más claro lo tenía. Había algo detrás de todo eso. Era inaccesible por un motivo que

antano había escapado a su entendimiento.

Ahora que lo observaba a través de los ojos que Dorian Blaydes le había proporcionado indirectamente al presentarse ante ella como un misterio a descifrar, sacando sin querer una faceta detectivesca oculta hasta entonces, se daba cuenta de que Ashton despertaba en ella esa gran curiosidad por un motivo. Ya no solo percibía ese rostro perfecto, cada rasgo en su sitio, cada envidiada pestaña... Sabía lo que le atraía, y es que el hombre era feliz. Ninguna sombra oscurecía su gloria.

Abby recordaba haberse mirado a los ojos en el espejo durante horas, buscando una mirada tan risueña y despreocupada como la de las debutantes. Y aunque al final había logrado matizar la oscuridad de sus ocelos de manera que reflejara una emoción tan lejana para ella como lo era la pasión, se percató de por qué nunca podría conseguir la mirada que Blaydes le había exigido. La melancolía de su corazón era tan profunda, tenía unas raíces tan firmes y unos brazos tan retorcidos que no podía evitar que se mostrase en los espejos de sus ojos. Y esa tristeza sin sentido no existía en la mirada de Ashton, sino todo lo contrario. En aquellos dos soles brillaba el primer orgulloso amanecer del día en que Dios creó el mundo.

Era eso lo que le hacía inalcanzable: la brecha que existía entre los dos. Pero no le desanimaba, porque pensaba en cuánto podría ganar si Ashton decidía compartir con ella su perenne alegría, y cuánto podría él aprender sobre la cara oculta de la realidad si le cedía parte de su nostalgia hacia lo que ni siquiera sabía si estaba perdido.

—Han invitado a Megara Swift —comentó Jess, mirando fijamente un punto del horizonte. Imprimirle un aire despreocupado a la oración habría sido en balde si la intención hubiera sido restarle importancia a cómo se sentía al respecto, por lo que no se molestó en fingir que le era indiferente—. Está despampanante.

Muy a su pesar, Abby tuvo que convenir. Era imposible que la señorita Megara Swift no fuera vestida como una reina a cualquier evento social. Sus

modales eran exquisitos, su porte, estupendo, y aunque mencionar su belleza la acusaría de frívola, era necesario señalar que, sin lugar a dudas, era la mujer más bella de todo el salón.

Aunque el apellido Swift tenía sus orígenes en América, la familia de jovencitas de la que formaba parte Megara ascendía de una larga dinastía de notables señores de Escocia. A Abigail no le constaba si las hermanas de la susodicha —que formaban un clan de cuatro en total— eran propensas a la rebeldía y autoridad que derrochaban los escoceses por el hecho de correr la sangre de los antiguos *highlanders* por sus venas, pero a Megara solo se le notaba de vez en cuando en el acento ligero. Por lo demás, era toda una dama inglesa sin tacha. Y era, también, la peor enemiga de Jess. No por decisión propia, sino porque había cometido el craso error de ser la preferida del marqués de Leverton.

—Tú también estás muy bonita, Jess —replicó Abby, intentando animarla.

—Eso es —convino Valentina Conti.

—Pero es a ella a la que invita a bailar. —La vio apretar los labios—. Tengo que hacer algo para separarlos, Abby.

—¿Decirle a lord Leverton que tienes sentimientos por él?

—No. Aún no tiene sentimientos por mí, por lo que sería estúpido por mi parte declarar mis intenciones. Conociéndolo, me apartaría con una sola mano y sin mirarme.

Abby esbozó una sonrisa resignada. Era muy probable que el marqués procediera de esa manera, teniendo en cuenta que era un hombre ajeno a los sentimientos de sus allegados. No hacía falta ser ninguna eminencia de la ciencia social para darse cuenta de que Jess estaba total y absolutamente enamorada de él, y sin embargo, era la única persona en toda la nación que no lo sabía.

—¿Qué vas a hacer, entonces?

—Esperaré a que Viviana me dé una recomendación para seguirla. Ninguno de mis métodos ha funcionado hasta la fecha, y te aseguro que he hecho de

todo. Al parecer necesitaré sus medidas desesperadas para triunfar.

—Y... —empezó Abby, observando a Leverton a lo lejos. Sonreía significativamente a la señorita Swift, lo que solo podía acarrear problemas. Leverton era muy escueto con sus gestos... pero le parecía que se le escapaban las chispas de interés de los ojos cada vez que miraba a la susodicha—. ¿No has pensado en que quizá Leverton no es para ti? Es decir... Podrías conseguir lo que te propusieras, pero no tienes por qué verlo como el único hombre sobre la faz de la Tierra que podría hacerte feliz.

Jess la miró con las cejas alzadas.

—No lo amo porque sepa que podría hacerme feliz. Eso sería una gran estupidez, ya que la felicidad del ser reside en el ser mismo y no en lo que le rodea... Al menos la felicidad plena que yo pretendo alcanzar.

Valentina frunció el ceño.

—¿Entonces? ¿Por qué lo amas?

—No lo sé —contestó, encogiendo un hombro sutilmente—, pero esa es la respuesta con la que tienes que dar cuando te preguntas si quieres a alguien. Fundamentar el amor en la atracción hablaría de deseo y pasión; valorar solo la inteligencia sería deslumbramiento; apreciar su fortuna estaría relacionado con el interés, y definitivamente no lo amo porque me ame a mí. Primero, porque no es cierto. Y segundo... Si desarrollara sentimientos por él solo por ese motivo, significaría que estoy desesperada porque me amen de vuelta debido a no quererme yo misma lo suficiente, y al final sería una ilusión.

Abby se hizo la misma pregunta. ¿Amaba a lord Ashton...? Por supuesto que sí. No le interesaba su dinero y sabía que no correspondía sus sentimientos —aunque estuviera interesado en ella—, lo que significaba que las dos excusas más innobles de un buen corazón estaban descartadas. Pero por otro lado, le fascinaban su belleza y conversación.

—¿Y si fuera un conjunto de todos esos motivos?

—Sería una suma, ¿no?

—Sí.

—Las sumas son matemáticas, ¿no es cierto?

—Así es.

—Las matemáticas son racionales, ¿verdad?

—Eso tengo entendido.

—Bien, porque los sentimientos no lo son. No son racionales en absoluto — explicó Jess, sin dejar de caminar muy segura de dónde ponía cada pie—. El amor jamás podría ser una suma, a mi razón de verlo. No es una enumeración de virtudes; ni siquiera la rabia voluptuosa que predica el morboso sobre un conjunto de defectos.

—¿Qué es, entonces?

—Es un «no lo sé, pero ahí está». —Jess estiró sus labios en una sonrisa paciente—. Dicho de otra manera... El amor es un «algo» indefinible, intangible e inexplicable, que se siente pero no se puede tocar ni abarcar, tanto física como psíquicamente. No ha habido mente humana que supiera descifrar el significado del amor. Ni los científicos, ni los poetas, que se supone que tienen el alma más despierta a las sensaciones. Por eso se queda en un «algo». No sabes qué es, no sabes por qué vive justamente *ahí*, en esa persona concreta; no sabes cómo arrancarlo de tu ser... Solo sabes que te empuja inexorablemente a los brazos del otro, y que te confiere unos poderes más buenos o más malos que te hacen sentir de manera distinta. Ese «algo» flota en el aire cuando lo miras, pero vive dentro de ti... Y él te lo transfiere cuando te toca. Puede adoptar la forma del viento, de una caricia o de una palabra. Enciende tu centro de gravedad, dándole movilidad a tu cuerpo y sentido a tus palabras. Es lo que te da la vida, de una forma u otra. Cuando ese «algo» está ahí y lo reconoces, lo que te rodea tiene un color más intenso. La música es más viva, las lecturas se leen con mayor voracidad, y nunca quieres permanecer en la cama cinco minutos más.

—Eso lo dudo —sonrió Abby, conmovida por sus palabras—. ¿Y crees que solo hay un hombre en el mundo para cada una, porque ese «algo» únicamente existe una vez para nosotras?

—Puede que una mujer ame más de una vez, o a más de un hombre al mismo tiempo. Yo solo hablo desde mi experiencia, y es que amaré toda la vida a ese hombre. —Una pausa dramática—. Por eso tengo que hacer que la señorita Swift le quite las pezuñas de encima.

—¿Y cómo piensas hacerlo? ¿Tirándole un cubo de agua por encima, como hicimos con Cromwell?

Jess le lanzó una mirada soñadora. Tanto ella como Viviana recordaban el episodio sumamente divertidas, ya que detestaban al susodicho y habían creído oportuno darle una lección por su continuo acoso. Abby, en cambio, tenía demasiado presentes los modales inculcados y aún se sentía culpable por haberle hecho pasar por aquel mal rato. Y según interpretaba, Valentina tampoco estaba muy contenta con ello.

—Entonces ten cuidado de no quedarte encerrada con ella después de habérselo arrojado —declaró dramáticamente—. Podría tomar represiones y te aseguro que no te gustaría.

—Creo que querías decir «represalias» —intervino Jess, quien encontraba un incommensurable placer en corregir a todo el mundo—. ¿Y por qué lo dices? ¿Es que te quedaste con...? —De repente abrió los ojos como platos—. Dios mío, te quedaste encerrada con Cromwell en la biblioteca. ¿Cómo pudo ocurrir? ¿Por qué no nos lo dijiste antes?

—Porque antes mi hermana andaba cerca, y no me cabe duda de que habría estrangulado a Cromwell con sus propias manos si hubiera llegado a sus oídos —musitó débilmente—. No quiero que vuelva a tomarla con él. Evidentemente lo merece por su atrevimiento, pero la peor parte siempre se la llevaría ella en caso de intervenir.

—Eso es cierto —cabeceó Abigail, dolida—. Al menos en lo que al duque se refiere, así ha sido.

En lugar de traer de vuelta el asunto relacionado con la boda apresurada de Viviana y su más que despreciable vida matrimonial, Jess sacudió la cabeza y volvió al tema inicial.

—¿Atrevimiento, dices? ¿Se atrevió a tocarte aprovechando que estabais a solas?

Valentina enrojeció.

—¡Claro que no! Pero es verdad que desde entonces... —empezó—. Ha estado muy pendiente de lo que hago. Su mirada me persigue allá donde voy, y siempre que puede, me avasalla pidiéndome un baile, o un rato a solas...

Jess bufó por lo bajo.

—A este paso vais a poder fundar una hermandad. «Las pobres acosadas por Cromwell» —soltó, molesta—. Deberías habérselo dicho a Viviana para que le pusiera punto y final a todo eso.

—Ya... El problema es que no quería que le pusiera fin —admitió. Al ver la expresión de las jóvenes se apresuró a explicarse—: No es lo que pensáis. Cromwell sigue pareciéndome un hombre despreciable. Es solo que... teniendo en cuenta que Abby está intentando cortejar a lord Ashton y Cromwell siempre ha estado detrás de ella... Bueno, creo que sería un buen plan que alguien lo distrajese mientras hace lo propio para que nadie se hiciera la idea equivocada. Al conde no le daría buena espina que un seductor anduviera detrás de la mujer con la que pretende casarse, y me irritaría que decidiera darle puerta solo porque un tenorio la persigue.

Abby abrió los ojos desmesuradamente, sorprendida por la determinación de Valentina. No lo había pensado, pero lo cierto era que si se remontaba a semanas atrás, Cromwell no estuvo pendiente de ella. De hecho, apenas habían coincidido, y no porque el susodicho no hubiera recibido la correspondiente invitación. Había estado tan pendiente de su objetivo de conquista y de su aprendizaje con el señor Blaydes que apenas recordaba ya que el seductor de Londres tenía sus ojos puestos en ella, ni mucho menos que sus intereses acababan de desplazarse en otra dirección.

—Has sido tú —dijo, conmovida—. Tú eres el motivo por el que ya no me busca... ¿Por qué lo has hecho?

—Por varios motivos. El primero es que estoy cansada de que mi hermana

me vea como una muñeca de cristal que debe mantenerse al margen de sus planes. Como veis y como ella acabará viendo, soy perfectamente capaz de maquinar y ganar. El segundo es que te aprecio y te lo debo. Fuiste la única persona que me trató con amabilidad cuando llegué aquí, que no me hizo el vacío y me señaló con cuidado qué era lo que hacía mal y debía mejorar para ganarme el respeto de los demás: siempre estaré en deuda contigo. El tercero es que odio a los hombres. —Sus labios se fruncieron levemente—. Se merece una lección por haberte hecho sufrir tanto, y por haber hecho sufrir al resto de mujeres de este mundo. Los mujeriegos son escoba.

—¿Escoba? —murmuró Jess. Descifrarlo la hizo sonreír—. ¡Escoria! ¿O no?

—¿Escoria no es lo que se utiliza para barrer?

—No, eso es justamente la escoba —sonrió Abby, mirándola con cariño. Se acercó a ella y la cogió de la mano—. Tina, me halaga que te preocupes por mí y no sabes cuánto agradezco que lo hayas apartado unas semanas, pero... No creo que sea buena idea que sigas así. Te expones a que te haga daño, y no me lo perdonaría... Ya puestos, tu hermana tampoco.

—Sé lo que hago, lo juro —insistió Valentina—. No os tenéis que preocupar por mí. Si estoy vivita y codeando tras un mes de persecuciones, ¿qué os hace pensar que no aguantaré otro más? La temporada termina en apenas tres semanas. Hasta entonces podré distraerlo, y así tú podrás dedicarte en cuerpo y alma a conquistar a Ashton.

Jess esbozó una escueta sonrisa.

—Es «vivita y coleando» —corrigió. Luego suspiró—. Eres digna de tu hermana, Valentina. Pero no se lo digas: últimamente piensa que ser ella es un insulto, cuando solo significa tener muchas virtudes. Entre otras, la perspicacia. Lo que me lleva a preguntar... ¿Cómo has conseguido mantener a Cromwell a tu lado sin darle nada de ti?

Encogió un hombro.

—Tengo una lista.

—¿Cómo? —exclamó Abby por lo bajo, horrorizada—. Tina, ¿has olvidado las malas consecuencias que puede acarrear tener una lista? Tu hermana se ha casado con un duque vengativo y dispuesto a convertir su vida en un infierno por una de esas.

—Pero es que mi lista no es como la suya —protestó—. La mía declara desde el primer paso que lo único que quiero es alejarlo. De hecho, todos los pasos tienen como objetivo que deje de pensar en mí.

—¿Eso no lo acercará a Abby de nuevo?

—No, porque los mujeriegos siempre quieren lo que no pueden tener. Por eso abandonan a las mujeres en cuanto se enamoran de ellos —contestó quedamente—. Es obvio que hacer travesuras para que se canse solo lo acercará a mí.

—¿Y cuando lo tengas tan cerca que no puedas sacártelo de encima? ¿Qué harás?

Valentina se quedó pensativa un momento.

—Bastará con que finja que estoy enamorada de él para que se vaya corriendo.

—¿Estás segura de que surtirá efecto? Porque creo que antes de irse se cobrará algo importante... como tu virginidad.

Abby miró a Jess con las mejillas teñidas de rojo.

—¿También te ha enseñado ese Saint-Simon que lees a decir esas cosas en medio de un salón?

—En realidad, ahora estoy leyendo a Marx. Pero no, creo que a Saint-Simon ni siquiera le gustaban demasiado los salones. Despreciaba a la aristocracia improductiva —declaró con una sonrisa pedante. Volvió a Valentina—. Estoy de acuerdo con que aguantes hasta el final de la temporada, pero luego te olvidarás de todo esto y lo ignorarás. Ni el amor ni el odio sirven cuando deseas alejar a alguien: necesitas una gran dosis de ignorancia.

—Aún tengo tiempo para pulir detalles. Quedan puntos que escribir en la lista.

Abby despegó los labios para interesarse por lo que llevaba escrito, pero unas cosquillas familiares en la línea de la columna la advirtieron de una nueva presencia. No lo comprendió hasta que se percató de que las conversaciones simultáneas bajaban el tono hasta quedar reducidas a susurros... o a nada. Levantó la cabeza, intrigada por el cambio drástico en el ambiente, que ella misma notaba eléctrico, distinto.

Ubicó a la discordia encarnada en hombre justo cuando Jess comentó por lo bajo:

—¿Qué hace aquí?

Abby no estaba escondida entre el tumulto, pero sabía que su figura sería difícil de ubicar entre la amalgama de colores fuertes y bellezas clásicas que se encontraban mucho más cercanas a su posición. Eso le concedió cierta ventaja sobre Dorian Blaydes, quien en caso de buscarla tardaría un buen rato en encontrarla. Y para ese momento, ella ya se habría ruborizado suficiente al reconocerlo como un caballero de a pie, vestido acorde con su antigua posición y envarado como cualquier hombre orgulloso de sí mismo. Era la ironía en persona: lo sabía de antes y lo reivindicaba ahora, reconociendo en la postura gallarda el honor de estar ahí, y en los ojos, el desprecio más puro hacia lo que le rodeaba.

Parecía que lo único intrínseco en el alma de Dorian Blaydes era eso mismo: odio. Si Abby buscaba en sus ojos o en su expresión cualquier mínimo atisbo sentimental, no encontraría siquiera la definición opuesta. Ni alegría, ni tristeza, ni desidia, ni aprecio por nada. Su esencia era la burla generalizada, incluyéndose a él en el conjunto.

—Se supone que no debería estar aquí, aunque se trate de la boda de su hermano.

—¿Hermano? —preguntó Abigail, sin despegar los ojos de él—. ¿De quién hablamos?

—De Celinia Haviland, por supuesto. —Ladeó la cabeza disimuladamente en dirección a la figura femenina que se abanicaba junto a la puerta de entrada

—. Creo que la familia está arriesgándose demasiado al permitir que se mueva por aquí.

—¿Cómo? —balbuceó Abby, cada vez más confusa—. ¿Por qué?

—¿No lo sabes? —inquirió Valentina, en tono confidencial—. Corre el rumor de que Celinia está loca. Y Elaine me lo confirmó hace unos días —añadió—. Parece ser que durante este invierno enfermó de un mal que le empeora el humor, y después de irrumpir en maldiciones en la semana de caza, sus padres decidieron que se dejaría ver en sociedad lo mínimo posible. La tienen encerrada en su habitación desde hace meses... ¡Oh! —exclamó por lo bajo—. ¿Quién es ese hombre que todo el mundo está observando? Creo que no lo he visto nunca.

Abby quiso apartar la vista de Celinia y concentrarse en Dorian, quien sin lugar a dudas era el motivo del revuelo de la italiana joven. No obstante, la confesión de Valentina la inquietó lo suficiente para buscar ejemplos de locura en el aspecto o los gestos de la susodicha.

—Eso es porque nunca se deja ver —contestó Jess—. Vive en una mansión de Marylebone en el estricto sentido de la palabra: *vive allí*, no hace vida fuera. Según cuentan, no hay dios o héroe que pueda moverlo, ni invitación que pueda tentarlo... Aunque a decir verdad, tampoco es que figure en la lista de invitados honorables a los que hacer llegar la notificación de una velada. Se llama Dorian Blaydes, y es el segundo hijo del conde de Standish... Pero debió hacer algo imperdonable, porque su padre le desheredó y desde entonces no se relaciona con ellos. Tal vez tuviera algo que ver con la muerte de su hermano...

Abigail se giró hacia Jess con los ojos a punto de caérsele rodando.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Es por mi hermano. —Encogió un hombro con suavidad—. Lo sabe todo de todo el mundo.

—Dorian Blaydes —repitió Valentina, mirándolo con curiosidad. En ese momento, el susodicho se acercaba a la pareja para felicitarlos por la unión.

Ante la tranquilidad de los anfitriones, los invitados reanudaron su parloteo, aunque de manera comedida y sin quitarle ojo de encima—. ¿Por qué no lo invitan? Parece muy elegante.

—Que te deshereden es motivo suficiente para que la aristocracia te dé la espalda. Solo lo invitan algunos pocos amigos que le quedan, como el señor Talbot y el señor Doyle. El resto, si se le ocurre tenerlo en cuenta, lo anima a presentarse solo para verificar si sigue vivo y por el placer de cuchichear sobre él.

—Me comparezco del señor Blaydes. Sé cómo se siente.

—Compadezco —corrigió Jess—. Y no lo hagas. Yo personalmente no le desprecio. Me causa curiosidad, más bien. Pero solo tienes que mirarlo para saber que no necesita compasión de nadie. Le importa todo un bledo.

—No lo creo —se escuchó Abby, como si la voz no fuese suya—. Ningún ser humano es indiferente a todo. Y si existe... No es Dorian Blaydes. Me da la impresión de que hay algo que lo ahoga.

Valentina gimoteó.

—¿Cuántos «algos» existen en el ámbito sentimental? *Mamma mia*, juntando los de Jess y los tuyos me voy a hacer un lío.

Como si supiera que la conversación giraba en torno a él, Dorian dejó de prestar atención al señor Haviland y centró su mirada en ella. Abby se convirtió en un palo dentro de un vestido.

Le habría gustado no ser consciente de que una emoción intensa se derramaba desde las cervicales hasta la baja espalda, como si él la hubiera acariciado con los dedos.

Dorian ladeó la cabeza y sonrió muy despacio, estirando una sola comisura. Después negó. Negó lentamente, y Abby se desalentó por no saber qué era lo que estaba haciendo mal. Más tarde, Dorian tuvo la amabilidad de deslizar la mirada casi con pereza por su cuerpo. Cuando volvió a negar, Abby supo que estaba juzgando su atuendo.

Su atuendo era el segundo *no*, pero, ¿cuál era el primero...?

Antes de que pudiera preguntárselo haciendo una mueca, la exuberante figura de Celinia Haviland se interpuso entre ambos. Abby observó que la joven, muy discretamente, le rozaba la mano y cruzaba el salón sin rendirle muchas más cuentas. Dorian la siguió sin mirarla una última vez.

Abby esbozó una discreta sonrisa resignada. Era obvio que no había ido a la boda para supervisar o preguntarle cómo iba todo, sino a seguir dando rienda suelta al pecado que más le gustaba cometer. Y ella no era nadie para increpar nada; tampoco tenía derecho a reaccionar como una despechada. Lamentablemente fue así, y ya fuera porque era lo que tenía que hacer o porque necesitaba terminar lo antes posible con aquello, ignoró a Dorian y buscó a Ashton entre la gente.

Puso enseguida su plan en acción. Miradas, abanico, sonrisas... El conde no tardó en fijarse en ella, momento en el que llevó sus gestos a otro nivel y probó a acercarse a él. Ashton no la había mirado en todo lo que llevaban de celebración, y Abby supo por qué en cuanto tuvo sus ojos sobre ella. Estaba arrepentido por su comportamiento. Era la clase de arrepentimiento profundo y avergonzado que impedía a un hombre dar un paso al frente, temiendo que una disculpa no fuera suficiente.

Debió serlo en algún momento, porque se acercó a ella. Con renuencia y sin tenerlas todas de su parte, pero lo hizo. Bastó una mirada suplicante para que Abby asintiera en silencio y ambos se alejaran del tumulto de invitados para pasear por el jardín. A plena luz del día no podría hacer nada indebido, pensaba distraídamente. No sabía si eso le frustraba o la relajaba.

—No parece enfadada, milady —dijo Ashton sin rodeos.

—No lo estoy, milord.

—Lo celebro... Aunque igualmente he de pedirle disculpas. No tuve un comportamiento muy fino la última vez que nos vimos. Demostré ser un hombre incivilizado, y quería convencerla de que no soy así. Solo me dejé arrastrar por... no sé muy bien qué.

Abby quiso replicar, decirle que estaba equivocado; admitir que a pesar de

haber reaccionado de esa manera, tan poco acostumbrada al contacto masculino, se sentía halagada por haber sido deseada. No obstante, Dorian había ordenado que no se dejara llevar por la compasión y en su lugar asintiera y cambiara de tema.

—No tiene de lo que preocuparse, milord. Yo jamás lo habría tachado de tal cosa. Puede estar tranquilo por mi parte... y espero que por la suya también.

Asintió, dubitativo. Abby se sentía como pez fuera del agua: casi había olvidado en esas semanas lo expresivo que era, lo poco que tenía que preocuparse por si decía la verdad o mentía.

—Entonces me alegra que todo esté en su lugar.

Abby parpadeó al ver que tenía intenciones de marcharse.

—Espere. —Le puso una mano en el brazo. Él se giró sorprendido por el atrevimiento, pero ella, en lugar de ruborizarse, ignoró la importancia del gesto y solo retrocedió un poco—. Lo que dijo la última vez que hablamos sobre... el futuro...

Ashton alzó las cejas.

—Oh. —Se pasó una mano por el pelo, confuso—. La verdad es que... Milady, puede que me precipitara. Tiendo a perder la paciencia muy rápido y creo que usted necesita a un hombre que vaya despacio. Está claro que la asusté, lo que determina que debería retirarme para evitar...

Abby dejó de escuchar. Se concentró en sus labios, tratando de entender lo que decía, pero lo único que sacaba en claro de su declaración era que estaba diciéndole adiós. Estaba diciéndole adiós a sus esperanzas, a la ilusión de vivir como la señora de una gran casa, de compartir sus días con un hombre agradable, de entregar su vida a los aristócratas del siglo que estaba por venir...

—Deme otra oportunidad, milord —interrumpió, mirándolo gravemente. «Esto no le gustaría al señor Blaydes», pensó—. No he sido la mejor... pero podría serlo.

Ashton hizo una mueca.

—Yo... te hice daño, Abigail —musitó—. No sé por qué, pero lo hice. Y no me gustaría volver a repetirlo.

—No se repetirá, lo prometo. Me siento distinta a su lado. Me siento bien —confesó. No era lo que Dorian le recomendó, pero tampoco había ofrecido alternativas a esa clase de respuesta—. No quiero renunciar a usted, milord. Por favor, crea en mí. Si me hubiera hecho daño no estaría parada delante de usted, sino muy lejos.

Ashton inspiró profundamente y le sostuvo la mirada. Parecía muy afectado por su última reacción, y Abby comprendía que no era para menos. Seguro que ninguna mujer sobre la Tierra le había hecho un desaire similar jamás, y podría haber llegado a la edad de sesenta sin que se hubiera producido semejante altercado. Aun así no parecía solo una cuestión de ego. Estaba realmente turbado.

—Supongo que podríamos seguir viéndonos, milady... Aunque no creo que sea conveniente que mantenga mi propuesta. Siento que debo empezar de nuevo con usted.

Abby esbozó una sonrisa conciliadora.

—Haré lo que quiera, milord. Me adaptaré a sus necesidades.

Casi pudo escuchar la voz del señor Blaydes reventándole el tímpano: «¡No te pongas en bandeja!».

Era tarde.

Y aun así...

—No es eso. No quiero que lo vea como un favor hacia mí... Señor, estoy encantado de que esté interesada. De hecho me encantó demasiado —señaló en tono lúgubre—. Pero esto lo hago porque he de redimir mi error de algún modo. ¿Qué le parecería si simplemente... disfrutáramos de nuestros encuentros casuales hasta olvidarlo?

Abby ocultó su decepción.

—Eso sería... grato.

—De acuerdo —medio sonrió, agachando la cabeza—. Así será, pues.

«Una dama nunca tendrá contacto directo con un hombre, ni en público ni en privado, si no les unen los correspondientes votos matrimoniales».

Extracto del *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

Abby a menudo pensaba en la suerte que tenía de haber nacido sin mucha predisposición a charlar durante las comidas. De ser así, hubiera echado de menos unas cuantas palabras por parte del único comensal que la acompañaba. Aun y con eso, sentía nostalgia por esa complicidad que nunca existió. No sabía lo que era compartir impresiones con su padre, o hacer de cualquier banalidad una lucha encarnizada por ver quién era el propietario de la razón. Desconocía cómo se sentía una regañina, aunque admitía tener parte de culpa en ese asunto. Jamás había cometido una imprudencia. Y lo lamentaba ahora que el silencio en el comedor era tal que le zumbaban los oídos.

Intentó iniciar una conversación un par de veces. Como no tuvo ningún éxito y nunca le levantaría la voz a su padre, exigiendo una explicación a su comportamiento o solo forzando el tono por si venía de un problema auditivo, se limitó a terminarse la sopa. Lord Stratford acabó antes, y como por lo visto no recordaba cuáles eran sus modales cuando estaban a solas, se levantó sin decir nada y se marchó, dejándola terminando el plato en medio del vacío.

La soledad la hizo sonreír de medio lado, sin ninguna emoción. Podía ser peor, o eso se decía continuamente para no caer en la desazón. De lo que estaba convencida era de que algún día cambiaría: sus amigas le habían dado la fuerza que necesitaba para ello. Y Dorian Blaydes, a pesar de haberle dicho que ese día estaría demasiado ocupado para recibirla, también estaba de su parte. Era imposible perder, simplemente imposible.

Después de terminar de comer, se retiró a su habitación, prescindiendo de la ayuda de la doncella. Se le ocurrió que no estaba de ánimo para soportar los comentarios hirientes de Jane, aunque también tuvo en mente que su rechazo podría sentarle mal y darle fuerzas para cargar contra ella con nuevos insultos velados a la mañana siguiente.

Abby lo ignoró, segura de que podría soportarlo. Bloqueó la puerta, cerrando con llave para que nadie la molestase. Cuando fue a darse la vuelta en busca de la ropa de cama, se topó con un amplio torso masculino y unos ojos eléctricos que la impulsaron involuntariamente a pegar la espalda a la pared.

—¡Virgen santísi...!

Dorian Blaydes le tapó la boca con la mano, sonriendo ladino. Ella tuvo que parpadear varias veces para asegurarse de que lo que estaba viendo era real.

Había un hombre en su alcoba.

Un hombre... en su alcoba.

¿Cómo?

—La ventana —contestó él simplemente. Después ladeó la cabeza y la estudió con mayor profundidad. ¿Lo habría dicho en voz alta, o acababa de leer su mente? La pregunta fue respondida a continuación—. ¿Por qué diría Ashton que eres inexpresiva? Puedo leerte el pensamiento con solo fijarme un poco. Aunque no es eso lo que he venido a decirte... ¿Gritarás si te libero, colibrí? No he sobrevivido a escapadas nocturnas mucho más excitantes que esta para que me maten —o peor: me obliguen a casarme— cuando obro de buena fe.

Abby no pudo contestar, pero suavizó su expresión horrorizada para dar a entender que confiaba en él. Era Dorian, el hombre que la estaba ayudando a conquistar al conde y, en su defecto, a huir de un hogar que la asfixiaba.

Aunque seguía siendo un libertino.

Un libertino en su habitación.

—Podría obrar de buena fe sin invadir mis aposentos a medianoche, señor Blaydes —señaló suavemente, mirándolo con una levísima nota de censura.

—¿Y cómo si no conseguiría lo que me propongo? —inquirió con su tono seductor.

Abby se percató entonces de que había bebido; el desequilibrio sobre sus pies, aunque leve, resultaba tan revelador como el toque del whisky en su cálido aliento. Pese a esto y a pretender ruborizarla, estaba en sus cabales.

—Sé que no pretende seducirme, señor Blaydes —contestó humildemente—. Puede actuar con normalidad y decirme sin preámbulos por qué ha decidido hacerme una visita.

—La esperaba infinitamente más sorprendida.

—Me sorprendió más verle en la boda del señor Haviland.

Dorian medio sonrió y, por fin, se apartó de ella para dejarle respirar. No supo que él también había retenido el aire durante el intercambio. Era tan ajeno a sus sensaciones como ella era ajena a las de él.

—Fui para asegurarme de que todo marchaba bien. Culpa suya por pedirme un favor; debería haber sabido que hago pocas cosas, pero cuando las hago me las tomo muy en serio —apuntó, paseándose por su habitación como si tal cosa—. No sabe cuánto me avergonzó verla vestida con aquel espantoso traje de corte imperio reutilizado. Y en cuanto al vals... —Sacudió la cabeza—. Ahora me doy cuenta de que hice mal en confiar en usted cuando aseguró que era una excelente bailarina. Se nota que ha pasado toda la vida practicando con mujeres.

El tono despectivo de Dorian quedó en segundo plano. Abby se había perdido contemplando su paseo tranquilo por la habitación; tan tranquilo que

la había hecho suya con solo plantar sus pies allí. Mosqueado por motivos desconocidos, con los ojos brillantes por la bebida y también consciente de que nada de lo que le rodeaba podría encajar con él jamás, parecía un animal mitológico encerrado en una jaula de metal que solo favorecía el acero de su mirada.

Le tomó unos segundos de más volver a la realidad. En cuanto asumió lo que Dorian acababa de decir, cuadró los hombros y rodeó la habitación para acercarse a él de manera imprecisa.

—No le vi durante el vals.

—Estuve vigilándola en todo momento, salvo cuando salió al jardín. ¿Fue todo bien?

Abby sabía que no era cierto, pero no lo expresó.

—Lord Ashton tiene la sensación de que su atrevimiento me causó tan fuerte impacto...

—El suficiente para que se acercara a un paria de Londres con la reputación de un pirata para pedirle que la enseñara a seducir.

—...que lo mejor habría sido dejar de hacernos ilusiones —continuó Abby, sin decaer por el tono de Dorian—. Pero lo disuadí de ello y acordamos que comenzaríamos de nuevo... por el cortejo casual.

—El cortejo casual es el más sutil —la sorprendió. Pensó que habría tenido que explicarle qué significaba exactamente. Olvidaba que Blaydes siempre estaba varios pasos por delante—. Coincidirán en todas las veladas y podrán pasar un rato juntos, pero habrá otras en las que será preferible que no insista y se quede al margen... A no ser que quiera atraerle. En cualquiera de los casos, la clave del cortejo casual es la imagen y las dos lecciones anteriores, ya que los besos y abrazos no tienen cabida en un salón o paseo. Lo bueno es que ya sabe mirar y conversar... decentemente. Lo malo es que no tiene ni idea de cómo vestirse.

Dorian se acercó a ella y caminó a su alrededor muy despacio, estudiando con ojo crítico cada nimio detalle del sencillo vestido que lucía. No era uno

de los mejores: ni siquiera era de la familia de los famosos *hourglass* que se llevaban en la actualidad.

Al principio le avergonzó que Dorian diera vueltas detallándola como si fuera un objeto que adquirir. Luego le ganó la curiosidad y buscó sus ojos, topándose con una expresión oscura e inescrutable que avistaba emociones ocultas. No estaban a su alcance, pero no hacía falta descifrarlo. Aquel gesto entre insensible y profundamente afectado la abrió en canal y la llenó de anhelos.

Dorian cogió una de las cintas que caían desde el lazo de la cintura y lo sopesó con fingido interés.

—Ni siquiera las prostitutas bajan a cenar con un vestido de algodón. Y ni siquiera a un espantapájaros le sentaría tan mal este corte. ¿Cuál es el problema?

—Señor Blaydes, de no ser porque me consta que pertenece a una buena familia, pensaría que le criaron en un establo —puntualizó Abigail, enrojeciendo de vergüenza.

—A estas alturas ya debería saber que la sutileza no es lo mío, y no sé por qué le ofende tanto. Fue usted la que me abocó a tratarla con confianza al presentarse en mi casa con un plan de seducción... ¿O estoy equivocado?

Abigail negó con la cabeza y acabó por suspirar.

—Así que... ¿También sabe sobre indumentaria femenina?

Dorian le lanzó una mirada significativa que hizo arder sus mejillas.

—He quitado más vestidos de los que tú te has podido poner, colibrí. Sé lo que mis manos han tocado cada noche... —Se acercó hasta comerse su espacio vital y añadió, en voz baja—: Y no era maldito algodón.

Abby inspiró, tragándose un pedazo de aire sazonado con el mismo aliento de Dorian, con su regusto amargo a whisky caro.

—El problema es, señor Blaydes, que no tengo dinero. Aunque mi padre está consiguiendo recuperar parte de lo que perdió gracias a préstamos y nuevas inversiones, no va a gastar lo poco que tiene en nuevos volantes. Por tanto...

Visto lo que una vez llevó mi madre.

—Será su abuela —bufó Dorian, pasándose una mano por el espeso cabello negro—. Esto es, milady... —Dorian hizo un gesto vago, abarcando la sala en general—. Es una desventaja para usted. No me extraña que no se le haya acercado un solo hombre en todo este tiempo. Necesita vestidos nuevos.

Abby parpadeó.

—No voy a robarlos, señor Blaydes.

—Vaya a la modista y encargue los modelos que sean de su gusto. Podremos improvisar algo hasta que llegue el momento de pagarlos.

—Pero...

—Nada en naranja —amenazó, mirándola fijamente—. Ni amarillo, ni blanco, ni rosa pálido. Son colores de debutante, o no le sientan bien con su tono de piel, o directamente le quedarían como un tiro a cualquier ser humano. Pruebe con el azul oscuro, el verde botella, granate, marrones y ocre, algún dorado suave... El fucsia no, definitivamente. No va con su personalidad.

—Mi doncella dice que el azul marino es el color que peor combina conmigo.

Dorian la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Tienes la piel de una muñeca de porcelana, los ojos y el cabello oscuro. Ningún color claro podría sentarte bien sin quedar excesivo. Por otro lado, el verde tiene una fuerte personalidad, el rojo significa fogoso y el marrón no tiene vida. El azul fluye y llama la atención, pero de una manera discreta y elegante. Es profundo y melancólico, justo como tú. Lleva las letras de tu nombre —zanjó—. De ahora en adelante, ese tono será tu color.

Abby se sorprendió sin respiración por el comentario.

—¿Qué le asegura que soy profunda y no únicamente reservada, señor Blaydes?

—Las personas reservadas siempre tienen secretos, y tener secretos denota profundidad, o las viejas aventuras de un alma libre. Y en las raras excepciones en las que no es así, simplemente aprecian el silencio y prefieren

sus pensamientos a charlas banales. Eso denota inteligencia y criterio, dos cualidades que no poseería un frívolo. Además... —añadió, mirándola de soslayo. La rodeó para colocarse a su espalda—. Llevas escrito el miedo y la tristeza en los ojos.

—No suena como la clase de atributo que un caballero valoraría.

—Cada hombre es un mundo. —Abby se lo imaginó encogiéndose de hombros. Luego se encogió ella, sorprendida por el roce de los dedos de Dorian en sus cervicales. Le pareció que apartaba los rizos que caían sobre sus hombros—. Hay quien considera la alegría o la amabilidad un requisito para ver hermosa a una persona, quien necesita tiempo para acostumbrarse... Los hay que prefieren guiarse según lo que ve en su expresión. Lo que transmite. La mayoría valora la belleza en conjunto: es lo sencillo. La minoría prefiere indagar y comprender por qué una mujer es atractiva y por qué otra no.

—Los detallistas —resumió. Notaba el frío de la habitación envolviéndole el cuello, y los dedos calientes de Dorian rozándole delicadamente la piel.

—Los inconformistas —corrigió, con voz ronca. Se acercó un poco más y la estudió en profundidad—. Ninguno de los dos grupos son apropiados para ti, pero los frívolos nunca podrían apreciarte.

—¿Y los segundos? ¿Los inconformistas podrían hacerlo?

—Lo harían, pero no llegarían a amarte —concluyó—. A partir de ahora recógete todo el pelo, tal y como lo estoy sujetando. Tienes el cuello elegante de un cisne. Con las joyas adecuadas parecerías una reina.

Abby esbozó una sonrisa tímida que él no pudo ver.

—No quiero ser una reina, señor Blaydes.

—Cierto, le basta con ser condesa —ironizó.

Abigail ignoró la provocación y se giró para mirarlo a los ojos.

—¿Por qué un hombre incapaz de apreciarme podría llegar a enamorarse de mí, y un hombre susceptible a mis virtudes jamás me querría? ¿Es porque lo que ofrezco de mí, esa fachada sencilla y educada, es mejor que mis

características personales? ¿No soy suficiente...?

Dorian la miró sombrío.

—Ni por asomo. Un hombre incapaz de apreciarla es un desecho humano, pero sabe Dios que con tiempo y esfuerzo, todo es posible. Acabaría enamorado de usted por inercia. En cuanto al susceptible a sus virtudes, no la amaría porque no está conforme con nada. Nada le sacia. Necesitaría veinte mujeres como usted para sentirse bien consigo mismo, y ni siquiera.

—Alguna podría saciarle.

La mirada de Dorian se volvió profundamente melancólica. En el lienzo azul se percibieron rotos y descosidos sin posibilidad de arreglo, y más allá de lo superficial, una diminuta pero potente llama que quería ver languidecer al mundo bajo su efecto.

—Alguna —dijo solamente—. Y ahora... Deje que le enseñe cómo se baila un vals en condiciones.

Abby lo dejó correr permitiéndole cambiar de tema, pero pensó en ello mientras él guiaba su postura. Siempre creyó que la historia del hombre malo que en el fondo no era cruel sino víctima de una condena eterna, era falsa. No obstante, estaba equivocada. No había mayor prueba que Dorian Blaydes. Le había costado descubrir lo que había encerrado en sus ojos, pero por fin lo supo.

Dolor.

«Tal vez tuviera algo que ver con la muerte de su hermano...».

—¿Es necesario ensayar justo ahora, señor Blaydes? Mi doncella podría entrar en cualquier momento... y es muy chismosa.

—Lo dudo. Ha bloqueado la puerta y si llega a pasar podría noquearla. — Como si no hubiera dicho ninguna barbaridad, se acercó a ella y la cogió de la cintura—. No me mire así; no soy ningún bárbaro, solo estoy bebido y digo estupideces. Ahora... Ponga su mano sobre mi hombro. No, así no. Ponga *toda la mano* sobre mi hombro, con propiedad y firmeza. Ya no necesita hacerse ver como una criatura etérea y vaporosa. Eso déjeselo a las debutantes. Como

ese rubor del que ya hemos hablado —recordó, mirándola con seriedad. Aquello solo hizo que el sonrojo se acentuase, y contra todo pronóstico, Dorian medio sonrió—. Es imposible suprimirlo, ¿no?

—No siempre. El otro día, cuando estaba con Ashton... Conseguí mantenerlo a raya.

—Pues el otro día no fue su mejor actuación, milady —repuso. La tomó de la mano y estiró el codo hasta evocar la posición de baile perfecta. A Abby le pareció que acariciaba el arco entre el dedo pulgar y el índice con la yema de sus dedos, pero rápidamente lo desechó.

—¿Lo dice por el vestido? Era lo mejor que tenía... —Al ver que Dorian no decía nada, insistió—. ¿Por qué es? Vi que negaba con la cabeza y luego se marchaba con la señorita Haviland. —Hizo una pausa, a lo que añadió con voz suave—: No soy estúpida, señor Blaydes. Sé que estuvo con ella, y no me opongo. Pero preferiría que no me mintiese, aunque fuera por omisión.

—No le he mentado y no he omitido nada, y aunque lo hiciera, no es de su incumbencia lo que haga. Yo no soy el que le ha pedido ayuda para cortejar a nadie, si no recuerdo mal. —Abby se mantuvo firme ante aquel tono punzante—. No sé qué le sorprende. Sabe que mantengo una relación con la señorita Haviland... Tiene que pegarse más a mí, colibrí. Justo ahí, sin llegar a rozarme pero haciendo notar que existe un interés por el acercamiento físico.

«Corre el rumor de que Celinia está loca. (...) Parece ser que durante este invierno enfermó de un mal que le empeora el humor, y después de irrumpir en maldiciones en la semana de caza, sus padres decidieron que se dejaría ver en sociedad lo mínimo posible. La tienen encerrada en su habitación desde hace meses».

—¿Es una relación? —indagó, ignorando sus correcciones—. ¿La ama, señor Blaydes?

Hubo una leve vacilación.

—¿Por qué debería amarla? ¿En qué se relaciona una cosa con la otra?

—Yo no tendría una... relación... con alguien que no amase —murmuró

Abigail, sin comprender—. ¿No le parece lógico?

—En absoluto. Para disfrutar del cuerpo de una mujer no se necesita tener sentimientos. Muy bien: esta es la postura ideal, milady —anunció, cambiando de expresión—. Ahora vamos a movernos. Tiene que dejar que yo la guíe, y no intentar imponerse. Noté que le gusta llevar la iniciativa. No está del todo mal. Pero a los hombres les gusta estar por delante en todo ámbito, así que la próxima vez deje que la manejen.

—De acuerdo, pero... ¿Cómo vamos a bailar sin música?

Dorian sonrió secretamente.

—Yo soy la música, colibrí. ¿Qué quieres bailar?

Abigail parpadeó totalmente desconcertada. Bajó los ojos de los suyos a la garganta masculina, donde una ligera protuberancia se movía cada vez que tragaba saliva. ¿Iba a cantar para ella? El deseo de que así fuera la atacó repentinamente.

—¿*El Danubio Azul*?

En la risa ligera de Dorian se filtró una nota de ternura.

—No sé por qué, pero lo sabía —comentó, mirando al techo. Cuando le devolvió toda su atención, había algo risueño en su expresión—. Estás de suerte, colibrí. Me la sé de principio a fin.

Lo demostró seguidamente, pero antes colocó a Abigail en la postura correspondiente. Ella, tan prendada como estaba de la dureza de su rostro romano suavizada por la bebida, se dejó hacer sin ser consciente de a dónde la llevaba. A continuación, Dorian empezó a silbar la introducción de la canción.

Aquello descontroló la expresión de Abby y la hizo abrir los ojos como platos. Por el camino esbozó una sonrisa exuberante, que se acentuó cuando él cambió los silbidos por un tarareo encantador. Dorian le devolvió el gesto sin pensar, conmovido por la luz propia que la mujer insistía en esconder del ojo humano.

Empezaron a moverse por todo el espacio a ritmo del jovial canturreo del hombre, saltando a veces y atreviéndose a levantarla en vilo. Ella sin poder

dejar de reírse, y él contagiado por su musicalidad. Tan maravillado por el sonido que parecía que no había visto a una mujer sonreír hasta el momento.

«Eso es justo lo que tienes que hacer para conquistar a un hombre. Reírte», quiso decir. Pero las palabras se le atascaron en la garganta, y prefirió no desterrar sus adorables carcajadas para comentar algo que no estaba seguro de querer que supiera.

Cuando terminó de cantar, Abby frenó bruscamente y lo miró aún sobrecogida, arrebolada por el esfuerzo. Su voz la había elevado a una preciosa realidad donde la tristeza no existía, y ahora le daba la sensación de ser una persona completamente distinta. Una mejor.

—¿Cómo es que se la sabía? —preguntó con curiosidad.

—Mi madre asistió a la representación en Covent Garden para el príncipe de Gales cuando se estrenó la obra, hace alrededor de quince años. Me arrastró con ella porque a mi padre siempre le han parecido estúpidas esas cosas: la música, la danza... el amor. Y no me desagradó del todo, siendo honesto. Pero llegué a aborrecerla después de pasar meses escuchándola tararear el dichoso vals en cada esquina de la casa...

La voz de Dorian se fue apagando progresivamente. Abby supo enseguida por qué: eran escasas las veces en las que en sus ojos se filtraba la verdad, pero en esa ocasión logró atrapar sus pensamientos. Se preguntaba por qué le había contado aquello.

Aunque habría sido conveniente dar el tema por zanjado, a Abby le picó la curiosidad y no pudo resistirse a indagar.

—Parece que se lleva bien con su madre. ¿La ve a menudo?

—No.

—Supongo que porque estará demasiado ocupado...

Los labios de Dorian se convirtieron en una fina línea.

—No la veo porque es una arpía sin corazón. La próxima vez que me reúna con ella será en el Infierno, porque tampoco pienso ir a su maldito funeral.

Abby abrió los ojos horrorizada. Detectó en su voz la clase de frío

desprecio que nada ni nadie podría reemplazar jamás por una sensación cálida, y además, el fuego del odio que nunca se extinguiría.

—No diga eso —murmuró. Apartó la mano del amplio hombro masculino y la llevó a su mejilla, intentando que la mirase. Sintió su piel cálida bajo la palma, áspera por el inicio de la barba... No cesó en su empeño hasta que no encontró los ojos azules que la rehuían—. Es tu madre, Dorian. —Lo vio abrir un poco los ojos, sorprendido por que le tutease—. Solamente hay una en este mundo, lo que ya la convierte en un ser humano único. La que te dio la vida y las pautas que seguir para forjar tu destino. La persona que más te podría querer y que te protege de...

—Es curioso. Ahora eres tú la que parece mi madre.

Dorian intentó apartarle la mano, pero Abby insistió hasta que hubo abarcado su rostro con ambas.

—No sé qué es lo que te hizo —empezó ella, con un nudo en el estómago. No había palabras para expresar cuánto le dolía la rabia de sus ojos—. Pero estoy segura de que nunca quiso hacerte daño. Dorian... No la des de lado. A partir de cierta edad, lo único que tiene una mujer es a sus hijos. Yo era lo único que mi madre tenía.

—Cada mujer es un mundo. Te aseguro que si tu madre hubiera sido como la mía no estarías diciendo lo mismo.

—Te equivocas —insistió desesperada, acercándose a él y enredando dos dedos en su espeso cabello negro. Su mirada eléctrica centelleó y luego se sumió en la oscuridad—. Apuesto lo que sea a que ella sufre por ti y quiere que seas feliz.

Dorian soltó una carcajada sin humor, mirándola a través de las pestañas con toda esa energía mística que su aura ondeaba sin querer.

—No tienes ni idea de hasta qué punto quiere que sea un infeliz, Abigail. Y lo ha conseguido. Estoy marcado para el resto de mi vida sin importar lo que digas. No vas a vivir tu sueño de reencontrarte con tu madre a través de mí, porque yo no me reuniré con la mía ya ocurra una desgracia.

Abby apretó los labios y contuvo las ganas de echarse a llorar. Inexplicablemente aquello le había dolido.

—Algún día te sentirás como yo —musitó, sin soltarlo, Se agarró aún más a su cuero cabelludo e intensificó la presión de sus ojos. Dorian la miraba de vuelta con una compleja combinación de rabia, perplejidad y confusión, y también algo primitivo imposible de descifrar—. Algún día te darás cuenta de que habrías dado cualquier cosa para verla otra vez y decirle cuánto la quisiste. Porque es a nuestra sangre a donde pertenecemos. Yo era...

No pudo seguir hablando. Dorian la atrajo hacia sí tomándola de la nuca y la besó en los labios con la respiración contenida. El gesto sorprendió a Abby, que esperó durante un segundo que la ansiedad poseyera su cuerpo, pero nada de aquello sucedió. La inquietud no tuvo lugar en su estómago, donde se ensañaron unos dientes para impulsarla a responder.

Dorian la hizo separar los labios con persuasivas caricias en la línea de la mandíbula. La boca masculina la presionaba con decisión, tan posesiva y dura como extrañamente dulce. Cuando cedió a la invasión y él rompió todas las barreras iniciando una lenta pero profunda exploración con la lengua, algo dentro de ella se deshizo. Tuvo que agarrarse con firmeza a sus hombros para no caer, como si el estado de embriaguez del hombre la hubiera contagiado y ahora estuviera meciéndose en una realidad paralela.

Abby tomó la tímida iniciativa de pegarse a él, buscando involuntariamente un calor que sabía que tenía, a pesar de no haberlo manifestado aún. Dorian la acogió después de soltar un gruñido, abrazándola por tantas partes que no sabía a ciencia cierta dónde estaban sus manos. La impresión de estar en los brazos de un hombre la asustó tanto como llenó de júbilo dudoso. Preguntándose si no sería lo bastante buena, se atrevió a acariciar la aterciopelada boca del hombre con la lengua. Aquello hizo que él hiciera un sonido que la encogió de emoción.

Le costó comprender que el beso estaba ejerciendo cierto poder sobre Dorian, quien la sostenía con tantos matices pendientes de apreciación que no

comprendía lo que estaba sucediendo. Sus labios la registraban, mordiendo y saqueando, como lo haría una bestia famélica. Sus manos la recorrían con un aire a desesperación y asimismo ternura que la convertía en barro a la espera de modelar. Y su cuerpo... Todo su cuerpo generoso y duro, caliente de una manera feroz, la buscaba irremediablemente como si quisiera meterla dentro de él.

Al final se encontró besándolo con una necesidad similar. Sabía a frescura y a pasión, y sembraba la agitación. Pensaba que los besos eran suaves y tiernos o completamente desgraciados, pero Dorian la besaba cogiendo de la mano a las dos sensaciones. Sus labios sabían con exactitud qué punto rozar para que el corazón se le estrechara y luego muriera en su pecho.

Si hubiera estado lúcida para tener pensamientos coherentes, habría recordado que Dorian no había manifestado que su plan de la noche fuera tocarla. No comprendía qué le estaba pasando, o por qué sucedía. Solo era consciente de la marea de sensaciones que la engullía. No había tierra donde poner los pies, ni aire para seguir viviendo. Todo eran lenguas de fuego lamiendo su cuello y su cintura, sus hombros; todo era agua hirviendo inundando su sistema.

Dorian rompió el beso bruscamente, pero no la soltó. Buscó sus ojos con la preocupación grabada en la expresión, y de nuevo Abby se vio capaz de leer sus pensamientos. Temía haberla asustado; un miedo que desapareció cuando notó las caricias distraídas de ella en la nuca.

Sostuvo su mirada como si acabara de perder una guerra. Apoyó la frente en la de ella, para después dejar caer la cabeza hacia un lado y rozarle el hombro con la mejilla. Besó con los labios entreabiertos el largo cuello de la familia de lo insoportablemente hermoso, y ahí murmuró:

—Te besaría hasta tragarme toda esa tristeza que te rodea para no verla nunca más en tus ojos.

Abby abrió la boca para coger aire y contestar, pero para cuando encontró algo decente que decir, él ya se había separado y marchado, siendo el Romeo

Montesco más maldito de todos.

«Una verdadera dama lleva por bandera la moralidad y mesura tanto en público como en privado».

Extracto del *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

La apertura de la National Gallery de Londres fue la primera excusa de las muchas que Abby utilizó para coincidir con Ashton. Ese día en especial no se encontraba bien: tal y como sucedió después de su primer beso con el hermano de Jess —guardó cama durante tres días—, tras el acercamiento de Dorian estuvo encerrada en casa casi una semana. No se puso enferma físicamente, pero hubo un momento en el que estuvo segura de que se había vuelto loca. Por un lado esperaba que él le hiciera llegar un mensaje sobre el próximo día de reunión, y por otro prefería disponer de más tiempo para saber cómo comportarse cuando coincidieran.

Tendría que haberlo imaginado. Como su profesor de seducción, debía introducirla en toda materia que estuviera relacionada con el placer. Sin embargo, aquel gesto no pareció premeditado. Dio la impresión de haberse dejado llevar por el momento, justo como Ashton hizo en su día. Las preguntas eran: ¿qué le había llevado a hacer algo así? Él no estaba interesado en ella, y tenía a Celinia Haviland para cumplir sus fantasías, por no hablar de que recalcó el primer día que era terrible vistiéndolo, su rubor era insoportable y no

le atraían las mujeres en ningún sentido que no fuera carnal.

Esa cuestión la tenía en vilo, sí, pero la segunda pregunta era mil veces peor. ¿Por qué no la habían asustado los labios de Dorian Blaydes, cuando la besó como un auténtico bárbaro, mientras que Ashton fue suave y cariñoso? ¿Significaba algo realmente...?

Lo único de lo que estaba segura era de que la confusión la tenía en continuo estado de irascibilidad apabullante. Jane se había dado cuenta, y sospechaba que sus amigas lo harían también si no cuidaba lo que decía.

Pero no se sentía ella misma. Estaba preocupada, la inestabilidad la desequilibraba y no tenía idea alguna de cómo actuar. Cuando pensaba en la soledad de su habitación en que Dorian Blaydes volvía a colarse por la ventana, se le cortaba la respiración y todo el cuerpo empezaba a dolerle, guiado por una presión alarmante a la altura del pecho. La sofocaba de tal manera que se asustaba e intentaba calmarse tumbándose en la cama, abanicándose... Pero el pulso agitado no hacía más que crecer, porque no podía apartar el encuentro de su cabeza. En consecuencia, se levantaba y empezaba a dar vueltas por la habitación. Y si por el contrario se planteaba la posibilidad de no volver a verle, tan inquieta como estaba por las diferentes sensaciones que la carcomían por dentro, una nueva emoción le sobreveníá.

A esa sí la conocía, desgraciadamente. Era la decepción.

Una semana después, lo único de lo que era consciente era de su propia ofuscación, y de que no llegaría a ninguna parte si no descubría qué pasaba con Blaydes. Pero por el momento no podría darle vueltas, porque tenía que empezar a cortejar a Ashton en serio.

—Su pintor preferido es Piero della Francesca —anunció Jess en tono confidencial. Todo lo confidencial y disimulado que podía ser que fuera prendida de su brazo como un chal y le hablara casi al oído, en parte por el secreto, en parte porque no convenía armar jaleo en la galería de arte—. Aquí tenemos dos cuadros suyos: *Natividad* y *El bautismo de Cristo*. De los dos le gusta más el segundo, aunque su preferido de todos los tiempos es la *Virgen de*

Senigallia. Pero no sería conveniente que dijeras que ese es el mejor, o sabría que te lo he dicho. Comenta mejor que tu favorito es el *Díptico del duque de Urbino*, o *La resurrección de Cristo*, y luego menciona suavemente a *Senigallia*. Algo como que la aprecias pero las otras te causan mayor impacto, no lo sé.

Abby miró a Jezabel aterrorizada.

—Jess, no tengo ni idea de arte. Sé apreciar algo si es bonito, y... Me gustan algunos cuadros. Me inspiran. Pero no sé si estoy cualificada para hablar sobre un pintor que no conozco, además de que se me ha olvidado todo lo que has dicho en cuanto lo has pronunciado.

—Claro que estás cualificada, Abby. No necesitas tener ningún diploma firmado, ni un beso del Papa. Basta con que recuerdes lo que te digo: Piero della Francesca fue un artista renacentista italiano del Quattrocento. Era especialista en frescos y trabajaba para los Médici. —Al ver la cara que ponía Abigail, suspiró—. Abby, no es por dárme las de sabionda, pero... ¿Cómo puedes no conocer a Piero della Francesca? Junto con Donatello, aunque cada uno en su área, fue uno de los mejores artistas de su tiempo.

—¿Por qué debería saberlo?

—Mi institutriz me enseñó Historia del Arte para sorprender a los caballeros con mi conversación —comentó. Su voz fue un llamado a la inocencia, pero sus ojos tenían un trasfondo despectivo—. ¿Qué te enseñaron a ti?

—A tocar el piano... Y lo hago horriblemente mal.

Jess soltó una carcajada que culminó en suspiro, y se resignó a repetirle la historia reducida de Piero hasta que se la aprendió de memoria, preparándola para encontrarse casualmente con lord Ashton.

La National Gallery estaba a rebosar. Gracias al límite de entradas aún se podía caminar, pero Abby sospechaba que al llegar la hora punta sería imposible moverse. Las amplias aglomeraciones la ponían muy nerviosa, cosa que unida a su actual estado de inquietud quizá acabaría provocándole un

desmayo.

—¿Estás lista? Creo que mi hermano está viendo la nueva colección que han traído. Iba acompañado de Sebastian Talbot. Creo que te acordarás de él: dijiste que tenía cara de maltratador.

Abby se sonrojó y la censuró con una mirada. No sirvió de nada, porque Jess encogió un hombro y rio alegremente.

—Parece que Tina necesita ayuda, así que voy a dejarte a solas con Tristane —sonrió, apuntando a su espalda con un gesto de cabeza—. Si me buscas, ya sabes dónde encontrarme. Velázquez pierde a Leverton.

Abby no la escuchó: su mirada se había quedado atascada en la expresión de Valentina Conti y en la espalda de Cromwell, que en ese momento la avasallaba como empezaba a tener por costumbre.

No se podía decir que le doliese haber dejado de ser el centro de su atención, pero sí la informaba de cuán ruines podían ser los hombres cuando se lo proponían. No pensaba en ello a menudo, mas ahí estaban los ejemplos. Cromwell decidió asediar a otra mujer más bonita en cuanto se cansó de ella. Si se hubiera enamorado de él durante el tiempo de su persecución, habría sufrido lo indecible y probablemente habría acabado no ya siendo solo una solterona, sino una despechada. Y por otro lado estaba Dorian Blaydes, a quien había visto —o más bien escuchado— despachar a Celinia Haviland en su propia casa. Se comportó como un verdadero animal, y cuando se lo señaló, por poco se encogió de hombros con la excusa de «así soy yo».

Apretó los labios ante el pensamiento y se dirigió a Ashton, teniendo cuidado de que no se notara que era su destino. No podía saberlo con exactitud, pero prefería ser optimista y asociarle al conde el buen trato con las mujeres. A lo mejor se pelearían en el futuro, y a lo mejor no llegaban a nada... Pero al menos le quedaba el consuelo de saber que no sería tan déspota como Dorian Blaydes.

Cuando Ashton se giró para mirarla y le sonrió, se sintió reconfortada en el acto. Toda la preocupación de días anteriores desapareció como si hubiera

soplado sobre ella.

—Lady Abigail —saludó, tomándole la mano y besando suavemente el dorso, revestido con un fino guante blanco—. ¿Qué le está pareciendo la exposición?

—Aún no he visto mucho. Confiaba en que usted me hiciera una especie de tour... ya que no he venido nunca y no soy la experta de los dos.

Esperó una negativa, una cara rara, o cualquier gesto que determinara que era demasiado pronto para tomarse esa confianza después de lo que ocurrió, pero Ashton solamente asintió y le ofreció su brazo.

—¿Qué época le interesa más? ¿Renacimiento italiano, escuela flamenca, Romanticismo...?

—Creo que todo lo que sea romántico estaría bien, aunque prefiero el Quattrocento.

Ashton dejó de caminar y la miró con una sonrisa divertida. No supo qué sacar en claro de esa expresión: allí estaba todo escrito, no había nada interesante o pendiente de interpretación, no tenía enigmas ni significados ocultos... Era tan sencillo de descifrar, tan fácil de comprender, que Abby no supo si agradecerlo o lamentarse.

—Conque el Quattrocento, ¿eh? —Alzó una ceja y volvió a mirar al horizonte, iniciando la partida—. Dígame... ¿Cuál es su autor preferido? En lo que a pintura se refiere.

Abby recordó las advertencias de Jess y se lo pensó dos veces antes de contestar.

—Donatello.

—Ajá. ¿Cuál es su obra preferida de todas las que tiene?

Empezó a ponerse nerviosa. No parecía un interrogatorio, pero no saber lo que contestar dificultaba que se sintiera cómoda. Respiró y espiró varias veces con fingida calma.

—No sabría decir una ahora mismo... He leído tantos títulos en estos últimos minutos que me cuesta seguir el hilo.

Ashton soltó una comedida carcajada y frenó delante de un cuadro.

—Milady, aprecio sus esfuerzos, pero no tiene que mentirme para agradarme. —Lo dijo tan suavemente que en lugar de sentirse mejor al saberse pillada y no juzgada, le empezó a dar vueltas la cabeza—. Donatello no fue pintor, sino escultor. Seguro que mi hermana le ha dicho exactamente lo que me tiene que contestar para llevar una conversación sobre arte.

Abby se planteó seguir con su mentira y probar con títulos hasta que la vergüenza la hiciera desvanecerse, pero al mirarlo a los ojos supo que nunca podría mentirle a ese hombre. Tenía la mirada cristalina a pesar de no ser azul, y transmitía tanta serenidad y ternura que era imposible cometer tal crimen.

—Jess me ha aconsejado mencionar algunos autores... —empezó. Ashton soltó una carcajada—. ¡No se ría! Y por favor, no le diga que se lo he confesado. Yo... No sé mucho sobre esto, a decir verdad. Durante mi educación se centraron más en la historia general de la monarquía.

—No tiene de lo que preocuparse, milady. No soy un hombre que disfrute hablando con una réplica de sus gustos, al que le gusten las pláticas unilaterales o de esos que solo tienen un tema de conversación. Puede hablarme sin tapujos sobre lo que le gusta o lo que no: no la voy a juzgar. Por si no lo sabía, mi hermana menor acaba de proclamarse una fiel seguidora de Marx viviendo en una sociedad de clases. Si eso no le abre la mente a uno, no se la abre nada.

Abby se tomó la licencia de sonreírle con complicidad. Era verdaderamente un encanto: podía imaginarse a su lado durante toda la vida, conversando sobre nimiedades y también tomando decisiones referentes al diario o los niños. Su personalidad afable y dicharachera equilibraría su lado reservado y triste. Estaba segura.

—¿Cuáles son sus intereses, milady?

Aquella pregunta la sorprendió, tanto por el hecho de vislumbrar interés genuino en la respuesta como por no saber cuál darle.

—Creo que no tengo ninguno.

—Eso es imposible. Toda persona en este mundo tiene algo que le inquiete, o le apasione... o ambas al mismo tiempo. Algo que de pequeña tuviera su atención.

—Nunca he tenido posibilidad de elección, milord. Desde muy niña me metieron en la cabeza para lo que había nacido, y crecí sin salirme de ese margen.

—Y de entre todas esas cosas que le metieron en la cabeza... ¿Hay alguna que la ilusione en especial?

—Tener hijos.

En cuanto lo dijo en voz alta, y encima de ese modo tan rotundo, miró a su alrededor de manera involuntaria. Buscó sin quererlo a Dorian Blaydes —sin saber si estaba allí siquiera—, preocupada por si la habría descubierto incumpliendo una de sus primeras normas. Aprovechó por el camino para desviar la atención de Ashton de su cara.

Y sin querer se chocó con los ojos azules del hombre que había estado deseando ubicar antes de saberlo. Dorian, muy cerca de una pintura cuyas figuras no alcanzaba a distinguir, la observaba de manera escueta pero asimismo directa. De nuevo negaba con la cabeza, seguramente por haber caído en la trampa del sonrojo.

Estaba acompañado por Thomas Doyle y Sebastian Talbot: los dos inconfundibles por su vertiginosa altura, y más concretamente, imposibles de pasar por alto por dos motivos. La mirada de Doyle podría hacer encogerse de miedo o expectación a una horda de gladiadores, además de que era el hombre más alto y ancho de todos los que conocía con diferencia. Sebastian, por otro lado, llevaba el bastón que lo distinguía del resto por tener la empuñadura acabada en forma de águila y la temible cicatriz circundándole la cara.

Pero Abby no les prestó atención. Tampoco a Dorian, que a pesar de no ser pequeño era el menos alto y fornido de los tres... pero mucho más interesante.

De nuevo revolucionada al saber que andaba cerca, se concentró en Ashton. Si se había dado cuenta del breve intercambio, no lo expresó.

—¿Qué me decía?

—Decía que es una respetable aspiración en la vida. Denota que es usted entregada. Pero debería tener alguna afición aunque fuera.

Incapaz de concentrarse en la conversación, carraspeó y bordeó el tema intentando desviar la atención de ser el centro.

—¿Cuál es la suya?

—Todo, en realidad. Todo me parece fascinante. No hay nada en este mundo que encuentre aburrido.

«Eso explica muchas cosas», pensó ella con amargura.

—¿A qué se refiere?

Abby se regañó mentalmente. ¿Había dicho eso en voz alta? Mirando a Ashton quedaba claro que sí, su pensamiento se había convertido en palabras. Y ahora le tocaba explicar el significado.

Obviamente no iba a admitir que se notaba que nada ni nadie le parecía aburrido porque tenía el mal gusto de compartir su tiempo con ella. Podría ofenderse y, peor aún, podría cambiar de opinión. A lo mejor no se había dado cuenta de que era aburrida, lo que le concedía una gran ventaja.

—Lo decía porque usted siempre está sonriente. Se nota que lo que le rodea le llena de satisfacción. Además de que sabe muchísimas cosas que el resto del mundo desconoce o no valora. Por ejemplo... Me enseñó algo muy interesante sobre la orquídea australiana.

Abby se arrepintió de haberlo mencionado en cuanto abrió la boca. Pensó que aquello traería el recuerdo del beso fallido a su memoria y su ánimo decaería, pero afortunadamente no fue así.

—Me halaga que recuerde todo lo que le digo...

—Ashton —llamó una imperiosa voz. Abby alzó la cabeza y se topó con la sonrisa taimada de Sebastian Talbot, que en ese momento apuntaba al mencionado—. Me alegra encontrarte por aquí. Tenemos que hablar.

—¿Ahora mismo?

—No tiene por qué —contestó sinceramente—, pero cuanto antes lo

zanjemos, mejor.

Ashton pareció de pronto interesado. Asintió, pidió disculpas y fue detrás de Talbot, que había acudido acompañado de un Dorian Blaydes que no le quitaba ojo de encima. Mientras Ashton y Talbot empequeñecían al alejarse de su posición, la ansiedad de Abby crecía en compensación.

—¿Has considerado hablar seriamente con ese sonrojo tuyo? —preguntó con suavidad. Su voz seguía siendo una navaja, pero esta vez tenía las hojas escondidas—. Quizá si lo castigas sin cenar aprende de una vez a respetar tus órdenes.

Abby intentó reprimir una sonrisa, pero se le escapó antes de que pudiera controlarla. Él se lo debió tomar como una invitación a quedarse con ella, porque avanzó muy despacio hasta colocarse a su lado. La distancia que los separaba era absurda: uno casi en cada punta del pasillo. Era sorprendente cómo a pesar del elevado número de visitantes y el barullo generalizado, escuchaba su voz sin necesidad de aguzar el oído.

—Mucho me temo que es un niño rebelde y no puedo hacer nada para domarlo. Cuanto más intento retenerlo, más me ignora —confesó en voz baja—. Ya no sé si aplastarlo a la fuerza o quererlo tal y como es.

—Siempre he pensado que quererse a uno mismo es lo más conveniente, pero teniendo en cuenta que es más difícil que fingir que se es alguien distinto, no sabría qué consejo darle.

—Sostiene que he de erradicarlo, ¿no? Por eso niega con la cabeza cada vez que lo miro.

—Sí, si quiere que Ashton la vea como una mujer hecha y derecha y no como una jovencuela que flota en lugar de caminar. Aunque no la miro por eso —admitió, echándole un vistazo de reojo—. No sé si se ha dado cuenta, pero practicamos formas de mirar para que sorprendiera y sedujese a Ashton, no a mí.

Abby despegó los labios para decir que eso era falso, que no lo miraba de ningún modo especial... Pero supo enseguida que esa información podía

volverse en su contra, y optó por guardar silencio. Ya era suficiente golpe para ella saber que lo miraba de manera diferente sin darse cuenta, para que ahora él también pudiera aprovecharse.

Aunque no lo haría, ¿no? Incluso Dorian Blaydes debía tener conciencia suficiente para no llevarse a la cama a una mujer respetable.

«¿En qué diablos estás pensando? No se molestaría contigo. Tienes ya una edad, y no eres su tipo».

—Intentaré cambiar eso —murmuró, deseando dar por concluida la conversación.

El aire variaba cuando estaba con Dorian, y lo sabía perfectamente. Había sido así desde el día en que se presentó en su casa con el objetivo de convencerlo de aquella alocada idea. Sin embargo, ahora era distinto de otro modo. Ya no eran el aire o el ambiente, sino la gente también, que desaparecía para dejarlos solos. Sentía que no había nadie a su alrededor. Era el oxígeno, que parecía insuficiente al llegar a sus pulmones y tenía más pulsaciones por minuto. Era ella en el mundo y su manera de verlo, no solo el mundo.

—Qué cuadro más espantoso.

Abby alzó la cabeza y miró directamente la obra que se llevaba la atención de Dorian. Se acercó un poco por curiosidad y se sorprendió al ver que se trataba de uno de Piero della Francesca. Luego ladeó el cuello para estudiar la reacción de Dorian, topándose con una expresión de horror absoluto. Aquello hizo que tuviera que ahogar una carcajada.

—Es el preferido de lord Ashton.

—Entonces habrá sido buena chica y le habrá dicho que es el mejor de toda la National Gallery, ¿no?

—En realidad no. Y menos mal, porque habría mentido —murmuró, mirando la obra de reojo—. Prefiero el *Matrimonio Arnolfini*, por ejemplo.

Dorian se giró de manera que todo su cuerpo apuntaba a ella. Sonrió con sorna antes de decir:

—Eso es porque a usted le gusta todo lo que lleve la palabra matrimonio.

Abby levantó la mirada para replicar, pero algo en su expresión la despojó de la oportunidad. No solo entonces, sino para siempre.

El rostro moreno se le antojó de pronto el más hermoso que había visto nunca, cuando jamás le había parecido espectacular ninguna criatura *per se*. Mirar sus labios directamente fue tal suplicio que su cuerpo se resintió, bombardeándola con las sensaciones del beso que compartieron y empujándola casi a mala idea a acariciar de nuevo aquellos rizos negros de la nuca. Pero lo peor fueron sus ojos. Zafiros de la vieja Ceilán incrustándose en ella como la espada Excalibur que empezaba a pensar que nunca lograrían sacar de su pecho.

Fue tal el impacto que tuvo sobre ella ese instante, aquel en el que comprendió algo oscuro en su aura, algo difícil en su mirada y algo que podría desear hasta el ultraje de uno mismo, que el miedo y la ansiedad reptaron por sus rodillas haciendo que se tambaleara. Buscó un punto de apoyo en la pared, agobiada, y buscó zonas despejadas donde clavar sus ojos. Pero todo eran vestidos de colores, cabellos de diferentes texturas... Voces masculinas, femeninas; grititos de placer y carcajadas. Una barahúnda exagerada para la que sus sentidos colmados por Dorian Blaydes no estaban preparados.

Sintió que se iba a desmayar, pero no lo hizo. En su lugar, Dorian se percató de lo que ocurría y la cogió del brazo para llevarla a un rincón de la sala. La ocultó entre dos maceteros altos y la anchura esférica de una gruesa columna, apoyándola segura en un sitio donde nadie podría verlos.

—¿Estás bien, colibrí? —preguntó él, con algo parecido a la inquietud.

—Sí... No... No lo sé. No tengo ni idea de lo que me acaba de pasar. Solo he... —Se llevó una mano al pecho al ver que subía y bajaba sin poder detenerse. Acongojada por el peso de las sensaciones, alzó la barbilla y lo miró con pavor—. No entiendo, yo...

—Tranquila.

Dorian acunó su rostro entre las manos. Le acarició las mejillas con los pulgares, recorriendo las líneas diagonales de los pómulos, que desembocaron

en la amplia área de sus labios entreabiertos.

—Te habrás puesto nerviosa con la gente. Hoy hay demasiada; no se puede ni respirar.

Abby sabía que no había sido eso, pero lo aceptó por el momento y cerró los ojos hasta tranquilizarse. Le costó lo indecible. Lo mirase o no, era consciente de que Dorian estaba allí. Sus sentidos funcionaban de manera distinta para captar los matices del hombre, y el olor que lo envolvía empezaba a ser tan familiar que incluso cien años después de su muerte lo habría seguido recordando.

—¿Cómo te sientes? ¿Mejor?

Tragó saliva con dificultad. Se esforzó por mirarle a los ojos ignorando la presión que sentía en el estómago, como si tuviera que mantener los músculos en tensión para que no se le escaparan las tripas.

—Siento que me pican las palmas de las manos, y me duele el estómago... Me da vueltas la cabeza, aunque no es lo que más me angustia. La garganta... la noto seca —prosiguió, sin apartar los ojos de los de Dorian—. Me tiemblan las piernas tanto que sé que no podría tenerme en pie. Dios mío... Siento que me voy a morir —gimoteó, aterrorizada—. ¿Qué tengo? ¿Qué es esto?

Dorian puso una mano cercana en su hombro y lo deslizó hacia abajo, acariciándole la piel desnuda hasta el inicio del guante. Aquella caricia fue tan intensa como el azul de sus ojos, de potencia similar a una llamarada.

Luego lo vio sonreír, y todos sus síntomas se acentuaron.

—Se llama *deseo*, colibrí.

A continuación, se cernió sobre ella con una mano enroscada en el brazo y la besó en la boca, aprovechando que tenía los labios entreabiertos. El brazo libre fue a rodear su cintura, de la que tiró para pegarla a su torso y luego presionarla contra la pared. Abby notó las cosquillas de las hojas de la palmera en los hombros y el cuello.

Más sorprendida por el alivio aplastante que la embargaba que por el gesto repentino, respondió dulcemente, intentando seguir el ritmo que marcaban los

envites de su lengua. Se maravilló al tacto y se maravilló al gusto, encontrándolo tan suave como áspero, tan dulce como amargo. Sabía a todas las cosas prohibidas que le habría gustado tomar en un arranque despechado, y a todas esas cosas ocultas con las que había soñado en secreto.

Él se aplastó más contra ella, haciendo que sintiera cada relieve de las prendas y contorno de su cuerpo como una segunda piel. Sus manos eran calientes como el infierno; tanto que parecía que atravesaban la ropa para tocar directamente su cuerpo desnudo. La idea fue tan íntima que se sonrojó, pero no se apartó, sino que llevó sus manos a los rizos de la nuca.

Dorian gruñó algo que no entendió y viajó del puerto de sus labios a la esquina de la mandíbula, que besó con los labios entreabiertos, dándole pequeños mordiscos que la hicieron removerse contra él. Prosiguió bajo su mentón, recorriéndole la garganta con la punta de la nariz, la boca y la lengua, rastrillándole la piel con los dientes... Abby se sorprendió estirándose para darle mejor acceso.

—Tienes el cuello más elegante que he visto en mi vida —le pareció que susurraba. Mientras hacía virguerías con aquella carne tierna, exploraba su cuerpo con las manos. Hubo un momento en el que pellizcó un punto sensible, arrancándole un gemido—. No sabes cuántas fantasías he tenido con él. Quiero chuparlo hasta que no quede piel blanca. Quiero lamerte hasta que no quede nada de ti.

Abby nunca habría imaginado que palabras como esas pudieran tener efecto semejante en ella. Pronunciadas con su voz profunda, aquejada por el mal de la pasión, tan enronquecida que parecía otro, se le antojaban a Abby el problema de la castidad. Le dolía todo lo que podía dolerle físicamente, pero era un dolor tan dulce... Él lo compensaba con creces al hablarle así, convirtiéndola en un ser deseable, y tocándola y besándola por todas partes como si fuera realmente irresistible.

Jadeó cuando notó la lengua de Dorian delineando el prominente contorno de sus pechos. Se mordió el labio, sin saber cómo frenarlo, y peor: sin saber por

qué no quería hacerlo.

Como tampoco supo por qué quiso llorar cuando él se apartó bruscamente.

Abby lo miró con los ojos abiertos como platos, consciente de que emanaba frustración, decepción e intranquilidad. Nada de eso afectó a Dorian, que acompasó la respiración con una facilidad alarmante.

—Será mejor que no tentemos a la suerte, milady —susurró, mirándola con los ojos entrecerrados. Fueron ellos su perdición, porque la turbación estaba propagándose entre sus mares turbios.

No supo a qué se refirió, si al hecho físico de besarla o a lo que podía significar que deseara hacerlo hasta el cansancio mental. En cualquier caso, Dorian se marchó y ella se quedó muy quieta, intentando calmar sus pulsaciones. Le costó unos minutos tomar el coraje que requería salir de su escondrijo y reunirse con el grupo. Afortunadamente nadie la retuvo por el camino. Encontró a Jess y se dirigió a ella caminando deprisa, aún afectada.

La joven la recibió con una sonrisa y continuó conversando con un caballero que estaba allí para adularla. Abby se concentró en ellos para dejar de darle vueltas a lo ocurrido, y acabó por dejarse llevar por la voz dulce de su amiga. Esta se mostraba encantadora pero tajante, manifestando sin tapujos aunque con educación que no estaba interesada en las lisonjas de nadie.

Cuando se quedaron a solas, Jess suspiró.

—Si pudiera sacar el interés del cuerpo de lord Fitzgerald e inyectarlo en el de Leverton, sería tan feliz... —suspiró, risueña.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, ambas se giraron y miraron al caballero en cuestión, que estaba, cómo no, acompañado por la señorita Swift. Una resplandeciente y encantadora señorita Swift que parecía carecer de defectos a simple vista.

—Jess —se escuchó decir—. ¿Puedo hacerte una pregunta estúpida?

La joven sonrió.

—Esas suelen ser las mejores.

Abby lanzó otra mirada nerviosa a Leverton.

—Cuando estás con Leverton... O ves a Leverton... ¿Qué sientes con exactitud?

Jess parpadeó.

—Pedirme que defina un sentimiento no es tan estúpido como ingenuo. Es imposible que pueda abarcar algo así, pero...

Se giró un momento para mirar de nuevo al susodicho, que hacía el amago de sonreír. Algo tan simple como ese gesto se le contagió al instante, invitándola a estirar las comisuras de los labios.

Volvió a Abigail con los ojos considerablemente más claros. Era tan evidente, pensaba Abigail. ¿Cómo no podía darse cuenta el susodicho de cómo se sentía...?

¿O acaso no quería darse cuenta?

—Siento calma.

Abby ocultó a duras penas su decepción.

No, definitivamente no sentía calma cuando miraba a Dorian.

—Pero es una calma oscura y fingida, como la que precede a una tormenta eléctrica —prosiguió Jess, mirando al techo—. Siento que debo estar muy atenta para ver cuándo va a caer el primer rayo, para protegerme de la lluvia... Todos mis sentidos despiertan tan bruscamente para percibirlo todo que incluso siento dolor físico. No tiene ninguna lógica, pero así es.

Eso le servía mucho más... Pero desgraciadamente no para lo que quería. No para *quien quería* que fuera así.

—Para ser una mujer lógica, se te dan muy bien las palabras.

—Las palabras también son una ciencia. Filosófica —concretó Jess, ofreciéndole su brazo—. Sócrates expuso su importancia cuando habló de Retórica...

Abby suspiró dramáticamente.

—He despertado a la bestia.

Dorian aguardaba impacientemente en el sillón de su sala de estar, meneando el líquido ambarino de la copa que pinzaba con dos dedos. Hacía unas horas que no tenía ni idea de qué estaba haciendo o por qué sus pensamientos adoptaban prohibidas formas femeninas, y también hacía unas horas desde que había hecho llegar a lady Abigail un mensaje.

Su cabeza era un hervidero de preguntas que no quería responder. Si la mente humana era un río, acababa de convertir la suya en un embalse del que al menor descuido escaparía el caudal formando ramificaciones. Hacer caso omiso de sus pensamientos no iba a liberarlo de ellos, sino complicar más las posibles soluciones al gran problema que se le planteaba, pero no estaba preparado para afrontarlos. Se negaba a admitir que estaba obsesionado con Abigail desde que probó sus labios. En parte porque, si lo hacía, tendría que renunciar a ella.

Una cosa eran las muchachas de buena familia con baja moral a las que no les importaba tener una aventura antes de casarse. Ahora bien: una dama de pies a cabeza, con buen corazón y futuro cuadriculado era otra muy distinta. Dorian despreciaba a ese segundo grupo para el matrimonio o para tomar como amante, pero no estaba dispuesto a despedirse de Abigail. Y en lugar de encontrar el punto medio, la había mandado llamar a la primera de cambio. Esta vez con la fútil excusa de enseñarle nuevas maneras de seducción.

«Eres un capullo descontrolado», le repetía la voz de su conciencia. Y tenía razón. Solo un capullo descontrolado se habría atrevido a acorralar a la hija de lord Stratford en medio de la National Gallery, para besarla y susurrarle indecencias al oído. Suerte que recuperó el sentido común a tiempo, o le habría faltado el respeto de todas las maneras que conocía.

A saber qué clase de animal se había apoderado de él pero, fuera cual fuese, cierto era que el gran incentivo para llevar a cabo ese comportamiento era la propia mujer. Si al principio le había parecido encantadora su inocencia y la corriente de obligaciones que la empujaban a actuar como si no fuera hija de la pasión, ahora se planteaba como la manzana de Eva o incluso peor. Era

sencillamente irresistible. Y Dorian no estaba capacitado para refrenar sus impulsos.

Tampoco quería.

—Señor Blaydes —intervino el mayordomo, distrayendo sus pensamientos indecentes. Dorian se fijó en que no parecía muy contento—. La dama está en la puerta.

Dorian ignoró el cosquilleo nervioso que le puso a vibrar.

—Bien. Hágala pasar.

El mayordomo no actuó deprisa. Y cuando lo hizo, tampoco fue obedeciendo la orden del señor de la casa. En su lugar entró en la sala y entornó la puerta, sin perder de vista la mirada inquisitiva de Dorian.

—Adelante, Wilson —comentó con ironía—. Póngase cómodo.

—¿Cree que no sé quién es esa mujer con la que se cita? —susurró, mirándolo con las cejas fruncidas—. Señor Blaydes, no crea que porque no esté en mi mano impedir esto no sueño cada noche con que le ponga fin de inmediato.

—¿A qué se refiere, Wilson?

—Me refiero a que lady Abigail no es la señorita Haviland.

Maldito fuera el día que le dio el poder a aquel hombrecillo de darle su opinión concisa sobre las aventuras que protagonizaba.

—¿Cuál de las dos sale perdiendo en la comparación, a su buen juicio?

—Lady Abigail es la mujer ideal. La dama perfecta. Es caer bajo incluso para usted plantearse siquiera convertirla en su concubina —declaró, censurándolo con la mirada—. ¿No ve que esa muchacha puede conseguir a quien desee y como lo desee?

Dorian podría haber aclarado en el acto que se estaba equivocando —al menos hasta cierto punto—, pero el orgullo le pudo y acabó estirando la espalda.

—¿Y si lady Abigail me deseara a mí? ¿Qué habría de malo en eso?

—Señor Blaydes... A una dama tan honesta y comprometida con lo que es y

debe hacer no se le ocurriría acercarse a usted. No en el sentido en el que estamos hablando, porque ya se sabe que esa mujer aboga siempre por las causas perdidas.

—¿Soy una causa perdida para usted, Wilson?

—En absoluto. Pero soy el único que sigue creyendo en su inocencia. No se comporte como un animal con lady Abigail —pidió, sin perder la pose—. Y si al final lo hace, no intente espantarla con su comportamiento neandertal: cumpla con su obligación.

—¿Me está diciendo que le ofrezca matrimonio si llego a acostarme con ella? —Al proceder un silencio afirmativo, Dorian rio. Aquella situación era surrealista; su mayordomo dándole lecciones de moral—. Wilson, Wilson... ¿En qué mundo vive? ¿Acaso no sabe que una mujer como lady Abigail no me aceptaría ni aunque fuera el último hombre sobre la Tierra?

—Usted es el heredero del condado de Stan...

—No soy el heredero de nada —cortó, poniéndose de pie—. Si eso es todo, puede retirarse. Aunque antes tendré la amabilidad de calmar su conciencia: no está en mis planes deshonorar a ninguna mujer que no esté ya mil veces mancillada.

—Eso no me hace sentir mejor, señor Blaydes.

—¿Y qué le haría sentir bien a usted, Wilson? ¿La paz mundial? ¿La cura de la tisis?

—Verle feliz con una mujer buena.

—La tisis, entonces —ironizó.

—Señor Blaydes... Está convencido de que lady Abigail es demasiado buena para usted, y nadie lo es. Solo digo que la dama es una mujer que se merece al Dorian Blaydes que se oculta bajo capas y capas de desprecio hacia el mundo. Y si no va a sacarlo a relucir, es mejor que se olvide de ella.

—¿Quién ha dicho que pensara en ella en primer lugar?

Wilson se acercó a la puerta sin dejar de mirarlo.

—Sus ojos, señor.

No esperó a que contestara, sino que desapareció para avisar a lady Abigail de que podía pasar. Dorian se quedó completamente estático, y no logró mudar de expresión antes de que la mujer apareciese. Tuvo que aferrarse a un detalle estúpido para pasar por alto la inquietud que empezaba a apoderarse de él.

—Veo que no ha resuelto el problema de los vestidos, milady.

Abigail llevaba un espantoso traje en tonos claros y oscuros que no favorecía en absoluto ninguno de sus atributos. Y aun así, Dorian fue capaz de apreciar todos y cada uno de ellos. Seguía teniendo cierta experiencia en el sector como para saber qué había debajo de cada arruga o curvatura de la falda. Además de que, en ese caso, su imaginación estaba siendo potenciada desde una materia mucho más provocativa que un escote o un guiño: su personalidad.

—Señor Blaydes, no crea que no me gustaría disponer de ropa nueva... O prendas de segunda mano que me sentaran bien. Pero no es posible ahora mismo, así que continuaré vistiendo como buenamente pueda.

No sabía si Abigail había sido educada para aparentar despreocupación cuando algo le tocaba la fibra sensible o venía de su actitud, pero era curioso el efecto que tenía en él. En otros labios, hablar tan a menudo de su patética situación habría sonado a intentos de quedar como una víctima. Ella se salía de ese molde. Mencionaba su escasez, infelicidad y tristeza con total normalidad, lo que indirectamente causaba aún más compasión en el interlocutor. Solo una persona que había asumido su deprimente destino podría hacer referencia a sus desventajas con tan poca pasión.

—De acuerdo, milady. Venga aquí, justo a mi lado.

Obedeció al instante, sin cambiar la expresión expectante.

—Milady —repitió, esta vez mirándola directamente—. La temporada se acaba en apenas unas semanas y creo que para finales de octubre debería haber besado ya a su pretendiente.

Abigail pareció perdida durante unos instantes.

—Bien —asintió, con la boca pequeña—. ¿Qué significa eso?

—Que voy a enseñarle a besar.

Ella se humedeció los labios en un gesto involuntario que incomodó a Dorian, haciendo que se removiera en el asiento.

—¿No lo hago bien?

—Podrías hacerlo mejor —dijo él con voz queda, sobrepasado por lo diferente que parecía la habitación ahora que estaba ella allí—. Verás, colibrí... Existen dos maneras de besar. Una es por diversión, y otra es por necesidad.

—Debería besarle por necesidad —adujo.

—Todo lo contrario. Debe besarle por diversión. Así él verá que es usted fogosa y le espera un futuro interesante entre sábanas. Un beso por necesidad podría asustarle por su intensidad, por lo que tiene escrito entre líneas, por lo que significa. Podría darle a entender que usted de veras lo necesita más que a respirar. Eso le concedería demasiado poder sobre usted.

Dorian tenía la sensación de que podría estar hablando durante siglos, que ella jamás lo miraría de ninguna manera que no fuese con suma atención. Abigail se bebía la conjunción de sus vocablos como lo haría un saharauí después de días en el desierto, y lo miraba con tanto interés que no tenía otro resultado en él que la más incoherente de las excitaciones. Aquella mujer le provocaba con algo tan simple como sus ojos expresivos y su aceptación. Y todo saltaba por los aires cuando a veces se atrevía a sonreír levemente. Lo que hizo justo entonces.

—A veces pienso que está usted colaborando con el enemigo, señor Blaydes. Me cede información tan valiosa que no sé cómo podría compensarle: no cualquier caballero estaría dispuesto a revelar el modo de ser destruido o persuadido por una mujer.

—La respuesta está en la pregunta, milady. Yo no soy un caballero, sino solo un hombre. Y colaboro solo porque sé que no lo utilizará contra mí.

En los ojos de Abigail relampagueó una leve contradicción que le hizo temer y adorar a partes iguales.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Es usted toda una dama, lady Abigail. Y yo soy todo un desgraciado. Ni yo soy bueno para usted, ni por supuesto es usted buena para mí. Además... Soy un poco más difícil de conquistar que el conde de Ashton —añadió con algo de la familia del orgullo—. Ahora venga aquí y siéntese muy cerca de mí.

Abigail no manifestó el más mínimo interés en desmentir lo que acababa de decir. Se levantó obedientemente e hizo lo que le pedía con la espalda muy tiesa.

Se moría por tocarla. Olía a jazmín y a ese conjunto de cosas prohibidas para su nuevo personaje, pero que quizá una vez, un tiempo atrás, podría haberse permitido poseer. Quería tenderla sobre el canapé, desnudarla muy despacio y besar cada espacio libre o cautivo de su cuerpo. Quería que su perfume lo intoxicara, que llenara todos sus vacíos antes de devolverlo a donde pertenecía...

Y al final limitó su deseo a una caricia en los hombros.

—Tienes que relajarte. Un beso no es rígido bajo ningún concepto: ergo, tu postura ha de ser tan fluida y flexible como lo que se va a llevar a cabo. Ven, ponte de pie... ¿Lo notas? Estás completamente recta, perfecta para que coloquen un libro en tu cabeza y no se caiga ni aunque eches a correr. No ha de ser así. Tienes que derretirte en mis manos, colibrí.

—No sabía que la pose fuera importante. Un beso es... Solo un beso, ¿no?

Dorian soltó una carcajada ronca. Apartó el mechón ondulado que le enmarcaba la cara, colocándolo detrás de la oreja. Contuvo una sonrisa de placer cuando la vio ruborizarse.

Era tan inocente, y estaba tan llena de coraje...

—Un beso nunca es solo un beso si se hace bien. Es un estallido de colores y la muerte de los sentidos. Revoltijo de manos, de cuerpos y gestos, palabras... El beso es el primer paso para hacer el amor.

Abigail bajó la voz para preguntar:

—¿Tú y yo vamos a hacer el amor?

—No, colibrí. —Y sonrió como si hubiera más ternura que frustración dentro de él. La primera mentira silenciosa de muchas—. Ese privilegio se lo quedará tu esposo en la noche de bodas. ¿Sabes algo sobre eso?

—No. Lo único que me dijeron fue que, si alguna vez me llegaba el momento, me tendiera en la cama y obedeciera en todo momento. Y también que de eso sale un bebé... a veces.

Dorian bufó sonoramente.

—¿Por qué demonios no os cuentan nada sobre algo tan importante? —Al ver que la mujer tenía que contener una sonrisa, Dorian echó a un lado su mosqueo y casi sonrió con ella—. ¿Qué pasa?

—Creo que este tema solo es importante para los libertinos, señor Blaydes. La gente común hace estas cosas... una sola vez.

—Eso es porque no lo hacen bien, como he mencionado antes. Pero tú no serás de esas mujeres que se quedan quietas, porque te voy a enseñar a disfrutarlo.

—¿Y si no lo disfruto con él?

Dorian quiso decirle que, si de él dependiera, no lo disfrutaría con Ashton ni con nadie más que no fuese él mismo. Y quiso decirlo de manera que se escapara entre líneas hasta qué punto le llenaba de júbilo saberlo. Pero no fue egoísta por una vez, y se convenció de que cualquiera con un mínimo de cabeza se preocuparía de darle placer a una mujer como ella.

—¿Por qué crees que no lo harás?

—No es que no lo crea, solo... Me gusta ponerme en lo peor para no llevarme sorpresas desagradables. Aunque aún así me las suele llevar.

—Es evidente que Ashton no tiene ni idea de cómo hacer un momento propicio para besarla... o lo que surja. Lo demostró aquel día. Pero ya no puedo culparlo por razones obvias, así que dejémoslo en que aprenderá a contenerse o será usted quien lo contenga.

Dorian la cogió de las manos y se las colocó en la nuca, tirando por el camino de sus brazos para acercarla a él. Contuvo la respiración un instante,

esperando para acostumbrarse poco a poco a su dulce perfume.

—Abrácelo así si llega a tocarla, pero no acople su cuerpo al suyo. No en el primer beso. Podría pensar que está desesperada o quiere demostrarle algo, y no tiene que demostrar nada salvo que le agrada su cercanía.

—¿No puedo... dejarme llevar?

—En el primer beso no es conveniente. El primero debe ser muy sutil. Algo como...

Sin poder aguantar más, Dorian inclinó la cabeza y la besó. Atrapó el labio inferior y tiró de él suavemente, succionándolo hasta que Abigail abrió la boca lo suficiente para besarla con propiedad. No lo hizo, aun así. Presionó sus labios contra los de ella, a veces cubriéndolos con los suyos, a veces de manera superficial y, otras, profundamente.

—Eso... —balbuceó Abigail cuando se separó—. Eso no tiene n-nada que ver con lo que me enseñó el otro día.

—El otro día quise enseñarle a correr sin saber andar. Ignore esa demostración y quédese con esta. Tiene que dejar a Ashton con ganas de más, no saciarlo por completo. Si hace lo segundo, no recurriré a usted.

—¿Eso no sería tratarme como a una...?

—Ciertamente. Pero confiaba en que ya supiera de antemano que los hombres no son criaturas conocidas por su buen comportamiento... —Abigail asintió y él cambió de tema—. Ahora le toca a usted. Sorpréndame.

—¿Qué? ¿Quiere que le bese?

Ignorando el impulso que le empujaba a pedirlo por favor, mantuvo la expresión imperturbable.

Dios, estaba a un maldito paso de ponerse a suplicar.

—Tiene alguna experiencia. Podría hacerlo bien.

Abigail se sonrojó de nuevo. Esta vez lo aprovechó como excusa para apartar las manos del cuello de Dorian y llevárselas a las mejillas. Tan turbada que no podía hilar tres palabras seguidas, empezó a buscar la manera de disculparse. Dorian asistió a aquellos intentos de conversación con una

media sonrisa, embebiéndose de la imagen de la mujer ruborizada y nerviosa por su propuesta; dejándose seducir por su inocencia.

—Creo que podríamos prescindir de esa regla —dijo. Ella parpadeó sin comprender—. Intentar erradicar el rubor de sus mejillas sería como cortarle el rabo a un perro. La dejaría tullida.

—Pero decía...

—En el fondo es adorable. Ashton sería un estúpido si no le fascinase.

Aquello hizo que el sonrojo de Abigail se acentuase hasta convertirse en un tomate. Ella intentó taparse la cara con las manos en un arrebato nervioso, pero Dorian lo evitó mientras se reía a mandíbula batiente. Se carcajeó de tal manera que Abigail acabó olvidándose del motivo de su vergüenza, y el rubor fue remitiendo hasta que fue solamente color en sus mejillas. Pero no dejó de mirarlo, sorprendida por el hecho de verlo reír. Y cuando Dorian fue a decir cualquier cosa para borrar esa expresión fascinada de su cara, ella lo sorprendió poniéndose de puntillas. Lo besó con tanta dulzura y pasión contenida que por un momento no supo lo que hacer, absolutamente noqueado por el gesto, por la caricia de sus manos apoyándose en su pecho y el lento movimiento inexorable de su lengua, que utilizaba para tentarle a responder.

Algo dentro de él explotó, y antes de pensar en lo que estaba haciendo, la empezó a besar como si estuvieran en guerra. Estrechó su cintura levantándola del suelo, ignorando los escalones de volantes que se abrían a su espalda para colar las manos y estar lo más cerca posible de su piel. Desvalijó la boca femenina, necesitando todo lo que hubiera no ya allí dentro, en esa dulce cavidad que se abría como las rosas en temporada, sino en cada espacio de su cuerpo.

Fue ella la que se separó, acalorada y sin aliento. Sus ojos vidriosos dieron una vuelta antes de posarse en él, ahora varios tonos más claros.

—Me... Me gusta cuando te ríes —admitió, con voz sofocada—. Te salen unas arrugas muy pequeñas en las mejillas y pareces más joven.

—¿Te parezco viejo?

—Oh, no, no, claro que no —se apresuró a responder—. Dios sabe que yo no estoy en ningún lugar privilegiado como para señalar los defectos del prójimo... Además de que tú no tienes ninguno muy exagerado.

—¿Eso crees? ¿Que no tengo grandes defectos y tú sí?

—Su único defecto es que es un poco bruto a veces. Yo... Soy demasiado mayor, apenas atractiva físicamente y no tengo dinero. Muchos me consideran aburrida, y encima llevo vestidos pasados de moda. Soy un total despropósito.

Y se rio. Se rio, sin más. Fue una leve carcajada que podría haberse confundido con varias exhalaciones seguidas, pero fue el segundo leve atisbo de felicidad que había visto en Abigail Appleby desde el día en que bailaron el vals. No sabía de dónde había salido, solo que quería verlo otra vez.

—Soy un desheredado, despreciado por la sociedad y mi propia familia; me junto con dos burgueses que abusan de su privilegiada posición económica para pavonearse delante de los aristócratas, ganándose su odio por partida doble: por ser más poderosos que ellos y por tener que invitarlos a pesar de detestarlos. Uno de ellos es un mujeriego terrible, y al otro es imposible hacerle hilar tres palabras seguidas, a no ser que sean el colmo del cinismo o un insulto velado. Me he acostado con tantas mujeres que es posible que haya roto el corazón a todas directa e indirectamente. Y mi mayordomo se cree moralmente superior a mí.

Abby medio sonrió a escuchar el final de su enumeración.

—Adoro a su mayordomo.

—Yo también —confesó, lanzando una mirada al techo—. Lo que quiero decir es que tus problemas son superficiales, colibrí. A alguien que te quiera no le importarán. Los míos están en las raíces —prosiguió, acariciándole el contorno de la cara.

No podía tener las manos quietas. No podía no tocarla.

—Tus problemas te los has buscado tú, ergo tienen solución. ¿No dijiste que fuiste tú quien se desheredó?

—Es difícil de explicar. —Se relamió los labios—. Hice algo que mis

padres consideraban imperdonable. Tomaron medidas drásticas para darme una lección, haciendo lo mejor por el título, y eso... El resultado... —Tragó saliva—. Fue imperdonable para mí. Así que me marché. Tenía un hermano mayor, así que no me necesitarían para nada. Y no intentes convencerme de que me una a ellos —añadió, mirándola de soslayo—. Los odio, Abigail. Y no los puedo perdonar, como tampoco puedo perdonarme a mí mismo por haberlo permitido. ¿Es que tú nunca has odiado a nadie?

—No.

Dorian rio entre dientes.

—Debería haberlo supuesto.

—Aunque intento hacerlo —confesó, enterrando la mirada en el hueco de la alfombra—. Mi familia... Mi padre, concretamente... No es un buen padre —musitó, como si fuera una persona terrible por decirlo—. En cuanto mi madre murió, él se convirtió en un fantasma. Parece que el día que Dios se la llevó, me arrastró consigo. Actúa como si ninguna de las dos hubiéramos existido.

Dorian se dio cuenta de que ahí estaba el foco del dolor. Ese era el agujero del que manaba el humo negro que la oscurecía, sin llegar a conseguirlo del todo pero impidiéndole también disfrutar de la savia de la vida.

—¿Crees que odiarlo te ayudaría a dejar de sufrir por su ausencia?

—Odiarlo no, pero sí que me fuera indiferente. El problema es...

—Que nadie en el mundo te es indiferente —completó él. Medio sonrió cuando vio que ella alzaba la barbilla de golpe, sorprendida por que lo hubiera adivinado—. Te preocupas por todos.

—Es otro de mis defectos.

—Tener buen corazón no es ningún defecto.

—No para los demás, pero a mí solo me causa... tristeza. Quiero ser algo más, ¿sabes? —Frunció el ceño—. No me importaría ser la solterona del rincón durante el resto de mi vida si a cambio fuera muy importante para alguien. Imprescindible.

—Nadie en esta vida es imprescindible, colibrí.

—Casi imprescindible, entonces. Me cansa amar sin que haya nada de vuelta. El amor no es infinito: se acaba como se termina la vida, o la pasión. Hay que regarlo, cuidarlo... ¿Y quién me cuida a mí? —Silencio—. Las buenas personas dan sin recibir indefinidamente. Yo no sería capaz. Creo que algún día dejaré de querer a mi padre, pero lo veo tan lejano...

Abigail dejó de hablar de golpe, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba diciendo y, más importante todavía: *a quién*. No tan avergonzada como sorprendida, dio un paso atrás. Dorian impidió que siguiera retrocediendo avanzando hacia ella.

—Si no te quieren es porque no te conocen. Nadie que te conozca rehusaría a hacerlo. Y si te quisieran, sería justamente porque saben cómo eres. No desearían cambiar nada de ti. Ni tu edad, ni tu supuesta falta de atractivo, ni tus vestidos.

—Entonces nadie me quiere, porque todo el mundo critica mi ropa.

—La critican porque saben que a ti tampoco te gusta. Si no fuera así, quizá incluso vestirían igual que tú. —Aquello hizo que Abby volviera a reírse. Dorian, queriendo atrapar ese sonido y repetirlo en bucle hasta quedarse dormido, la atrajo hacia sí e insistió—. Lo digo en serio. Nada de lo que lleves podría sentarte mal. Si conviertes la nostalgia en algo mágico, la timidez en un misterio de castillos, princesas y antagonistas, y la generosidad en una cualidad que solo está a tu alcance, un saco de patatas podría ser en tu cuerpo el traje de una reina.

Hechizado por el brillo de sus ojos al ser halagada de ese modo, conmovido por la emoción latente en su expresión y excitado por la proximidad de su cuerpo, se dejó arrastrar por la urgencia y volvió a besarla.

Esta vez no se preocupó de la suavidad o la aceptación, sino que la invadió como un cavernícola, estrechándola con firmeza contra su pecho. Quiso desnudarla para sentirla piel con piel, las cúspides de sus pechos arañándole el pectoral, pero tuvo que conformarse con la agitación con la que ella respondió. No quedó nada de la Abigail recta que veía caminar por el salón

del brazo de su amiga, o de la que intentaba impresionar a Ashton con miradas recicladas: era pura gelatina entre sus brazos. Lo besaba de vuelta con tal entrega que pronto se hizo notoria la rigidez de su miembro, y sus gemidos dispares salían disparados de su garganta con una combinación de gloria y vulnerabilidad que lo volvieron loco. Quiso separarle las piernas y colar un muslo entre ambos, proporcionándose un camino para tocarla donde deseaba, pero justo entonces, Abigail rompió su febril abrazo y se distanció.

Dorian la miró con la pregunta grabada en los ojos, a lo que ella, alisándose tranquilamente las arrugas de la falda, solo contestó:

—Dijiste que era importante dejar al caballero con las ganas.

Le costó lo increíble asimilar lo que le acababa de soltar. Cuando lo hizo, la mandíbula se le desencajó, en parte por lo divertido y en parte por lo molesto. Al final lo terminó agradeciendo: conociéndose, no habría podido ponerse freno una vez la hubiera puesto en posición horizontal.

—Muy bien, granujilla —farfulló, aún fuera de eje—. Has superado la prueba con creces.

Abigail sonrió sin enseñar los dientes y se marchó, llevándose consigo muchas cosas que no se podían coger con la mano, y dejándose otras tantas. El olor a jazmín entre ellas, que moró en la estancia durante el resto de la mañana.

—Nunca pensé que entraríamos a un sitio de estos —comentó Sebastian Talbot, mirando a su alrededor como si fuera la primera vez que veía una sastrería. Exageró su mueca de pasmo hasta arrancarle una sonrisa socarrona a Dorian, que se preguntó una vez más por qué habría considerado siquiera la idea de que lo acompañasen—. Yo pago a mis amantes suficiente para que se encarguen ellas de sus propios vestidos. Y tú procuras buscártelas de modo que te salgan gratis.

—Lo que determina cuál de los dos lleva mejor su economía —intervino Thomas Doyle, tomando asiento.

—¿Me estás llamando derrochador, acaso? Porque según los números de mis cuentas, soy bastante más rico que Blaydes.

—Blaydes es millonario de corazón. Tú estás tan preocupado de convencerte de que lo eres que al final has hecho que todo el mundo se lo crea.

Dorian ignoró a sus dos socios y se asomó por el hueco que daba a la habitación de la modista. La señora Lamarck se afanaba en llenar de alfileres el vestido de una debutante y, a juzgar por la cantidad de telas que se amontonaban sobre uno de los taburetes colindantes a la máquina de coser, supuso que le tocaría esperar su turno un buen rato. Esto lo llenó de impaciencia, pero no logró disuadirle de sus intenciones. Ignorando de qué hablaban los acompañantes, se sentó al lado de Doyle y dejó a un lado la bolsa que traía consigo.

Esperar que centraran su charla en los negocios fue demasiado pedir, porque Talbot no tardó en apuntarle con su persuasiva mirada celeste.

—Entonces... ¿La señorita Haviland te ha mandado a hacerle los recados?

La mención de Celinia le obligó a contener un gruñido. Por motivos que venían remontándose al inicio de su relación —como por ejemplo, lo irritante que era—, nunca le había gustado dedicar su tiempo libre a pensar en ella o compartirlo con la susodicha para algo que no fuese bajarle la falda. No obstante, últimamente esa incomodidad se había acentuado hasta convertirse en una molestia su mera existencia.

—Es evidente que no —concluyó Talbot. Mientras acariciaba distraído la empuñadora de su famoso bastón—. ¿Podemos saber a qué se debe esto? ¿Eres hombre de una sola mujer ahora, Blaydes? ¿Te has buscado una puta realmente encantadora?

Dorian miró al gran empresario con los ojos entornados. Sabía muy bien que no se tomaría tantas molestias por una ramera, por lo que estaba claro que solo le buscaba las cosquillas. No era tan raro, en realidad. Entre un buen chorro

de defectos, Sebastian Talbot era principalmente un hombre despreciable, y eso incluía mortificar a sus amigos casi con la frecuencia con la que abría la boca.

—No. Ya he dicho que la dama en cuestión es muy decente.

—¿Cómo de decente? —insistió, levantando las cejas negras. Lanzó una significativa mirada al maletín que reposaba sobre los muslos de Dorian, donde asomaba un volante naranja—. Una mujer que se deja desnudar por un ladino rufián como tú no debe serlo... O por lo menos, *no mucho*.

Doyle cruzó el tobillo a la altura de la rodilla contraria.

—A lo mejor se le perdió el vestido por el camino.

—¿Es esa otra de las frases que usan tus mujercitas para excusarse por entregarse a ti? —rió Talbot. Cuando Doyle asintió, sus carcajadas se acentuaron—. Dios, parece que te buscas a las fulanas en el País de las Maravillas. Sus ocurrencias me hacen el día.

El estruendo del empresario tuvo que sorprender a la señora Lamarck, porque abrió la puerta de la sala de probadores y asomó la regordeta cara descompuesta bajo el umbral. A Dorian le agradó no toparse con una mirada escrupulosa —lo que habría procedido de ser cualquier ser humano corriente, ya que no era el favorito—, pero tampoco le apasionó que avanzara hacia él con mal disimulada aprensión.

La señora Lamarck parecía un personaje sacado de cuento. Compartía características con las abuelas de los protagonistas, llevando el cabello blanco anudado en la nuca, siendo ancha como un tonel y teniendo una expresión adorable que invitaba a la sonrisa fácil.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor Blaydes?

—Vengo a hacer un encargo —expuso, incorporándose y acercándose a ella con el maletín en la mano. La expresión de la mujer mudó rápidamente a una interesada. Dorian casi sonrió. Tal y como Talbot clamaba, el dinero mandaba—. No tengo a la modelo, pero sí un vestido suyo. ¿Cree que podrá hacer algo con ello sirviéndose de las medidas del ejemplo?

—Por supuesto, señor Blaydes. No sería la primera vez —contestó sin mucha modestia—. ¿Me permite?

Dorian asintió. Abrió el maletín y sacó la prenda, que se desplegó como un acordeón al sacudirla. Cuando estuvo ante los ojos de los presentes e intercambió una rápida mirada con la modista, se dio cuenta de que había cometido un error eligiendo aquel vestido en especial.

Al principio pensó que era lo más apropiado, ya que mataría dos pájaros de un tiro: tendría en su poder el único que le quedaba bien de talla, y también el más espantoso de todo el repertorio, lo que le impediría volver a ponérselo. No obstante, al ser un insulto a la moda y estar pasado completamente de época, era extremadamente fácil asociarlo a una mujer en concreto. A fin de cuentas solo había una en todo Londres capaz de vestirse para un baile como en los tiempos de Prinny.

Prefirió no girarse para adivinar que incluso Doyle y el rufián de Talbot se habían percatado del detalle.

—Creo que podremos hacer algo —murmuró la modista, estirándolo delante de él y estudiándolo con ojo crítico. Luego miró a Dorian, quien agradeció silenciosamente que no hubiera interrogantes en sus ojos—. ¿Alguna preferencia?

—Antes de las preferencias, sepa que este vestido le está un poco holgado por la cintura. Apenas se aprecia cuando lo lleva, pero al abrocharse el corsé se le forman unas arrugas a la altura del ombligo y las costillas. Y le está un poco corto de pierna, por lo que añadiría un par de centímetros más.

—Lo tendré en cuenta, señor —asintió, aparentemente más relajada—. ¿Cuál es el encargo exacto?

—Necesito renovar un vestidor —anunció, inexpresivo—. En principio los guantes, ropa interior, accesorios como bolsos, cintas y perlas no serán necesarios, pero si crea algo fuera de lo común no me importa que invierta algo más en el modelo completo. No voy a darle ninguna pauta: usted sabe mucho más que yo. Quiero variedad de colores, telas y cortes. Todo elegante y

en tonos oscuros, pero sin ser triste. Si le cose mangas a alguno de ellos, procure que sean suficientes. Es de brazo largo.

—¿Y alguna preferencia *para usted*, señor? —preguntó ella, mirándolo de hito en hito. Dorian captó al vuelo lo que sugería entre líneas.

—Mis preferencias son indiferentes a su guardarropa —declaró. La poca tensión que se acumulaba en los hombros de la modista desapareció, y con ella, hizo acto de presencia una levísima sonrisa aliviada. Se hizo más que evidente que pensaba que había convertido a Abigail Appleby en su concubina —. Aunque creo que estará de acuerdo conmigo en que le favorecerían tanto el cuello vuelto como el escote a la barca.

Lamarck estiró sus labios en una sonrisa tierna que conmovió a Dorian. A pesar de la humildad y escasez de Abigail, era obvio que solía pasarse por el negocio. Podía imaginarlo: la dama se codeaba con lo más exquisito entre la nobleza, como lady Jezabel Ashton. Tenía que ser un suplicio para ella acudir a la modista tres veces al mes y nunca para comprarse nada. Afortunadamente, la señora Lamarck apreciaba su situación y sospechaba que pondría especial ahínco en la tarea de vestirla.

Dorian medio sonrió, afectado. La mujer se iba a aprovechar de su dinero.

—Creo que cualquier cosa le favorecería, señor Blaydes —confesó en voz baja—. Tiene la clase de figura que una modista francesa mataría por tener en su escaparate.

«Yo la tendría en mi escaparate», pensó.

—Confío en su criterio. Pero procure que haya azul marino, granate y borgoña entre los colores.

—Eso sería ideal. Claro que sí, señor... aunque depende del presupuesto del que disponga.

Dorian no tardó en extender el cheque que guardaba en el bolsillo de la chaqueta. Como había esperado, la señora Lamarck por poco sufrió un vahído al comprobar varias veces que la cifra escrita era la que su cerebro estaba procesando.

—¿Suficiente?

—M-más que suficiente. Señor Blaydes... —Levantó la mirada entre espantada y debidamente impresionada. Echó un vistazo por encima de su hombro, comprobando si los dos hombres pegaban oreja a la conversación. Avanzó un paso para hablarle en tono confidencial—. Sé que no es mi asunto...

—No, no lo es —cortó.

—Pero he visto crecer a esa muchacha —continuó, haciendo oídos sordos a su tono tajante—, y mis principios me dicen que he de asegurarme de que usted no está... aprovechándose de ella. Dios sabe que ha sido muy desgraciada en todos los aspectos en los que uno puede serlo, y muchas en su lugar habrían caído en... —carraspeó—. Pero lady A...

—La dama es una buena amiga, señora Lamarck. Recientemente ha llegado a mis oídos que vive en condiciones pésimas y he decidido ofrecerle mi ayuda. Todo esto es una sorpresa para ella, y si no, ya lo verá. Estoy seguro de que lo primero que hará cuando reciba el regalo será plantarse aquí para exigirle una devolución.

Aquello calmó a la bestia llena de remordimientos de la modista.

—Muy bien... Me alegra que confíe en mí, señor Blaydes. Y me alegra en parte porque me concede libertad. Podré darle lo mejor a esa muchacha sin temer que me pida alguna estupidez, como un volante cruzando el escote... o qué se yo. —Hizo una mueca que a Dorian le habría parecido divertida en otra ocasión—. ¿Qué le parecería pasar y ver las telas?

Dorian encogió un hombro que vino a significar «por qué no». Con lo que no contó fue con que Doyle y Talbot también se pondrían en pie.

—¿A dónde creéis que vais vosotros?

A la señora Lamarck se le iluminó la cara.

—¿Ustedes también quieren hacer un encargo?

Doyle parecía demasiado ocupado estudiando los rollos del telar como para responder. Por otra parte, Talbot sonrió con su característico cinismo.

—Mucho me temo que solo estoy aquí para tener algo de lo que burlarme en

el futuro.

La señora Lamarck se cuidó de hacer notoria su molestia salvo por la leve torcedura que sufrieron sus labios. Siguiendo su ejemplo, Dorian ignoró al canalla y comenzó a prestarle atención a las telas que la especialista iba sacando. Con cada una adjuntaba un pequeño párrafo de información sobre el efecto que tenía sobre la piel, bajo qué luces podía tener qué efectos, si eran resbaladizas o se adherían a la piel...

Dorian se vio atraído por un tejido en cuestión. Supo que había mordido el anzuelo cuando vio que la mujer sonreía sin ocultar su satisfacción, pero eso no lo frenó a la hora de desplegar el rollo y acariciar con sus propios dedos la seda de un vívido color púrpura. Su suavidad lo transportó inevitablemente a un escenario donde Abigail llevaba un vestido vaporoso fabricado a partir de aquella fantasía. La imaginó envuelta en una amalgama de volantes de raso árabe, bailando en sus brazos como ya lo habían hecho una vez...

Cuando su mente lo condujo a terrenos inadecuados intentó frenarse, pero la imagen le trastornó antes de que pudiera pensar en ello. El vestido de seda cayendo a sus pies como si fuera contra la gravedad, revelando el cuerpo de una nívea sílfide con los ojos de un hogar perdido...

—Haga uno con este —dijo, cortando de raíz con sus pensamientos. Cuando alzó la mirada y se topó con los ojos de Doyle, supo que de alguna manera le había leído la mente. Afortunadamente se trataba de él y no de Talbot, por lo que no temió una indiscreción.

—Por supuesto, señor —asintió, muy decidida—. Será la mujer más bella del salón.

Dorian observó cómo la modista se llevaba el rollo y lo colocaba en la máquina de coser. La sensación de estar haciendo algo terriblemente mal lo tentó como el diablo en su hombro, que estuvo susurrándole perversidades al oído durante el tiempo que permaneció en silencio. Todo derivó en una sola conclusión: no estaba seguro de querer que fuera la mujer más bella del salón.

«Pamplinas», se dijo. Y se lo siguió repitiendo a pesar de ver en los ojos de

Doyle que no estaba haciendo otra cosa que engañarse a sí mismo, sobre todo cuando Talbot empezó a insistir una vez tomaron el camino de su taberna preferida.

—¿Qué clase de hombre se gasta ese dineral en vestir a una mujer?

—Depende del hombre —intervino Doyle—. Si no le importase el dinero, es obvio que no significaría nada. Si estuviéramos hablando de ti, está claro que estaríamos frente a un hombre enamorado hasta las trancas.

Dos pares de ojos se concentraron en Dorian, que esperaban que contestara a la gran pregunta. Este se repantigó en el asiento del carruaje, echó un vistazo al otro lado de la ventanilla y se limitó a decir:

—El dinero es lo menos valioso que podría invertir para procurar la felicidad de una mujer.

O de esa mujer, se cuidó de especificar.

Cuando Dorian llegó a casa era bien entrada la noche. Se tambaleaba un poco por haber abusado de la bebida, pero no se arrepentía de nada. Había logrado ganarle un par de partidas de *vingt-et-un* al orgulloso de Larabee, uno de los pocos hombres de abolengo que rivalizaba con él por el puesto de parásito social. Aunque no estaba muy interesado en las cartas, era un buen abrazo a su orgullo masculino saber que había vencido a un experto del juego.

Su superficial alborozo decayó cuando sorprendió a Wilson aguardando en la sala de estar con una mujer. Si le costó reconocerla fue porque le habría gustado no encontrársela, pero no pudo fingir que no sabía quién era durante mucho tiempo.

Celinia se puso en pie como un resorte y avanzó hasta plantarse delante de él con la expresión despechada que era experto en poner en rostros femeninos.

—¿De dónde vienes? ¿Dónde has estado toda la noche? ¿Cómo has podido olvidarte de que habíamos quedado para vernos...?

Dorian se frotó la cara, conteniéndose para no bufarle en las narices. Apartó los ojos de ella y buscó al mayordomo, que prefirió no responsabilizarse esa vez dándole el escarmiento de salir del salón sin decir nada. Antes de que los dejara a solas, reconoció en el semblante del susodicho algo muy parecido a la decepción. Aquello le sorprendió y estuvo pensando al respecto un buen rato.

Jamás se molestaba por sus juergas: de hecho, encontraba divertido el estado en que llegaba, porque podía darle sermones sin miedo a que lo cortase de raíz. Y tampoco le había preocupado antes que una mujer se le pusiera flamenca en su propia casa. Lo consideraba una especie de venganza por su falta de respeto continua hacia el género, y lo disfrutaba en secreto.

Al menos así había sido hasta que las visitas de Abigail se hicieron constantes...

Frunció el ceño, molesto por la revelación.

—¿Me estás escuchando? ¿Es que no me vas a dar una explicación...?

—No —contestó llanamente, mirándola sin ninguna expresión. En el fondo bullía de rabia, una poco común derivación del tedio que sentía hacia aquella mujer—. No te debo ninguna, entre algún que otro factor... Como por ejemplo, que no me sale de las narices.

—¿Cómo has dicho?

—Lo que has oído. Hemos hablado mil veces sobre esto —recordó, cogiéndola del brazo y tirando de ella para conducirla hasta la puerta. «Habría sido más fácil si Wilson me hubiera ayudado», pensó con rencor—, y llegaste incluso a prometerlo. No. Te. Presentes. En. Mi. Casa.

—¿Por qué no? ¿Acaso escondes algo?

Dorian sonrió de medio lado.

—No tengo nada que esconder, Celinia. Si te deseo, lo manifiesto. Si no te deseo, te largo. Justo lo que voy a hacer ahora mismo.

—¿Qué? ¿Cómo te atreves...? ¿Acaso me has tomado por una fulana?

—En absoluto. A las fulanas las jodo, y no recuerdo haberte jodido a ti. No

entras en la categoría de amante, por si se te ha olvidado, y aunque llegaras a rozar el puesto, tampoco tendrías derecho a irrumpir en mi maldita casa como si fueras ama y señora de mi vida.

Dorian vio crecer la indignación en los ojos de Celinia hasta que los desbordó. Tal fue el agravio que su respuesta adoptó la forma física de una mano en movimiento, pero Dorian consiguió agarrarla a tiempo para evitarlo.

—Me has dado dos bofetadas en el último mes —le recordó, hablando casi contra su nariz—. Dos. Y creo recordar que dije que a la tercera te mandaría al carajo.

—Menos mal que no eres un hombre de palabra.

—Te equivocas. Soy un hombre de palabra; el problema es que cuesta sacarme una promesa. Tú eres una de esas afortunadas personas que lograron hacerme llegar a un juramento. Así que acepta mi más sincera enhorabuena. Te largas por la puerta grande y no vuelves.

Celinia abrió los ojos como platos.

—No serás capaz... Nosotros...

—Estoy muy cansado. No me hagas repetirlo.

—¡Es que no lo acepto! —gritó, apartando el brazo de su agarre y mirándolo con las cejas juntas. Dorian esperó pacientemente que la emoción lo embargase al ver nacer las lágrimas en las cuencas de sus ojos, pero no tuvo ningún efecto. Nada. Parecía que Celinia Haviland carecía de interés para él en todos los sentidos—. Tú y yo tenemos algo... especial.

—Tú y yo llevamos enredados seis semanas —corrigió—. Y estoy harto. Ahora, si eres tan amable de...

—¡No! ¡No puedes dejarme así, Dorian! Yo te quiero, te... Te quiero, ¿entiendes?

Aquello le hizo pensar, pero no en el sentido en que le habría gustado a ella, porque no reculó. Simplemente trajo a su memoria una voz femenina, unos ojos ahogados en lágrimas no derramadas y el sentimiento compartido de un corazón roto.

«A no todo el mundo le quieren de ese modo, señor Blaydes (...) Yo daría lo que fuera por estar en su lugar».

—Eso dificulta las cosas para ti, no lo niego. Pero no pretenderás que me quede contigo por lástima, ¿verdad?

—Entonces quédate conmigo porque te daré lo que quieres. Hazme el amor, Dorian —suplicó, mirándolo con decisión. Al ver que él ni se inmutaba, se puso torpemente de rodillas y lo agarró por la cintura—. Hazme el amor si es lo que quieres, pero quédate conmigo. Por favor.

Dorian la miró con una especie de mueca de compasión.

—El problema es que no es eso lo que quiero, Celinia. Lo siento. Si sentí algo por ti alguna vez, se ha acabado... Y no deberías ponerte en bandeja delante de un borracho —añadió apresuradamente, pasándose una mano nerviosa por el cabello—. No soy precisamente encantador rompiéndole el corazón a la gente cuando voy bebido.

—No tienes que romperlo, solo...

—Celinia —cortó, esta vez con tono implacable. La cogió de los codos y tiró de ella para ponerla de pie—, si no te vas por las buenas, voy a tener que echarte. No había ninguna necesidad de que te arrodillaras y suplicasas, porque he sido tajante desde el principio. Has invadido mi espacio, has intentado quedarte mi corazón y...

Celinia lo miró con una mueca desolada.

—¿Tan malo es eso? ¿Tan terrible es que quiera tu corazón?

—Lo es. Y es más malo para ti que para mí. Así que considera un favor que te diga que te vayas.

A continuación, Dorian tiró de su mano y le pidió a Wilson que la escoltara a la salida. Después dio la orden de impedir que Celinia volviera a acomodarse en la sala de estar, avisando que estaba terminantemente prohibido recibirla. Estando todo hecho, se dejó caer en el canapé del salón principal con la última copa de coñac de la noche. Ahí se dejó arrastrar por una marea de pensamientos sin finalidad alguna, con la mirada perdida en algún punto del

papel de pared.

Fue el mayordomo quien lo sorprendió sumido en el silencio.

—¿Era necesario que se comportara como un déspota?

—¿Es necesario que me recuerde constantemente mis defectos?

—Alguien debe hacerlo, y no puedo confiar en sus amigos ya que son peor que usted —zanjó Wilson, mirándolo con una insolencia que podría haberle costado el puesto. No obstante, era afortunado en el sentido de que su señor aceptaría cualquier regañina. Muy en el fondo sabía que la merecía, y la necesitaba para recordarse qué clase de persona era—. Y que conste que lo hago solo cuando su tiranía afecta a los demás. El problema es que está usted desatado últimamente.

Dorian dio un sorbo al coñac sin dejar de mirarlo con aburrimiento.

—Creía que no le gustaba que metiera en mi cama a mujeres de buena familia. Ahora que decido dejar de hacerlo, ¿también me azota con la vara?

—Tampoco me gusta que las insulte cuando lo único que han hecho ha sido quererle.

Hizo una mueca desdeñosa.

—A usted no le gusta nada, señor Wilson.

—No, no me gusta la persona en la que se ha convertido.

—Eso ya lo ha dicho varias veces. Haga el favor de no repetirse si pretende sorprender.

—Mi único objetivo es darle un escarmiento, no sorprenderle —dijo, apretando el puño del brazo que tenía colocado a la espalda—. Si solo se diera cuenta de que ya es hora de dejar atrás todo el rencor y el dolor... Actuar como un desgraciado, rehuir a su familia y hacerse ver como si de veras fuera un miserable solo le convierte en un infeliz, y ni que decir tiene que eso no hará que Emma...

Dorian golpeó la mesa con el puño cerrado. No contó con la cubierta de cristal, por lo que no midió la fuerza. Se escuchó el sonido del vaso temblando, el crujido de las patas y los cristales rotos esparciéndose por el

suelo.

Levantó la barbilla muy despacio, aparentemente sin sentir el dolor del vidrio hincado en la carne.

—No vuelva a decir su nombre —siseó.

—No hará que Emma regrese a usted —concluyó sin miedo. Dorian se puso de pie casi de un salto y se fue acercando a él, pero ni todo el desprecio en su mirada le habría frenado—. Puede odiarme todo cuanto desee; puede despedirme. A estas alturas no me sorprendería que lo hiciera, incluso después de haberle dado la espalda a toda su familia para ponerme de su lado. Pero sepa que nunca ha salido de mi boca una palabra que no fuera cierta.

Dorian frenó delante de él, a un suspiro de que sus narices se rozasen.

—Nadie le ha pedido opinión —deletreó entre dientes.

—No, pero se la llevo dando unos cuantos años. Si no quisiera que lo hiciera, aunque fuera en el fondo, no me habría mantenido aquí.

—Eso tiene fácil solución. —Hizo una pausa. Se notaba el pecho bloqueado por la ira—. Coja sus maletas y lárguese a primera hora de la mañana.

Aquello hizo que Wilson despegara los labios y los volviera a juntar varias veces. En sus ojos se podía leer la alta traición. Pese a las circunstancias, no se movió del sitio y continuó.

—Esta tarde ha llegado una urgente misiva de la casa de Standish.

—Que se vaya al infierno, y usted con él.

—Puede leerla cuando desee. Se la he dejado en el aparador del recibidor, junto a las llaves de la señora Quinsby. Le recomiendo encarecidamente que no la ignore y trate de estudiar las alternativas que...

—Que se vaya al infierno —repitió, esta vez más despacio—. Y usted con él.

Wilson asintió una sola vez y se apartó. Dio la impresión de querer añadir algo más, pero no hizo nada en un principio. Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta y, durante un momento, Dorian tuvo miedo de haber decepcionado del todo a la única persona que siempre encontraba la manera de disculparlo. No

obstante, tuvo mejores cosas en las que pensar —o eso quiso creer— cuando se giró en el último instante para mirarlo y decir:

—Su padre está en su lecho de muerte y quiere verle, señor Blaydes. Aunque sospecho que, como se ha convertido en una bestia inhumana, ni siquiera se lo planteará.

«La casa de un hombre soltero es, para una dama, como la manzana para Eva. Si no quiere sufrir las consecuencias del destierro, más le valdrá no tentar a la suerte».

Extracto del *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

Se le hacía raro que Dorian no se hubiera comunicado con ella en casi semana y media, sobre todo cuando estaba a punto de terminar la temporada y no sentía que hubiera concluido su formación. Aún le quedaba trabajo que hacer, puesto que a Abigail seguía preocupándole la idea de entregarse a Ashton. No porque no fuese un hombre atractivo —sin duda lo era—: era evidente que el problema estaba en su cabeza. Y era más evidente todavía que Dorian formaba parte de ese problema.

Probablemente él tampoco tuviera respuestas a su confusión, ni mucho menos la solución general al enigma, pero de todos modos se sentía más segura estando a su lado. Por eso decidió tomar la iniciativa esa vez, haciéndole una visita matutina.

Tuvo sus serias dudas al principio: no pareció sentarle muy bien que la señorita Haviland se plantara en su salón sin avisar, y la despachó de una manera muy poco galante. Sin embargo, de ese entonces al día actual había transcurrido un tiempo. El roce hacía el cariño e imaginaba que no se atrevería

a tratarla del mismo modo.

Abby llegó a la casa con la expectativa de encontrarle presente. Iba vestida como una santera para que no la reconocieran, a pesar de que el mayordomo ya la había tratado por su nombre en un par de ocasiones. Un velo oscuro cubría su rostro, y el vestido no dejaba prácticamente nada a la vista.

Le sorprendió que no fuera Wilson quien la hizo pasar al recibidor, sino un muchacho joven que respondía al puesto de lacayo. Fue honesto con ella, señalizando que el señor llevaba sin salir de la sala desde el día anterior: no había dado órdenes directas respecto a las visitas o su propio cuidado, por lo que el servicio estaba en vilo.

—¿Y Wilson?

—Está haciendo la maleta, milady. El señor lo despidió anoche.

Abby no pudo ocultar su sorpresa. Con el levemente fruncido e inquieta por su comportamiento, siguió al solícito muchacho a la sala. Dorian Blaydes era, sin duda, reservado y misterioso, pero bajo ningún concepto excéntrico. No tenía sentido su actitud, un pensamiento al que se aferró para que, al abrir la puerta del salón, tuviera que renunciar a sus presentimientos.

Dorian estaba tendido boca abajo en el suelo, con una mano ensangrentada y no mucha más ropa encima que la camisa y los pantalones. Era imposible comprobar si estaba dormido o despierto: el negro cabello ondulado ocultaba su rostro de miradas ajenas.

El asombro y la preocupación le helaron la sangre. Un tris de vacilación la retuvo. Al siguiente, atravesó la estancia y se arrodilló a su lado, dándole la vuelta y buscando el motivo de la herida de su mano.

Acalló un grito de horror cubriéndose la boca cuando se percató de que algunos cristales le habían atravesado la carne.

—¡Dios mío! ¡Dorian! —Lo zarandé, intentando despertarlo. Se fijó en que con la mano sana agarraba un vaso lleno hasta la mitad. Tenía los nudillos blancos: estaba despierto y consciente—. Dorian, ¿qué ha ocurrido? ¿Te has peleado con alguien? ¿Estás bien...?

Cuando Dorian hizo ademán de levantar el brazo pensó que buscaba su rostro o su mano para agarrarla, pero en su lugar la agitó, como si quisiera seguir allí, solo.

—¿Dorian? Por favor, háblame. ¿Qué ha pasado?

Le pareció que hacía un esfuerzo sobrehumano para darse la vuelta. Abby colaboró con él metiendo las manos debajo de su estómago, llevándose una sorpresa desagradable cuando se encontró con sus ojos. Toda la zona que debía ser blanca había sido sustituida por un brillante tono bermellón. Su preocupación derivó en pánico, pero no pudo hacerse oír porque Dorian la miró con una mueca capaz de desarmar a un ejército.

—Vete de aquí.

—¿Cómo?

—Que te largues —escupió—. Ahora no quiero ver a nadie.

—Bueno, eso es evidente, pero estás sangrando y...

—Milady —cortó, destilando ironía—. ¿Sería tan amable de marcharse?

—No hay necesidad de ponerse así —se defendió, dispuesta a no dejarse amilanar. Tomó la mano enferma y se mordió el labio al comprobar que las heridas podrían estar empezando a pudrirse—. Dios...

—Abigail, no me hagas repetirlo.

—No me voy a ir hasta curarte esto, así que ya puedes protestar lo que te apetezca. Tienes los cristales muy profundos, Dorian... ¿Cómo has llegado a esto...?

Dorian le retiró la mirada y la mano, ambos tan bruscamente que Abby se quedó con los codos suspendidos en el aire.

—Déjalo. Nadie te ha llamado, así que vuelve por donde has venido. —Hizo una pausa para mirarla de reojo, con tanto desprecio acumulado que Abby tuvo que hacer un esfuerzo por no temblar—. ¿Por qué estás aquí en primer lugar? ¿Te he hecho llamar?

—No, pero...

—¿Habíamos quedado en que vendrías hoy?

—No. Aun...

—Entonces no tiene ningún sentido que estés aquí. ¿O también te vas a tomar las confianzas de pasearte por mis dominios como si fueras la dueña de mi mundo? ¿Sabes que ayer eché a patadas a Celinia Haviland por lo mismo que estás haciendo tú? ¿Qué os pasa a las mujeres, que solo sabéis invadir mi condenado espacio? —bramó, incorporándose como buenamente pudo. Abby se dio cuenta de que no solo tenía una resaca monumental, sino que seguía bastante borracho—. Vete de aquí, maldición.

—No quería invadir tu espacio —replicó, en voz baja. Empezaba a sentirse realmente mal, y no solo por el tono que utilizaba, sino porque creía distinguir una nota de desolación y rabia amarga bajo esa capa de desdén generalizado—. Estaba aquí porque mañana es la velada que cierra la temporada, y pensaba que...

La fría carcajada de Dorian la calló.

—Por supuesto, por supuesto. Necesitabas mi asentimiento, mi bendición o como quieras llamarlo, porque no tienes ni idea de cómo manejar a un hombre tú sola. Me ausento un par de días y de repente te conviertes en una bestia nerviosa que no sabe ni cómo saludar en condiciones a un caballero. Debería haber tenido más consideración con el pobre pajarillo asustadizo —escupió, temblando. Le estaba costando horrores levantarse, pero ya se había agarrado al borde del canapé para terminar de estirar su columna resentida—. Pues escúchame bien... Me importa un carajo lo que sea de ti con Ashton, ¿te enteras? Si he hecho esto ha sido para que no vayas con el cuento de que estaba liado con Celinia Haviland, pero ya me da igual. Si acabas sola es porque no has hecho nada para merecer lo contrario...

No pudo seguir despotricando. El grado de horror de Abby había ido creciendo durante su dura crítica hasta llegar a un punto insoportable a la vista. No lo vio porque estaba afanado en ponerse en pie, pero cuando se giró para mirarla y asestar el golpe final, la sobriedad le dio un golpe mortal. Todo rastro de borrachera desapareció al toparse con su expresión descompuesta.

No fue solo la impresión de haberla destrozado: fue mucho más. Había metido el dedo en una herida que aún sangraba.

Le sostuvo la mirada un instante, y al siguiente ya estaba forzando sus ya de por sí largas zancadas para dejarlo a solas con sus demonios. Dorian no pudo moverse: tuvo que verla desaparecer de su vista con la sensación de que estaba zarpando un barco con todos sus tesoros escondidos bajo proa.

Cuando reaccionó, lo hizo con el miedo a que fuera demasiado tarde. Se precipitó sobre la puerta, tan despejado que no parecía que hubiera estado bebiendo durante toda la noche, y la llamó a voz en grito. No sirvió de nada, porque ella no se giró ni hizo ademán de retroceder.

—¡Charles...! ¡Tú, sí, tú! ¡Como quiera que te llames! —gritó, echando a correr por el pasillo para alcanzarla—. ¡No le abras la maldita puerta! ¡Como se la abras, te juro que te despedazaré...!

Afortunadamente, no hizo falta despedazar a nadie. Alcanzó a Abigail antes de que llegara a la puerta, y la arrastró hasta pegarla a la pared más cercana. La encerró entre sus brazos, esmerándose en apretarla tanto contra su pecho que sería imposible que huyera de nuevo. Pero lo más importante eran sus ojos, que no lo miraban. Los buscó con impaciencia y desesperación, sin obtener ningún resultado.

—Abby... —susurró—. Por favor, mírame. No iba en serio. No iba en serio, lo juro. He soltado lo primero que se me ha ocurrido para que te fueras, pero no...

—Entonces deja que me vaya —contestó ella en el mismo tono.

Detectó una nota de dejadez y quebranto bajo su voz. Le sorprendió que esta hubiera conectado directamente con su corazón, arrancándole un estremecimiento de dolor y pánico.

—No. No, no... Abby, escúchame. —Se agachó para pegar la coronilla a su pecho. Acarició aquella zona oscilando la cabeza, negando en silencio—. Lo siento. Lo siento tanto. Estoy borracho y no sé de qué diablos hablo. Perdóname...

Se le cortó la respiración cuando ella levantó la barbilla e intercambió una mirada con él. Fue un instante, porque enseguida se arrepintió y giró la cabeza para escapar de sus malos juicios, pero más que suficiente para que se le partiera el alma al ver lágrimas en sus ojos.

Si alguna vez estuvo arrepentido, no lo recordaba: toda la pesadumbre a lo largo de su vida se concentró en ese momento, llevándolo a doblar rodillas y caer a sus pies.

—Dios bendito... He hecho llorar a un ángel —musitó él, abrazándola por las piernas—. Soy un bastardo hijo de puta. Dime que me perdonas, Abigail. Aunque sea solo por piedad, porque yo no me lo voy a perdonar.

—¿Milady? —intervino un tercero. Abby giró la cara para mirar al mayordomo, que observaba la escena con la maleta con sus pertenencias en la mano. El segundo en girarse fue Dorian, cuyo estado tuvo un fuerte impacto en Wilson—. Señor Blaydes, por Dios. ¿Qué demonios ha...?

Hubo un silencio que significó el punto muerto. El mundo se mantuvo inmóvil, dudando, hasta que la voz de Abigail rayó aquella pausa.

—Señor Wilson, ¿sería tan amable de proporcionarme todo lo necesario para curar heridas de cristal? Me temo que el señor Blaydes se ha hecho daño.

El mayordomo le lanzó una mirada al susodicho antes de volver a referirse a Abigail. Su gesto fue la mayor de las contraposiciones cuando despegó los labios, hablando con una calidez que Dorian llevaba años sin detectar en sus sermones.

—Y yo me temo que el señor Blaydes va a seguir haciéndoselo como alguien no le pare los pies.

—Hasta que llegue ese alguien —dijo Abby, muy despacio—, creo que podríamos encargarnos nosotros.

Wilson parpadeó y la miró tan agradecido como conmovido.

—Sin duda, milady. El problema es que yo ya no trabajo aquí, pero Ralph podría disponerlo todo en la sala de estar...

—Al carajo, Wilson —espetó Dorian—. Te he despedido mil veces y nunca

te lo has tomado tan a pecho. Haz lo que Abigail te diga y deja de armar pleito.

—El único que está armando pleito aquí es usted, señor Blaydes —concluyó Abby, apartando sus manos de ella y rodeándolo sin dedicarle una mirada. Toda su atención se concentró en Wilson, al que se le notaba que estaba fascinado con ella—. Por favor, Wilson. La herida podría ser muy profunda. Si no se trata correctamente podría no volver a moverla en condiciones.

—Deme cinco minutos.

Cuatro minutos después, Dorian arrastraba sus patéticos huesos a la sala de estar. Al no haber sido consciente de su estado físico ni al acorrallar a Abigail en el pasillo del recibidor, el impacto al verla tan bien vestida y perfumada en su sillón fue abrumador. Si ya presentaba un aspecto pésimo independientemente del entorno que lo envolviese —la camisa llena de lamparones por haber derramado encima el coñac—, ahora que se comparaba con ella era insalvable. También por el para nada insignificante aditivo de que se había comportado como un desgraciado, cuando ella, como siempre, lo único que había querido era hacerle un favor.

Se sentó frente a Abigail, tal y como ella le indicó. Estaba más silenciosa que nunca, con los labios convertidos en una fina línea y los ojos solo pendientes de su labor. La sintió tan lejana que no pudo pensar en nada coherente que decir. Le parecía que una nueva disculpa no serviría para nada, y cuando llegó a la conclusión de que no podía hablar porque no existía ninguna posibilidad de redimirla, el miedo le asaltó.

¿Y si lo había roto? ¿Y si había roto con sus propias manos el vínculo de extraña complicidad que los unía?

No estaba preparado mentalmente para llevarse otro golpe, así que intentó a toda costa alejar de su cabeza aquel miedo justificado. Se concentró en sus

movimientos y ahí dejó volar sus pensamientos, motivándolos a centrarse en cualquier cosa menos en la realidad. Mientras, ella retiraba con unas pinzas los pedazos de cristal que le habían atravesado la carne. Hizo todo lo que pudo para no soltar alaridos de dolor, pero se le escapó algún que otro gemido lastimero. Imaginó que Abby se aprovecharía de la situación para ensañarse con él por sus insultos. Nada más lejos de la realidad. Con cada grito no hacía otra cosa que extremar su cuidado.

—Abby... —empezó, bajando la voz. Agachó la barbilla para encontrarse con sus ojos—. No creo que vayas a acabar sola. Ha sido un impulso. Dudo que hayas bebido tanto alguna vez como para saberlo, pero no debes tomar en serio a nadie cuando se pone así. Solo quería echarte, y...

—Y utilizaste lo que más podría dolerme en mi contra.

Dorian tragó compulsivamente.

—No puede sorprenderte tanto que sea un despreciable, Abigail. Ya lo sabías, ¿no?

—Gritarlo a los cuatro vientos no exime a quienes te rodean de sufrir los efectos —replicó, mirándolo desapasionada—. Pero supongo que con eso quieres decir que tengo la culpa de que me haya dolido, porque debería haberlo visto venir. No puedes ser permanentemente agradable con alguien, ¿no?

—No es eso. Maldición, Abigail. No puedes decirme todo esto y luego seguir curándome las heridas. No tiene ningún sentido.

—Me habría marchado, pero me lo has impedido.

Dorian frunció el ceño. Aquello no podía ser verdad: lo decía porque estaba dolida. Habría sido incapaz de dejarlo allí tirado, herido y borracho...

Quiso verlo en sus ojos, pero los tenía puestos en la venda.

—Eso no es cierto.

—Me has acorralado. No podía moverme.

—Pero podrías haberte ido después de que apareciera Wilson.

—Wilson también iba a abandonarte, si no recuerdo mal. No soy tan

perversa como para dejar solo a un hombre en ese estado. Me pesaría la conciencia.

—Me consta que a tu conciencia le pesaría cualquier cosa, pero no estamos hablando de tu generosidad.

—¿De qué hablamos entonces?

Dorian se quedó en silencio. ¿De qué hablaban? ¿De que se había convertido en una persona importante para ella? Pamplinas. Una criatura como Abigail solo podría sentir lástima por un hombre de su calaña, y tener piedad ya le estaba costando horrores. Sin embargo, le gustó imaginarlo. Le gustó creer, aunque fuera por un momento, que se preocupaba de veras por él.

—Solo perdóname —suplicó, interrumpiendo su labor para cogerla de las manos—. Cuando el dolor me ataca no pienso con claridad y mi mecanismo de defensa es morder a los demás. Dios sabe que has tenido mucha suerte no recibiendo más veneno por mi parte. Wilson podría hablarte de todas las veces que me he saboteado a mí mismo.

—¿Que hayas hecho daño a los demás además de a mí debe servirme de consuelo? Lo siento, Dorian —murmuró, negando con la cabeza. Tras lanzar una última mirada al vendaje, asegurándose de que estaba bien, se levantó con la intención de abandonarlo. Quizá para siempre—. Estoy segura de que no eres una mala persona, pero no me puedo imaginar qué clase de dolor puede llevarte a querer hacer llorar a alguien...

Dorian se levantó a su vez.

—No quería hacerte llorar. No fue algo deliberado. Ni siquiera me acuerdo bien de lo que te he dicho... Y por favor, no lo repitas —pidió, viendo venir que despegaba los labios para traer de vuelta su vergonzoso arrebató—. Jamás te haría daño adrede. Cuando has llegado estaba... desequilibrado.

—Si esa va a ser tu excusa para salir indemne de cualquier...

—Mi padre se está muriendo —soltó sin más, notando una punzada en el pecho. Abby abrió los ojos, sorprendida—, y quiere que vaya a verle. Me ha enviado una nota diciéndome que lo siente por todo y que necesita hablar

conmigo una última vez antes de irse. Me ha recordado todo lo que pasó, lo que me hizo, y... Ya puedes imaginarte. —Hizo un gesto cansado, señalando la licorera. Añadió en voz más baja—: Hay recuerdos que no se pueden aguantar sobrio. En mi caso tampoco podía soportarlo estando ebrio.

Abby se mordió el labio, viéndose en una encrucijada. Dorian comprendía que debía haber soportado comentarios malintencionados de sobra para seguir siendo víctima de ellos por voluntad propia, y que lo mejor que podía hacer era apartar la toxicidad de su vida... Pero no iba a dejar que desapareciera de su lado sin más. No al menos odiándolo.

Después de un buen rato en silencio, avanzó un par de pasos y lo envolvió con los brazos. No hubo palabras que pudieran expresar hasta qué límite de la realidad lo elevó tan sencillo gesto.

—Lo siento mucho —musitó ella, apoyando la mejilla en su pecho.

Dorian no pudo resistirse a abrazarla por la nuca y deslizar los dedos hasta colarlos bajo el cuello del vestido. Conectó el mentón a la coronilla de ella y ladeó la cabeza, sobando parte de su cabello con la mejilla.

—Necesito asearme —dijo en voz queda, separándose un poco—. ¿Esperarás aquí a que acabe?

La vio dudar, pero finalmente accedió con un asentimiento. Él se lo agradeció con un tierno beso en la frente, y desapareció a paso ligero, temiendo que ella se esfumara si tardaba más de lo propuesto.

Por el camino se cruzó a Wilson, quien terminaba de ponerse el abrigo para marcharse.

Dorian se lo quedó mirando hasta que el mayordomo le devolvió la mirada.

—No se vaya —dijo, entre imperando y suplicando—. Sabe que no lo decía en serio. Le necesito.

A modo de respuesta, Wilson esbozó una sonrisa ladina y, pulsando en los cierres del maletín, lo abrió. Dorian comprobó, estupefacto, que no había nada en su interior. Ni una mísera camisa.

—Claro que lo sabía —declaró el mayordomo, estirando el cuello—. Y

claro que me necesita.

Dorian despegó los labios para replicarle, pero al final prefirió guardar silencio. En su lugar negó con la cabeza y contuvo una carcajada resignada que hizo temblar sus hombros. Se dio la vuelta y marchó hacia la habitación, no sin antes decir:

—No se lo crea demasiado, Wilson.

Veinticinco minutos después, Dorian apareció de nuevo en el salón. Esta vez traía consigo un fuerte aroma a jabón y a limpio, y el cabello mojado formaba ondas rebeldes sobre sus sienes y laterales del cuello. A Abby le habría gustado no prestarle atención al hecho de que iba en mangas de camisa y para colmo estaba descalzo, pero habría sido tarea imposible. Sobre todo cuando se tomó la libertad de sentarse justo delante de ella, de manera que su musculoso muslo rozó el suyo deliberadamente.

No estaba bien perdonar con esa facilidad. En vida, su madre había sido especialmente dura en ese asunto. Absolver al inocente de su culpa era necesario, pero disculpar a quien se había comportado adrede de manera ruin era impensable. Y aunque Abby no era tan tajante —no lo habría echado de su vida sin más, no le habría negado la palabra o la mirada—, sabía que lo que procedía era levantarse y marcharse.

Pero él no estaba bien. Lo veía en sus ojos, que recorrían su rostro con la misma avidez con la que sus labios la habían besado con anterioridad, y curiosamente tenían el mismo efecto en el centro de su cuerpo.

—¿Qué va a hacer con su padre, señor Blaydes? —preguntó, intentando pinchar la burbuja íntima que los envolvía cada vez que se miraban.

—Llámame Dorian.

—De acuerdo —cabeceó, resignada—. ¿Qué vas a hacer, Dorian?

—Nada.

Abby supo que su expresión fue la viva representación del horror cuando Dorian la miró inquieto.

—Estás hablando de tu padre —señaló, con la frente arrugada—. No puedes simplemente desentenderte, sobre todo cuando te ha pedido expresamente que vayas a verlo. Será la última vez que hablaréis... Y teniendo en cuenta que no habéis hablado demasiado en los últimos tiempos, puede que encontréis cierto placer en veros de nuevo.

—Él lo encontrará viendo en lo que me ha convertido y yo lo encontraré presenciando cómo agoniza, en eso estamos de acuerdo —asintió Dorian, inexpresivo—. Pero preferiría no darle el placer de absolverlo antes de irse al infierno. Es lo que pretende: morir sabiendo que lo he perdonado por todo y asegurarse de que todo acaba bien. El «lo siento» de la carta que me ha enviado era una obvia declaración de intenciones.

Ese era el motivo por el que no podía estar enfadada. Detectaba tantas emociones complejas bajo su tono cuidado que solo podía sacar en claro que vivió, y tal vez seguía viviendo, un calvario inimaginable. Era lo que había grabado en sus ojos, lo que captó su atención cuando lo conoció: el quebranto insondable. Intentaba ocultarlo con capas de indolencia, pero era imposible tapar el negro de una sombra. Menos con un azul tan cristalino como aquel.

—¿No te apena su situación?

—Si tuviera que apenarme la muerte, me pasaría el día llorando —declaró con amargura—. Es diferente cuando la persona es demasiado joven, o ha sido asesinada vilmente... O la amaba de veras. —Su nuez de Adán tembló sin poder controlarlo—. Pero no es el caso. Todo lo que me sugiere esto es indiferencia. De hecho, me alegro de que esté enfermo. Me alegra haber descubierto a través de él que Dios hace pagar a justos por pecadores.

Abby intentó sonar razonable al preguntar:

—Si te da igual, ¿por qué estabas así cuando he llegado?

—El recuerdo de todo lo que me ha hecho me ha atacado —contestó con voz queda—. Lo he odiado tanto y tan intensamente, durante tanto tiempo, que por

un momento pensé que me iba a morir. Estaba tan seguro que me tumbé en la alfombra y esperé que los demonios me llevaran. Y entonces el ángel vino y me salvó.

Creyó en lo que le decía. Utilizaba un tono de voz impropio en él, casi como si fuera un niño inocente que no entiende qué es lo que le está ocurriendo. Esa vulnerabilidad no le restó atractivo, sino que se lo añadió por partida doble y lo elevó a una categoría inalcanzable cuando pronunció su última frase, haciéndola enrojecer de puro deleite.

—Siento haberlo pagado contigo —habló de nuevo—. Yo...

—No puedes decirme qué te hizo, ¿verdad? —Él ni se lo pensó. Negó con la cabeza tan rotundamente que Abby no se planteó insistir—. Entonces... —carraspeó y adoptó una postura diplomática, entrelazando los dedos en el regazo—. No creo que sigas mi consejo, pero creo que a pesar de todo deberías visitar a tu padre. Es el único que vas a tener, para bien o para mal, y aunque no vayas para perdonarlo... Al menos ve para darte cuenta de que todo tu sufrimiento ha terminado. Ya no tiene ni tendrá poder sobre ti.

—Te equivocas. Siempre tendrá poder sobre mí. Él tiene la culpa de que me haya convertido en quien soy ahora.

Abby negó con la cabeza dulcemente.

—Cuando alguien nos hace daño, sufrimos de manera inevitable. Pero está en cada uno decidir hasta dónde llevamos esa aflicción: si la cortamos antes de que se convierta en una bola imposible de tragar, o si permitimos que nos consuma. Tú estás dejando ganar a la amargura. Tú y solamente tú, Dorian. Si alguien tiene la culpa de sus actos, es quien los comete, no el motivo que le mueve. ¿Nunca has leído a Tólstoi? «A un gran corazón ninguna ingratitud lo cierra». Bueno... —carraspeó—. Yo no lo he leído nunca, sino una amiga mía.

—Entonces debe ser que jamás he tenido ese buen corazón del que hablas.

—Estás convencido de que no lo tienes, que es distinto. Pero sé que hay algo realmente bueno dentro de ti. Solo has de darle permiso para que salga.

Los ojos de Dorian brillaron al mirarla.

—¿Y eso cómo se hace?

—Cerrando capítulos, olvidando rencores y perdonando lo que por tanto tiempo te ha invalidado para ser quien siempre has querido ser. O quien solías ser antes de todo.

—¿Y si quiero ser quien soy actualmente?

—No quieres —replicó, levantándose. Clavó las uñas en el bolso al ver que Dorian hacía lo mismo—. La prueba está en que no eres feliz.

—No te vayas.

Para convertir la súplica en una orden, Dorian se colocó delante de ella y la abrazó por las caderas. La atrajo hacia sí con la latente preocupación de ser rechazado, pero con la determinación a salirse con la suya.

Abby se dejó hacer, en parte porque aquellos ojos brujos la convencieron de cumplir su voluntad, y en parte porque deseaba explorar el desaforado latir de su corazón cuando gozaba de su compañía. Era un sinsentido al que necesitaba encontrarle una explicación lógica, aunque por el momento no había llegado a otra conclusión salvo que lo había perdonado con una facilidad alarmante, y ahora deseaba fundirse con él.

—No tengo ningún motivo para quedarme.

—Por supuesto que sí —repuso, acariciándole las caderas con los pulgares de la mano buena. A pesar de las pesadas capas de ropa que vestía, la seducción del roce se propagó por todas sus terminaciones nerviosas—. Habías venido por una razón, ¿no? Y es la última vez que nos veremos hasta la temporada que viene.

—No si te invitan a las fiestas en Denton Park. Ashton celebra la Navidad en...

—Ashton no me invitará a Denton Park —cortó suavemente—. Pero a ti sí, y debemos prepararte para ello. ¿Cuántos días serán? ¿Una semana? ¿Dos? —Abby asintió, prendada de sus rasgos duros—. Dos semanas durmiendo a unas habitaciones de distancia de Ashton... Sí, creo que podré hacer algo por ti.

—¿Estás insinuando que...?

—Quizá Ashton se comprometa contigo en esas fechas. Y créeme... —Su sonrisa se torció dolorosamente—. Cualquier hombre que se promete en matrimonio con una mujer de su elección la deshonra antes de la boda.

—¿Y debería dejar que lo hiciera? ¿D-deshonrarme?

Dorian sostuvo su mirada en silencio durante un instante. Apenas fue una pausa de segundos, pero Abby observó que el registro sereno de sus ojos daba un giro drástico para augurar un mal presagio.

—Eso dependerá de lo que tú desees, colibrí. ¿Lo deseas?

¿Lo deseaba?

—No lo sé —admitió sinceramente—. Ni siquiera sé cómo se hace. Solo me han contado que el dolor es inevitable, pero en lo que se refiere al... acto... no tengo mucha idea.

Dorian resopló.

—Las doncellas deberíais dejaros de manuales sobre modales y otras estupideces, y comprar en su lugar alguno de esos libros escritos por mujeres de baja categoría. No pongas esa cara, mujer. No es tan terrible. Aprenderías tanto que no me necesitarías.

—Eso es mentira. Un libro no sería tan ilustrativo como tú.

Su mirada azul se oscureció, y quizá por eso el gesto de sonreír se le contagió de un aire peligroso.

—En eso estamos de acuerdo. Y pretendo seguir ilustrándote, así que ven aquí.

Abby obedeció sin ser consciente de a dónde la llevaban las piernas. Observó que Dorian se desviaba un momento para bloquear la puerta y correr las cortinas, de manera que la luz brillante de la mañana derivó a una más íntima, favorable para cualquier actividad prohibida.

La nuca le cosquilleó de emoción cuando Dorian volvió a situarse frente a ella, esta vez con ese semblante inexpresivo pero de mirada inequívocamente corrompida por el deseo del que se hacía cuando iba a darle la lección.

—¿Alguna vez has visto a un hombre desnudo, Abigail?

La mujer abrió los ojos como platos. En un acto reflejo, bajó la mirada al escote de su camisa medio abierta. Ya sabía cómo era un hombre semidesnudo; o al menos sabía cómo era él semidesnudo. No había podido olvidar el impacto de verle de pie en la habitación de la señorita Haviland mientras ella luchaba por levantarse. En su momento le pareció escultural, atractivo de una manera magnética...

—No.

—Entonces descúbrelo.

Dio un paso hacia el frente, de manera que el dorso de la mano que Abigail había colocado en su pecho rozó el amplio pectoral masculino. El olor a limpio la envolvió.

—¿Cómo? ¿Quieres que te d-desnude?

Dorian ladeó la cabeza, exhibiendo una sonrisa traviesa que se clavó en el corazón de Abby.

—Sabrás que el amor se hace estando desnudos, ¿no? Al menos si se quiere hacer bien. Si no, siempre se puede improvisar... Pero es para lecciones avanzadas.

—Ya, pero...

—Vamos —la animó—. No es nada que no hayas visto ya, ¿no?

Abby asintió, sabiendo que tenía razón. Le dio fuerza para alargar una mano temblorosa, que buscó a tientas un nudo que deshacer. Al no encontrar nada, frunció el ceño, frustrada, y dejó caer los brazos a cada lado del cuerpo. Supuso que aquello estaba siendo una decepción para Dorian, por lo que esquivó sus ojos y se concentró en la alfombra.

La mano amable del hombre le acarició la barbilla hasta que le devolvió la mirada.

—No me veo capaz de hacerlo —admitió, intentando serenarse—. Me parece que soy demasiado... Parecería estúpida. Estas cosas las hacen las mujeres seductoras, no las solteras. Creo que ha sido una mala idea.

Silencio.

—Sí, ha sido una mala idea —convino él—. Ha sido una mala idea empezar a educarte con miradas, cuando la verdadera dificultad está en tu amor propio. Es imposible persuadir a una mujer de que es hermosa si ella está convencida de lo contrario —meditó, estudiándola—. Y claramente crees que no eres capaz de encandilar a un hombre.

—Eso es —suspiró, aliviada por su comprensión—. No digo que sea horrible, solo que... ¿Recuerdas cuando me dijiste que pensara en alguien para evocar una mirada atrayente? Pensé en la duquesa de Saint-John por algo. La he visto en acción, y es... Con una sonrisa ya ha captado la atención de todos los hombres de la sala, y ni siquiera estaba prestándole atención a alguno en concreto.

—La duquesa de Saint-John es el monstruo de la seducción; en eso estamos todos de acuerdo, colibrí. Pero existen muchas maneras de cautivar a un hombre, y existen muchos tipos de atractivo. Por no poseer esa belleza fiera ni ser atrevida no pierdes encanto. A mi parecer, toda tú tienes *algo* que nadie más posee. Y es inexplicable, lo que te convierte en alguien excepcional.

«Algo», repitió Abby para sus adentros. Enseguida lo asoció al misterioso «algo» al que Jess hizo mención.

—Voy a desnudarte para mostrarte de lo que hablo. Así estaremos en igualdad.

Abby sintió que se mareaba.

—¿Qué?

No pudo preguntarlo otra vez. Dorian la rodeó y, con un par de floreos, deshizo el nudo que estrechaba el corsé y separó las corchetas del vestido. Lo que más tiempo le tomó fueron las calzas, las enaguas y el polisón, a causa de su mano enferma, pero aun así fue tan veloz que Abby se preguntó vagamente si no convendría sustituir a Jane por sus manos capaces.

Intentó concentrarse en cualquier cosa que no fuera él, pero Dorian se colocaba como un digno estratega en cada punto donde ella pudiera desviarse. Sus ojos azules estaban en todas partes, transmitiéndole confianza. No

obstante, su preocupación no hacía más que crecer. ¿Y si no le gustaba? ¿Y si le parecía que estaba demasiado arrugada, o que era demasiado pálida, o demasiado delgada...?

—A veces pienso que te vas a partir de lo tensa que te pones. Relájate, por Dios —masculló él entre dientes, soltando una carcajada que trataba de mantener a raya el sofoco—. Solo soy yo, colibrí.

«¿Solo?», quiso repetir. «Justamente tú eres el problema».

Perdió el hilo de sus pensamientos cuando la tela fue a parar a sus pies. Ya no había nada que la cubriera de su desnudez o la salvara del intenso escrutinio de Dorian, que parecía querer abducirla con la mirada. Acababa de reemplazar el vestido por sus ojos, tan llenos de algo familiarizado con una satisfacción tal que, en lugar de estar desnuda, parecía haber descubierto que estaba ribeteada en oro.

Dorian soltó el aire retenido bruscamente. No supo de dónde sacó la fuerza de voluntad para no cernirse sobre ella: quizá del respeto que le tenía, o quizá porque era demasiado pronto para asustarla, habiéndola ofendido hacía apenas una hora.

Tal vez porque sabía que no se lo merecía.

En lugar de eso, la tomó de la mano y la llevó al espejo de cuerpo entero que coronaba la habitación. Se ocupó personalmente de dejarla justo enfrente, de manera que no pudiera perderse un solo detalle de su reflejo, y se colocó detrás para tener casi la misma perspectiva. Aunque viendo cómo se miraba, sonrojada por la vergüenza y decepcionada por ser así, se daba cuenta de que tenían puntos de vista diferentes.

Si de él hubiera dependido, se habría pasado toda la vida admirando esa piel de alabastro, esas piernas interminables, tal y como había imaginado: el dibujo elegante de su torso y la suavidad de su vientre plano; la forma sutil de las caderas... Nunca se había sentido tan impotente, porque nadie le había frenado antes en medio de un estallido delirante como aquel. Quizá porque nunca se había sentido así.

No obstante, y aunque ella no le había negado nada aún, sentía que estaba prohibida.

«¿Y qué?», pareció decirle su mano; esa que se deslizó con curiosidad por la curvatura de la cadera femenina. Dorian respiró superficialmente al sentirla tan cálida y suave como ninguna otra cosa. Agachó la cabeza para besarle el hombro.

—¿Sabes qué veo, Abigail? —Ella estaba ensimismada también, aunque más con sus reacciones que con su esplendorosa desnudez. Negó con la cabeza, prestándole tanta atención que parecía que se le iban a salir los ojos—. Veo todo lo que un hombre podría querer. *Todo*. No necesitaría dinero, no necesitaría un hogar, no necesitaría la amistad de sus allegados, no necesitaría un dios...

—¿Por qué?

—Porque toda su vida se reduciría a esto. —Dorian abarcó su estómago con la palma—. A estar aquí dentro. A guardar tus hijos aquí. A hacerte cosquillas aquí. El mundo entero de un hombre, racional o irracional, se concentraría *aquí*. —Rasgó superficialmente la piel sensible del vientre con las uñas, hasta trazar un círculo con el pulgar alrededor del ombligo—. Debes sentirte afortunada por ser una de esas mujeres con las que con solo mirarlas, uno puede imaginarse la vida entera, y no solo un revolcón.

—¿Se supone que la duquesa...?

—No intento desprestigiar a nadie —cortó enseguida—. Cada mujer es distinta. Unas se aman sin querer; otras queriendo. Algunas se desean por unos motivos y otras por otros. A algunas cuesta más amarlas porque son inaccesibles, o imposibles, o no se dejan. Con otras va como la seda. Y tú eres tan especial como las demás, Abigail. Es eso lo que querías, ¿verdad? Dejar de ser la mujer del rincón que llama la atención por sus defectos y tener las mismas posibilidades que el resto.

Abby quiso asentir, pero sospechaba que había una trampa en la pregunta. Entre el fuego azul de sus ojos detectó algo parecido a la decepción, como si

no le pareciese bien que ese fuera su mayor deseo.

—Creo... Creo que no me importaría que el resto me viera como alguien común, si a cambio una sola persona me considerase tan especial que jamás me reemplazaría.

La sonrisa satisfecha que cruzó fugazmente los labios de Dorian fue una premonición. Abby dejó de fabricar nuevos pensamientos para recordar las últimas palabras de su madre.

«Siempre habrá alguien que valore así. Alguien que te querrá tal y como eres...».

Aquella voz no hizo más que repetirse conforme Dorian hablaba.

—Si Ashton no te valora al desnudo, tal y como viniste al mundo, sonrojada y con tus miedos, no te merecerá. —Hizo una pausa—. Pero eso desgraciadamente no se lo puedo enseñar: o tienes sentido común y criterio o no lo tienes. Lo que puedo hacer es conseguir que estés cómoda así delante de un hombre.

—Así, ¿cómo? ¿Desnuda? —La voz de alarma saltó—. ¿Piensas tenerme desnuda toda la mañana?

—Todo el día, si puedes permitirte pasar unas horas más conmigo.

Abby se mordió el labio inferior. ¿Podía? Claro que podía. Teniendo ya una edad, los padres se desentendían por completo de adónde iban sus hijas, por no hablar de que a su progenitor en concreto le era indiferente dónde estuviera. Seguramente podría ausentarse durante la cena, el desayuno de la mañana siguiente e incluso el almuerzo, que no preguntaría por ella hasta el anochecer del sexto día.

Fue a asentir cuando se percató de que Dorian ya no estaba a su espalda. Dio la vuelta y lo ubicó sentado en su sillón, ese que ya debía haberse amoldado a su figura. Un cosquilleo le creció por la baja espalda y la electrizó hasta las rodillas cuando descubrió su mirada oscurecida, trepando por sus extremidades y concentrándose en su zona más íntima.

—Ven —ordenó quedamente—. Quiero que me seduzcas como si no fueras

una dama.

—¿Y cómo...?

—Lo hiciste el primer día.

Abby pestañeó varias veces, confundida.

—¿Quieres que me sienta en tu regazo? —Él asintió. «Dios mío de mi vida»—. V-vale... ¿Y no podrías taparte los ojos mientras lo hago? Me siento violenta.

—Te sientes hermosa —repuso. Su convencimiento caló a Abigail, que le dio un giro a la sensación de incomodidad, comprendiendo que estaba en lo cierto—. El problema es que no estás acostumbrada y crees que está mal. No lo está, colibrí. Mujeres mucho menos bonitas que tú caminan haciéndose ver como reinas. Es injusto que no lo hagas también. Así que... ven.

Esa vez obedeció. Se sintió como una nueva versión de *La Sirenita* de Dickens: cada paso que daba era un cristal roto, pero no le parecía que los estuviera pisando. Daba la sensación de que los pedazos de vidrio provenían de ella, de esa coraza con la que había defendido sus reservas y su preocupación. No parecía posible que fuera tan sencillo librarse de un castillo erigido hacía tantos años. Sin embargo, igual que Troya cayó en un día, ella se desnudó al completo en unos pasos.

Se sentó con cuidado en su regazo. Contuvo un suspiro cuando la rodeó con el brazo para acercarla a él.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Como una... —carraspeó—. Como una fulana, señor Blaydes.

Dorian esbozó una sonrisa lobuna.

—Me alegro. Significa que lo estamos haciendo bien. —Acarició su espalda desnuda a lo largo y ancho, trazando líneas ondulantes para no perderse ningún rincón. Abby no sabía si envararse o mecerse en la dirección de la caricia—. Respóndeme a algo, colibrí.

—Dime.

—¿Cuál es tu color preferido?

Abby arrugó el entrecejo y lo miró sin comprender.

—Estoy desnuda en tu regazo...

—Soy plenamente consciente, descuida.

—...No entiendo qué tiene que ver mi color preferido...

—Tiene que ver con que estás más tensa que Adán en el Domingo de las Madres, y vas a estar encima mía hasta que te relajés.

A Dorian se le contagió enseguida la risita de la mujer, que apartó la cara para que no la viera.

—Eso está mejor, aunque preferiría que no te escondieras cuando te ríes.

—Estoy haciéndolo lo mejor que puedo. No suelo sentarme encima de un hombre... d-desnuda —musitó ella, probando a echar todo el peso sobre su pecho. Dorian aceptó la iniciativa gustoso, sosteniéndola contra él—. ¿Esta es la lección de hoy?

—Es solo el comienzo. Pretendo enseñarte una de las cosas más importantes sobre la seducción...

—¿Qué es?

—Descubrir qué es lo que te gusta. Los puntos en los que si te tocan, te hacen temblar. Así será más sencillo de aquí en adelante: bastará con que des órdenes.

—¿Dar órdenes? Según el *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*, no se le deben dar órdenes a un hombre bajo ningún concepto... y menos en la cama.

—Pues según mis santísimas narices, que saben bastante más sobre lo que prefiere un caballero, a un hombre se le deben dar órdenes de vez en cuando para evitar que se convierta en un bastardo autoritario.

Abby soltó otra carcajada.

—¿No habíamos acordado que no era usted un caballero, señor Blaydes?

Él la miró con un aire risueño que eliminó todo rastro del tormento anterior.

—Con usted encima, milady, cualquiera podría ser un caballero. Podría ser incluso un rey.

—¿Cómo así?

—Las mujeres que tienen el poder de convertir al hombre en lo que quiera que deseen.

—Entonces seguirías siendo Dorian Blaydes —terció muy segura—. No querría convertirme en otra cosa.

—¿No?

—No.

—¿Ni un poco más alto?

Abby negó con la cabeza, divertida.

—No me gustan los hombres muy altos.

—¿Ni un poco menos grosero?

—Eso me tienta un poco... Pero sus groserías tienen cierto encanto, señor Blaydes.

Abby supo que iba a besarla cuando el azul de sus ojos se intensificó hasta derretirse. Estiró el cuello para buscar sus labios, y ella se los regaló besándolo con una dulzura conmovedora. Apoyó las palmas en su pecho para mantener el equilibrio y dejó que él se abriera paso en su boca con persuasivas caricias. Sus lenguas pronto coincidieron y se enredaron en una coreografía sin nada predeterminado salvo la necesidad.

Desplazó las manos hasta sus hombros, que abarcó siendo consciente de la dureza de sus músculos, y lo abrazó por el cuello para profundizar el beso. El ritmo comedido pronto se avivó hasta convertirse en un contacto abrasador que desplazó el fuego a sus terminaciones. Abby reconoció la dolorosa sensación de ardor en su estómago, que trató de machacar encogiendo los músculos. Pero Dorian no le permitió que se cerrara, y la agarró de los muslos para sentarla a horcajadas, ahora con una pierna a cada lado de las suyas.

Dorian sonrojó su piel de caderas para abajo recorriéndole la parte trasera de los muslos con las uñas. Estaba decidido a marcarla en la medida de lo posible, mecido por un afán de dominio que jamás había experimentado antes. Si las mujeres eran un rato, Abigail rompería los relojes para quedarse todas

sus horas. Saberlo encendía todas las alarmas de su mente racional, pero esa estaba oculta ahora bajo los cimientos de la pasión que ella había construido sobre él.

Mordió y tiró de su labio inferior hasta arrancarle un gemido. Después llegó a su cuello, y allí dejó otra ristra de besos de fuego que la hicieron retorcerse sobre su miembro ardiente.

—¿Te gusta que te toquen aquí? —preguntó contra su garganta. Escuchar su pulso acelerado barrió las reservas que le quedaban, y entonces se desató hasta que no hubo ni cenizas del prudente Dorian Blaydes. Empujó su coxis hacia la erección y lamió con pericia la línea del cuello que concluía en la unión con el lóbulo de la oreja, y después se ensañó con ella, dándole diminutos mordiscos—. ¿Y aquí...?

—Sí. Eso me hace... *Oh*.

—¿Te hace desearme? —preguntó, sin abrir los ojos. Solo despegó un tanto los párpados para asegurarse de que había llegado a la cúspide de uno de sus pechos—. ¿Y esto?

Metió la cima endurecida en la boca y la rodeó con la lengua. Abby lanzó un gritito de sorpresa y placer. La temperatura de su cuerpo ascendió varios grados. Cada caricia distraída o perversa de aquella boca tenía su efecto directo en el centro de su vientre, donde se concentraban los elementos necesarios para hacerla entrar en combustión.

Abby se retorció bruscamente sobre su regazo hasta que un roce atrevido en su zona más íntima la noqueó. Quiso bajar la mirada para comprobar que, en efecto, el pulgar de Dorian estimulaba el capuchón que se superponía a los pliegues de su sexo, pero todo lo que vio fue su cabeza de húmedo pelo negro ensañándose con el erizado pezón. Hundió la mano en la melena oscura y alzó las caderas, queriendo huir de aquella mano indecente.

—Dime qué es lo que te gusta y qué es lo que no, colibrí —escuchó que decía, con la voz atravesada por la lujuria. El frío le sopló en el pecho torturado un instante: después, su boca ardiente volvió a cubrirla, empezando

por un mordisco que la hizo gimotear.

Dorian no se rindió y revistió el vértice de fino vello oscuro con la palma de la mano. Ahí Abby se dio cuenta de que aquella zona le escocía de necesidad, y que el roce tentador de las yemas de sus dedos constituía un alivio instantáneo... Pero tampoco era suficiente. Los dedos masculinos recorrieron la húmeda hendidura antes de probar a introducir un dedo hasta la segunda falange. Abby se mordió el labio para contener un aullido.

—Eso no me... no... —Se aferró con más fuerza a sus hombros. Parpadeó varias veces para mirarle y pedirle que parase, pero lo veía todo borroso—. Esto...

Cuando se acostumbró a la invasión, todo su cuerpo se relajó lo suficiente para que Dorian se atreviera a jugar con los pliegues que le abrazaban el dedo corazón. Arañó superficialmente el punto donde se concentraba toda la sangre y lo frotó hasta que Abby no pudo sostenerse sobre las rodillas y acabó completamente abierta.

—¿Eso? ¿No te gusta?

—S-sí —musitó, colorada—. Me gusta, p-pero no...

—¿No es suficiente? —Dorian retorció el dedo antes de colar un segundo—. Dios, estás tan húmeda que podría hacer contigo lo que quisiera... —masculló, desencajando la mandíbula al verla tan rendida a las sensaciones—. ¿Y ahora? ¿Es suficiente?

—Sigue haciéndolo, p-por favor... No pares.

Dorian apretó los labios y giró los dedos en su interior. Estaba yendo demasiado lejos, pero ya no le importaba nada. Tenía a una mujer a la que deseaba más de lo que había deseado a alguien, desnuda y receptiva, completamente abierta de piernas para él. Ella era consciente y Dios sabía que él lo era tanto que nunca podría olvidarla. No había nada malo en ello, no había nada malo en ello... Se lo repitió tantas veces que lo creyó, y ese fue justamente el problema.

—Necesito... más —jadeó Abby.

La urgencia de una liberación que desconocía se arrugó en su estómago. No tenía forma ni pudo definirla, pero temió que la arrastrara a la muerte súbita. El corazón le palpitaba tan deprisa que creyó que sufriría un infarto, y se lo tendría bien merecido por comportarse como una auténtica libertina. No obstante, no se arrepentía. Quería que sus dedos profundizaran hasta confundirse con la savia de su estómago. Quería algo más, algo que pudiera llegar ese misterioso punto que casi lograba alcanzar pero que nunca rozaba.

—No puedo darte más, colibrí.

—Oh... Por favor.

—No me supliques —sonó entre desesperado y amenazador—, o no respondo de mí.

Abby se retorció sobre la mano masculina y contrajo la vagina, como si quisiera que sus dedos permanecieran allí para siempre.

—Por favor, D-Dorian. Hazlo.

—Abigail... Recuerda al genio. Si lo pides una sola vez más...

—Por favor.

Un «no sabes lo que me estás pidiendo» se le atascó en la garganta. Hizo todo lo que estuvo en su mano para decirlo, para ponerle freno, pero intercambiar una mirada con ella provocó que todo saltara por los aires. Dorian dejó de existir como un ser pensante y se convirtió en una bestia necesitada de la calidez de ese cuerpo, deseoso de empaparse con su esencia. De un solo gesto la tuvo tumbada boca arriba en el canapé, con el sexo completamente expuesto a lo que quisiera hacer con él.

Retiró los dedos de su interior y procedió a bajarse el pantalón bajo la atenta mirada de Abigail. Estaba sumida en el desvarío pasional del borde del orgasmo, pero era consciente de lo que ocurría y eso lo excitaba tanto que sintió que podría llegar al clímax solamente con mirarla.

Colocó la punta del tallo venoso en la entrada de su oquedad, y la frotó verticalmente. La oyó suspirar de satisfacción, arrastrándolo con ella. Entre súplicas y sollozos, Dorian introdujo su miembro hasta casi la mitad.

Temblaba tanto por la sensación de estar dentro de su cuerpo que no supo cómo llegó a frenarse a tiempo, justo antes de quebrar la barrera que, de ser propasada, podría convertirla en una mujer condenada a la humillación pública. Dios sabía que no deseaba eso para Abigail, como también era consciente de que seguía siendo lo suficientemente egoísta para llegar al límite.

Se retiró un poco y volvió a penetrarla, esta vez más profundamente. La mandíbula se le desencajó cuando ella lo apretó presionándolo entre sus paredes.

—Oh, Dorian... —jadeó Abby, agarrándose a los antebrazos masculinos—. ¿Será siempre así?

Dorian colgó la cabeza hacia delante, acariciando el pecho de la mujer con su cabello aún húmedo. Ni siquiera la mención indirecta del hombre que se ganaría el derecho de poseerla como él hacía pudo apartarlo de ella. Necesitó retorcerse dentro, llegar hasta el final...

Abby cerró los ojos y lo succionó, conteniéndolo entre sus entrañas con el mismo entusiasmo con el que todo lo hacía. Dorian gruñó, dolido por la contención, y se hundió un poco más antes de ahogar un grito de rabia frustrada y retirarse del precioso cuerpo que lo saturaba con su entrega.

El fuego consumió a Abigail en el preciso instante en que Dorian se retiró de su interior, haciéndola experimentar al mismo tiempo la pérdida del conocimiento y del poder seductor que le había otorgado. Abby arqueó la espalda como si tuviera que alcanzar algo en el techo, y justo entonces el orgasmo la sacudió. No supo cuánto tiempo estuvo en aquella nube de saciedad. Fue Dorian quien la devolvió a la realidad, murmurando quedamente algo que no alcanzó a entender.

—No siempre ha sido así para mí, y no lo sería para ti si pudiera cambiarlo.

«Existen tres tipos de hombre a los que una dama de buena posición nunca deberá acercarse: jugadores empedernidos, bebedores compulsivos y crápulas incorregibles».

Extracto del *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

Thomas Doyle lanzó una mirada inexpresiva a las tres cartas iguales que Talbot acababa de dejar sobre la mesa. Tanto al primero como a Dorian les pareció excesivo el floreo y la sonrisa pomposa que esbozó para declarar su victoria, pero prefirieron no inflar su ya de por sí turgente ego.

—¿De veras hay gente que gana dinero así? —preguntó Doyle, sacando la billetera. No parecía afectado por la pérdida.

—Sí —asintió Talbot. Reunió las cartas en un montón y empezó a barajar de nuevo, mirando a sus dos contrincantes con aire misterioso—. Y, ¿sabes qué? También hay gente que hace una fortuna fornicando. Maravilloso, ¿verdad?

—Pregúntaselo a la muchacha que tenías hasta hace un segundo en tu regazo —contestó Doyle escuetamente—. No dudo que le parecerá maravilloso el noble miembro de un ricachón como tú, pero quizá deje de encontrar atractivo su oficio cuando se tenga que desnudar para un carcamal.

—Un carcamal podría hacerlo bien. Si no que le pregunten a mi pareja cuando tenga sesenta años.

Dorian rodó los ojos y buscó la mejor postura. Fue levantando una a una las cartas que Talbot le repartió mientras le escuchaba parlotear sin cesar. Si el hombre ya era hablador en exceso, cuando iba bebido se agravaba esa tendencia somática a hablar de estupideces hasta aburrir.

—¿Sesenta? Con el ritmo de vida que llevas puede que no llegues ni a los cuarenta —comentó Dorian.

—El ritmo de vida que *llevamos*, compañero. —Alargó la mano que no exhibía un abanico de cartas —seguramente trucadas— para darle una palmada en la espalda—. Juntos para siempre, ¿a que sí? Tenemos que asegurarnos de que pongan mi lápida muy cerca de la tuya; no soportaría ir solo al infierno. A no ser... que hayas decidido que prefieres enterrarte con Lady Vestidos.

Dorian mantuvo el semblante inexpresivo. No era la primera vez que hacía mención a la misteriosa Lady Vestidos, y sospechaba que nunca sería la última si no soltaba prenda. Conociéndolo, no pararía hasta conocer con todo detalle su interés e intenciones hacia la susodicha. Estaba tan obsesionado con conocer los secretos de absolutamente todo el mundo que, si las palomas mensajeras a las que pagaba se les perdía algún chisme por el camino, él en persona se encargaba de sonsacárselo a quien fuese.

—Ya tengo suficiente con que me relacionen contigo estando vivo, para que encima nos asocien en el infierno —comentó Dorian desinteresadamente—. A poder ser quiero nuestras lápidas separadas, gracias.

—Así que prefieres a Lady Vestidos —suspiró dramático—. El hombre propone, Dios dispone y la mujer descompone... Ya lo dice el refrán.

—*La Muerte es femenino* —terció Doyle—. Era de esperar que fuera una mujer.

—Entonces no entiendo por qué algunos tienen tantas ganas de que llegue la suya. La compañera de vida, digo. Yo preferiría no morir joven, y menos entre las garras de una caprichosa con cara de muñeca.

Doyle estiró una de las comisuras de los labios.

—Ser un misógino es un estereotipo aristócrata que nunca pensé que tendrías, Talbot.

—No soy ningún misógino. Adoro a las mujeres y me voy a casar con una, pero no entiendo la loca necesidad de algunos por encontrar a su alma congénere.

—¿Y tú no estás en la loca necesidad por encontrarla? —inquirió Doyle—. Porque llevas años diciendo que te vas a casar y no lo haces.

Talbot le dedicó una mirada afectada por el alcohol.

—Mi excusa es querer a la mujer más perfecta sobre la faz de la Tierra. Esa que desee todo el mundo sin excepción, para que este bastardo que tenéis delante se la lleve y haga llorar de rabia a la aristocracia. Y todavía no ha aparecido, por eso tardo —concluyó, sereno—. No porque busque a una mujer que me haga hervir la sangre y toda esa larga lista de estupideces que soltó Werther. ¿Qué pasa con *la idónea* de la que todos hablan? ¿Acaso tiene el coño de oro?

Dorian ahogó una carcajada. A esas alturas, ya no le sorprendía su despreciable jerga barriobajera *cockney*.

—Ya nos lo contarás tú cuando te cases.

—Yo con que tenga mucho oro me las apaño: me da igual dónde.

—¿Oro? ¿Todavía quieres más?

—Yo jamás tendré suficiente oro —proclamó—. Por eso estoy navegando entre salones y veladas victorianas: para sacarle el poco que les queda a los aristócratas y quedarme sus rentas. Por ahora el plan va a toda vela... Tengo a Ashton de mi lado.

Aquel nombre captó la atención de Dorian, que ladeó la cabeza en su dirección. Doyle se dio cuenta del repentino interés y lo miró con una ceja alzada, pero Dorian lo ignoró para concentrarse en Talbot.

—¿A qué te refieres con quedarte sus rentas? No pretenderás estafar a un noble, ¿verdad? Ni siquiera tú caerías tan bajo.

—No sabes lo bajo que caería solo para escupirle a esos cerdos, pero no, no

voy a estafar a nadie. Ashton invierte en mi empresa parte de su capital, y yo le voy dando un porcentaje anual de mis ganancias, de modo que el flujo de su economía deja de estar estancado y puede sobrevivir a la próxima temporada.

—Tengo entendido que Ashton no es mal tipo, nada que ver con los nobles que detestas —comentó Dorian—. Al menos no es de los que utilizan su título como subterfugio a cualquier problema.

—No, no lo es. Es un buen hombre, por lo poco que le conozco —admitió Talbot—. Tanto que me da arcadas. No puedes tratar con él más de veinte minutos si no quieres acabar vomitando. No bebe, no duerme con fulanas y tampoco juega. Es rico, amable, humilde, apoya a la clase media y encima, joven y bien parecido. Parece la clase de fantasía de una debutante cabeza hueca.

—De cualquier mujer en general —corrigió Doyle—. Pero no te apenes por ser lo opuesto, Talbot. También hay pobres desgraciadas que los prefieren como tú.

Dorian desvió la mirada a las cartas y allí volcó toda su frustración.

Así que sí, Ashton era perfecto. Era atractivo, generoso, estaba interesado en Abigail y, por encima de todo, tenía un título. No uno, sino dos: el título de cortesía de conde de Ashton, y el que heredaría cuando muriese su padre. Era la promesa de su generación tal y como él lo había sido unos años atrás, justo antes de cometer aquel garrafal error. En ese entonces todo el mundo lo respetaba, las mujeres lo perseguían presas del enamoramiento y la fascinación y aún conservaba sus modales intactos. Iba a ser nombrado conde de Standish...

Pero ya no. Todo eso había quedado en el olvido, y estaba mejor así. No deseaba ser mejor. No podía ser mejor. Ni siquiera por Abigail.

Por Dios... Había estado a punto de deshonrarla en su condenado salón. De hecho, la habría deshonrado en su salón si no hubiera despegado los labios para hacer aquella estúpida pregunta. ¿Sentiría lo mismo con él?

Solo de pensarlo, le daban ganas de echarse a reír como un histérico.

Imaginar a Abigail casada con un hombre al que no podría odiar y desprestigiar a sus anchas le producía urticaria. Imaginar a Abigail casada, a secas, le ponía enfermo. Aunque no fuera nada suyo ni tuviera intención de que lo fuera.

No iba a casarse. Esa era su maldición personal y propia. Se había vetado a sí mismo el derecho de reconstruirse. Era lo que se merecía y lo que se merecían sus padres, que la estirpe del condado de Standish se desvaneciera después de su generación o fuera a parar a alguien incapaz de administrar las rentas.

Y aunque ese no hubiera sido el objetivo, ¿acaso Abigail habría aceptado su propuesta? Era un pobre diablo con pésima reputación, desheredado y repudiado. Si ella había ido a por un caballero sin tacha debía ser porque tenía claras sus preferencias. Y si no... No iba a permitir que cayera por los escalones sociales solo para complacer su deseo de acostarse con ella.

Dorian se removió inquieto ante aquel pensamiento.

No lograba conciliar el sueño. En cuanto cerraba los ojos, su despierta imaginación lo enganchaba con una sucesión de imágenes del cuerpo desnudo de Abigail. Él tocándola por todas partes, seduciéndola despacio, contentándola con besos y caricias... E incluso con los ojos abiertos soñaba en silencio con manosearla a placer. Quería poseer su cuerpo, y lo que era peor: quería estar en su mente.

Se había convencido de que exageraba y no era para tanto, pero la verdad estaba ahí. Deseaba borrar la tristeza que la seguía como un perro fiel y que intentaba morder a todo aquel que osaba soñar con arrancarle una sonrisa. Si pensaba en algo mejor que la experiencia de tocarla a su antojo, esa era oír su risa cristalina. Le parecía un milagro que del padecimiento continuo de un ser aquejado por la nostalgia pudiera emerger un sonido tan puro como el agua. Y le parecía una salvación que su propio calvario silencioso fuera notablemente mitigado por algo tan abstracto e inabarcable como una risa femenina.

Pero no podía ser. Ashton le superaba en todos los aspectos, y por eso

merecía a Abigail. Él no la ahuyentaría con sus arranques de locura transitoria, ni la apenaría con sus arrebatos. La colmaría de regalos y reverencias, no de miradas afiladas y murmuraciones desagradables.

Acabaría olvidándola, se dijo. La temporada acababa de terminar: ya no tendría que verla en ninguna parte, lo que le concedería ventaja. No volvería a cruzarse con ella hasta el año siguiente, cuando ya estaría casada —y quizás embarazada— con un hombre de su talla. Para ese momento, sería tan feliz que se acercaría a él con los ojos llenos de emoción para agradecerle que hubiera sido justamente él quien lo empezó todo. Tal vez incluso le agradeciera que no se le hubiera ocurrido quererla o pedirle matrimonio...

Dorian se encogió un poco más y miró las cartas como si le hubieran clavado una daga en el corazón.

«Y que Dios me ampare».

—Señores —interrumpió el camarero. Dorian alzó la barbilla con desgana—. Vengo a invitarles a una ronda de lo que deseen. La señora de la mesa cercana a la ventana paga.

Doyle ni siquiera pestañeó.

—¿Quién se habrá enamorado de Talbot esta vez?

Divertido por el comentario y atizado por la curiosidad, Dorian se giró en la dirección que marcaba el tabernero. Se quedó de piedra al reconocer a la mujer que lo miraba de vuelta, claramente esperando que se levantara y fuera hacia ella.

—Un poco mayor para mí —comentó Talbot, estudiándola con ojo crítico—. Pero ya sabéis lo que dicen... Con las luces apagadas, todas las mujeres son iguales.

—Es lady Standish, cabrón —espetó Dorian, mirándolo de soslayo—. Ni una palabra más.

Talbot alzó las cejas y en lugar de mostrarse levemente compungido, soltó una primorosa carcajada y se puso a aplaudir. Doyle fue el único asistió al espectáculo con cara de circunstancia, pues Dorian se levantó de inmediato y

sorteó las mesas hasta llegar a su madre, aunque solo fuera para echarla de allí.

Todo lo que Dorian tenía lo había heredado de su madre. Lady Standish fue famosa en su tiempo por la enigmática mirada azul cobalto y la esbelta figura, esos dos atributos por los que las mujeres perseguían a Dorian en la actualidad. Sin duda fue una belleza sin igual, pero la edad la había tratado mal, surcándole el cabello con canas dispares y torciendo su expresión serena en una mueca arrugada de eterna mortificación.

Dorian no se anduvo con rodeos. Ni siquiera se sentó a su lado, sino que la miró directamente a los ojos sin parpadear. Ignoró las inmensas ojeras que lucía y su expresión apenada, y lo hizo procurando no preguntarse a qué podría deberse.

—No tendría que haberse tomado la molestia de perseguirme hasta una taberna para decirme algo que podría haber escupido en una carta.

—La habrías echado al fuego, como la que te mandó tu padre —adujo lady Standish, intentando no sobresaltarse cada vez que se oía un coro de estridentes carcajadas—. ¿Estos son los sitios que frecuentas desde que te fuiste? ¿Cuchitriles de la calle Jermyn?

Dorian sonrió fríamente. Muy propio de ella, salirse por la tangente si así lo creía oportuno y criticar su deleznable comportamiento incluso cuando ya no tenía ningún poder sobre él.

—Los cuchitriles de la calle Jermyn son bastante mejores que un caserón en Mayfair con bruja y diablo incluido —soltó. No se arrepintió cuando vio que a lady Standish le cambiaba la cara—. Ya sé a lo que ha venido, y ya sabe la respuesta que le voy a dar. Es una pérdida de tiempo seguir manteniendo esta conversación.

Se dio la vuelta con la intención de regresar a su mesa.

—Dorian. —Le pareció que su voz imperaba por encima de todas las cosas, omnipotente—. Mírame a la cara y dime que no te importa que tu padre se esté muriendo.

Todo su cuerpo se puso en tensión, mientras que una sonrisa maligna se abría paso en sus labios. Se giró muy despacio y miró a su madre con la boca torcida.

—¿Eso es lo mejor que tiene? ¿Ha venido a convencerme apelando a un aprecio filial que no existe? Parece mentira que sea peor estrategia de lo que pensaba, madre. Sobre todo teniendo en cuenta lo bien que le salió su parte.

Dorian no se sorprendió al ver que el rostro de lady Standish se ponía del color de la grana. El arrepentimiento cruzó fugazmente sus ojos.

—Lo siento, Dorian. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir para que me creas? Yo no fui la que...

—Me sé esa disertación de memoria —cortó—. No hace falta que la repita continuamente. Y ahora, si me disculpa...

—No. —Le puso la mano en el hombro para impedir el movimiento. Dorian la apartó enseguida con una frialdad desgarradora, pero se quedó allí de pie—. Dorian, sé que te hicimos mucho daño. Ya ni siquiera diré que eras demasiado joven y deberías haberlo pensado mejor: me equivoqué al disculparme desde esa perspectiva. Es evidente que deberíamos haberte dejado libre, aunque eso hubiera supuesto un problema para nosotros. Pero ya no podemos cambiarlo, ¿entiendes? No está en mi mano viajar al pasado y enmendar el daño que te hice. En la de tu padre tampoco.

Dorian se quedó en silencio. No estaban en el lugar apropiado para mantener esa conversación, aunque si profundizaba en el tema, realmente habría sido inapropiado traer sus recuerdos de vuelta en cualquier sitio.

—La verdad es que ya no pienso en vosotros. No existís para mí. Sería capaz de plantarme delante de la cama de lord Standish y escuchar todo lo que quisiera decirme sin desmayarme del disgusto. El problema es que no quiero. Si lo que pretende es expiar sus pecados para ir directo al Cielo, no voy a ser

yo quien lo facilite. Debe ir a donde corresponda.

Vio en los ojos de lady Standish la pregunta no formulada. «¿Crees que tu padre merece ir al infierno?». Si no la contestó fue por lo evidente: su lenguaje no verbal expresaba al detalle que pensaba eso y cosas peores.

—No me lo puedo creer —masculló lady Standish, poniéndose de pie—. ¿Quieres más a Emma de lo que quieres a tu padre?

Dorian sostuvo su mirada traicionada sin pestañear.

—Sí. Aún hoy quiero más a Emma de lo que he querido a lord Standish jamás.

Al proclamar su verdad, su madre retrocedió, como si le hubiera dado una bofetada. La subestimó. Lady Standish no se retiró, sino que se lo quedó mirando con tristeza y luego esbozó un intento de sonrisa, toda ella llena de pena.

—Entonces hazlo por ella, y no por él. Emma estuvo de acuerdo con todo lo que hicimos porque siempre quiso lo mejor para ti, y tuvo presente en todo momento que no habría mejor futuro que aceptar el destino de tu familia y formar una decente por ti mismo...

—Ahí está. Vuelves a hacerlo —escupió, asqueado—. La tratas como si fuera indigna o indecente, cuando sois vosotros los que nunca estuvisteis a su nivel. No habría habido mejor destino para mí que tenerla a mi lado, porque nada en mi vida merecía la pena excepto ella, y la expulsasteis. Destrozasteis lo único bueno que había en mí con vuestras manos ambiciosas. —Retrocedió un paso y la miró con los ojos enrojecidos—. No quiero nada que hayáis tocado. Nada.

—¿Y piensas morirte carcomido por el odio? ¿Vas a dejar que el rencor te consuma y te impida ser feliz de nuevo? Dorian... —sollozó. Alargó una mano temblorosa para acariciarle la cara—. Puedo vivir sabiendo que me detestas, créeme. Pero no puedo hacerlo sabiendo que serás un infeliz toda tu vida.

—No puedes hacerlo porque sabes que tienes la culpa —corrigió.

La voz de Abigail se coló en la conversación. «Tú estás dejando ganar a la

amargura, Dorian». Sacudió la cabeza para sacarla, pero no hubo manera.

—No tengo la culpa de todo, y en el fondo lo sabes. Solo necesitas desquitarte con alguien, y tu padre y yo somos lo que tienes más a mano. Lo entiendo. Lo acepto. Pero por favor, Dorian. Si no lo haces por mí, hazlo por Emma: sal de esa espiral de compasión en la que te has sumido y vuelve a ser el hombre que eras, porque nadie excepto tú puede sacarte de ahí. Dios sabe que ni con toda mi buena voluntad y mi insistencia lo he logrado...

Dorian hizo oídos sordos.

—Creo que comprenderá que me importe un bledo su discurso. Precisamente el suyo. Y ahora dígame a qué ha venido. Lord Standish quiere verme por un motivo en especial, ¿no?

La dama asintió con actitud comedida.

—Tu padre quiere que heredes el condado.

No tenía ningún buen recuerdo de la extensión de espacio que se abría ante él. Los jardines escuetos pero bien cuidados bordeaban un edificio estilo europeo. La fachada había sido reconstruida desde la última vez que estuvo allí, o quizá había pasado tanto tiempo lejos de su infierno personal que ya apenas reconocía los detalles. A los que sí recordaba eran los miembros del servicio, que al abrirse camino para llegar a los aposentos del patriarca, le lanzaron miradas de todo tipo.

Lástima y desprecio entre toda la larga lista.

Aún no conseguía comprender cómo lo habían convencido —o por qué se había dejado convencer—, pero era tarde para echarse atrás. Tenía a su madre pisándole los talones, probablemente dispuesta a arrojarse sobre él si cambiaba de opinión, y la distancia que le separaba de su padre era exigua. Si había sido capaz de entrar en una casa atestada de malos recuerdos y de olores familiares que prefería no traer de vuelta, no supondría ningún reto enfrentar

cara a cara al culpable de sus desvelos.

—Dorian —le llamó su madre. Notó la mano cálida sobre su hombro, intentando transmitirle un sentimiento positivo que, por supuesto, no se iba a molestar en blandir cuando cruzara el umbral—. No seas muy duro con tu padre, ¿de acuerdo? Recuerda que está enfermo, y que...

—Aquí estamos todos enfermos.

Lanzó una mirada nostálgica al pasillo que daba a su vieja habitación y negó con la cabeza. Incluso aunque su padre no le hubiera separado de la persona que amaba, incluso aunque no lo hubiese desheredado, jamás habría sido posible una relación estrecha entre los dos. Dorian estaba destinado a ver morir a su propia sangre sin sentir nada, y todo porque su vínculo con los miembros de la unidad familiar era inexistente. De niño nunca se habían preocupado por él, pero eso no era lo peor: todos los muchachos de noble casta iban a parar a los brazos de matronas, niñeras e institutrices, sin importar si sus padres les apreciaban o no. La diferencia era que su padre siempre lo odió sin remedio, en comparación con lo que amaba a su hermano mayor. Y si lo quería, si lo quiso... Fingía a las mil maravillas lo opuesto.

Con su madre era diferente, pero todo el cariño que pudiera haber albergado hacia alguno de los dos se había extinguido con el paso del tiempo. Poner distancia entre el problema y su familia había sido la única solución factible tras lo sucedido, y no se arrepentía porque sabía que incluso quedándose, las cosas se habrían dado del mismo modo. En la casa de lord y lady Standish convivían en perfecta armonía el silencio, la indiferencia y el mirar para otro lado. Y desgraciadamente para ellos, Dorian no formaba ni formaría parte de la secta de la hipocresía jamás.

Manteniendo firme la idea en su cabeza, giró el pomo de la puerta y se enfrentó al anciano postrado. Rodeó la habitación hasta situarse a un lado de la imponente cama de matrimonio, donde se percibía el avanzado estado de dejadez del enfermo a través de un velo colocado para impedir el contagio. A pesar de las medidas tomadas, Dorian se mantuvo a una distancia absurda de

él. No porque temiese la transmisión del virus: su preocupación giraba más en torno a la plaga de defectos reiterados que podía arrojar sobre él con una charla persuasiva. Porque si de su madre había heredado el llamativo aspecto físico, tenía de su padre la labia capaz de dominar a cualquiera. Él incluido.

—Sabía que vendrías tarde o temprano —anunció el viejo Standish, ladeando la cabeza para mirarlo. La gasa no logró velar el brillo vidrioso de sus ojos.

No eran lágrimas: Rupert Blaydes era famoso por no haber llorado jamás. Era la obstinación de la muerte en cerrárselos y llevárselo consigo.

—¿No le aflige saber siempre cómo va a actuar la gente a su alrededor? A mí me molestaría que nada ni nadie me sorprendieran, aunque conociéndole seguro que le apasiona estar un paso por delante.

—También sospechaba que vendrías con esa actitud. Solo para decirme cuánto me odias y de cuánto júbilo te llena verme de este modo.

—No me llena de júbilo. No soy como usted —admitió Dorian, cruzándose de brazos—. Simplemente no me llena de nada.

Hubo un breve silencio alterado únicamente por la suavidad de las sábanas resbalando por la piel del conde. Luchó por incorporarse hasta que lo logró, apoyando la espalda en el cabecero de la cama. Solo esa faena le llevó largos minutos y, para cuando terminó, tenía el cuello empapado de sudor y las cuencas de los ojos enrojecidas.

—Lo hice realmente mal contigo, ¿verdad, Dorian? —suspiró finalmente, con la voz atacada por la debilidad—. Me alivia saber que todo empezó antes de Emma y que un desenlace de este estilo era inevitable.

—Lady Standish ya me ha hablado de lo que pretendes —cortó—. Suéltalo y no me hagas perder el tiempo con sensiblería barata. Si te doliera realmente el cariz que adoptó nuestra relación, me habrías hecho llamar cuando aún podías respirar en condiciones, y no ahora para sellar una paz comediente.

—No soy tan necio como para esperar que me estreches la mano —anunció Standish, mirándolo con los párpados pesados—. Eres hijo mío, llevas mi

sangre, y eso significa que eres tan tozudo como yo. Pero también eres un hombre perspicaz y que sabe lo que le conviene incluso dentro de su terquedad, y si estás aquí es porque aceptas de antemano lo que te voy a pedir.

—No exactamente. Tienes un heredero —apuntó, alzando la barbilla—. El primo Frederick estará encantado de heredar el condado y manejar tus finanzas.

Standish lo miró con una mezcla de cansancio e irritación.

—¿De veras crees que le daría mi fortuna y mis propiedades a ese estúpido de Frederick? ¿Y de veras piensas que sería tan sencillo apartarte sin más? No niego que el escándalo del que te salvé habría sido suficiente para que la reina te hubiese expulsado de mi testamento y del condenado Londres aristócrata, pero es un poco tarde para apelar a eso en una sala de audiencias... Por no mencionar que no puedo tenerme en pie para presentarme ante ella. Y tú no puedes hacer nada si yo no dejen manifiestas mis intenciones —declaró finalmente—. En las que por supuesto no figura ningún primo deficiente.

Dorian negó con la cabeza. Ese era lord Standish en estado puro. Un hombre indiferente hasta que entraba en juego su legado, en cuyo caso se convertía en un dientes de sable capaz de matar a alguien de un mordisco.

—Podrías haber dejado embarazada a tu mujer, o no haberme mandado bien lejos de tu vista. —Hizo una señal con la que pretendía referirse al recibidor—. Así no tendrías que convencerme ahora de heredar unas tierras sin valor para mí.

—No seas estúpido —espetó Standish—. Puedes mentirle a tu madre, a esos pudientes de pacotilla con los que te juntas o a todo el reino inglés, pero a mí no me engañas. La tierra te importa tanto como a la línea ancestral de condes, igual que te preocupa el prestigio. Justo como a mí.

Dorian soltó una carcajada apenas audible.

—Cómo se nota que no me conoce, milord. Su título dejó de importarme en el momento en que me di cuenta de lo que había que sacrificar para mantenerlo. Lo que, como usted dijo, demuestra que no tengo ningún

compromiso y soy un inmaduro. O tal vez, y según lo veo yo, que elijo la integridad por encima del poder.

—No me vengas con monsergas moralistas que nada tienen que ver contigo, Dorian Blaydes —amenazó—. Te has criado en una gran casa, así que deja las charlas socialistas para otro momento.

—¿Qué insinúa? ¿Qué estoy por encima de la moral?

—Insinúo que no puedes elegir —contestó con vehemencia—. Debes cumplir con tus responsabilidades. Esta rabieta tuya con Emma ha llegado demasiado lejos. Es triste que todo acabara de ese modo, pero una cosa no tiene que ver con la otra. Odiarme, odiar a tu madre y odiar al mundo no va a reunirte con ella de nuevo.

—¿Y heredar la tierra que le había correspondido a mi hermano sí?

Rupert hizo una mueca ante la mención del muchacho.

—Tampoco, pero te abriré más puertas.

Dorian negó con la cabeza y se alejó unos pasos.

—Las puertas que podría abrirme un título me son indiferentes. El mundo ya no se reduce a la aristocracia británica, Standish: está cambiando. La sociedad ya no es lo que era. Y yo tampoco —añadió—. Mi deseo de convertirme en conde se evaporó hace mucho tiempo, y el suyo también. No puede devolverme lo que ya me quitó. Dicho esto, me marchó. Tengo asuntos que atender en...

—De acuerdo, de acuerdo —interrumpió enseguida—. No ha sido mi mejor estrategia de persuasión.

Dorian lo miró por encima del hombro. Apenas quedaba la sombra de lo que un día fue el conde de Standish, pero su encogimiento y mal aspecto solo era una técnica de distracción. Estaba convencido de que aunque su corazón se parase, lo enterrarían con las mismas ideas inflexibles que promovía incluso en sus últimos minutos de vida.

—Admite que intenta persuadirme.

—Claro que lo intento. Y lo voy a conseguir...

Sufrió un repentino y brutal ataque de tos que les puso a los dos el cuerpo en tensión. Dorian pensó que se desvanecería después del furioso arrebatamiento, pero aunque se quedó lánguido y considerablemente más indispuerto que al principio, se repuso. Le sostuvo la mirada con una expresión vulnerable que Dorian identificó como un intento por sacar a relucir su lado clemente. Uno que no existía para él.

—¿Quieres saber algo? —empezó el conde. Tenía la barbilla pegada al pecho, los ojos doblemente vidriosos y hablaba con una voz íntima que jamás habría achacado a su persona. Dorian supo enseguida que iba a decir algo que cambiaría el transcurso de los hechos, y así fue—. Yo también amé a la mujer equivocada una vez. También renuncié a todo por ella.

Dorian intentó que aquello no le sorprendiera, pero fue en vano. Imaginar al gran conde de Standish perdido por una muchacha que no estaba a su alcance era tan posible como una lluvia de oro.

—No existe la mujer equivocada —dijo, cansado—. Es lo que siempre intenté explicarle...

—Cállate —soltó. Luego su voz se dulcificó—. Se llamaba Jeanine y era la mujer más bonita que había visto en mi vida. Aún me acuerdo perfectamente de cómo olía, de qué tamaño eran sus manos y cuál era su vestido preferido. Me acuerdo de qué canciones le gustaba bailar y cuáles prefería para cantarlas. Me acuerdo de su cara como si todas las noches hubiera sido ella la que dormía a mi lado, en lugar de tu madre.

»Yo jamás la sentí inadecuada, si eso es lo que vas a reprocharme. Es evidente que no existe la mujer equivocada, solo las circunstancias y el momento. Aquí donde me ves, la clase social me importó un pimiento. Me planté delante de mi padre y le dije que renunciaba al condado. Me buscaría un trabajo, compraría una casa en un barrio humilde de la ciudad y nunca tocaría a su puerta para ir a molestarle con la excusa de conocer a sus nietos.

»Otra cosa que jamás olvidaré es la somanta que me dio. La paliza no consiguió quitar mi idea de mi cabeza. Sabe Dios que para cambiar mi parecer

hace falta mucho más que un golpe y mucho más que veinte. Y como él lo sabía, me propuso lo siguiente: ese año iría a la famosa temporada londinense y conocería a todas las casaderas disponibles que pudieran estar a la altura de mi futuro. Si después de cuatro meses entre faldas no me había olvidado de Jeanine, me dejaría irme a donde quisiera.

Dorian alzó una ceja.

—¿El abuelo dijo eso?

—Lo dijo. Que lo hubiera cumplido era otra cosa distinta, aunque nunca pude ponerlo a prueba porque ganó. Como siempre, ese viejo ganó —confesó—. No necesité hablar con tu madre más de una vez para saber que la quería a mi lado para el resto de mi vida.

—Que tú quisieras a tu Jeanine para un revolcón no significa que mi relación con Emma fuera similar.

—Conocer a tu madre no hizo que Jeanine desapareciera de mis pensamientos, ni tampoco que pudiera desprenderme de ella fácilmente. A día de hoy quiero a esa mujer, esté donde esté y esté con quien esté —declaró—. Pero siempre he sabido que lo que me daba era efímero, porque a la larga, la unión de la pasión y la emoción de la juventud no sirven para mantener una relación. Conforme pasa el tiempo, las diferencias entre ambos se van agudizando, y no hablo de la situación económica. Sí, quise a Jeanine. Y sí, quiero a tu madre. Pero si me hubiera ido con Jeanine, habríamos acabado odiándonos porque sobre un delirio adolescente no se puede construir un matrimonio firme. Con esto no quiero decir que me quedara con quien más me conviniese solo porque así fuera: tu madre se ganó mi corazón antes de que la tocara. No quiero compararlas porque no deseo que ninguna salga perdiendo. Solo señalo que incluso el amor necesita encontrar el equilibrio, un mínimo confort, algo de provecho... Y que hay una segunda oportunidad. —Le lanzó una mirada elocuente—. Tenías veinte años, Dorian. ¿Vas a condicionar todo lo que te queda por vivir a una mujer y a un momento que ocurrió hace años?

—Tú y yo no somos lo mismo, y Emma no era como...

—¿Habrías trabajado por ella? —preguntó, alzando una ceja—. ¿Tú, un muchacho acostumbrado a que todo el mundo le dijera «sí, milord» y «no, milord», se habría rebajado a vivir en un callejón del barrio pobre de Londres? ¿Habrías dejado una casa como esta para pasar el resto de tus días en un edificio cutre con un casero que te azuzaría con el paraguas para que le entregaras lo equivalente al alquiler a tiempo? Te conozco, Dorian. Te conozco mejor de lo que tú te conoces. Por mucho que la hubieras querido, te habrías acabado resintiendo. Te gusta el dinero, la buena vida y el lugar en el que estás.

—Es cierto. Pero aunque me hubiera resentido, no me habría arrepentido.

—Pamplinas. ¿Quieres que te diga algo, Dorian? Elegiste a Emma porque no había otra mujer en tu entorno, y después de ella no viste a nadie porque estabas cegado por el odio. Te recuerdo que la conociste cuando acababas de pasar del pantalón corto al largo, y no habías visto a otra fémica a excepción de tu madre y sus amigas. No conocías al género y te maravillaste tanto al entrar en ese mundo que pensaste que sería la primera y la última: el ser vivo más perfecto que podrías llegar a merecer. Todo esto es una rabieta tuya y lo que pensaste que era amor puro, mezclado con el capricho de la juventud y las primeras hormonas. ¿La quisiste? Es probable. Pero no puedes comparar el amor de un muchacho con el amor de un hombre hecho y derecho. Encontrarás a otra mujer —dijo, tan seguro de sí mismo que podría haber convencido al más incrédulo—. Estoy seguro.

—Encontraré a otra mujer, y a poder ser de su agrado, ¿me equivoco, milord?

—Me atacas con eso porque sabes que no puedes rebatir nada de lo que he dicho. Y no me malinterpretes: no es que Emma no fuese de mi agrado, porque ciertamente lo era. Una muchacha con muchas cualidades y bastante bonita. Es solo que no era adecuada para ti, y no solo por su clase social, sino por muchos otros factores. —Hizo una pausa y medio sonrió—. A los Blaydes siempre nos han gustado más las morenas.

—Debería haber supuesto que soltaría alguna estupidez para compensar su buena táctica de persuasión.

—Es cierto —insistió—. Los Blaydes no se han casado con una rubia jamás. Pero si quieres otro motivo, Emma era demasiado complaciente y habría acabado cansándote.

—¿Porque a los Blaydes también nos gustan las mujeres difíciles? —probó a adivinar, irónico.

—No. Porque *a ti* te gustan las cosas difíciles —corrigió, esbozando su primera sonrisa—. Cuando eras niño querías esos condenados rompecabezas de cinco mil piezas. Había que encargarlos a medida al almacén, y tener a una horda de empleados ampliando el número de fragmentos hasta el amanecer solo para complacerte. Es un ejemplo de muchos. Nunca te has ido a lo sencillo, y nunca te has resignado a ver las cosas desde la superficie. Ibas y sigues yendo lejos de lo que propone la visión, a lo que nadie concibe; a esos matices retorcidos de la realidad que nadie percibiría ni en su momento de mayor perspicacia. Basta con mirar a las mujeres que se han presentado aquí buscándote, creyendo que seguías viviendo con nosotros. Algunas con el misterio en las manos y otras con la seducción implícita en sus silencios. Eres todo detalles, Dorian, y Emma era un bloque de simplicidades que, aunque podría haberte complacido, nunca te habría llenado. Porque necesitas colaborar en la construcción de algo hermoso para sentir que te pertenece de algún modo, y dejar que ese algo cimiente sobre ti todas esas cosas que te faltan.

La perplejidad de Dorian fue tal que no pudo fingir que no le había sorprendido. Si alguien le hubiera preguntado al respecto, habría proclamado sin miedo a equivocarse que su padre no sabía nada de él, no le interesaba ningún ámbito al que proyectase sus ambiciones y, en definitiva, lo detestaba por motivos desconocidos. No obstante, ahí estaba la prueba de que estaba equivocado. Le había puesto palabras a ese aspecto indeterminado de su personalidad que él conocía vagamente y para el que no encontraba definición.

—Lo que no quiere decir que no lamente lo de Emma —prosiguió Standish—. Lo siento muchísimo.

Dorian mantuvo el aire en sus pulmones un instante.

—Siete años esperando a que dijera que lo sentía —dijo lentamente—. Siete.

—Cada uno se toma su tiempo.

—Usted se ha tomado toda mi madurez.

—Me he tomado mi tiempo —insistió cansinamente—. Y después de este cutre sentimentalismo absolutamente innecesario para lo que me proponía, volvamos a la cuestión inicial.

«Los regalos suelen traer consigo intenciones ocultas; una dama no aceptará ninguno que no provenga del hombre adecuado. No si no quiere quedar relegada a una categoría a la que no le gustaría pertenecer».

Extracto del *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

La temporada londinense nunca constituyó un triunfo para Abigail. Ni siquiera un entretenimiento, ya que hasta el año presente había pasado los días yendo de un lado para otro sin relacionarse con ninguna joven de su edad. Sin embargo, cualquier distracción era bienvenida si a cambio le restaba tiempo a su soledad, y no había mejor manera de pasar el tiempo que en un baile, una cena o un paseo. El fin de la temporada era, pues, una mala noticia para ella.

De niña se pasaba el año entero esperando la llegada de la Navidad para poder adornar la casa con su madre, robarle a la cocinera sus deliciosas confituras y pedir regalos que en realidad no le hacían ninguna falta. Desgraciadamente eso ahora había cambiado. Cuando uno pasaba las festividades de diciembre solo —porque su padre no era ninguna compañía—, era imposible que le reconociese el encanto al banquete o la decoración. Los días llegaban a convertirse en un continuo recordatorio de lo que se había tenido y después perdido.

Afortunadamente, pasaría las fiestas en casa de lord Ashton, quien se preocupó personalmente de que recibiera una invitación formal. Allí tampoco encontraría el amor maternal o la dicha familiar que la había acompañado durante su juventud, pero por lo menos volvería a reunirse con sus amigas. Después de casi dos meses sin verlas, estaba deseando charlar con ellas y averiguar si estaban urdiendo un nuevo plan para el año siguiente. Seguramente la resolución vendría en las fiestas de la mano de Jess, puesto que Viviana por fin había hecho las paces con su marido y ella, si todo salía bien, pronto estaría comprometida.

Pero hasta el día de la reunión tuvo que pasar dos aburridos meses en la casa de Londres. Habría procedido regresar a la casa de campo, pero lord Stratford la tuvo que vender para ahorrar, algo que a Abigail no le habría parecido mal si la ciudad no se hubiera convertido en una leyenda fantasma tras la estampida de caballeros y señoritas a sus hogares.

El tiempo pasó tan lentamente que pensó que se iba a volver loca. Las dos primeras semanas agradeció no tener nada que hacer para poder darle vueltas al comportamiento que tendría en Denton Park. El resto fue un infierno. Jess siempre decía que tener tiempo libre solo servía para pensar de más y así llegar a terribles conclusiones, o a la toma de decisiones desacertadas, y como siempre estaba en lo cierto. Abigail lo había vivido en sus carnes, aunque todo a raíz de un regalo inesperado.

Bajaba las escaleras para entretenerse en el salón de lectura cuando oyó que alguien preguntaba por ella. Inmediatamente se asomó a la puerta de entrada, donde el mayordomo se apartaba para permitir el paso de tres hombres fornidos. Estos, cargados con varias cajas, subieron diligentemente las escaleras.

—¿Harrison? —llamó Abby, arrugando la frente al ver que se dirigían a su habitación—. ¿Qué está pasando?

—Vienen de parte de la modista, milady. Dicen que tienen la orden de entregarle esas cajas.

El ceño fruncido de Abby se acentuó, pero no se quedó parada. Rehízo el camino, volviendo a ingresar en la habitación, y alzó las cejas al ver que había tres arcones del tamaño de una cómoda.

—Eso es todo, milady —anunció uno de ellos, palmeándose los muslos. Luego lanzó una exclamación, como si se hubiera acordado de algo repentinamente. Se llevó las manos al bolsillo interno de la chaqueta y se acercó a ella con una sonrisa ligera—. Para usted. ¡Ah! La señora Lamarck manda saludos y, por si no la ve antes, le desea felices fiestas.

—Eh... —balbuceó, ensimismada con la perfecta caligrafía con la que habían escrito su nombre—. Gracias, señor.

Los tres hombres se retiraron con una reverencia. Abby estuvo un rato dando vueltas alrededor de las cajas, preguntándose quién podría haber sido. No tardó en sonreír y achacar el regalo a sus amigas: Jess había insistido tanto en regalarle vestidos nuevos que no le habría extrañado que al final los hubiera encargado contra su voluntad. No obstante, rechazó la idea cuando desdobló el papel y vio que aquella letra no se correspondía en absoluto con la de su amiga. Leyó con avidez y expectación las palabras en cursiva.

«Necesitabas alas nuevas, colibrí».

Abby soltó una risita y se llevó la mano a los labios, sobrecogida por la emoción. Releyó la nota hasta que las palabras perdieron su significado. Fue difícil no mirar las cajas con la sensación de estar haciendo algo muy mal, pero no sonreír entraba en la categoría de imposible. Se arrodilló delante de la primera y la abrió con cuidado, sin escuchar mucho más que los latidos de su corazón acelerado.

El primer vestido que sacó combinaba el satén en el escote y la cintura. A partir de la cadera se deshacía en tules sujetos por una hilera de lazos de raso y, justo a la altura del tobillo, cuatro filas de volantes discretos caían hasta tapar sus pies. Era de un fino y elegante color azul noche, con detalles en blanco apagado y celeste.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Jane en tono agrio. Abby no

necesitó girarse para saber cómo la estaba mirando. Solo había una mirada para ella, y era la juiciosa.

Se dio la vuelta lentamente, aún exaltada por el detalle. Le habría gustado disponer de más tiempo para asimilar que acababan de hacerle un regalo que cruzaba los límites de la generosidad, porque no pudo responder nada coherente a la doncella. Despegó los labios y volvió a pegarlos un par de veces hasta que consiguió encontrar su voz.

—Un buen amigo mío me los ha mandado.

Le costó lo indecible sostener la mirada de Jane, cuyos ojos no tardaron en llenarse de censura. No había pensado en las consecuencias de la respuesta hasta que no las vio en la expresión de la doncella. Y entonces se arrepintió de no haber sido más perspicaz.

—Una dama de alta alcurnia no puede tener esa clase de amigos —dijo Jane en tono implacable—. Pensaba que lo sabría, milady.

—No sé de qué estás hablando —musitó, dándose la vuelta y arrodillándose de nuevo para seguir trasteando. En el último momento dudó, y decidió simplemente guardar el vestido y cerrar la caja.

—Sabe muy bien de lo que estoy hablando, milady. ¿Cómo se le ha ocurrido? —soltó, tan ofendida que sus ojos echaron chispas—. ¿Qué pretendía? ¿Llamar la atención de su padre? ¿Quizá demostrarle a sus inadecuadas amistades que es capaz de cualquier cosa?

Abby apretó los labios, pero no se movió ni dijo nada. Se quedó inmóvil delante de las cajas sin abrir, con la cabeza estancada en el vacío.

—De todas las cosas que podría haber hecho, esto es lo que menos me esperaba de usted —prosiguió la doncella. Avanzó hasta ella y la apartó sin mucha amabilidad para sacar el vestido que había estado admirando antes. Torció la boca y negó con la cabeza—. ¿Cuánto le ha costado conseguir esto, lady Abigail? ¿Cuánto lleva con ese hombre? Sin duda ha elegido bien. Rico, generoso y con muy buen gusto... ¿Cómo ha conseguido cazarlo?

—Jane —interrumpió, con ese tono sereno que escondía demasiados matices

para poder quedarse con uno—, no tienes ningún derecho a hablarme de ese modo. No sabes...

—No me hace falta saberlo con toda certeza. Nadie le haría semejante regalo si usted no le hubiera dado algo a cambio —declaró, convencida—. ¿Qué edad tiene...? Supongo que para complacerlo le habrá pedido consejo a sus amistades. Una verdadera lástima, lady Abigail. La honorabilidad era una de sus virtudes... Si ya sabía yo que juntarse con mala gente solo la rebajaría a su nivel.

Abby se levantó sin perder el temple, mansa como un niño dormido, y la encaró extendiendo antes el brazo para arrebatarse el vestido. No hizo falta ningún tirón brusco. El hecho de que la mirase a los ojos y tomara lo que era suyo sorprendió tanto a Jane que no opuso resistencia.

—Fuera de mi casa.

Jane abrió los ojos como platos. Transcurrió un largo minuto que Abby aprovechó para doblar cuidadosamente la prenda y volver a guardarla en su lugar. Se afanó en devolverle a la caja la apariencia inicial, como si nunca la hubiera abierto, como si nada de lo que había dentro le perteneciese.

—Debe estar bromeando —dijo al fin la doncella—. No va a encontrar otra criada que trabaje por la mísera comisión que ofrece esta familia.

—Entonces me vestiré sola —declaró, mirándola desapasionada—. No puede ser tan difícil, ya que la inmensa mayoría de mujeres del mundo lo hacen.

Jane abrió y cerró la boca varias veces antes de contestar fríamente.

—Se arrepentirá de esto, lady Abigail. No sabe lo bien que podría pasármelo contándole a todo el mundo que la dama intachable tiene un amante.

—Yo también podría pasármelo verdaderamente bien echándola de aquí con pésimas referencias —replicó sin alterarse. La reacción de la doncella fue suficiente para que se envalentonase—. Y entre tú y yo, ¿a quién crees que le importaría si tengo un amante o no? Soy una solterona a punto de cumplir los veintiocho años, no una debutante inocente y coqueta —continuó,

parafraseando lo que el mismo Dorian dijo una vez—. Si crees que lo pasaré mal no yendo a salones de baile y que esa será tu gran venganza, te recomiendo que busques algo mejor. Y ahora lárgate de mi casa.

Jane no insistió. Le lanzó una mirada perdonavidas y se dirigió a la salida, no sin antes girarse para asestar el golpe final.

—Ya que ha dejado de unirnos una relación profesional, deje que le diga algo —empezó, tan tensa como el palo de una escoba—. Sabía que acabaría mal, ya fuera deshonrando a su familia o deshonrándose a sí misma. A pesar de su apariencia, nunca ha sido una dama de verdad. No es usted ni hermosa, ni distinguida, ni le favorece ningún aspecto de su personalidad. Estaba destinada a morir sola o a caer en el pecado, y así ha sido.

La reacción de Abby se redujo a un parpadeo.

—¿Debería sorprenderme? No es nada que no me hayas dicho antes.

Jane se marchó ese mismo día, sin molestarse en despedirse de lord Stratford. Abby ni agradeció el detalle ni lo lamentó: suponía que a su padre no le molestaría averiguar que había despedido a un miembro del servicio sin consultarle antes, puesto que la criada en cuestión solo se encargaba de lo que involucraba a la única mujer de la casa. Así pues, sin comunicárselo ella tampoco, se centró en resolver el asunto de los vestidos. Jane no era un caso aislado: todo el mundo se pondría en lo peor si la veían aparecer de la nada con ropa nueva y elegante. Y aunque la opinión de los demás le importaba cada vez menos por cortesía de Dorian Blaydes, eso no significaba que estuviera dispuesta a manchar el nombre de su padre, el suyo o el de los que tenían por costumbre relacionarse con ella.

Aprovechando que aún quedaban algunos días para marcharse a Denton Park, se presentó en la sastrería de la señora Lamarck. El criado de la casa se había ofrecido a cargar el carruaje con las cajas, siguiendo el deseo de la dama de devolverlas a donde pertenecían.

La señora Lamarck era una mujer entrada en carnes, de gestos elegantes y sonrisa fácil. Su negocio no era el mejor de Londres, pero sí el más solicitado

por todo tipo de jóvenes. No era en absoluto quisquillosa a la hora de atender a sus clientes —recibía a quien requería de sus servicios sin poner trabas—, era muy discreta, no abusaba de su popularidad poniendo precios exorbitantes y era tan cercana que podía considerarla una amiga.

Abigail había hecho buenas migas con ella con el paso del tiempo, a pesar de no haberle pedido nunca nada que no fuera un par de remiendos.

—El señor Blaydes aseguró que vendría a devolverlo —le dijo nada más la vio, sonriendo con ternura—. Parece que hace honor a su reputación: siempre está en lo cierto.

—No sabía que esa fuera la cara positiva de la reputación del señor Blaydes —comentó Abby, sin ocultar su sorpresa—. Pero creo que no haría falta ser muy perspicaz para verlo venir. Simplemente no puedo aceptar algo así.

—¿Por qué no, querida? Lo necesita, está hecho a su medida y lo más importante: corrió de la cuenta del señor Blaydes, lo que significa que no tiene que preocuparse de pagar nada. —Al ver que Abby no contestaba, en un intento por reivindicar que no cambiaría de opinión, la señora Lamarck se acercó y le puso una mano amable en el antebrazo—. ¿No son de su gusto, milady?

Abby la miró como si la hubiera insultado.

—¡Por supuesto que sí! Son... son preciosos —murmuró con la boca pequeña—. Pero valen mucho más de lo que merezco, y es un regalo del todo inadecuado.

«El señor Blaydes también era inadecuado y nunca lo rechazaste», le dijo la voz de su conciencia. La apartó sacudiendo la cabeza y se concentró en la modista, que la miraba comprensiva.

—Tiene miedo de que la gente hable. Es normal. Pero por mi parte no saldrá una palabra: si a alguien se le ocurre cotillear sobre esto delante mía, no me importará decirles que fue un regalo de un padre a su hija. Además... No sería tan raro, ¿no cree? Han llegado hasta aquí los rumores de que lord Stratford está recuperando poco a poco la fortuna.

—Es verdad, pero seguiría habiendo una persona que sabría la verdad y se sentiría mal. —Contuvo el aliento y luego soltó todo el aire retenido—. Yo.

La señora Lamarck le lanzó una mirada elocuente.

—Querida... Es imposible que una mujer se sienta mal vistiendo sedas como esas. Le aseguro que nunca me he esmerado tanto confeccionando una línea de invierno. No he permitido que ninguna de mis aprendices le pusiera la mano encima a su encargo, lo que convierte su nuevo guardarropa en un purasangre Lamarck. Me parece bien que no le dé esa satisfacción al señor Blaydes: ser rápida complaciendo a los hombres nunca trae nada bueno... —prosiguió, con una sonrisa ligera—. Pero no me la niegue a mí, lady Abigail. Esos vestidos se perderán en un rincón de este sitio si no los luce usted, porque no están hechos para agrandarlos, alargarlos o añadirles botones, y muy pocas mujeres en esta ciudad tienen su figura. Y las que la tienen, no me agradan especialmente como para regalarles mi trabajo —añadió en voz baja.

Abby esbozó una sonrisa atribulada.

—Es usted realmente convincente.

—Forma parte de mi trabajo. Si no me hiciera buena propaganda, esto no sería lo que es. —Encogió los hombros—. Por favor, acéptelo. Estoy segura de que si el señor Blaydes vuelve a verla aparecer con un vestido viejo, se presentará aquí en persona y me retará a duelo.

Bastó con imaginar la escena para claudicar.

—Supongo que podría decir que me los han regalado mis amigas —murmuró—. A nadie le viene mal ganar un poco de popularidad como alma piadosa.

La señora Lamarck dio una palmada y selló el trato con una divertida reverencia. Charlaron brevemente sobre las fiestas que estaban al caer, y un poco después Abigail se despidió para probarse sus nuevas adquisiciones.

—Si algo no le queda bien, venga y lo arreglaré. Corre de mi cuenta —sonrió. El gesto adquirió un nuevo matiz al añadir—. Y... si quiere sorprenderle en algún momento, le recomiendo que se ponga el vestido de seda púrpura. Él mismo eligió la tela.

Abby se ruborizó.

—Oh, señora Lamarck, creo que se ha confundido —balbuceó—. No somos...

—Lo sé perfectamente. He visto pasar a una larga hilera de hombres y mujeres por aquí, y créeme que sé distinguir la relación que les une. Por eso mismo soy consciente de que ese regalo es una muestra de amor, y no un cortejo.

Sintió que se mareaba.

—¿Cómo? Señora Lamarck... El señor Blaydes no está enamorado de mí.

Aquello le hizo mucha gracia a la modista, que tuvo que contener la risa apretando las comisuras de los labios.

—Cielo mío, ¿sabes cuántos hombres han encargado un nuevo armario para una mujer que no es ni su amante ni su esposa? —Una pausa—. Ninguno.

Abby se pasó todo el trayecto hasta Denton Park pensando en Dorian, en su regalo, en lo que la señora Lamarck había dado por hecho y en cómo se sentía al respecto. Desde un punto de vista objetivo estaba mal que se pusiera a temblar de emoción al pensar en Dorian Blaydes enamorado de ella, pero la subjetividad le impedía tomárselo de otra forma.

En cualquier otra circunstancia no se lo habría creído. Habría renunciado siquiera a pensarlo dos veces y hubiera seguido con su vida, como si nadie hubiese pronunciado esas palabras jamás. No obstante, algo dentro de ella le decía que podía ser cierto. Bastaba con comparar la impresión que tuvo de Dorian el primer día con la del último que pasaron juntos, cuando ambos estaban demasiado obnubilados con el otro para claudicar, dándole la espalda al sentido común.

Ella no se arrepentía, y eso era lo que más lamentaba. En el momento no pensó en hasta qué punto podría ser terrible que hubieran llegado al final. Una

vez estuvo en casa, en la soledad de su habitación... solo pudo pensar en lo mucho que la entristecía no haber desafiado a la razón rindiéndose a él. Pero otra conclusión apareció frente a ella como un faro en alta mar, imposible de ignorar, desafiante y obvio: si no le hubiera importado su integridad, sus deseos o sus planes de futuro, Dorian habría seguido adelante sin pensarlo dos veces. Y no lo había hecho. Podría habérselo tomado como que no la deseaba lo suficiente o prefería no acabar en problemas, pero sabía que había algo más profundo detrás de eso, porque sus ojos se volvían increíblemente expresivos cuando las garras del delirio lo arrastraban.

¿Era ese amor genuino con el que siempre había soñado lo que le había entorpecido la visión al mirarla? ¿Lo que le había hecho recular? ¿Ese amor nada egoísta y que quería lo mejor para el ser querido, aunque estuviera lejos de él...? Dorian se presentaba a sí mismo como un endiosado bellaco sin escrúpulos, y tal vez lo era, pero si lo hubiera sido de la cabeza a los pies la habría deshonrado...

«Tampoco deshonró a Celinia Haviland, y no la amaba», recordó. Aquel pensamiento la amargó tanto que se sorprendió suspirando durante parte del camino. Quizás simplemente tenía miedo al matrimonio y no deseaba correr el riesgo con nadie.

Sí, debía ser eso.

Pero no habría podido sacarlo de su cabeza ni teniendo la plena certeza de que esa era la respuesta. Pasó horas y horas pensando en él, haciendo un recorrido largo y detallado por el tiempo que habían pasado juntos. Parecía que lo conocía desde hacía una eternidad, y solamente habían transcurrido tres meses a lo sumo: casi dos de ellos sin apenas comunicación. Para una persona como ella, que necesitaba ir poco a poco para dejarse conquistar en cualquier sentido, era casi un milagro que de pronto le importara tanto.

¿Y si estaba enamorada de él?

Abigail se removió en el asiento, sopesando aquella posibilidad con fingida calma. Como si el hecho de planteárselo no pudiera echar abajo todo su futuro

de un soplo. Como si una respuesta afirmativa no tuviera el poder de cambiar el curso de los acontecimientos pasados, presentes e incluso los que estaban por venir.

Porque Abby estaba segura de una cosa: si Dorian Blaydes tenía su corazón, entonces no podría ofrecerle nada a lord Ashton. Ni dinero, ni una gran compañía, ni su amor... Porque el hombre de la mirada azul se habría quedado su única posesión de valor.

Le importaba su bienestar. Se había preocupado tanto al encontrárselo tirado en la alfombra, borracho y perdido, que se habría puesto a llorar con él si lo hubiera necesitado para expiar su culpa. Le dolieron tanto sus palabras que se dio cuenta de que lo que había conocido como dolor era, hasta el momento, una mera preparación para lo que sus palabras como cuchillos iban a hacerle. Y deseaba tanto volver a verlo, cruzarse con él aunque fuese, que cuando encontraba sus ojos entre la gente o lo veía sentado sobre su sillón preferido, el corazón le daba un vuelco de alegría genuina... Aunque no había nada de puro y perfecto en lo que sentía cuando la tocaba. Tenía el convencimiento de que el roce de Dorian Blaydes y el de lord Ashton tendrían un efecto similar sobre ella, ya que a fin de cuentas, hacían las mismas cosas y seguían siendo hombres atractivos. No obstante, mirar a Tristane a los ojos y no encontrar ni una sola gota de lluvias de abril la entristecía hasta un punto insoportable. Y aunque sus abrazos y besos galantes eran agradables, no encontraba en ellos nada ni la mitad de excitante que una frase susurrada con conciencia seductora por parte de Dorian.

Lo pensó tanto y durante tanto rato que cuando llegó a Denton Park y se enfrentó a lord Ashton, sintió que lo había estado engañando. Y la culpabilidad no vino de las veces que le había suplicado en silencio a Dorian que hiciera con ella lo que quisiera, sino de haberse preguntado si de verdad merecía la pena casarse con un hombre perfecto teniendo a uno ideal en su manera imperfecta tan cerca.

—Cuando esté instalada venga a buscarme —le dijo Ashton, sonriendo con

contenida emoción—. He tenido tiempo para pensar en lo que podría apasionarle, y se me han ocurrido varias ideas. Pretendo ponerlas en práctica mientras esté aquí.

Aquello hizo sonreír a Abigail, que dentro de la culpabilidad logró verle el atractivo a la propuesta. Asintió y se despidió de él para acomodarse en su habitación. Se fijó en que no estaba ni remotamente cerca de los aposentos de Ashton, aunque sí de Jess. No supo quién lo habría decidido así, pero no se detuvo a meditarlo largo y tendido porque antes se cruzó con una figura conocida y que hacía unos meses la habría puesto a temblar.

En ese momento Valentina debía de andar lejos, porque Cromwell no le prestaba atención a nada que no fuera ella. Eso la puso tan nerviosa que se le secó la garganta, una sensación que solo se intensificó cuando vio que se acercaba. Abby miró a un lado, cerciorándose de que su padre estaba demasiado ocupado ignorándola como para darse cuenta.

—Milady —saludó, inclinando la cabeza—. Me alegra que hayamos coincidido.

—Abigail. —La susodicha abrió los ojos y se giró hacia su padre sin ocultar su asombro—. Debemos subir.

Aprovechó el descuido para asentir y huir de Cromwell, cuya mirada notó hasta que estuvo a salvo en la planta superior. Fue allí cuando su padre se giró hacia ella, tan inexpresivo como de costumbre, y le habló. Le habló por voluntad propia por primera vez en años.

—No te acerques a ese hombre —dijo con voz queda.

Abby asintió mecánicamente, aún tan sorprendida porque le hubiera dirigido la palabra que tardó en asimilar lo que significaba. Cuando lo hizo, su lado optimista lo asoció con la preocupación de que la sedujera o le hiciera daño. Ante eso sonrió, emocionada por el interés, e ignoró ese pequeño lado egoísta que casi la empujó a responder que no era nadie para decirle lo que hacer. Después de todo seguía siendo un padre ausente.

Separaron sus caminos para ir a sus correspondientes habitaciones. Abby, al

no tener ya doncella —lo que tristemente levantaría sospechas—, tuvo que encargarse de abrir los baúles y sacar los vestidos...

—¡Sorpresa!

Abby se llevó una mano al corazón, que por poco se le salió del pecho al ver a sus amigas allí. Jess extendió los brazos para recibirla con su cercanía habitual, Valentina se aproximó con una sonrisa para besarle la mejilla y Viviana aguardó su turno con los brazos cruzados. Se alegraba tanto de verlas a todas que no podía dejar de reírse como una tonta, pero su atención acabó desviándose a la duquesa de Saint-John, a la que no había visto fuera de casa en unos largos meses.

Estudió su expresión en busca de algo que denotase preocupación, cansancio, tristeza... Pero no había nada de eso. Quizá sus ojos vivos y traviosos ya no fueran lo que eran, pero se debía a la madurez y a que sus intereses eran ahora muy distintos. O no tanto, porque la miraba como si quisiera meterle mano a su cortejo para que triunfara por todo lo alto.

—Pensamos que te gustaría verla antes de la cena —dijo Jess.

—Estabais en lo cierto —sonrió Abby tímidamente. Se acercó a Viviana y la abrazó con fuerza. Su emoción se disparó al ver que ella respondía con el mismo entusiasmo—. ¿Cómo te encuentras? ¿Has resuelto ya...?

—Oh, sí, está todo bien. —Hizo un vago gesto con la mano, como si su problema con el duque de Saint-John hubiera sido una ligera riña en lugar de una guerra declarada. O como si no hubiera perdido nada por el camino—. Lo importante aquí eres tú. He venido, aparte de para saludarte, para saber si puedo ayudarte en algo con tu cortejo a la italiana. Si no me equivoco piensas comprometerte esta semana, ¿no?

Para Abigail era imposible no admirar a la mujer que tenía delante. Después de todo el dolor por el que había pasado, tanto físico como psicológico, estaba allí de pie, hablando de banalidades que probablemente le importaban un bledo solo para volver a ser lo que era. No sabía que por el camino ya estaba siéndolo: la Viviana Radcliff determinada a cumplir siempre su

voluntad y fuerte e imposible de ignorar como una torre vigía.

—Sí, ese era el plan... Aunque no he tenido que utilizar los pasos de tu lista.

—Al cuerno con esa dichosa lista. Cada una tiene sus procedimientos, y no son mejores ni peores mientras den resultado. Aunque he de admitir que me sorprende que Ashton haya caído tan fácilmente.

Viviana tomó asiento en el borde de la cama y se fue tumbando sobre el costado hasta apoyar la cabeza en la palma de la mano. A Abigail no le sorprendió que no se anduviera con preámbulos: así era ella, directa y concisa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Jess—. Es Abby. Tú y yo también caímos fácilmente.

—Estamos de acuerdo en que es Abby —cabeceó—, pero los hombres no apreciarían buen material matrimonial ni aunque se lo estamparan en las narices. El claro ejemplo es mi *marito*. Decidió quedarse con lo peor que podría encontrar.

—No seas mentirosa. No te consideras lo peor.

—Evidentemente no, pero la gente sí. Y a Marcus le importa lo que dice la gente, ¿sabes? Aún no he descubierto por qué, pero en cuanto lo sepa os lo contaré. —Le guiñó un ojo a Jess y luego volvió a Abby—. Tú sabes a lo que me refiero. Ha sido demasiado fácil, como si hubiera estado esperando que se le acercara una mujer para echarle el lazo. ¿Está desesperado por una esposa...? ¿O sufrió un flechazo en cuanto te vio?

—No está desesperado —terció lady Jezabel—. Abby le gusta, estoy segura. Le causa curiosidad, y es bien sabido que ese es el primer paso para llegar al amor.

Viviana miró a Jess con una mueca burlona.

—¿Qué es lo que te causaba curiosidad de Leverton? ¿Los motivos de su humor imposible?

—¿Y a ti de Saint-John las razones por las que se cree superior?

—La curiosidad es el primer paso... —meditó Abby en voz baja, intentando

cortar una posible discusión—. ¿Es que hay también una lista de pasos para enamorarse?

—Por supuesto. No hay ningún orden establecido porque cada uno empieza por un lado u otro dependiendo de diversos factores, pero casi todos pasamos por lo mismo. Curiosidad —sacó el dedo índice—, adoración por lo descubierto, pasión, interés por los detalles, valorar su compañía como lo que más...

—¿La pasión forma parte del amor?

Viviana y Jess se la quedaron mirando como si acabara de sugerir bajar a cenar completamente desnudas.

—El amor es pasión.

—Pero desear no es lo mismo que amar, ¿no? —balbuceó Abby, enrojeciendo—. Lo que quiero decir es que... Uno no tiene por qué estar enamorado de una persona solo porque anhele sus... besos, o sus abrazos, o...

—¡Claro que no! —exclamó Valentina, envalentonada. Al darse cuenta de que había gritado, bajó el tono y prosiguió—. El amor es algo puro, y el deseo es profano. Es imposible enamorarse de la misma persona con la que... pecas.

—Depende de cada uno, supongo —intervino Jess—. En mi caso no creo que fuera capaz de desear a un hombre que no amo. ¿Tú qué piensas, Viviana?

Viviana se había quedado mirando a Abigail y a Valentina alternativamente, con esa expresión de frío cálculo que reservaba para ocasiones especiales y que había declarado como una de sus favoritas gracias al duque de Saint-John, quien era máximo creador de la misma.

—Pienso que Abigail va a contarnos ahora mismo con quién ha estado dándose besos y abrazos a escondidas —empezó. Luego se giró hacia Valentina. Su mirada se endureció—. Y tú, señorita, vas a decirme en este preciso instante por qué vas por ahí pecando.

—Yo no voy pecando por ninguna parte —se apresuró a decir Valentina—. Solamente es la imprecisión que tengo.

—Impresión —corrigió Abby enseguida—. Lo mismo por mi parte. Después

de haberme leído todos los romances líricos de la biblioteca de Stratford, he llegado a la conclusión de que la lujuria es un tópico con el que no todos se atreven, y el amor otro muy distinto.

Viviana refunfuñó en italiano por lo bajo, pero al final soltó un bufido resignado.

—La lujuria en sí misma, sin añadidos, existe. No lo voy a negar —empezó, de mala gana—. Pero amar significa desear también. Están cogidas de la mano. De lo contrario estaríamos hablando de amistad, o de cariño... No de *amor*. Cuando vivía en Italia me sentía atraída hacia algunos hombres —confesó—. Disfrutaba de lo lindo coqueteando con ellos, y me emocionaba la idea de estar con ellos a solas. Pero es distinto cuando estás enamorada. Cuando amas no es emoción superficial o alegría transitoria, sino un estado de continuo de enajenación mental que se acentúa hasta el delirio cuando él te toca.

Abby mantuvo la compostura para no dar pie a más sospechas, pero sintió que su estómago daba un giro de ciento ochenta grados para ponerse del revés. No había lugar a dudas: ese sentimiento que describía encajaba peligrosamente con los agujonazos que la atosigaban cuando estaba con Dorian.

—Esperemos que te pase con mi hermano —dijo una sonriente Jess.

—Esperemos que salga todo bien, a secas —corrigió Viviana, mirándola de soslayo. «No me cree», pensó Abigail. «Y no puedo culparla»—. Aprovecha que Cromwell no ha confirmado su visita a Denton Park para entregarte en cuerpo y alma a Ashton sin preocupaciones de ningún tipo.

—Hace tiempo que no tiene esa preocupación —señaló Jezabel—. Valentina...

—El hecho de que mi hermana pequeña ande detrás de un miserable crápula también es una preocupación —interrumpió Viviana, entornando los ojos.

—Lo es. Pero... Mucho me temo que aunque Cromwell no haya confirmado su estancia, está aquí. Ha intentado dirigirse a mí hace apenas unos minutos.

Valentina sufrió un ataque repentino de parpadeos.

—¿Está aquí?

Asintió. Esperó una mala reacción por su parte, pero esta no llegó. Imaginaba que se alegraría de verlo, porque hacía falta ser ciego para no darse cuenta de que Valentina estaba interesada de una manera singular en el caballero, pero también sospechaba que le molestaría saber que a pesar de sus esfuerzos, Cromwell seguía intentando acercarse a ella.

Pronto recordó de quién era hermana: Viviana era excelente ocultando sus sentimientos. Probablemente Valentina lo fuera también, o hubiera aprendido a base de decepciones.

No dijo nada en un principio. Solo suspiró.

—Y yo que pensaba que podría pasar una Navidad tranquila... —musitó, negando con la cabeza—. Me encargaré de él, Abby. No te preocupes.

Pero a Abigail le preocupaban otras cosas. Se había dado cuenta de que Valentina podía ser realmente eficiente distrayendo a Cromwell, y aunque la idea de tener de nuevo al seductor de Londres pegado a los talones era escalofriante, había otros asuntos que la inquietaban más aún. Y tenían nombre y apellido.

Después de charlar sobre trivialidades, bajaron al comedor donde se servía una cena informal. Los invitados estaban tan cansados después del largo viaje a Cornualles que la primera reunión sería breve, y tendrían acceso a cualquier salón donde quisieran pasar el rato. Abby pasó unos minutos con sus amigas hasta que las miradas ardientes entre Viviana y su esposo fueron tan indiscretas que tuvieron que retirarse. Valentina y Jezabel, por otro lado, estaban muy concentradas maquinando algo turbio contra el marqués de Leverton. La hicieron cómplice a medias de su complot.

—Le dije a mi hermano que si se le ocurría invitar a Megara Swift, estaría pagando por la ofensa durante el resto de su vida... —contaba Jess—. Y como puedes ver, no se ha tomado muy en serio mi amenaza.

En efecto, no lo había hecho. Megara estaba resplandeciente con un vestido

de raso a juego con su mirada plateada. No contenta con llamar la atención de todo el salón, se ensañaba con el atractivo Leverton, que la sacaba a bailar en ese momento con una sonrisa de galán que le sentaba de maravilla.

Valentina se frotó los ojos.

—¿Está sonriendo, o es un sueño?

—Es un sueño hecho realidad —murmuró Jess, no tan apenada como decidida a no dejarse dominar por los celos—. Pero le está sonriendo *a ella*. Tengo que hacer algo para que se separen, o al final de la noche la llevará a alguno de los pasadizos secretos de la mansión. Leverton se conoce tan bien esta casa como yo...

—¿Y por qué no cierras con llave todas esas habitaciones en las que podrían quedarse a solas? —propuso Abby.

—Es mi hermano quien lleva encima el llavero durante las veladas. No le gusta tener al ama de llaves pululando hasta las tantas de la noche... Vete a saber por qué. ¿Podrías ir a pedírselas, Abby? No me atrevo a dejar el salón cuando él está tan... —apretó los labios—, cariñoso.

—Jess —empezó, suavemente—. No creo que a Leverton se le ocurra acercarse de más a la señorita Swift en medio del salón.

—Por supuesto que no. Es recto y disciplinado en esos asuntos como él solo —farfulló—. Pero sabe Dios que la mujer es la perdición del hombre, y el pecado la perdición de la mujer, y como a Megara se le ocurra...

—De acuerdo, iré —cortó, viendo venir una amplia disertación sobre la manzana de Eva—. ¿Dónde está?

Aquello le recordó peligrosamente a cuando decidió hacerle caso a Elaine Haviland, colándose en la habitación de Celinia y descubriendo así no solo las aventuras de ambas hermanas, sino también a Dorian Blaydes. No consideraba su encontronazo un golpe de mala suerte, pero debía admitir que si no se hubiera topado con él, ahora no estaría sintiéndose una intrusa en casa de un posible esposo.

Pensó con optimismo en que Dorian no estaba allí y, siguiendo las

directrices de Jess, se dirigió a una de las salas contiguas para reunirse con Ashton. A pesar de haber delimitado minuciosamente los pasillos que tendría que recorrer, Jess no fue lo bastante específica para evitar que Abby se perdiera. Acabó en medio de un corredor que no le sonaba, intentando abrir puertas cerradas.

—Lady Abigail.

Abby se giró educadamente. La ansiedad la arañó con sus garras de hielo al reconocer el rostro oculto entre las sombras, poniéndole el vello de punta. La experiencia hizo que retrocediera unos pasos y se pegara a la puerta cuyo pomo agarraba.

—No se asuste —pidió Cromwell en voz baja.

—No debería haberme seguido —balbuceó—. Es del todo inapropiado, y creo que usted y yo ya hemos aclarado que...

—Lo sé, pero no puedo rendirme. —Avanzó un paso—. Necesito que me escuche.

—Lord Cromwell... —Abby lo rodeó manteniendo la distancia. Se agarró la falda para descargar la tensión que se la había acumulado en los nudillos—. Por favor, no haga esto. Debe haber muchas mujeres en Londres, incluso en esta casa, que estén interesadas en usted. Yo no soy especial, yo...

Cromwell se interpuso entre ella y la salida del pasillo.

—No voy a hacerle daño —juró—. Lo único que quiero de usted es...

—Sé muy bien lo que quiere de mí, y no lo va a tener. No deseo escucharle, milord —jadeó con voz ahogada—. Así que... p-por favor se lo pido, apártese y déjeme ir si le queda algo de decencia.

—No es lo que usted cree. Necesito hablar sobre algo que me está consumiendo.

Abby frunció el ceño, sorprendida por la inquietud velada en su tono. Pero ni toda la pesadumbre del mundo podría haberla conmovido si hubiera salido de los labios de ese hombre. ¿Quién era él para acorralarla en un corredor vacío? ¿Quién era él para perseguirla a todas partes? ¿Quién era él para

decidir sobre ella, sin darle oportunidad de elegir si quería o no quería su compañía...?

No se dio cuenta de que se había quedado inmóvil hasta que no notó que Cromwell se acercaba a ella y acariciaba el colgante que llevaba. Fue ese gesto sutil el que hizo que se deshiciera de toda su mesura y educación para alzar la barbilla al mismo tiempo que la mano. Abby le soltó una bofetada, y aprovechando que se había quedado helado por el atrevimiento, echó a correr lejos de allí. Sin saber cómo logró regresar al salón, donde tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para fingir que no estaba alterada.

—Lo siento —murmuró cuando llegó a la altura de Jess, que seguía con los ojos clavados en la feliz pareja. Viviana había vuelto a unirse a ellas, y al igual que Valentina, estudiaba el mismo lugar con expresión calculadora—. No he encontrado a tu hermano.

—No te preocupes. Se me ha ocurrido una idea mejor —dijo, tan distraída que ni siquiera la miró—. Creo que ya va siendo hora de que abandone la comodidad de las trincheras y se lo diga sin miramientos.

Aquella rotunda afirmación despojó a Abigail de toda la preocupación que había arrastrado hasta allí. Se olvidó de Cromwell, aunque no su cuerpo tembloroso, y se concentró en la expresión decidida que ocupaba el rostro de su amiga.

—¿Qué? ¿Te vas a declarar?

—¿No es lo que siempre me habéis recomendado?

—Yo no —murmuró Abigail—. Es arriesgado. Ante todo es tu amigo.

—Yo tampoco lo aconsejo —terció Valentina—. ¿Y si él no te quiere? Te habrás roto el corazón voluntariamente.

Viviana sacudió la cabeza.

—Sois unas *vigliacchi*. ¿Es que el *Carpe diem* de los tópicos literarios del siglo XV no os han enseñado nada? Hace años que debió decírselo, por Dios —bufó por lo bajini—. ¿Cuánto llevas enamorada de él, Jess?

—No lo sé. Incluso en los primeros recuerdos que tengo, él aparece como

dueño de mi alma. No puedo pensar en un día de mi vida en el que no haya pensado en él.

—Ahí está. Si se lo hubieras dicho en el primer momento en que lo sentiste, ahora llevarías años feliz. O llevarías años de ventaja respecto al desamor y el rencor, porque ya habría pasado tiempo suficiente para curar tu corazón roto. Y respecto a eso que dice Tina de romperse voluntariamente... —Miró a su hermana—. Si no se lo dice y lo ve elegir a otra sin saber si alguna vez tuvo la oportunidad, ¿acaso no sufrirá? Porque conociéndola, yo diría que lo pasaría incluso peor. La incertidumbre es lo que mata a la gente, no el amor.

Jess asintió.

—«Se mide la inteligencia del individuo por la cantidad de incertidumbres que es capaz de soportar», o eso decía Kant. Creo que yo llevo ya tantas que parezco estúpida... O tremendamente inteligente, todo es perspectiva.

—Y ni siquiera eres lo bastante soñadora como para pasarte toda la vida imaginando cómo sería estar con él —terció Viviana, cruzándose de brazos. Una mirada gris le recordó que era de mala educación desde la lejanía. Se le ocurrió bizquear antes de dejarlos caer a cada lado del cuerpo, resignada—. Hazle caso a tu lado racional y actúa según el pragmatismo, Jezabel. ¿De qué te sirve llorar en la distancia?

—Tienes razón —declaró, estirándose—. Voy a pensar en la manera de hacerlo y simplemente lo soltaré. —Luego se giró hacia Abby, como si ella fuera la única que pudiera comprender sus preocupaciones—. Pero tengo miedo.

Abigail sonrió comprensiva.

—Se tiene miedo cuando existe algo valioso que perder. Pero sabes que es más valioso lo que puedes ganar...

El carraspeo del mayordomo de la casa interrumpió las charlas de los presentes, haciendo un anuncio.

—Milord —llamó, mirando a Ashton. Este pausó su animada conversación para mirarlo con atención—. Ha llegado el conde de Standish.

Procedió un silencio tan breve que Abby no supo si existió o lo soñó. Automáticamente pensó en el padre de Dorian. Hacía mucho tiempo que no se dejaba ver por los salones; algunos decían que se debía a una grave enfermedad que acabaría con él. Otros lo achacaban al duro golpe que supuso la muerte del primogénito y, más tarde, la vergüenza que arrojó el segundo muchacho sobre ellos.

Pero cuando el nuevo visitante cruzó el umbral y clavó directamente sus ojos en ella, todos sus pensamientos se desvanecieron hasta implantar la gran interrogación.

¿Qué hacía allí Dorian Blaydes?

Dorian no miró al anfitrión cuando se acercó a él para darle la bienvenida. Sus ojos se quedaron estancados en Abigail, a la que le había cambiado la cara al verlo entrar.

Era un hombre muy seguro de sí mismo, sobre todo en lo que a las mujeres se refería, pero admitía haber tenido serias dudas acerca de la reacción de la mujer. Quizá se había olvidado de él esos casi dos meses que transcurrieron desde su último encuentro, y tal vez pretendía dejarlo en la estacada sin otra explicación que su dedicación en cuerpo y alma al futuro esposo. Ese que se aproximaba con una sonrisa sincera y el brazo extendido; no ya recibéndole como huésped, sino dándole la bienvenida como miembro de la aristocracia.

De todos modos, Abby no parecía sorprendida en un sentido negativo. Todo lo contrario. Sus ojos se habían aclarado al verlo incluso dentro de la desorientación. No era la única, por supuesto: gran parte de los invitados lo miraban sin poder creérselo, y algunos incluso cuchicheaban por lo bajo si no era una broma pesada. Lo comprendía. Su padre había muerto hacía tan solo unas semanas, y si estaba allí, era porque sabía que podría encontrarse con Doyle y Talbot, a quienes debía poner al corriente sobre el desplazamiento de

sus cuentas a las de las arcas del difunto.

Sí, podría haber esperado a cualquier otro momento. Sebastian Talbot no se movía de Londres en todo el año y era muy fácil dar con él, por lo que era innecesario hacer uso de la invitación que Ashton había mandado a Standish por ese motivo. No era estúpido y sabía reconocer que tenía días para elegir, pero en ninguno de ellos habría tenido también la posibilidad de ver a Abigail. Y no a una Abigail cualquiera, sino a una elegante y bien vestida Abigail que estaba incluso más bonita por el simple hecho de estar mirándolo como si no hubiera nadie más.

Así fue como se sintió conde. Había estado todo el viaje a Denton Park preguntándose cómo se comportaba un hombre titulado, ya que, como segundo hijo, nunca llegó a recibir ese tipo de lecciones. Pronto llegó a la conclusión de que no podría ser como los demás ni aunque se esforzara. Pero Abigail acababa de mirarle de ese modo que él definitivamente *no* le había enseñado, sino que ella inventó a raíz de sus inspiraciones y cuyo matiz significaba la frágil sumisión de un corazón libre. Sentimiento suficiente para elevar a un hombre a la categoría de lo sublime, capaz de rescatarlo del pozo donde estaba sumido.

—Es una sorpresa verle por aquí —comentó Ashton, tendiéndole la mano. Dorian la estrechó estudiándolo en profundidad, deseando detectar el más mínimo reproche para saltarle a la yugular. Desgraciadamente se mostró tan correcto que no tuvo la oportunidad—. Mi más sentido pésame, lord Standish.

—Esperó a que Dorian asintiera para continuar—. ¿Se ha instalado ya?

—Así es. Una de las habitaciones del ala este.

—Perfecto. Disfrute la velada, entonces...

—¡Pero bueno! —exclamó Talbot a su espalda. Pronto notó el brazo de un gorila colgándose de sus hombros. Nunca le costó tanto contener un suspiro de cansancio—. ¿Cómo tú por aquí? ¿Has dejado que el viejo Standish te convenza de convertirte en su heredero después de haberte mandado al carajo?

Dorian buscó a Doyle a su alrededor para que le echara una mano. Siempre

andaba cerca de Talbot para frenar, aunque fuera levemente, sus comentarios e instintos poco galantes. Lo ubicó a su lado, mirando a Sebastian con expresión impenetrable.

—Talbot, procura no dar la impresión de que los burgueses no aprendemos sobre leyes de sucesión en la escuela. Ya bastante tenemos con lo nuestro.

El susodicho soltó una carcajada y asintió.

—De acuerdo, perdona. Siento lo de tu padre, Blaydes —se corrigió, mirándolo con una mueca—. Era... Bueno, no tengo ni pajolera idea de cómo era como hombre, pero como inversor... cojonudo. Realmente cojonudo.

Dorian resistió el impulso de bizquear. En su lugar dirigió la mirada a Ashton, esperando toparse con una expresión alterada, una mala cara o incluso el ademán de amonestar al empresario por su falta de delicadeza. Chocó con el colmo de la serenidad. Incluso escuchaba a Talbot con interés, como si en el fondo le fascinaran sus continuos desatinos.

—Por falta de inversores en tu empresa no tienes que preocuparte. Lord Ashton es uno de ellos, según tengo entendido. Y de los buenos, además —comentó Dorian, mirándolo directamente. Ashton salió de su ensimismamiento para asentir.

—Sigo los consejos del señor Talbot —dijo—, y por el momento me va bien.

—Eso es mentira, milord. Usted hace lo que haría un ser humano corriente, y sabe Dios que yo tengo lo mismo de corriente que de aristócrata. No se arriesga cuando especulo, cosa que yo le aconsejo. Ni siquiera cuando el bote a ganar es desproporcionado.

—Solo últimamente —se defendió Ashton—, y por motivos que ya le expliqué en su momento.

Talbot lanzó una mirada distraída al techo.

—Ah, sí, el dichoso matrimonio.

—No lo diga con ese aire despectivo, como si no fuera excusa suficiente. El «dichoso» matrimonio sale por un precio exorbitante, sobre todo al principio.

Veremos si más tarde puedo permitirme hacerle caso, pero por el momento no voy a arriesgarme a quedarme en la bancarrota con muchas rentas que pagar a corto plazo.

«A corto plazo», repitió Dorian para sí mismo.

Claro, a corto plazo. Las bodas solían celebrarse en otoño, por lo que a finales de la temporada siguiente ya estaría casándose con la elegida. Quizá incluso antes, ya que el rápido cortejo declaraba involuntariamente que tenía bastante prisa en efectuar el enlace. Y si pensaba hacerse llamar marido para el próximo año, significaba que pediría la mano de la joven esa misma semana.

Dorian apartó la vista de Ashton, desentendiéndose de la conversación, y se concentró en la figura de Abigail. Contuvo a tiempo una sonrisa de regocijo al reconocer una de las telas que la señora Lamarck le había mostrado como posibles para el nuevo armario.

Los había aceptado.

Y que una mujer como Abigail aceptase un regalo de esas proporciones solo podía significar una cosa...

—Me temo que ha llegado muy tarde —señaló Ashton, evaporando sus conclusiones. Lo maldijo por entretenerlo... además de por otros muchos motivos—. Los invitados se están retirando ya. Pero si quiere cenar o beber, puede disponer de la sala todo cuanto desee. Sírvasse usted mismo, y si no, haré llamar al servicio.

Si no arrugó la nariz fue porque aún recordaba los mínimos de educación. Era irritante de tan perfecto, como si Dios hubiera volcado sin querer el cubo de las virtudes y se hubieran espolvoreado sobre él. Tal y como había imaginado sin haber tratado con él, era el hombre ideal. Pero también tal y como había imaginado, si no lo odiaba por tener defectos, lo odiaría por no tenerlos. El resultado estaba cantado antes de pensarlo: lo detestaría pasara lo que pasase.

Y eso le molestó, pero no se preocupó de erradicar el pensamiento o

convencerse de lo contrario. Como tenía acostumbrado, permitió que la rabia, la envidia y el no sentirse suficiente lo carcomiese. Y para más inri, se sumió en toda aquella desagradable mezcla mientras observaba a Abigail a lo lejos, que se reía con sus amigas sin saber que a un pobre diablo le habría gustado nacer ángel para merecerla.

—¿Por qué diablos se va a casar con lady Abigail? —repetía Talbot, que a esas alturas estaba tan borracho que apenas podía tenerse en pie. Doyle, que había bebido lo mismo o incluso más, caminaba, hablaba y escuchaba a la perfección. En cuanto a Dorian, todos sus sentidos estaban en regla. Había aprendido la lección de no beber para evitar ofender a mujeres sensibles y a las que curiosamente le molestaba ultrajar, y quizá también para no sucumbir a la tentación de colarse en sus habitaciones—. Es algo que me llevo preguntando desde que me lo dijo. ¡Pensadlo! Lady Abigail y lord Ashton... ¿Cuál es la maldita ganancia...? ¡P-puñeta!

Doyle estuvo fino a la hora de agarrar a Talbot, a tiempo para sortear el grandísimo obstáculo que constituía el último peldaño de las escaleras. Sin ninguna dificultad, volvió a colocarlo en su sitio, como si fuera un muñeco y no un gigante.

—¿Te has planteado que quizá, y solamente quizá, hay personas que no piensan en beneficiarse cada vez que hacen algo?

—Me lo he planteado. Muchas veces —admitió Talbot—, pero pronto llego a la conclusión de que no sirve de nada perder el tiempo intentando comprender la mente de un imbécil.

Doyle soltó la única carcajada que conocía: una exhalación mezclada con un bufido arrogante que para algunos ni entraba en la categoría de risa.

—¿Consideras a Ashton un imbécil? —intervino Dorian, mirándolo de refilón—. Creía que era merecedor de todas las buenas opiniones del planeta.

—¡Y lo es! Todo lo que tiene es oro, por eso me extraña que vaya a casarse con lady Sin Blanca. ¿Acaso quiere colgarse la medalla de los piadosos? ¿No le basta con ese chorro de virtudes, que también desea hacerse ver como la clase de hombre romántico o humilde que no existe?

—Sebastian Talbot —enunció Doyle, con la voz potente de un pregonero—: el hombre que decide lo que puede existir y lo que no.

Dorian frenó el camino hacia el ala este y enfrentó a Talbot sin pensarlo.

—¿Por qué no iba a casarse con Abigail? Es bonita, tiene buenos modales y un buen nombre.

—Puñeta, pues claro que es bonita, tiene buenos modales y buen nombre. Si se acostara desnuda en mi cama no me lo pensaría dos veces, aunque aún no sé ni por qué. Será el aire de inocencia que querría corromper hasta un santo, o que la imaginación me lleva a pensar que tiene un buen par de brevas... ¡Pero sigue siendo lady Sin Blanca! No tiene dinero y su reputación de solterona debería haberla enterrado en el plano social hace años. ¿Cuál es el punto? ¿Cuál es el provecho? Si yo fuera el impecable Tristane Ashton, futuro marqués de vete-a-saber-qué, me casaría con la maldita reina de Inglaterra.

Doyle alzó las cejas.

—¿La reina de Inglaterra se te antoja más apetecible?

—La reina de Inglaterra tiene el condenado Buckingham Palace, el de St. James, el de Kensington, el de Balmoral, el Royal Pavillion de Brighton y el condenado castillo de Windsor —enumeró, exaltado—. Abigail no tiene ni para comprar tabaco.

—Lo que Abigail tiene es mucha suerte de que no estés interesado en ella —soltó Dorian, mirándolo con censura—. Solo eso ya la convierte en una mujer excepcional, por no hablar de sus otras tantas virtudes. Así que deja que diga algo: si yo fuera el impecable Tristane Ashton, futuro marqués de vete-a-saber-qué, también la habría elegido a ella.

—Será porque tú también tienes que limpiar tu reputación y no hay nada mejor para eso que un pajarito extraviado...

Doyle debió percatarse del humor sombrío que estaba apoderándose de Dorian, porque cogió a Talbot por los hombros y tomó el corredor opuesto al del ala este. La mirada que el empresario le lanzó al recién nombrado conde fue suficiente para que este dejara de estar a la defensiva.

Se había dejado en evidencia. Se había dejado en evidencia delante de Thomas Doyle y Sebastian Talbot: lo primero no le importaba porque podría confiarle su vida sin pensarlo dos veces, pero al segundo...

—Tienes suerte de que esté como una cuba —dijo Doyle quedamente, empujándolo a su habitación—. Mañana no se acordará de nada.

«Pero tú sí».

Antes de que pudiera contestar, las sombras del pasillo engulleron a los dos hombres. Dorian suspiró. No podía ser tan malo el juicio de Doyle, a menos que decidiera soltar pullas entre comentario y comentario con tal minuciosidad que podría estar atormentándolo hasta el Juicio Final. Y no lo haría...

O eso esperaba.

Se desplazó hasta su habitación y allí se encerró, girando la llave. Estaba pensando en cómo librarse de su malsana obsesión con *Lady Sin Blanca* cuando el crujido de los muelles del colchón lo distrajo. Se giró temiendo tener que echar a Celinia Haviland de sus aposentos otra vez.

—¿Abby? —preguntó, sin poder creérselo. Allí estaba ella, con la melena oscura sobre los hombros y un ridículo camisón que le puso de mal humor. «Tendría que haberle dicho a la señora Lamarck que añadiera ropa de cama», pensó. No profundizó mucho cuando la vio avanzando hacia él, tan desorientada como segura de lo que hacía—. ¿Cómo has conseguido...? ¿Por qué...? —Sacudió la cabeza y se concentró. Por Dios, no podía ser tan difícil decir dos palabras seguidas. Era solo una mujer en camisón. Una mujer en camisón. Cuadró los hombros y la enfrentó decidido—. Esto no parece propio de ti, colibrí.

—Hay muchas cosas que no son propias de mí —contestó sabiamente, con esa voz serena que debía ser la misma con la que hablaba Atenea. Dorian

medio sonrió, admitiendo secretamente cuánto había echado de menos sus respuestas aplastantes—. Y... soy amiga de lady Saint-John —añadió, como si eso lo explicara todo.

«Lo explica todo».

Avanzó hacia ella con la cautela de un cazador.

—Sigues estando en camisión... en mi habitación.

—He estado desnuda... en tus brazos.

Dorian esperó con tierna paciencia a que el rubor conocido hiciera su aparición. No tardó, aunque esta vez fue tan sutil que lo único que hizo fue añadirle encanto. Se habría tirado sobre ella con las fauces abiertas si no hubiera visto en su expresión que estaba allí por algo.

—Ciertamente —contestó, flemático. Por el placer de ponerla nerviosa, empezó a caminar a su alrededor—. ¿A qué se debe tu visita?

Vio que Abby entrelazaba los dedos de las manos.

—Tenía que agradecerte en persona... los vestidos. Son preciosos y acertaste con las medidas. ¿Cómo lo hiciste? La señora Lamarck me dijo que le llevaste el vestido color melocotón, pero ese no me estaba del todo... entallado.

—Tienes la figura que utilizan los franceses como medida universal. Y ya te había tocado suficientes veces como para saber que tu cintura encaja en mis manos. —Se quedó parado a su espalda, inclinándose sobre su oído para añadir—: De nada, colibrí. Puedes tomártelo como una compensación por aquellos primeros vestidos que te desgracié. Ah... Y eso podrías habérmelo dicho durante la cena.

—Llegaste tarde.

—No lo suficiente.

Dorian volvió a incorporarse, esta vez con una sonrisa de satisfacción en los labios.

—¿Qué quieres de mí?

Abby se giró y lo miró directamente a los ojos. Vio tantas emociones nadando en ellos que dejó de sonreír y se centró en ella.

—Tu padre ha muerto —musitó.

No lo dijo haciendo mención indirecta a que había aparecido con título, a que debía alegrarse o a que estaba tan superada por la repentina defunción que aún no se lo creía. Aquellas cuatro palabras estaban llenas de la necesidad de demostrarle que estaba allí para apoyarlo, para abrazarlo si lo necesitaba. Las pronunció esperando averiguar si estaba sufriendo.

Ese gesto de humanidad lo conmovió mucho más que pensar que se había presentado en su habitación con la intención de seducirlo.

—Fui a verlo —explicó en voz baja. Se sentó en el borde de la cama y le hizo una seña para que se acercase. Separó las piernas para atrapar las de Abby entre ellas, y sin poder resistirse a estar un segundo más sin tocarla, acarició desde los hombros la longitud de sus brazos. Una sutil sonrisa le cruzó los labios al ver que le había puesto la piel de gallina—. Se podría decir que lo perdoné.

—¿Y te perdonaste tú?

Dorian alzó la barbilla. Su corazón se saltó un latido cuando vio que en sus ojos había esperanza. Toda la esperanza que él había perdido hacía tanto tiempo que ni se acordaba.

—No. Eso nunca. Pero me siento mejor —confesó, esperando que bastara para no destrozarse sus ilusiones—. Me dio un punto de vista que no había contemplado hasta ahora.

—¿Cuál?

—Ese mismo que me diste tú pero que me negué a escuchar. Ellos no son más culpables que yo. Ellos también sufrieron, a su manera.

—¿Y ese punto de vista hace que te pese más o menos la conciencia?

Dorian tomó su mano como si fuera a deshacerse con un roce, y la posó sobre la suya para admirar los largos y femeninos dedos. Se la llevó a los labios y besó los nudillos uno por uno.

—Supongo que lo mismo —musitó contra el dorso—. Pero mi padre estaba seguro de que cogiendo el relevo y aceptando mi deber podría ser feliz de

nuevo.

—¿Lo crees?

—Puedo suponerlo, no creerlo con firmeza. Llevo años acostumbrado a la tranquila vida del inversor... —clavó la vista en la ventana—, y nunca me prepararon para esto. Era el primogénito quien recibía la correspondiente disciplina para gestionar las propiedades.

—Tu hermano... —La vio tragar saliva—. ¿Es eso lo que te atormenta? ¿Su... muerte?

Dorian negó dulcemente.

—Harry era un completo desconocido para mí. Nos llevábamos diez años, así que él estaba en la universidad y viajando por Europa cuando yo empezaba a relacionarme con el mundo exterior. Creo que solo alcancé a verlo tres o cuatro veces, y en dichas ocasiones se comportó como mi padre. Es decir... tratándome con la condescendencia que viene implícita en la superioridad moral de los mejor considerados. Sumando eso a que siempre fue el preferido y no dejaba de escuchar alabanzas hacia él, me empecé a alimentar desde muy pequeño por el despecho y los celos. No estoy orgulloso, y tuve la suerte de darme cuenta de que estos sentimientos no me llevarían a ninguna parte. Desgraciadamente me desheredaron a los veinte años y no pude volver a verlo para intentar entablar una relación filial en condiciones con él. Murió hace dos años de una pulmonía. Asistí a su funeral, recé por él y me lamenté durante un tiempo por lo que pudo haber sido... Pero hasta ahí llegó mi tormento.

—Eso es muy triste —musitó Abby—. Haber sido tan afortunado de tener un hermano, y no haberlo podido aprovechar... ¿Se sentía él del mismo modo por ti? ¿Te detestaba, o...?

Dorian sonrió.

—Está usted muy preguntona, lady Abigail. Estos dos meses la han cambiado.

Abigail suspiró.

—Yo también me he dado cuenta. Incluso llegué a despedir a mi doncella...

pero no es mi culpa —se defendió—. El espíritu de Dorian Blaydes me ha estado poseyendo.

Dorian soltó una carcajada.

—¿Cómo es eso?

—Vio tu regalo y rápidamente lo asoció con que tenía un amante. Me dijo que era una... —Arrugó el entrecejo—. Ya puedes imaginarte.

—¿Te trató mal? —preguntó, muy serio. Entonces ella sonrió con ternura y lo olvidó.

—Yo la traté peor. Le hablé como haces tú. Tranquila pero implacable, como si tuviera la verdad absoluta sobre todas las cosas.

—¿Yo hablo así?

—Por supuesto. Por eso siempre te hago caso.

—¿Estás segura de que lo haces por eso? —inquirió, alzando una ceja. Rodeó su cintura con los brazos y la atrajo hacia él, forzando el cuello para mirarla—. ¿Sabes que eres preciosa desde todas las perspectivas? —Su sonrisa se ensanchó al ver que enrojecía—. ¿Sabes que todas las noches tengo pesadillas en las que obedeces mi orden inicial de contener el rubor, y no vuelvo a verlo nunca más?

—He estado pensando sobre eso y me he dado cuenta de que nunca podría haberte obedecido. ¿Sabes que el rubor es algo incontenible? No tenemos ninguna potestad sobre la piel.

—Yo sí tengo potestad sobre la tuya —murmuró, obnubilado con ella—. Mira.

Dorian coló una mano bajo el camisón y le dedicó una caricia prolongada en el muslo. Casi en el acto, el fino vello se puso de punta. Orgullosa por la hazaña, le dedicó una mirada elocuente a Abby, que sonreía sin enseñar los dientes.

—Por eso el rubor no puede desaparecer —contestó ella en el mismo tono—. Porque en lugar de hacer que mengüe, provocas que se intensifique.

No pudo pensar en nada que pudiera haberle hecho más feliz que aquella

sencilla oración. Quiso identificarla como una declaración: podría haberse tomado esa licencia, puesto que no solo lo había expresado, sino que venía implícito en sus ojos. Sin embargo, y aunque la posibilidad de que Abigail Appleby le amase fuera suficientemente halagadora como para ponerle de rodillas, prefería no verlo así.

Era mejor que no lo viera así.

En lugar de contestar, dejó vagar sus manos bajo la falda de algodón. No apartó los ojos de los suyos en ningún momento, asistiendo al continuo cambio de matices como un niño a su primera Navidad. Evitando lo que tarde o temprano sería inevitable, apartó el «¿qué quieres de mí?» y lo substituyó por un sencillo:

—¿Qué vamos a hacer ahora contigo?

El silencio que siguió tuvo el sabor de la indecisión. Abby se debatía entre soltarlo o no soltarlo, y al final, llevada por la lujuria en los ojos de Dorian y el saber de la experiencia, optó por lo primero.

—Me preguntaba si no tendrías alguna lección nueva que enseñarme.

Dorian sonrió haciendo honor a sus pensamientos: eso era exactamente lo que estaba esperando. Sus manos, ya decididas a cometer una imprudencia, siguieron trepando por los muslos. Cuando llegó al broche de las calzas, sonrió secretamente y desabrochó el botón.

—Sí, lo cierto es que hay algo que no te he mostrado... —Deslizó la fina tela que la cubría de la desnudez hasta que cayó enredada en sus tobillos—. Siento que estoy abriendo mis regalos de Navidad.

—Pues menudo regalo...

—No se meta con mis regalos, lady Abigail —amenazó con voz suave. Siguió trasteando, esta vez jugando con el nudo del escote—. Trae mala suerte romper las ilusiones de un niño.

Ahogó una sonrisa contra la tela del camisón al sentir que ya empezaba a respirar artificialmente.

—Tú no eres ningún niño.

—Dejémoslo ahí, colibrí —propuso, sacándole el camión por la cabeza—. Si sigues por ese camino acabarás haciendo que admita que soy todo un hombre, y no quiero terminar haciendo una demostración.

Solo para asegurarse de que la idea la frustraba, alzó la cabeza y la miró. En efecto, allí estaba: la decepción había ocupado la mitad de sus ojos, mientras que la otra parte avisaba de lo dispuesta que estaba a aceptar cualquier tormento similar. Su mente abandonó todo pensamiento para concentrarse en un solo milagro: el cuerpo femenino, despojado de misterios.

—...Y ahí está ella —musitó, conteniendo el aliento. Ahuecó la curvatura de su cadera—. ¿Sabes cómo se llama esta lección? —Ella negó con la cabeza, tan embelesada con él como funcionaba a la inversa—. Yo tampoco. Quizá puedas ponerle tú el nombre cuando acabemos.

Apartó la colcha y las sábanas bruscamente para tenderla entre la amalgama de telas. Fue deliberado: esperaba que el olor a jazmín le ayudara a conciliar el sueño o, quizá por el contrario, espantara sus pesadillas obligándole a permanecer despierto solo para embriagarse.

Dorian se abrió un hueco entre sus piernas, que separó con ambas manos.

—¿Qué estás...? —farfulló—. No me mires ahí.

Él alzó una ceja.

—¿Ahora decides ser mala conmigo?

—¿M-mala? No... Ese sitio... Ese punto...

—¿Este? —pellizcó el capuchón rosado con el índice y el pulgar, haciendo que arquease la espalda y tuviera que callar un grito mordiéndose el labio—. Este punto es un templo, colibrí. Y es una lástima que no sea un santo para poder corromperlo, pero... Puedo tentarlo.

Dorian besó la cara interna del muslo femenino, poniéndole toda la piel de gallina. Jugó a distraerla con mordiscos en la zona, resiguiendo la ingle con los labios y haciéndole cosquillas en las rodillas, que agarraba con los dedos. Aprovechó el momento en que ella suspiraba para posar los labios sobre la hendidura.

—¿Qué estás haciendo? —exclamó Abby, retorciéndose—. ¡No puedes hacer eso!

—Ponme a prueba.

Sus manos aprisionaron las caderas femeninas para evitar que se moviese, y cuando Abby ya se hubo cansado de intentar apartarse, volvió a repetir el gesto. Esta vez no la besó superficialmente, sino que indagó con la lengua por toda la zona a un ritmo gradual. Empezó con una dolorosa lentitud que la hizo encoger los músculos, y acabó devorándola con la urgencia de un beso en los labios. Dorian dejó de tentar los pliegues con labios y dientes para explorarla con la lengua. Abby soltó un gemido lastimero que fue el inicio de repetidos jadeos nerviosos.

Inspirado por su deleite, Dorian profundizó más mientras jugaba con el fuelle de su sexo, estimulándolo entre dos dedos. Alternó besos suaves e inocentes con abundantes lamidas que penetraban en lo más profundo de su centro. Llegó un momento en el que se retorció de tal manera que no podía respirar sin hacer ruido. Dorian dejó de sujetar sus piernas cuando temblaron tanto que supo que caerían peleadas para facilitarle la intrusión. Y continuó su tortura con todo lo que tenía, mordiéndola y sobándola como debería estar penado por ley.

—Oh, por favor...

Succionó los tiernos pliegues hasta que se empapó de la esencia salada. Su cuerpo continuó lubricando y ella no dejó de culebrear, sollozando de necesidad. Cuando sintió en la tensión general de sus miembros que la fuga estaba a punto de poseerla, selló el contacto con un último beso indecente que ella notó demasiado profundo para señalar el lugar exacto.

Abigail se quedó laxa y complacida unos segundos después del momento. Dorian no se retiró: acarició sus piernas como si su roce pudiera darle mucho más que satisfacción y mucho más que la misma mortalidad, y allí se quedó hasta que la hora tardía le obligó a moverse.

—Eres un sueño, colibrí —se oyó decir, desentendiéndose de la facultad de

filtrar lo que decía—. Estoy cumpliendo una fantasía contigo detrás de otra. Incluso las que no sabía que tenía.

Breve silencio.

—Me alegro —susurró, dejándose coger en brazos para luego ser vestida como una muñeca—. Así no es unilateral.

Dorian sonrió de pura alegría, y esa vez no se negó a reconocer lo que hacía cosquillar su estómago.

—¿Y bien? ¿Cómo llamarías a esta lección?

Abby se lo pensó un instante.

—¿Cómo hacer que un conde se arrodille?

Dorian parpadeó un segundo, y asintió lentamente, como si necesitara asimilarlo. Luego estalló en carcajadas, que la pobre Abigail intentó amortiguar cubriéndole la boca con las manos. Pudo impedir a tiempo que toda la casa se despertara por el estruendo, pero no que él tomara sus labios. Fue un beso curioso, distinto, igualmente cautivador... Dorian tenía el poder, y luego, ella tenía el poder. Él se lo acababa de ceder, como diciéndole «puedes hacer conmigo lo que te plazca».

—Solo piensas en condes arrodillados, ¿eh, colibrí? Bueno, no importa —canturreó alegremente, levantándose y mirándola con fuego en los ojos—. Me consuela saber que yo por lo menos te he sonrojado entera al hacerlo.

«Hay tareas masculinas y hay tareas femeninas. Una mujer de buena cuna jamás ejercerá, se dedicará o se interesará por faenas inconexas a su sexo».

Extracto del *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

No recordaba haber dormido tan bien en muchísimo tiempo. Sentía el cuerpo etéreo, como si hubieran sacado todo lo que tenía dentro para hacer limpieza general. Estaba segura de que una sola ráfaga de viento podría hacer que echara a volar. Y como consecuencia de ese bienestar físico, su buen humor se alzó contra el nublado exterior y salió con una sonrisa en los labios.

Ashton cumplió su promesa de intentar averiguar qué podría ganarse su corazón. La llevó al establo a probar a montar a caballo, cosa que no había hecho nunca y que le había fascinado cuando estuvo presente en la carrera de Ascot de principios de temporada. No obstante, el vértigo la invadió subida al animal y se arrepintió de haber querido comprobar si podría haber sido buena amazona.

Después la llevó a desayunar. La cocinera había servido una mesa de diez varas de largo repleta a platos que ni siquiera había probado antes. Ashton le señaló pastelillos y tostadas que podrían gustarle y ella admitió en voz alta que la comida la apasionaba hasta cierto punto, y que era mejor así o de lo

contrario acabaría gorda como una vaca. Ashton se había reído por la ocurrencia y había asentido, llevándola enseguida a otro sitio.

Allí estaban ahora: de pie en la playa. No era el mejor lugar de visita a mediados de diciembre, pero hacía buen día y tenían ropa de abrigo suficiente para dar un paseo. Ashton invitó a todos los huéspedes, alegando que no podían perderse una de las preciosas calas de Cornualles. Abby estuvo entusiasmada durante el trayecto. El frío no espantaba a los animales marinos, por lo que pudo observar desde la orilla —sin mojarse los pies— algunas criaturas que no había visto antes. Ashton enumeró las especies una a una y le habló de curiosidades que la hicieron reír. Luego subieron al acantilado para admirar las vistas con el resto del grupo, en el cual figuraba la duquesa de Saint-John, Jess y Valentina... Y también Cromwell, quien de vez en cuando la miraba con una expresión de difícil clasificación.

Pero ni siquiera Cromwell pudo acabar con su buen humor. Dorian hizo honor a su costumbre de llegar tarde y apareció cuando ya había finalizado el *tour*, pero Thomas Doyle se ofreció muy amablemente a enseñarle todo lo que había aprendido. Así pues, Abby tuvo que renunciar al placer de pasar un tiempo con él. Más tarde, cuando Ashton tuvo que marcharse con Sebastian Talbot para Dios sabía qué, se reunió con sus amigas. Mientras que Jess estaba sentada en una manta gruesa que se había traído para la ocasión, Viviana se había apretujado en la única esquina libre y Valentina, por otro lado, observaba el paisaje de pie, con la mano puesta a modo de visera.

—Las costas de Nápoles son mucho más bonitas... y hace sol hasta en invierno —anunció—. Aunque este sitio tiene su encanto.

—Este sitio no tiene ningún encanto —replicó su hermana, imponiéndose en voz bien alta—. Inglaterra es el país más espantoso del planeta, y hablo sin temor a equivocarme a pesar de haber pisado solo dos en toda mi vida. Siempre hace frío, siempre está nublado y sus habitantes siempre te miran por encima del hombro.

—Precisamente a ti dudo que te miren por encima del hombro —señaló Jess.

Su diminuta nariz apuntaba al cielo y tenía los ojos cerrados, como si en lugar de nubes hubiera un sol resplandeciente y quisiera empaparse con sus rayos—. Yo tampoco soy una gran fanática de Inglaterra, y no he estado en ningún otro sitio... Pero si te quedaste a pesar de sus defectos en lugar de volver corriendo a Italia será por algo.

Viviana le lanzó una mirada a caballo entre la ofensa y la ironía.

—Inglaterra es el único país que tiene a Marcus Radcliff—declaró.

Abby soltó una carcajada y negó con la cabeza. Pensó irremediablemente en las vueltas que daba la vida... o en la poca atención que le prestaba el mundo a las señales. Viviana había odiado hasta caérsele el pelo al duque de Saint-John, y ahora lo quería tanto que cada vez que hablaba de él le brillaban los ojos como luceros.

—¿Se supone que eso es algo bueno? —Jess arrugó la nariz—. Yo le sigo guardando rencor.

—Y yo. No se puede decir que ganara puntos cuando se presentó en casa y le dijo a la abuela... —Valentina apretó los labios—. Creo que no es necesario que lo repita. Ninguna de las que estamos aquí olvidaremos ese *vagabundo* discurso que soltó.

Jess miró a Abby.

—¿Qué crees que habrá querido decir con eso?

—¿Tremebundo, quizá?

—Sí, yo diría que tremebundo es una buena opción —asintió Jezabel—. Valentina, deberías aprender a hablar inglés correctamente. Los hombres con los que te codeas no soportan una falta, y si sigues queriendo casarte con un noble tendrás que sorprenderlo.

Valentina negó con la cabeza, todavía con los ojos perdidos en un punto de la playa. Por curiosidad, Abby siguió la dirección de su mirada. No le sorprendió tanto como debería toparse con la solitaria figura de Cromwell, que parecía sumido en sus pensamientos. En lugar de preocuparse o hacer un comentario al respecto, Abby eligió el silencio y lo miró también. De lejos

parecía inofensivo. Vulnerable, incluso.

—Me voy un momento —anunció, recogiendo la falda para no mancharla.

—¿A dónde? —interrogó enseguida Viviana, con los ojos entornados—. No irás a por Cromwell, ¿no? Ahora mismo no está molestando a Abby.

Si Valentina tardó en responder no fue porque dudase, sino porque se había vuelto a abstraer observando al caballero. Cuando volvió a ser dueña de sí misma, se giró hacia su hermana y la miró sin una pizca de arrepentimiento.

—Nunca se sabe —dijo—. Mejor no arriesgarnos...

—Tina...

La menor ya estaba alejándose a grandes zancadas cuando Viviana quiso sermonearla. Abby pensó por un momento que se levantaría y echaría a andar detrás de ella, como había hecho varias veces durante los últimos días de la temporada y como no le habría extrañado que hiciera después de cumplir los cuarenta.

Al final, la duquesa se limitó a exteriorizar su resignación con un suspiro.

Fue Jess quien le puso voz a sus pensamientos.

—¿Cómo es que no la has agarrado del pelo? ¿Ya no te importa?

—*Sciocchezze*... Claro que me importa —bufó—. Y cada vez estoy más preocupada. Tanto que me paso las noches en vela, desahogándome con Marcus... lo que deriva en que por la mañana esté sumamente irritable y no se le pueda hablar. Pero necesito hacerlo, porque siento que voy a explotar. —Cerró los ojos—. Temo que...

Abby lo supo antes de que lo dijera, pero Jess no la dejó hablar.

—¿Qué? Vamos, Viv, no es para tanto. Sabe cuidarse sola...

—No es eso, maldita sea. Valentina tiene mi sangre: sabría darle un cogotazo si se lo mereciese por husmear entre sus faldas. Lo que temo es que se haya enamorado de él.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Abby suavemente, aparentando normalidad. No hacía falta conocer mucho a Viviana para saber que había ocasiones en las que odiaba que le dieran la razón.

Y esa era una de ellas.

—Porque desde que lo conoció... es decir: desde que lo conoció *por mi culpa*, por mi estúpida idea de incluirla en planes de los que habría tenido que mantener las distancias —concretó, frunciendo el ceño—, está diferente. Se enfada por todo, no habla tanto como antes, está continuamente sumida en sus pensamientos y no deja de garabatear en su diario. Antes me lo daba para que lo leyera porque le gustaba cómo le quedaban algunas partes, y porque no tenía nada turbio que contar, pero ahora le falta poco para esconderlo bajo siete llaves. Una vez entré en su habitación mientras estaba en ello y se tiró encima del cuaderno para romper las hojas. *Literalmente*.

—Eso suena mucho a Valentina.

—Sí, pero nunca lo habría asociado a Cromwell porque... es el comportamiento de una persona a la que han rechazado. Es el resultado del desamor. No se ríe por tonterías ni se pasa el día en Babia, como haría de estar encaprichada, sino que actúa... Como si sufriera.

—¿No has pensado que podría ser por Larabee? —propuso Jess—. Hace poco, con todo el asunto de tu lista, Saint-John... —Hizo un gesto elocuente con la mano—. Salió otra vez el tema. ¿No crees que pudo haberle tocado de cerca?

—No, porque no le dije la verdad. Justamente para evitar que volviera a sufrir—suspiró—, pero se ve que era inevitable. Además... No puede ser Larabee porque escuché una conversación que tuvo con Cromwell en una de las últimas veladas de la temporada. Esa cena en casa de lady Glasford.

—¿Qué pasó?

—Se encerró con Cromwell... O Cromwell se encerró con ella... No lo sé, y más les vale que no lo averigüe nunca —zanjó en tono sombrío—. Estaban discutiendo. Ya no me acuerdo de qué le estaba reprochando Valentina exactamente. Solo escuché la retahíla de insultos: que era un mujeriego, que no podía creerse que siguiera persiguiendo a Abby después de todo...

—Después de todo —repitió Abby en voz baja.

—Después de todo —volvió a repetir Jess, más alto y con los ojos muy abiertos.

—¡Después de todo, sí! ¡Está claro que han tenido un acercamiento, y ella...!
—Viviana arrugó el vestido con una mano—. Pero lo peor es que sonaba realmente dolida. No como cuando su viejo prometido se marchó. En esa época era un fantasma, y llegó a pensar de veras que no merecía ser amada. Nunca montó en cólera y nunca habló mal de él. En cambio, con Cromwell...

—Temes que se haya enamorado de él porque no suena resignada, sino como si tuviera la esperanza de convencer a Cromwell de que ella es la indicada —concluyó Jess sabiamente—. Porque la rabia y el odio está más cerca del amor que la conformidad.

—Yo nunca me conformé con Marcus. Mi padre jamás se conformó con mi madre. Tú en la vida te has conformado con Leverton. Cuando queremos a alguien lo molestamos hasta que nos ama de vuelta —suspiró. Ladeó la cabeza, mirando justo el punto en el que había desaparecido Valentina—. Y ella no puede dejar de ir tras él.

—¿Te asusta que lo quiera porque va a romperle el corazón? —preguntó Abby.

—No. Curiosamente no estoy tan segura de que vaya a hacerlo como antes. Él también sonó preocupado por si no le creía. Incluso dolido porque dudase.
—Sacudió la cabeza—. Me molestaría que amase a cualquier hombre porque es frágil y creo que nadie la va a valorar como se merece. Aunque también creo que si Tina siente algo profundo por él es porque no es tan malo.

—¿Y qué hay de Larabee?

Viviana le lanzó una mirada asesina.

—Ese *disgraziato* me engañó hasta a mí, no cuenta.

Las tres se quedaron un rato en silencio, meditando al respecto. Abby observó que tanto Valentina como Cromwell habían desaparecido. Basándose en la experiencia no pudo hacer otra cosa que darle la razón a la duquesa. Una mujer como Valentina no se dejaba arrastrar por un hombre a cualquier sitio si

no lo amaba profundamente.

—Tengo una duda —dijo Jess de repente—. Ese día que los escuchaste discutiendo... ¿Fue el mismo en el que le arrojaste la vajilla a...?

—Naturalmente.

Menos mal que a Doyle se le había ocurrido arrastrarlo lejos de la multitud con la excusa de enseñarle los alrededores. De lo contrario se habría pegado a las faldas de Abigail y la habría seguido allá a donde quisiera haber ido, incluso si eso conllevaba acabar tirándose de cabeza al agua helada.

En general le gustaban más las mujeres con poca ropa, o desnudas a poder ser, pero el encanto de Abigail abrigada hasta el cuello no tenía parangón. No llegaba a costarle moverse como algunas otras damas que había visto, refugiadas en sus chales de lana y sus abrigo de piel de cabritilla, pero igualmente parecía una niña pequeña que no terminaba de acostumbrarse a las pesadas capas de ropa. Lo mejor era el ligero rubor que se había estancado en sus mejillas a causa de la diferencia entre la temperatura ambiente y la corporal.

Le habría gustado poder pulular a su alrededor para observarla a sus anchas, pero sabía que lo mejor era mantener las distancias un rato. El demonio que le poseyó la noche anterior no podía volver a agarrarla con él. Abigail iba a recibir una propuesta formal por parte de su hombre ideal y no la rechazaría ni aunque él la contrarrestase con una similar. Cosa que no iba a hacer. Aunque ahora estaba al mismo nivel económico y social que Tristane Ashton —al menos, técnicamente—, seguía habiendo diferencias insalvables entre ambos. Y es que él estaba demasiado condicionado por el pasado como para cuidarla como se merecía.

Por Dios, ¡si se había emborrachado hasta el amanecer solo por recordar a Emma...! Y eso no era lo peor, porque sabía que todo el mundo caía en algún

momento en la debilidad. Lo malo era que la había tomado con Abigail. Y si lo hacía una vez... ¿Quién le decía que no lo haría una segunda, atreviéndose a decirle cosas peores?

Llegados a un punto, Doyle renunció a la conversación banal y se sumió en el silencio.

Era un hombre reservado hasta el extremo, pero había algo especial en él. Algo intangible y para lo que no existía ninguna explicación. Le rodeaba un aura inequívocamente oscura para la que no había comparación y que, sin embargo, no traía malos augurios. Tampoco buenas vibraciones, lo que dividía a sus interlocutores en dos grupos contrarios: dependiendo de quien se tratase, los había que se veían inevitablemente atraídos hacia él, y los había que huían. Para Dorian en concreto era una persona confiable, serena y de una inteligencia que podría llegar a constituir una desventaja para el deseo humano de ser feliz.

Al igual que el prolongado silencio se hizo, Doyle lo deshizo con el comentario que había estado esperando. Afortunadamente hizo honor a su conocida discreción al mencionarlo.

—Anoche te noté un poco alterado.

—Fue el alcohol —contestó.

Doyle asintió.

Los asentimientos de Doyle eran más irritantes que los incansables sondeos que madres y abuelas podrían proyectar sobre él, y valían por diez de ellos en lo referente a desesperante. Bastaba con que encogiera un poco los hombros e ignorase el tema, de nuevo quedándose en silencio, para que uno quisiera desvelar todos sus secretos. Dorian nunca supo y probablemente no sabría jamás si la intención de Doyle era sacar a la luz sus tormentos o respetarlos, pero por desgracia solo había una respuesta a su circunspección.

—¿Qué pretendías averiguar preguntando? —inquirió Dorian, mirándolo de reojo. Luego volvió a concentrarse en las piedras que iba escalando con cuidado. Según había asegurado el pedante de Ashton en varias ocasiones, la

vista era impactante desde el acantilado.

—Solo me sorprende que Dorian Blaydes se prive de algo cuando puede tenerlo todo.

—¿De qué me estoy privando?

—De una mujer que te quiere y cuyo sentimiento es recíproco. —Encogió un hombro sin mirarlo. Tuvo que saber qué iba a preguntar, porque añadió—: Cuando uno no se relaciona demasiado con la gente de su entorno, se dedica a observar.

—Y tú no solo observas, sino que también interpretas.

—Así es.

—Dorian.

El susodicho se giró y miró directamente a los ojos a la tercera en discordia.

Después de meses sin interactuar con ella le sorprendió lo poco familiar que le resultaba su cuerpo o su voz. Celinia Haviland, en cambio, parecía recordar cada uno de sus gestos y palabras como si se las hubiera dedicado el día anterior. De hecho, parecía tener en mente únicamente todos sus ultrajes.

Y no eran pocos.

No fue necesario pedirle a Doyle que les diera un momento. Tuvo la perspicacia de darse cuenta por sí mismo y se retiró tranquilamente, dejándolo a merced de una mujer que parecía más y más furiosa a cada segundo que pasaba.

—Me alegro de verte, Celinia.

—Sí, supongo que te alegras de ver a todo aquel que es inferior a ti ahora que eres conde.

Dorian parpadeó una sola vez y se alejó lentamente, procurando mantener las distancias con ella. Las mujeres despechadas lo sacaban todo de contexto, o eso decía Talbot. Fuera verdad o no, prefería hacerle caso. Si alguien sabía algo sobre aquella materia, ese era él.

—¿A qué te refieres?

Celinia le lanzó una mirada con doble filo.

—No te hagas el tonto, Dorian. No es para nada tu estilo.

—No sé de qué me estás hablando. Y tampoco tengo muy claro qué haces aquí, conmigo. Podrían vernos y pensar lo que no es.

—¿Ahora te importa lo que la gente piense? No parecía que así fuera cuando me llevabas a mi habitación para hacer virguerías con mi cuerpo —replicó, estirando el cuello—. Aunque claro, antes eras un desheredado. Todo ha cambiado desde que Standish murió, ¿no? Incluso tus gustos.

—¿De qué estás hablando?

—No me gusta que se rían de mí, Blaydes —aseguró, avanzando hacia él—. Porque no pienso llamarte *milord* después de todo... Lo sabías, ¿no? Sabías que al final conducirían la herencia para que las tierras y la fortuna recayeran de nuevo sobre ti. Por eso me dejaste, para encontrar a alguien mejor.

Dorian habría fruncido el ceño si su mayor interés no hubiera sido fingir indolencia.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra, Celinia? Expresé en su momento por qué no te quería a mi lado.

—Y ahora entiendo exactamente qué es lo que había detrás de todo. —En sus ojos claros brilló la rabia—. No me considerabas una digna condesa, así que decidiste cortar toda relación para poder elegir entre damas de verdad una vez heredaras tu título. Te cuidaste de hacerlo antes de tiempo para que no te acusara, pero como ves, estoy unos cuantos pasos por delante. Se ve que eres un señorito cualquiera. Utilizas a las mujeres de buena familia pero sin título para desfogarte y a las damas de alta alcurnia les echas el ojo para el matrimonio. Concretamente a las que están a punto de prometerse con otro hombre.

Dorian podría haberse refugiado en cualquier excusa, porque realmente cualquiera se acercaría más a la verdad que lo que Celinia aseguraba. No obstante, le pudo el orgullo y lo que quiera que fuese que se removió en su estómago al comprender que se refería a Abigail.

—¿Tan evidente es?

Los ojos de Celinia echaban chispas.

—Así que lo admites. Jugaste conmigo miserablemente.

—Nunca dije que estuviera interesado en casarme contigo, Celinia. Así que si nos aferramos a los tecnicismos, nunca jugué contigo.

Celinia avanzó hasta situarse frente a él, tan enrabiada que le temblaban las manos.

—¿Sabes qué, Blaydes? Eres un ególatra tiránico y un bastardo. Ninguna mujer en todo Londres estaba interesada en ti antes de saber que serías conde, y tampoco lo estarán ahora.

—Pues tú parecías bastante interesada —rebatió, flemático—. Alguna que otra tiene que haber además de ti.

Celinia avanzó un paso más.

—Vas a arrepentirte de esto. Que no te quepa la menor duda —siseó, a un palmo de su nariz. Dorian ladeó la cabeza solo para comprobar que nadie los estaba mirando; al menos nadie desde la playa—. Nadie juega con Celinia Haviland.

Dorian fue a mirarla con una sonrisa ladina que determinaba lo poco que le importaba su amenaza. Su intención se perdió en el olvido. Antes de que pudiera hacer un solo gesto, Celinia lo empujó por el pecho con tal brusquedad que retrocedió unos pasos. Por el camino se tropezó con una de las elevaciones de la roca, y antes de poder darse cuenta de lo que estaba pasando, dejó de estar sujeto a la tierra.

Cayó al vacío sin posibilidad de aferrarse a nada. Notó el aire silbando en sus oídos al precipitarse a una velocidad preocupante, y justo antes de impactar con la gélida y dura superficie del agua, le vino a la cabeza una sola imagen.

Perdió conciencia de sí mismo con la certeza de que iba a morir, e iba a morir con el rostro de una mujer en mente.

Abby estaba terminando de recoger sus enseres para regresar a Denton Park cuando escuchó un grito de horror. Levantó la cabeza bruscamente y buscó el origen del potente sonido, ubicando a una conmocionada Celinia Haviland cerca del acantilado donde horas antes había estado admirando el paisaje. No sabía qué estaba pasando, ya que no entendía bien lo que decía la muchacha, pero Megara Swift y Elaine Haviland se pusieron en marcha y no dudó en seguir las a paso ligero.

—¡Hombres en el agua! —creyó distinguir que decía, gritando a pleno pulmón—. ¡Hay dos hombres en el agua...!

A esas alturas ya se habían congregado casi todos los asistentes a las faldas del acantilado. Echando un vistazo de corrida y sin prestar mucha atención a nada que no fuese el punto que apuntaba la señorita Haviland con el dedo, le pareció que entre los curiosos estaban el marqués de Leverton, Sebastian Talbot y Jess, que a juzgar por su expresión no parecía creerse demasiado el peligro inminente.

Abby tampoco se lo había creído: había tenido la mala suerte de conocer a Celinia en algunos de sus momentos de histeria y casi todos habían sido ocasionados por un motivo tan pobre que para ella no justificaba nada en absoluto. Si a eso se le añadía la reputación que Valentina y Jess le dieron mencionando su tendencia a la locura, su credibilidad quedaba por los suelos.

Sin embargo, cuando vio una figura masculina peleando con las olas para salir a la superficie, perdió el aliento.

No era solo que Thomas Doyle se las estuviera viendo en un serio aprieto por caminar cuando seguramente el frío le habría atenazado los miembros. También contaba con un segundo obstáculo para poner los pies en tierra, y era el peso del hombre que llevaba echado sobre el hombro.

Abby sintió que se mareaba. Miró a su alrededor asustada, deseando haberse equivocado al sospechar, pero el cabello negro del caballero inconsciente que

Doyle sacaba de agua era señal inequívoca de que estaba en lo cierto.

Por un momento pensó que Thomas no lo conseguiría y se desmayaría por el frío antes de llegar a la orilla. Pero resistió. De hecho, parecía que la temperatura del agua y el estar empapado hasta los huesos no significaba nada para él, porque se tomó su tiempo para acomodar al rescatado sobre la arena, respirando profundamente y sin componer ninguna mueca en especial. Se habría tomado un buen rato descifrando el significado de su semblante flemático y admirando en silencio su arrojo si no estuviera la vida de Dorian Blaydes en juego.

Fue de las primeras en reaccionar. Echó a correr con la garganta ardiendo por un terror helado que no sabía cuándo se había adueñado de su cuerpo. Sin importarle qué podrían pensar los observadores que se arremolinaron alrededor del pálido, mojado e inconsciente conde de Standish, se arrodilló a su lado y envolvió su rostro entre las manos.

El miedo le noqueó las vías cuando lo notó frío como un cadáver. Tenía los labios azules y, dentro de la inconsciencia, temblaba tan violentamente que se le escapaban suspiros de quebranto. Abby pronunció su nombre varias veces en voz baja, ignorando a los oyentes que mantenían una preocupada conversación sobre lo sucedido. No dio resultado. Él seguía con los ojos cerrados, helado, tan lejos de ella que no sabría por dónde empezar para ir a buscarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntaba Ashton, poniéndole voz a lo que ella necesitaba saber. Detectó una nota de inquietud en su voz que solo reunió un tercio de lo que estaba sintiendo—. ¿Cómo ha podido caer al agua?

Abby se concentró en Doyle a la espera de una respuesta. Este fue de pronto el centro de atención, pero ignoraba a todo aquel que no era su amigo: miraba fijamente a Dorian, como si con eso pudiera transmitirle calor.

Dentro del terror que evaporaba sus pensamientos, Abby se dio cuenta de que el prolongado silencio del empresario hizo que todos los allí presentes recelasen de su acto heroico. El sorprendido Leverton, que no había tardado

en acercarse a él para ayudarlo, ahora escrutaba su expresión con el ceño fruncido, como si hubiera algo en su él que no le terminase de gustar. Todos allí lo estudiaban de manera similar... excepto ella, que lo tenía como una reconocida amistad de Dorian y sabía que no habría sido capaz de arrojarlo desde el acantilado.

—Eso ahora no importa —se escuchó decir, saliendo de esa sempiterna tranquilidad por la que todos los histéricos la adoraban en secreto—. Tenemos que ponerle algo para calentarlo...

—Así es. Debe haberle dado hipotermia —repitió Jess. Al ver que algunos no comprendían la referencia, se animó a explicar apresuradamente—: Es la dolencia que sufrieron los soldados de Napoleón en 1812. Es una especie de enfriamiento que podía causar...

—La muerte —murmuró Megara Swift. Abby levantó la cabeza para reprocharle su falta de delicadeza, pero no pudo hacerlo al encontrársela conmocionada. No quedaba nada de esa sonrisa perfecta, sino una mueca descompuesta—. ¿Qué podemos hacer por él?

—Deberíais darle ropa de abrigo —sugirió Doyle, tan pensativo que parecía estar hablando consigo mismo—. Quitarle la que tiene mojada y ponerle algo seco... Encender el fuego, poner una estufilla... Y llevarlo enseguida a casa. También convendría que lo revisara un doctor. No solo por la hipotermia...

Abby, que ya estaba quitándose el chal de lana para colocárselo en la zona donde bombeaba su órgano vital, se giró bruscamente con el corazón dando tumbos en el pecho.

—¿Está herido?

—No que yo sepa —musitó Doyle, mirándola a los ojos. A pesar de las circunstancias, una vocecita dentro de ella le recordó que nunca había tenido el placer de dirigirse de manera directa a aquel hombre—. Gracias a Dios ha caído en una zona donde el agua era profunda, y no desde una altura peligrosa... Pero por si acaso habría que revisarlo.

—Y a usted también, ¿no?

Doyle apartó los ojos de Abigail para dirigirlos a la dueña de la voz, que no era otra que Megara Swift. El semblante del empresario, como de costumbre, no reflejó ninguna emoción humana: ni agradecimiento, ni humildad, ni nada que se le pareciese. No obstante, a Abby le dio la impresión de que sus ojos brillaban levemente al reconocerla.

—No será necesario.

—Usted ha caído desde la misma altura y está igualmente empapado — insistió Megara, con un tono autoritario que distrajo a Abby de sus intentos de secar a Dorian—. Espere...

A la vista de todos, la señorita Swift se quitó el grueso abrigo de cabritilla en color crema y se lo tendió sin hacer ningún floreo, como si simplemente estuviera cumpliendo con su deber. Doyle se quedó mirando el ofrecimiento con las cejas alzadas. Abby leyó sin ninguna dificultad lo que quería decir con el gesto: «ese pedazo de tela no podría cubrirme ni el antebrazo». Y a Megara tampoco le costó descifrar las palabras no formuladas, porque endureció su expresión y estiró aún más el brazo.

—Tómelo.

Hubo un silencio muy breve antes de que interviniera un tercero.

—Haga el favor, Doyle —dijo el marqués de Leverton, dando un paso al frente—. De donde yo vengo, es estrictamente necesario aceptar la prenda de una dama cuando se lleva a cabo un acto heroico.

Si aquello le convenció o no quedó en el aire, porque aunque segundos después Doyle obedeció a su superior, siguió sin parecer extasiado por el gesto de agradecimiento. Mientras se daba la vuelta con toda la tranquilidad del mundo, como si fuera inmune al frío, al calor o al susto de casi perder a un amigo, Abby intentaba desabrocharle la camisa a Dorian en vano.

—Milady... —habló Ashton, arrodillándose a su lado—. Eso que trata de hacer no es... adecuado para una dama.

—Difiero, milord —replicó sin mirarlo, continuando su lucha con el nudo del pañuelo. Le costó lo indecible quitarle la chaqueta sin destaparlo, en parte

porque le temblaban las manos—. Cuando hablamos de una cuestión de vida o muerte, no hay decoro que valga.

No lo vio, pero Abby supo que el conde asentía en completo silencio. No tardó en echarle una mano mientras aseguraba que el carruaje no tardaría en llegar. Y así fue: apenas unos minutos después, Leverton y Ashton llevaron al hombre en volandas y lo acomodaron entre los cojines del vehículo, con cuidado de no destaparlos, mientras una de las doncellas azuzaba el carboncillo de la estufa. Abby tuvo que pelear por quedarse a su lado, sin pensar en las consecuencias que podría acarrear su comportamiento de Julieta. De hecho, no pensó siquiera en que pudiese haberlas hasta que no intercambió una mirada con Viviana, que estudiaba sus gestos con las cejas alzadas y hacía comentarios por lo bajo con Jess.

Tampoco le prestó demasiada atención. No había nada más importante que Dorian. Se concentró en él, en decir su nombre, en acariciarle la cara para sacarlo de su embotamiento. Si alguien censuraba su comportamiento le era indiferente. Su única preocupación, su único miedo y su único objetivo en la vida estaban ahora ahí, a su lado, y consistía en hacer que abriese los ojos y le dedicara una de sus sonrisas de «los malos somos inmortales».

El carruaje era demasiado estrecho para que cupieran más de tres estando el inconsciente tumbado, ya que el primero en llegar había sido el del escueto Thomas Doyle, y todo el mundo sabía que no se pirraba por las florituras. Afortunadamente para todos, Dorian luchó contra sus párpados antes de que pudiera comenzar una pelea por ver quién se encargaba de él durante el viaje.

No hablaba, aunque movía los labios. No abría los ojos, pero sus pálidos párpados surcados por las diminutas venas violáceas temblaban con decisión, intentando no ceder al sueño. Y dio igual que sus sentidos se alzaran en contra, porque no hizo falta que utilizara más que el sentido del tacto para agarrar la muñeca de Abby con tanta firmeza que toda su inquietud se desinfló. Esa no era la determinación de un moribundo...

...o sí. Quizá era la fortaleza de la última voluntad de un hombre que sabía

que estaba en sus horas finales.

Fuera cual fuere su significado, Abby se inclinó sobre él.

—Estoy aquí —murmuró, sospechando que pese a estar consciente no era capaz de escucharla—. Solo ha sido un susto, ¿de acuerdo? En cuanto lleguemos a Denton Park te pondrás bien.

—Yo iré con él —anunció Ashton.

Aquella decisión resultó ser un estímulo para terminar de devolver a Dorian a la realidad. No abrió los ojos, pero apretó tanto la muñeca de Abby que se le pusieron los nudillos blancos. Los ojos de los pocos que quedaban allí dispuestos a ayudar se concentraron en su agarre. Abby no lo pensó en ese momento, pero el proceder de Ashton tendría que haber rayado en la molestia o incluso la decepción. En lugar de armarse con un reproche, soltó una carcajada cargada de buen humor.

—Bueno, ¿quién puede culparle? Yo también la habría elegido a ella para que me cuidase.

Abby esbozó una sonrisa cansada para agradecer un cumplido que a esas alturas ya no significaba nada para ella. Un instante después estaba metiéndose en el carruaje con la correspondiente dama de compañía, que Jess le cedió de muy buena gana después de lanzarle una mirada que decía «ahora lo entiendo todo»... O «no vas a librarte de darme una explicación». Quizá una mezcla de ambas.

En cualquier caso, Abby se encerró con Dorian y se esforzó por darle calor frotándole los brazos, los muslos y el abdomen, quitándose prendas y prendas de ropa para cubrirlo, sacándole los zapatos y calcetines...

—¿Quiere que la ayude en algo, milady? —preguntó la doncella, mirándolos con preocupación. Abby negó con la cabeza.

—No podemos hacer mucho más. Solo esperar a que vuelva a su temperatura corporal original...

Abby dejó de hablar cuando Dorian empezó a balbucear palabras sin sentido. Asomó la cara sobre su rostro para leerle los labios, tratando de

descifrar su significado, pero fue en vano. Al menos al principio: después le pareció que estaba teniendo una pesadilla, lo que la alertó de que algo malo estaba ocurriendo.

—¿Son alucinaciones?

—Eso creo.

La desesperación hizo que le temblasen las manos al arrojárselo con cuidado. Le costó empezar a hablar de nuevo. El pecho le dolía horrores, pero contuvo a tiempo las lágrimas. No quería perderlo. No *podía* perderlo.

—A... Ab-bigail —balbució él, tras intentarlo con todas sus fuerzas.

Abby metió las manos bajo su espalda y lo incorporó, apoyando suavemente la cabeza en su regazo.

—Así es, aquí estoy. Estoy contigo.

—Abby... —Dorian alargó la mano para acariciarle la cara. Viendo que se quedaría a medio camino por el frío en las articulaciones, Abigail la tomó y estrechó para calmar sus temblores. Su sorpresa no pudo ser mayor cuando, al acercarla a la mejilla para tranquilizarlo, Dorian se relajó tanto que sus músculos agarrotados se fueron ablandando poco a poco—. S-sí que lo eres, m-mi Abigail. G-gracias por salvarme.

—Yo no te he salvado. Ha sido el señor Doyle —se apresuró a explicar—. Se tiró al agua detrás de ti y te sacó nadando desde las rocas del acantilado. Y luego se plantó delante de nosotros con una tranquilidad imperturbable... Deberías haberlo visto —continuó, intentando mantenerlo despierto con su parloteo—. Parecía un héroe, uno de esos agentes de la calle Bow que hacen...

—No —cortó él. No podía abrir los ojos y eso le angustiaba tanto que movía la cabeza de un lado a otro, como si estuviera en una pesadilla—. Tú... me has salvado antes, colibrí. Antes de que me cayera... al agua. M-me salvaste apareciendo en mi salón.

La firmeza de su confesión, como si no existiera otra verdad en el mundo, la pilló tan desprevenida que no se preocupó de la tercera presente. Tampoco movió un dedo. Se quedó mirando a Dorian con el cuerpo rígido, asombrada

por la declaración.

Tras salir a trompicones de su asombro, se giró para mirar a la doncella. Esta estaba de la misma guisa, aunque también la observaba a ella con los ojos abiertos como platos.

—No se lo diré a nadie, milady —prometió en voz baja—. Se lo juro.

Abby esbozó una sonrisa aliviada y se lo agradeció en silencio antes de volver a Dorian, que seguía murmurando cosas sin sentido. Conmovera por su arranque y tan angustiada por su estado que no podía hablar, siguió acariciándole la mejilla con una mano y manteniendo la suya pegada al cuello, transmitiéndole el calor que le sobraba.

—C-cuando caía... Cuando caía, y-yo... Pensé que iba a morir. Y pensé que si tú eras lo último en lo que pensaba, si tú... Si me aferraba a ti antes de caer... Dios perdonaría todos mis pecados y me ayudaría a evadir el infierno.

—Nunca irías al infierno. Eres un buen hombre, Dorian, ¿me oyes...?

—Si me muriese...

—No te vas a morir.

—Lo sé, pero si me fuera a morir... —carraspeó, sobrecogido. Aquello derivó en un violento ataque de tos que trajo a la memoria de Abby recuerdos dolorosos. Asustada, no pudo contener un sollozo mientras lo incorporaba para evitar que se ahogara—, no querría hacerlo... No soportaría irme sin decirte que te quiero, colibrí. Te quiero tanto que lo único en lo que pude pensar mientras caía era... era en tus horrorosos vestidos, t-tu espalda rígida, el sonrojo tan característico de tu piel... Abigail, e-estoy... Estoy tan enamorado de ti que Dios no podría llevarme sin pedirte permiso antes, porque te pertenezco más de lo que me pertenezco a mí mismo.

Abby se olvidó de cómo se respiraba cuando Dorian hizo un esfuerzo sobrehumano para abrir los ojos... Y lo consiguió. Lo consiguió y la miró con las pupilas dilatadas, empañadas, llenas de un sentimiento que escapó de sí mismo para envolverla en una nube. Nunca se sintió tan a salvo como en aquel carruaje, al abrazo de esa emoción tan pura y tangible que Dorian le había

regalado a cambio de nada.

No habría podido dudar de su sinceridad ni aunque hubiese querido. Lo conocía lo suficiente para saber que no hablaba en vano y que rara vez había objetivos ocultos en sus exclamaciones. Así que se dejó embriagar por los últimos ecos de la única declaración de amor que necesitaba para ser feliz, y permitió que su primer llanto de alegría causara estragos en ella.

Se inclinó sobre él y depositó un beso tan etéreo sobre sus labios que Dorian ni se dio cuenta. Tampoco se había dado cuenta, dentro de su enajenación, de que Abigail acababa de descubrir qué era lo que realmente quería.

Y no era casarse con Ashton.

Abby llevaba sumida en sus pensamientos desde que había dejado a Dorian en la habitación. Después de decirle que la quería —y de pensarlo se estremecía de nuevo—, se había sumido en un sueño profundo del que el médico tuvo que sacarlo con sacudidas muy poco amables. Según el doctor de la familia, se recuperaría pronto: su temperatura corporal no bajaba de los treinta y cuatro grados, lo que significaba que se trataba de una hipotermia leve y de la que podría reponerse en unos días. Eso había supuesto un gran alivio para Abigail, que después de amplias insistencias por parte del especialista se había separado de su cama y había bajado a cenar.

—Odio las ostras —mascullaba Viviana, una y otra vez—. ¿No existe la posibilidad de convencer a la cocinera para que me prepare algo distinto?

Jess arrugó la frente.

—Teniendo en cuenta que lograste convencer al ayuda de cámara de Saint-John para que le agujerease las camisas, creo que conseguirías lo mismo con mi cocinera. La pregunta es: ¿vas a hacer trabajar a la mujer más de lo que establece su contrato —una sola cena— por un capricho?

—¿Su contrato establece unas horas predeterminadas? No, ¿no? Eso solo lo

establece Marx en esos *dannati* libros que no deberías estar leyendo, pero no le hacemos ningún caso. Por tanto, la cocinera seguirá abajo y puede perfectamente cocinar algo que no me dé ganas de vomitar.

—Baja y pídeselo, pues —declaró Jess, volviendo a su plato—. Y no olvides anunciarte como la duquesa de Saint-John.

—Oye, *culo saggio*. Si estás intentando acusarme de caprichosa, deja que te diga que no soy yo la que ha vivido rodeada de criadas, mayordomos y mozos desde la más tierna infancia. —Continuó refunfuñando por lo bajo un rato más hasta que añadió—: Y yo que pensaba que algún día podría beneficiarme de que fueras la señora de esta casa...

—¿Es que no puedes hacer un esfuerzo? Hay tres platos más esperando, no pasa nada si este lo pruebas y lo dejas... A Abby tampoco le apasiona el pescado y no se está quejando.

—Pero eso es porque Abby no necesita comer —repuso Viviana con brío—. Se alimenta de la grandiosa imaginación que está desarrollando mientras nosotras discutimos. ¿Verdad, *cara*? ¿Abigail?

Abby salió de su ensimismamiento a trompicones, preocupada por si le acababan de preguntar algo verdaderamente importante. Alternó la mirada de una dama a otra, esperando que lo repitieran. Las otras dos, por su parte, intercambiaron un rápido asentimiento antes de clavar sus ojos en ella.

Por un momento, Abby tuvo la sensación de que estaba a punto de ser sometida a un interrogatorio.

En su lugar, Jess empezó:

—No tiene culpa de estar en las nubes. ¿No ves que dentro de poco sus sueños se van a hacer realidad?

—Tienes razón —asintió Viviana, sin quitarle ojo de encima a la protagonista—. Si yo fuera ella también me pasaría el día fantaseando. Definitivamente, su boda será bastante mejor que la mía.

—Un funeral habría sido mejor que tu boda —apostilló la hermana del conde, negando con la cabeza—. Pero estás en lo cierto. La boda de Abby y

Tristane será... increíble. Ya me puedo imaginar todo Denton Park el otoño que viene, con el jardín teñido de ocres y naranjas, una enorme carpa repleta de farolillos...

Abby frunció el ceño.

—¿De qué estáis hablando?

—¿Se lo decimos? —preguntó Jess en voz baja. Viviana le echó un vistazo rápido y luego asintió, a lo que lady Jezabel se estiró y sonrió de oreja a oreja —. Hoy mi hermano me ha dicho que va a pedirte matrimonio. Siento arruinarte la sorpresa, pero creo que todos sabemos aquí lo mal que llevas no saber por dónde va a salir un hombre. No te lo ha pedido aún porque quiere esperar al día previo a Navidad —continuó, cada vez más sonriente—. ¿A que es verdaderamente romántico? ¡En Nochebuena!

—¡Doble regalo navideño! —añadió Viviana.

Las dos continuaron parloteando sin parar sobre preparativos varios, mientras que Abigail intentaba recordar cómo se respiraba.

Ni siquiera la mirada del basilisco podría haberla dejado en peor estado, y ser consciente de ello no la inducía a relajarse, sino todo lo contrario. Acababan de darle la noticia que llevaba esperando recibir casi desde que comenzó la temporada: aquella para la que se había estado preparando y esforzando hasta rozar la extenuación. Aquella para la que había renunciado a sus miedos, a sus reticencias, por la que había pisoteado el decoro y se había creído por encima de él...

—¡...Si vieras el anillo! —seguía exclamando Jess—. ¡Es encantador!

—¿Cómo? —murmuró Abby, presionada por una garra de angustia. Sintió que se mareaba tanto que tuvo que agarrarse al borde de la mesa con las uñas —. ¿Ya tiene e-el anillo?

—Por supuesto —repuso Viviana, feliz—. ¿Qué esperabas de un hombre como el conde de Ashton? Me atrevería a decir que nació preparado para esta clase de operaciones. Para todas, en general. Te vas a llevar a un estratega del amor atractivo y con abolengo; más de lo que siempre soñaste.

Abby negó con la cabeza, sobrecogida por el pavor y tan enojada con sus reacciones que pronto estalló una guerra de recriminaciones silenciosas.

«¿Cómo pensabas que terminaría esto si al final acababa bien?», se reprochó. «¿Por qué te pilla por sorpresa, cuando Ashton ha estado probando distintos acercamientos contigo desde que llegaste a Denton Park...?».

Sacudió la cabeza otra vez, en esta ocasión tan bruscamente que Viviana y Jess dejaron de hablar para prestarle atención. Abby sabía que tenía algo que decir, pero no sabía el qué. Debía justificar un cambio de opinión radical, y la única manera era sustituyendo el nombre de un conde por el de otro.

—Me siento... halagada —musitó al fin—. Creo que nunca pensé que pudiera llegar a este punto. Imaginaba que me quedaría por el camino, o que encontraría a otra mujer, pero creo que me he... me he subestimado.

—Siempre lo has hecho —señaló Viviana—. Te crees que eres un esperpento de padre y muy señor mío y, adivina qué: estás equivocada.

—Supongo que sí... Pero igualmente... —balbuceó, mirándose las manos. Se contó los dedos empezando por el pulgar, luego por el meñique: después comenzó con la mano derecha. Cuando cambió a la izquierda, simplemente lo soltó—. Han pasado muchas cosas desde que quería casarme con el conde de Ashton. Con esto no quiere decir que ya no quiera —se apresuró a añadir, temiendo decepcionar a Jezabel—. Él es... el sueño de cualquier mujer. Es amable, nunca se excede, mantiene la calma bajo toda circunstancia. Y es muy atractivo, aunque eso parece lo de menos cuando carece de defectos. Es solo que... yo no creo que...

Viviana lanzó una mirada aburrida al techo.

—Caray, nunca pensé que se podría tardar tanto en decir «estoy enamorada de Dorian Blaydes». Ahórrate la sorpresa artificial; todos vimos cómo te arrojabas sobre él cuando lo sacaron del agua.

A Abby le costó quedarse inmóvil en el sitio: el cuerpo le pedía levantarse y huir de la mirada juiciosa de Viviana Radcliff, que si por algo era conocida además de por su larga lista de curiosamente encantadores defectos, era por su

capacidad para crearse un juicio complejo a primera vista.

Aunque esta vez no podía echarle la culpa a ella en concreto. Todos los que pululaban por el salón tenían la misma idea de Dorian. No obstante, cuando enfrentó sus ojos de una extraña tonalidad azul acerada, se topó con que no había nada salvo comprensión. Sorprendida, desvió la vista hasta Jess, que sonreía al haber descifrado sus sentimientos ocultos.

—Voy a tomarme la libertad de interpretar ese silencio como una afirmativa —prosiguió la duquesa—. La cuestión es esta, Abby: tu objetivo sigue siendo casarte. ¿Él está dispuesto a casarse?

—Y otra mucho más importante —añadió Jess—. Cuando estás enamorada no aceptas al hombre que amas a menos que se sienta de la misma manera por ti. ¿Él cumple esa regla? ¿Te ama?

Le parecieron las dos preguntas más difíciles que le habían propuesto a lo largo de su vida. La cabeza le daba vueltas, y se suponía que tenía respuesta para al menos una de ellas. Dorian le había dicho que la quería estando en estado catatónico, lo que o bien podía significar que sus sentimientos eran tan profundos que incluso sin ser consciente de sí mismo la evocaba en su memoria, o que estaba confundido y no debía tomárselo al pie de la letra.

Pero no había sido un simple «te quiero», pensaba ella. Ni un «te aprecio», ni un agradecimiento común. Dorian se había declarado admitiendo que le pertenecía, lo había repetido, e incluso se había esforzado por abrir los ojos para que tuviera mayor impacto. No era algo que pudiera malinterpretarse...

—Yo... —empezó. La ansiedad le arañaba el estómago y bombardeaba su cabeza. «¿Se supone que esto es amor?», se preguntaba, tan decepcionada como seducida por el voluptuoso dolor que conllevaba—. Hoy me ha dicho que me ama, pero...

—*Alleluia!* —exclamó Viviana, alzando el puño. Todo el salón se giró para mirarla, incluido el duque de Saint-John. Este la observó con una ceja alzada, recordándole cómo debía comportarse y, al mismo tiempo, riéndose silenciosamente por su arrebató. Ella, ni corta ni perezosa, le guiñó un ojo y

luego se concentró en Abby—. Menos mal. Si me hubieras dicho que estabas enamorada de Ashton, probablemente me habría tirado de cabeza al Támesis en medio de una tormenta. Ese hombre no está hecho para ti. Hasta un ciego sabría verlo.

Jess entornó los ojos.

—Eh, ¿por qué no? ¿Qué tiene de malo mi hermano?

—Sabes muy bien por qué no, lady Ilustrada. —Y le lanzó una mirada tan elocuente como confusa. Viviana aún no era consciente de que nadie era lo bastante inteligente para descifrar sus pensamientos, ni mucho menos sus intenciones—. Lord Ashton es impecable y ella es impecable. ¿Dónde yace el intrínquilis, pues? ¿Dónde está el condimento? ¿Cuál es el sentido de esa unión?

—No me gusta ser la que saca a relucir aserciones antecedentes... —empezó lady Jezabel.

—No, no te gusta ser esa en absoluto —ironizó la italiana.

—...pero fuiste tú la que dijo que Ashton era perfecto para ella.

—Eso era cuando no había comprobado por mi propia mano lo maravilloso que puede ser unir a dos personas completamente opuestas. Es mucho más enriquecedor a la larga.

Una perpleja Abby parpadeó sin poder creérselo.

—¿Significa que te parece bien que...?

—Dios, no, claro que no me parece bien. Blaydes, Talbot y Cromwell forman el trío de los ángeles del infierno. ¡El trío calavera! Solo una mujer con pájaros en la cabeza y una marcada preferencia por el placer físico —y hablo de fulanas— se quedaría con alguno de los tres. Evidentemente mi consejo es que lo pienses muy bien, porque Blaydes... o Standish, no termino de acostumbrarme —rodó los ojos—, no parece de los que se casan. Aunque si fuera tú buscaría la respuesta desde la objetividad.

—Como tú hiciste enamorándote del duque de los ofendidos donde los haya.

—O tú enamorándote de un hombre que parece tu padre —soltó Viviana,

mirando a Jess con los ojos entornados—. No me busques, lady Ilustrada, porque vas a encontrarme.

—No parece mi padre —se defendió—. Solo... solo es alto.

—Alto es un eufemismo si lo comparamos contigo. Le llegas al pecho de puro milagro, Jezabel.

Abby se ausentó de la conversación y se quedó mirando el plato con los labios apretados. Tenía todo el cuerpo en tensión, como si estuviera a punto de arrojarse por un acantilado. Y en cierto modo era así, con el gran aditivo de que no sabía si iría a dar con el agua o con las rocas. Si había algo escrito sobre su futuro, ella no podía leerlo. Lo único que sabía era que por algún motivo que desconocía, Dorian no se consideraba suficientemente bueno para nadie y sobrevaloraba las relaciones carnales hasta el punto de desprestigiar el resto de posibilidades. Y si no quería casarse... ¿Qué le quedaría? ¿Ser su amante?

Desde lo personal no parecía mala idea. De hecho, la llenaba de una excitación que le cortaba el aliento. Sin embargo, no podía hacer eso. No podía quedarse en casa de lord Stratford para siempre. No podía renunciar a un futuro ideal con un hombre perfecto solo por noches de pasión con uno que no la quería lo suficiente como para tomarla como mujer...

...Porque si quisiera hacerlo ya se lo habría pedido. Él era consciente en todo momento de que se iba a casar con otro hombre. La había tocado, besado y adulado sabiendo que tarde o temprano se prometería, y jamás había comentado nada al respecto. Nada que pudiera entrar en la categoría de celos, posesión... Ni siquiera se refirió al conde de Ashton en malos términos con el objetivo de desacreditarlo o convencerla de que había otras salidas.

Quizá no la quería y solo la deseaba.

Debía ser eso. ¿Quién en su sano juicio iba a enamorarse de Abigail Appleby, existiendo otras muchas mujeres agradables, hermosas y pasionales? ¿Qué tenía de encantador una solterona más cercana a los treinta que a los veinte y que aún se ruborizaba si un hombre le daba los buenos días?

«No», se cortó a sí misma.

No, no iba a renunciar al amor de Dorian por su falta de amor propio. Si le había dicho que la amaba, era porque lo hacía, y no cabía otra discusión. Podían ser sentimientos genuinos, sentimientos que le habían sorprendido, sentimientos adquiridos con el roce, un enamoramiento instantáneo, una pasión ineludible... Podía ser cualquier tipo de amor y sus matices le eran desconocidos, pero estaba allí.

Él sentía algo y tenía que aferrarse a ello.

—Necesito tomar el aire —declaró, algo mareada.

Jess y Viviana, enzarzadas en una discusión que parecía centrada de nuevo en las ostras y en Marx, se giraron para mirarla y asintieron.

—Sal por la puerta trasera y sigue el sendero —le dijo Jezabel—. Llegarás a un pequeño lago donde acostumbran a pulular las luciérnagas. Es el lugar donde mi hermano y yo solíamos ir cuando estábamos preocupados. Allí he tomado muchas de las grandes decisiones de mi vida.

—¿Como por ejemplo? —inquirió Viviana—. ¿La manera en la que te vas a declarar?

—Sí, ese es un buen ejemplo —sonrió Jess, tan excitada como nerviosa. Miró a Abigail con los exóticos ojos dorados brillando de emoción—. Esta noche lo voy a hacer, Abby.

—¿De veras? ¿Por fin? —Abby parpadeó, contagiada por su agitación—. ¿Cómo? ¿Cuándo?

Jess hizo un gesto ambiguo con la mano.

—Mañana hablaremos. Ahora debes centrarte en ti. Tienes muchas cosas en las que pensar.

Abigail le tomó la palabra, asintiendo y abandonando el salón con la mayor discreción posible. Imaginaba que si Jess y Ashton tomaban todas sus decisiones al amparo del lago de Denton Park, debía ser porque el agua tenía propiedades milagrosas. Los hermanos eran conocidos como las dos personas más afortunadas de Londres, y por vez primera, las habladurías acertaban. No

conocía a dos seres humanos con mejor suerte o que supieran llevar sus asuntos con tanta destreza.

Siguió el sendero encogiéndose dentro del chal. No le hizo falta forzar la vista: las luces titilantes de las luciérnagas se avistaban desde la lejanía, creando un ambiente romántico e incluso mágico que la tranquilizó. Abby inspiró profundamente y se fue acercando poco a poco, dejándose embelesar por el chapoteo de los peces en el agua, el sordo sonido de la brisa y el canto de los grillos.

En completo silencio, se sentó en la orilla en posición de loto —cuidándose de no mojarse los pies y de que la tierra no estuviera húmeda— y se fijó en las pequeñas porciones de espacio que iluminaban las luciérnagas.

El movimiento la tuvo ensimismada hasta que se percató de que no estaba sola.

Al principio oyó solo un murmullo, pero pronto fue creciendo de manera que pudo reconocer quiénes eran.

—¡Te he dicho que no me toques cuando estoy *rubicunda*! —gritó una voz femenina con marcado acento italiano.

—Mi amor, eres tan rubia como yo soy santo —replicó un hombre. El tono que utilizó se le antojó irreconocible: era lord Cromwell, de eso no cabía la menor duda, pero en su voz había una nota de ternura que curiosamente no derivaba a la seducción, sino a la fascinación de un hombre por una mujer—. Creo que querías decir... rabiosa, furibunda, o... Quizá excitada.

—¿Excitada? ¡Está claro que no hablamos el mismo idioma! Tú no me excitas, ni me provocas, ni me gustas. Te lo he repetido hasta la *suciedad*...

—Saciedad —corrigió. Abby escuchó que una rama crujía, e imaginó que era Cromwell acercándose a Valentina. La idea la preocupó, pero no pudo moverse. En parte porque si estaban a solas allí, tan alejados, no podía ser por casualidad—. Y yo no diría eso cuando hace unos minutos me besabas como si fuera la última noche en la Tierra...

Abby abrió los ojos como platos.

—¡Cállate, rata inmunda! ¡Te he dado puerta cada vez que te he besado! ¡Y sabes por qué lo he hecho: por Abigail, para concederle un poco de paz y *sorriego*!

La carcajada ronca de Cromwell no se hizo de rogar.

—Ni siquiera sé qué es «sorriego».

—¡Ni falta que te hace! ¡Solo tienes que saber que te odio, y no quiero que te acerques a mí...! —Hubo una pausa—. ¿Qué haces? *Mamma mia*, ¿es que no te importa perder la dignidad?

—Mi amor... La única que pierde la dignidad aquí eres tú, fingiendo que no te intereso. Y espero que no tengas la desfachatez de mentirme mirándome a los ojos, porque te tiemblan las piernas cada vez que me acerco.

—¿Cómo te atreves? Tú... tú... ¡Eres un saco de *estéril*! ¡O de estiércol! ¡Como se diga! —gritó, absolutamente fuera de sí—. ¡Sapo asqueroso! Pedazo de animal, inútil y cabeza hueca... Tienes suerte de que me hayan educado bien y tenga muy buenos *mortales*, que si no estarías hundiéndote en las profundidades de ese lago... ¡*Caballa* egocéntrico y manipulador!

—Y si soy todo eso —replicó casi al instante, con un ronroneo que le habría puesto el vello de punta al más fuerte—, ¿por qué no me pides que te suelte?

Valentina bufó como un toro y, a continuación, se escucharon los crujidos de las ramitas, cediendo bajo sus pisotones airados. Abby tuvo la prudencia de hacerse una bola y esconderse detrás de un matorral: Dios sabía hasta dónde podía llegar la furia mediterránea de la que tanto se jactaba Viviana.

Imaginó que Cromwell iría detrás de ella como tenía acostumbrado, pero no lo hizo. Supo que se había quedado inmóvil al otro lado de la orilla.

Todo se sumió en un silencio que solo fue corrompido un instante por un suspiro. Killian McKenney, lord Cromwell, suspirando. Y no era un suspiro de amor o resignación, sino algo mucho más complejo.

—Siento haber ofrecido este espectáculo —dijo de repente. Abby se sobresaltó. Estaba levantándose para volver a la casa cuando su voz cansada la hizo recular—. No voy a molestarla, descuide. Estaba aquí para pensar, tal

y como me ha recomendado lord Ashton. Si ha venido a hacer lo mismo puede estar tranquila.

Abby maldijo su buena educación por empujarla a contestar. Aunque se planteó replicarle haciendo referencia a su comportamiento pasado y a lo poco que se podía confiar en él —sobre todo después de haberle escuchado discutiendo acaloradamente con una mujer a la que era imposible hacer enfadar—, al final optó por una ambigüedad consecuente.

—Siempre y cuando se quede en esa orilla.

Se lo imaginó sonriendo.

—De acuerdo, milady.

Su respuesta fue tan dócil que se sintió mal automáticamente, y por el hecho de sentirse así, su angustia se intensificó.

Cromwell no era la clase de hombre por el que una mujer decente tendría compasión: el trato que Valentina le había dispensado era el que habría procedido si ella fuera un poco más atrevida, y tal como la italiana había hecho, pedir disculpas después de señalar verdades no entraba en las posibilidades.

«Le has dispensado un trato peor si cabe», se recordó. «Lo abofeteaste».

Lejos de satisfacerla en lo más mínimo, el recuerdo hizo que se ruborizase de vergüenza y tuviera que contener el impulso de suspirar. Ese comportamiento no era digno de ella: de nadie, en realidad. No se arrepentía porque en su momento estuvo justificado, pero si se paraba a pensar en la muestra de mala voluntad que había tenido...

Cuando llevaba un rato dándole vueltas a la cuestión y se percató de que Cromwell no se había movido, separó los labios declarándole la guerra al sentido común y se disculpó.

—No estuvo bien por mi parte ofenderle de esa manera.

Hubo un silencio.

—¿Se refiere al cachete? No me pida perdón; me lo merecía. Cometí el error de tomarme demasiadas confianzas. Acepte usted mis disculpas —pronunció,

con el toque justo de arrepentimiento—. No volveré a excederme, se lo juro por mi honor.

Abby le agradeció a la oscuridad que cubriese su sonrisa irónica.

—No sé cómo tomarme que jure por algo que hace unos minutos ha demostrado no tener, milord —se atrevió a decir—. Aunque me conformaría si prometiera también que no volverá a excederse con ella. La señorita Conti es una buena amiga mía, y no me gustaría que tuviera que sufrir lo mismo que yo.

Siguió un silencio tan prolongado que Abby asumió que no iba a decir nada más.

—Mucho me temo que eso no se lo puedo prometer, milady.

Abby arrugó el entrecejo. Pensó en escupir varios improperios, repentinamente envalentonada, pero al final los pasó por el filtro de la educación para manifestarse pacíficamente. Una cosa era que la persiguiera a ella, algo que, si bien no soportaba y le hacía pasar las noches en vela, era su problema. Se convertía en otra muy distinta cuando atosigaba a uno de sus seres queridos, llegando a sacarlo de quicio de esa manera.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Sería una falta de indiscreción pedirle que me contara qué placer encuentra en incordiar a mujeres que no quieren saber nada de usted?

—Si se incluye en el grupo, ha de saber que mi objetivo al insistir en quedarme a solas con usted no era incordiarla. Y dicho sea de paso, las intenciones que me movían a acercarme a usted eran muy distintas a las que me empujan hacia la señorita Conti. Por último, sepa que no tengo por costumbre molestar a nadie. La señorita Valentina Conti me declaró la guerra y yo me defiendo de la mejor manera que sé.

Abby percibió una inclinación a la lacerante melancolía detrás de su palabras, lo que contrastó tanto con el regocijo y la ternura de su tono que no supo a lo que aferrarse.

—Ha estado mal por nuestra parte querer... apartarlo del medio... con otra mujer.

—Tampoco se disculpe por eso. Le agradezco que haya introducido a la señorita Conti en mi vida.

—¿Cómo? —exclamó Abby sin querer, perpleja—. Milord... Si tiene pensado... eh... seducir a Valentina... S-si lo que q-quiere es...

—¿Se ha dado cuenta de que siempre tiende a ponerse en lo peor? —interrumpió Cromwell quedamente—. Milady, ¿cree que a pesar de mi mala fama y lo que conoce de mí, podría sopesar la posibilidad de que estuviera interesado *de veras* en una mujer?

Abby abrió la boca para dar enseguida una respuesta negativa, pero luego volvió a cerrarla. Le vino a la cabeza el eterno reproche de Jess hacia Viviana: «estás lanzando un prejuicio». Claro que ella no estaba siendo prejuiciosa, sino simplemente basándose en lo que sabía...

—¿Pretende casarse con ella? Usted... ¿Usted la...?

—La amo, sí —dijo solamente—. Y ella me ama a mí, pero es demasiado... *italiana* para reconocerlo. Su abuela me odia, su hermana me arrojaría a los buitres, y hasta hace poco ella misma pensaba que soy la clase de hombre de la que huye, lo que significa que no me cree, y peor: *no quiere creerme*. Por tanto... pretenda lo que pretenda, no parece viable.

»Por el momento.

—Por el momento —repitió Abby mecánicamente—. ¿Desde cuándo...? ¿Por qué...? ¿Cuánto lleva...? —Sacudió la cabeza—. Debe disculparme si no confío en usted.

Su voz llegó como un eco desde el otro lado del lago.

—La entiendo. Solo puedo decirle que no es precipitado. Usted sabrá mejor que yo cuánto tiempo lleva la señorita Conti distrayéndome de sus asuntos maritales. —Abby despegó los labios para regañarle por el atrevimiento, pero él la interrumpió—. No me malinterprete. Me alegra que se busque la vida, milady. Denota una gran audacia.

—Usted no tiene por qué opinar, ni positiva ni negativamente, sobre lo que hago o dejo de hacer.

—Y usted tampoco tendría por qué opinar sobre mi relación con la señorita Conti, y mírenos. Estamos en punto muerto, ¿no? De todos modos creo que va siendo hora de que me vaya —anunció. Se escuchó el crujido de unas rodillas, seguramente al levantarse, y a continuación el disimulado sonido de sus pasos al rodear el lago—. Espero que le cunda la hora de reflexión, milady.

—Un momento —interrumpió Abby, poniéndose en pie a trompicones. A pesar de la oscuridad, supo que Cromwell estaba lo bastante cerca para que la situación se malinterpretase. Inspiró bruscamente—. Si quiere cortejar a la señorita Conti, le deseo mucha suerte y le doy mi bendición aunque no la haya pedido y solo si es cierto que la ama. Pero también le pido, y espero que lo tenga presente, que se centre solo en ella y no persiga a otras mujeres... como ha hecho conmigo. Estoy segura de que no sabe por lo que la señorita Conti ha tenido que pasar durante su adolescencia... y no me corresponde a mí contarle. Solamente suplico que tenga presente que es frágil, y...

—Está usted equivocada, lady Abigail. La señorita Conti es cualquier cosa menos frágil, al igual que usted. El mundo las ha convencido a ambas de que son de cristal y hay que protegerlas, cuando son fuertes como ninguna otra.

—¿Es eso lo que le atrajo de nosotras? ¿Es la característica común que le gusta de las mujeres?

—Yo nunca me he sentido atraído hacia usted, milady —dijo en tono contrito.

—¿Entonces por qué me perseguía?

—Porque necesitaba hablar con usted.

Abby tragó saliva.

—¿Sobre qué?

El silencio inundó el espacio entre ambos con una elevada nota de suspenso. Abby estuvo a punto de morderse las uñas: Cromwell estaba allí, delante de ella... No podía verlo, tampoco lo sentía como una presencia extrasensorial, pero lo oía respirar.

Por un momento temió que se echara encima de ella. Pensó que toda la

disertación sobre Valentina había sido una excusa para acercarse a ella...

—Deme su mano.

—¿Cómo? —Retrocedió instintivamente—. No.

—Solo deme su mano, lady Abigail. Confíe solo esta vez en mí, y si la decepciono, no vuelva a acercarse. Pero deme su mano y la oportunidad: ambas cosas.

—Pide usted demasiado. Se está olvidando de la clase de hombre que ha sido durante esta temporada...

—Por favor —pidió en voz baja—. Solo extienda la mano. No me moveré de aquí.

Abby contuvo el aliento hasta que tomó la decisión de arriesgarse. Si él la agarraba y tiraba de ella para abrazarla, si se propasaba, si aprovechaba la excusa de su claudicación para tomarse nuevas confianzas... Si hacía todo eso, estaría perdida.

Manchada.

Pero él cumplió su palabra. Encontró su mano y con cuidado la giró de manera que la palma apuntaba hacia el cielo. No la tocó más de tres segundos: depositó en ella un material frío que no reconoció y luego se retiró sin decir nada más. Aquella actitud extraña dejó a Abigail sumida en el silencio y en la ansiedad por no poder ver qué era lo que acababa de darle. Por eso no tardó en correr hasta la casa una vez lo hubo perdido de vista.

Con la mano comprimida en un puño y la impaciencia arrugándole el ceño, se cobijó en el recibidor de la mansión, perfectamente iluminado con lámparas de gas. Todos los invitados se habían acostado ya, por lo que seguramente al día siguiente la mirarían a la espera de una explicación que no sabría dar.

Pero todos sus pensamientos y reticencias se desvanecieron cuando abrió la mano y se topó con una cadena de plata de la que colgaba una lágrima, esta con la esquina apuntando hacia abajo.

«No hay mayor insensatez que hablar en voz alta de lo que el corazón debe callar, especialmente si eso incluye la revelación de una pasión impúdica».

Extracto del *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

Después de reconocer el encaje del colgante que le dio su madre, quedó paralizada. No sabía cómo interpretar que estuviera en su poder algo que había pertenecido a lady Stratford. Pensó en colarse en sus aposentos y pedirle una explicación, pero estaba tan conmocionada que no podía despegar los labios. Y así pasó la noche; con los ojos clavados en el techo, dando vueltas sin conciliar el sueño y obsesionándose tanto con la cadena que cuando por fin pudo descansar unos minutos, lo hizo con la lágrima de plata en la mano.

A la mañana siguiente no hubo manera de tapar las pronunciadas ojeras, pero no le importó. Antes de desayunar se deslizó hasta la habitación de Dorian: asegurarse de que había mejorado aplacaría buena parte de su ansiedad. Confió en que nadie tendría la misma idea que ella y entró sin llamar, quedando sorprendida al ver que Celinia Haviland estaba sentada a un lado de la cama, sosteniéndole la mano.

Abby despegó los labios para saludar o para explicarse, puesto que la mirada de la mujer sugería directamente que preferiría lo segundo, pero no

pudo. Sus ojos se quedaron clavados en la unión de los dos: Dorian estaba dormido con la cabeza ladeada en su dirección, mientras que la mirada de Celinia era la viva representación de la ternura...

Celinia era su amante. Celinia... *seguía* siendo su amante. O quizá no, pero era evidente que una relación estrecha los seguía uniendo. La mujer era orgullosa como todo su árbol genealógico: no se acurrucaría tan cerca de Dorian si no supiera que él iba a recibirla con los brazos abiertos.

¿En qué lugar la dejaba a ella, de ser así? ¿Quién era para Dorian Blaydes? ¿Era Abigail Appleby alguien importante realmente, o solo era lo que había querido creer...?

—¿Quería algo, lady Abigail? —preguntó Celinia, con un tono moderado que la hizo sentir fuera de lugar. No pertenecía a aquella habitación.

Abby negó con la cabeza y balbuceó cualquier estúpida excusa para retirarse. Sintió los ojos de Celinia clavados en ella durante todo el viaje a la puerta. Se le antojaron poco mejor que los clavos de la perdición de Cristo, retorcidos en su espalda como esa puñalada a traición que empezaba a escocerle.

Bajó al gran salón sin entretenerse con nada más y sin concederse ninguna tregua. Quizá no era la más apasionada ni la más descarada, pero tenía un don fingiendo que todo andaba de maravilla y haría alarde de esa deseada virtud desayunando como si tal cosa. Ubicó a sus amigas charlando en voz baja cerca del balcón y se acercó forzando una sonrisa tranquila, cuando en el fondo le quemaba la imagen de esas manos unidas y más aún la lágrima plateada escondida en los bolsillos.

Al principio se dirigió a Viviana, que charlaba con su hermana alternando oraciones en italiano. No parecía haber reproches entre ambas, pero la mayor estudiaba a la menor con ojo crítico, como si temiera que de un momento a otro fuera a echar a arder. En cuanto a lady Jezabel, parecía muy ocupada removiendo su taza de té distraídamente. Tenía los ojos perdidos en la línea del horizonte del otro lado de la ventana.

Verla tan pensativa hizo que recordara la conversación de la noche anterior.

—Jess —saludó, acercándose para rodearla con el brazo—. ¿Cómo ha ido...?

Viviana no le dejó finalizar la oración. La apartó suavemente cogiéndola por el hombro y la agarró de la muñeca antes de que pudiera llegar a tocar la figura distante de Jezabel, que ni siquiera la había escuchado. Tiró de ella hasta que estuvieron cara a cara, y sin decir nada, Viviana negó con la cabeza. Abby trató de pedir una explicación, pero cuando Jess se giró se dio cuenta de que no la necesitaba.

Sus ojos hinchados y enrojecidos eran mucho más elocuentes de lo que podrían serlo las palabras.

—Voy a dar un paseo —anunció, con una voz carente de emoción que le puso el vello de punta.

Sin esperar a que se ofrecieran a acompañarla, Jess se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida. No miró a nadie, pero si lo hubiera hecho —justo como hizo Abby para asegurarse de que el culpable era quien pensaba—, se habría percatado de que lord Leverton la perseguía con la mirada.

Lo que siguió fue la clase de doloroso silencio del que le habría gustado no ser cómplice.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Abby en voz baja.

—No lo sé, pero me lo puedo imaginar —contestó Viviana en el mismo tono—. Cuando me colé anoche en su habitación, justo después de su cita con Leverton, me la encontré encogida en la cama y llorando a lágrima viva. Nunca pensé que Jess sería tan... sentimental —añadió con un hilo de voz—. Y nunca pensé que la tristeza ajena podría conmoverme. Estuve con ella toda la noche y no paró hasta el amanecer.

—Virgen santísima... ¿No le preguntaste nada? Aunque fuera de manera sutil.

—Le pregunté de todas las maneras en las que se puede preguntar a alguien. Con cuidado, con amenazas, contándole mis miserias para ver si la inspiraban, sobornándola con sus pastelillos preferidos... No hubo modo alguno de

hacerla hablar. Se cerró en banda y no le saqué ni una mísera palabra. Ni un triste balbuceo. *Niente*.

—Deberíamos ir con ella —murmuró Abby, lanzando una mirada preocupada al otro lado del cristal—. En momentos como estos nadie quiere estar solo.

—Tienes razón. Voy a ir con ella, aunque no estoy segura de que... *Andare* —masculló Viviana repentinamente. Abby se giró para seguir el recorrido de su mirada, y se topó con que Leverton dejaba la taza en la repisa y salía del salón bruscamente, dejando a Megara Swift con la palabra en la boca—. Creo que ahora tengo más motivos para ir.

—¿No deberían hablar? —preguntó Valentina—. A lo mejor él se arrepiente...

Viviana la silenció con una mirada, aireando lo mucho que había aprendido de su marido.

—Si un hombre es capaz de hacer llorar a una mujer de ese modo —empezó, tan despacio que podrían haberlo escrito a tiempo en un papel—, es porque su brutalidad no conoce límites. Y no pienso permitir que un patán con la altura de la torre de Londres le aseste la puñalada fatal. Así que, si me disculpáis...

No esperó ningún asentimiento o ánimo. Se marchó a paso ligero, levantando la brisa a su alrededor y dejando solas a Valentina con el gesto torcido, y a Abigail con una preocupación más añadida.

Aquello inevitablemente la llevó a pensar en cómo sería conveniente proceder, en qué era importante resolver... Tuvo la respuesta delante de ella cuando Valentina se giró para preguntarle algo que no escuchó.

Valentina.

—Valentina —repitió. Ella dejó de hablar para atender con curiosidad—. ¿Por qué lord Cromwell me perseguía?

Como si hubiera aleccionado una palanca, la joven dejó de sonreír y se quedó inmóvil en el sitio. En cualquier otra circunstancia la habría compadecido por su expresividad, pero en ese instante no pudo sino alegrarse

de que la verdad y la mentira se reflejaran en su rostro. Y en este caso, decía sin necesidad de palabras que no iba a contestar, mas conocía la respuesta.

—Porque estaba interesado en ti, ¿no? No lo sé —mintió—. Esa rata inmunda y yo no solemos...

—Anoche os escuché en el lago —soltó sin tapujos. No pudo evitar pensar en lo mucho que se asemejaba esa franqueza a la de Dorian—. Jess me lo recomendó como sitio al que ir para estar a solas conmigo misma y relajarme. Asistí sin querer a vuestro intercambio.

—Entonces te diste cuenta de que digo la verdad —repuso Valentina, estirándose—. No sé nada de ese hombre salvo que es un provocador y un zafio tenorio que no sabe guardarse las manos donde debe. Me limitaba a protegerte de...

—Tina —cortó suavemente. La cogió de las manos y sonrió con dulzura—, yo no soy tu hermana. No voy a gritarte si admites que tienes sentimientos por él. Y si no los tienes —añadió, observando que el ultraje hacía vibrar sus pupilas—, de acuerdo, eso significa que no le has hablado de ti... que no significa que él no te haya hablado de sí mismo, de lo que estoy muy segura. Está enamorado de ti, así que apuesto lo que sea a que te ha dicho cuál es el turbio motivo acerca de esto.

Mostró la lágrima de la cadena estirando los dedos, pero Valentina no atendió a la diminuta pieza de joyería. Se quedó mirándola con los ojos abiertos como platos y la vista desenfocada, como si acabara de ver a un fantasma.

—¿Valentina? —Probó a ponerle la mano en el hombro—. Valentina...

Después de un soberano esfuerzo, la joven superó el shock y la miró, aunque aún sobrepasada. Abby se encontró pensando en cuánto podría agradecerle lord Cromwell que hubiera mediado por su señoría. Estaba segura de que Valentina acababa de darse cuenta de que le correspondía.

—Yo... —carraspeó, clavando la vista en el suelo—. No me corresponde a mí decírtelo.

—Tina...

—Ve a buscarlo. Ha salido hace un rato, creo que a la biblioteca.

—De acuerdo —asintió, dándose la vuelta. Luego lo pensó mejor y volvió a girarse como si acabara de acordarse de algo. Miró a Valentina con cariño y sonrió—. Fingir que no lo amas no hará que desaparezca el sentimiento.

Se volvió rápido para salir del salón, pero no lo suficiente para no atisbar a tiempo la nota de tristeza que ocupó sus ojos. Verdaderamente estaba convencida de que Cromwell no podría amarla jamás. Le conmovió tanto saberlo que estuvo a punto de quedarse con ella, hablándole de todo lo que él había mencionado la noche anterior. No obstante, no era su trabajo y ciertamente tampoco era nadie para meterse. Decidió ser optimista por primera vez en la vida y se convenció de que lo resolverían tarde o temprano.

Emprendió la marcha hacia la biblioteca, perdiéndose tantas veces que cuando llegó, estuvo casi segura de que Cromwell ya se había marchado. No fue así: empujó la puerta y se topó con su inconfundible figura. Estaba de espaldas a ella, manejando unos cuantos libros en la mano izquierda y husmeando con la derecha, ajeno a que se acercaba con el corazón en un puño.

O eso pensó ella. Justo cuando despegó los labios para hablar, él giró sobre sus talones y la encaró. La miró con esos brillantes ojos azules que querían decir tantas cosas, que al final lo conveniente era permanecer en silencio. A Abby le sorprendió no haber reparado antes en sus matices: quizá había sido el miedo a encontrar algo conmovedor que le haría perdonarlo, o tal vez la falta de observación. Ahora se fijaba y no encontraba nada en ellos que no fuese ternura o la inabarcable soledad del que nunca se ha merecido vivir lejos del amor.

—Se turnan los papeles, milady —comentó, con una sonrisa tensa—. Ahora es usted la que me asalta.

—Espero que no —repuso ella, con un gesto de la familia del nerviosismo—. Yo no le habría dejado hablar en su lugar, y tengo la esperanza de que me escuche.

Cromwell suspiró tan profundamente que le pareció que acababa de liberar todos los fantasmas de su cuerpo.

—Llevo años esperando que te acerques. Incluso cuando no sabía dónde estabas —admitió, con un tono que a pesar de su contención no logró retener una afectación abisal. Solo por eso, Abby olvidó que la estaba tuteando—. Supongo que quieres saber por qué tengo la mitad de la cadena.

Ella asintió muy despacio.

—¿Conociste a mi madre personalmente? ¿Lady Stratford?

—Así es... O más bien ella me conoció a mí. Fue la que vino en primer lugar. La recuerdo como una mujer muy amable.

—¿Cuándo... fue eso?

—Cuando tenía cinco o seis años —contestó, despacio—. Se notaba que le entusiasmaban los niños. Por eso sufrió tanto por no poder tenerlos. La última vez que la vi lo tenía grabado en los ojos... El dolor de no haber podido concebir.

Abby empezó a respirar artificialmente, pero no le interrumpió. Continuó sosteniéndole la mirada, haciendo un gran esfuerzo por no dejarse amedrentar por lo que imaginaba que estaba por llegar.

—Aunque también parecía feliz por tenerte a su lado. Fuiste lo mejor que pudo pasarle... Supongo que te lo habrá dicho siempre que tuvo oportunidad.

—Sí —contestó, con la mirada perdida—. Me lo repetía mucho.

Cromwell pareció dudar.

—No quiero condicionar tu vida, Abigail. Y quiero que sepas que no me habría acercado a ti si no hubiera visto... —inspiró—. Si no hubiera visto que eres infeliz. O lo eras hasta hace poco. Últimamente tienes otra luz.

—Quiero saberlo —se escuchó decir. Luego volvió en sí misma y lo repitió, más alto y claro—. Quiero que me digas... por qué, y cuándo... Y... —Cerró los ojos un momento—. Mi vida siempre ha estado condicionada. Nunca he terminado de saber los motivos, así que si puedes darle una respuesta... Hazlo, por favor. Porque lo sabes todo, ¿no es así? Sabes... Sabes por qué mi padre

siempre ha sido distante. Te imaginas lo que mi madre pudo decirme en su lecho de muerte.

Cromwell asintió en silencio, sin perderse detalle de su expresión. Ella trató de calmarse solo por la preocupación que reflejaba al mirarla. También había dolor por si le hacía daño, la asustaba o reaccionaba mal.

Había tantas, tantas cosas...

¿Por qué no se había dado cuenta antes?

—Tu madre siempre supo que tarde o temprano lo sabrías. No quería ocultártelo... Bueno, sí quiso ocultártelo —confesó, bajando el tono—. Habría callado para siempre si no hubiera estado yo en medio. Aunque no fue mi existencia en sí lo que le hizo recular: lady Stratford se solidarizó conmigo sin que tuviera que pedirlo. Ella sabía... Sabía que se estaba llevando lo más importante de mi vida, lo único que me quedaba. Y me prometió que me lo devolvería alguna vez.

Abby apartó la mirada, no tan avergonzada por que la viese llorar como por haber sido tan injusta con él. Si había algo que dolía no era saber la verdad, sino haberse alejado deliberadamente de él poniendo estúpidas excusas que ahora ya no tenían sentido.

—Si necesitas llorar, o... —empezó Cromwell, dando un paso dubitativo al frente—. Puedes hacerlo, Abigail. Supongo que es demasiado repentino, y que a nadie le gustaría descubrir algo así...

—¿Cómo llegó lady Stratford a mí? —preguntó, volviendo a mirarlo. Él aspiró como si quisiera cortar allí mismo y dejarla ir, pero debió ver algo en sus ojos que le impidió dar marcha atrás—. ¿Mis padres no me querían? *Nuestros* —corrigió, con un hilo de voz—. Nuestros... padres. ¿Los McKenney son mi familia?

Cromwell negó con la cabeza.

—El padre de lady Stratford, tu abuelo, no era hombre de una sola mujer —empezó, mirándola como si no deseara nada más en la vida en protegerla de la verdad, de la mentira y de cualquier cosa que pudiera hacerle daño—. Tuvo

diversas amantes durante sus estancias en Londres, pero en una de ellas cometió el error de dejar embarazada a una muchacha de apenas quince años. Su esposa se enteró y, en lugar de entrar en cólera, decidió cuidarla por su cuenta. La joven tuvo una hija que pronto se convirtió en una hermana de sangre para lady Stratford, puesto que tu abuela... —Hizo una pausa, esperando que lo corrigiese. Al ver que no lo hacía, prosiguió—. Tu abuela acabó presentándolas. Esta joven de la que te hablo, la nueva amiga de lady Stratford, se llamaba Abigail —concretó, con una media sonrisa—. Se querían muchísimo, pero nadie podía saber de su existencia por obvios motivos, así que hacía su vida lejos de la mansión en la que ahora vives.

»Abigail trabajó como sirvienta en una gran casa: la de lord Paynter, mi padre. Lord Paynter se enamoró de ella nada más la vio, o eso asegura. Fuera amor o lujuria, fue quien la dejó embarazada y quien intentó deshacerse de ella cuando se enteró. Pero cuando supo que había tenido un hijo varón, cuando su esposa no había logrado engendrar uno... Todo cambió. Puedes imaginar quién es ese varón.

»Intentó hacerse conmigo a toda costa, pero Abigail se lo impidió, resguardándose bajo el ala de lady Stratford. Ella nunca llegó a verme hasta que naciste tú.

Abby miró hacia todos lados, confusa.

—Yo no... ¿No soy tu hermana?

—Lord Paynter nunca dejó de mantener relaciones con Abigail, en parte para llegar a mí —prosiguió, tenso.

—Entonces lo soy —contestó quedamente.

Su nuez de Adán tembló al asentir.

—¿Se supone que nos... regaló? —preguntó ella, temblorosa—. ¿No nos quiso?

—Ella nos quería muchísimo, pero murió de tisis.

Abby contuvo un sollozo.

—Como lady Stratford —musitó—. ¿Y qué pasó entonces? ¿Paynter se

quedó contigo...?

—Lady Stratford quiso llevarme con ella también, pero lord Stratford se negó en rotundo a vivir en el escándalo y a cederle su herencia a un niño que no tenía su sangre... y Paynter estaba en medio, pugnando por arrastrarme con él y ganar a su dichoso heredero. Me quedé solo, así que como puedes ver, fue él quien ganó mi custodia.

Abby aguardó en silencio, asimilando toda la información. Él no osó importunarla, sabiendo que necesitaba un momento... o quizá varios. Tal vez toda una vida. Pero Abby lo sorprendió y se sorprendió a sí misma asintiendo, secándose las lágrimas y mirándolo directamente a los ojos.

—Lo siento —dijo, con el corazón en la mano. Se acercó a él temblando de la cabeza a los pies—. Siento no haberte escuchado antes, haber pensado lo peor de ti y haberme dejado llevar por las apariencias, las habladurías... ¿Crees que podrás perdonarme por lo injusta que he sido contigo?

Cromwell venció a la sorpresa y la confusión para acabar esbozando una sonrisa trémula. Se quedó a medio camino, pero la emoción y el alivio del momento lo alejó de la inquietud.

—No creo que exista algo que no pueda perdonarte, Abigail.

Ella apretó la mandíbula para contener el llanto. Le costó lo indecible hablar sin rendirse al instinto de romperse en mil pedazos.

—¿Me querías?

—Tanto que parece que fue ayer cuando te separaron de mí. Pero no te sientas culpable. Tenías unos meses de edad; es lógico que no recuerdes nada.

—¿Cuántos años tenías tú?

—Seis.

—¿Y cómo es posible que no sepa nada...? ¿Cómo pudiste llegar a la casa de Paynter con esa edad y que no se corriese la voz?

—Se corrió la voz, y estoy seguro de que tú lo sabes muy bien. El rumor de que soy un bastardo es un secreto a gritos, y sus consecuencias son visibles si te fijas un poco. Las matronas no me tienen en cuenta como carne matrimonial,

no puedo entrar en ningún club de caballeros y rara vez soy invitado a bailes de familias bien consideradas. Aun así... Son las palabras de Paynter contra las del mundo entero. Si él dice que soy su hijo biológico, ¿quién osaría contrariarlo mirándolo a la cara?

—Dios mío... —Negó con la cabeza—. Tuviste que pasar por tanto, y completamente solo...

Cromwell tragó saliva y, como si no pudiera contenerse más, se acercó a ella y la envolvió entre sus brazos.

Podría no habérselo creído. Podría haber elegido dudar de todo, darle la espalda y enterrarlo en un rincón del olvido. Podría haber ignorado desde el principio aquella prueba de la relación directa con lady Stratford... Pero sabía y siempre había sabido que no existía otra verdad que esa. Y quedó reafirmado cuando él la abrazó con el cuerpo tembloroso por lo que llevaba tiempo escondido, y ahora era brutalmente liberado. Nadie la había querido así jamás. Lord Stratford nunca la sostuvo como si fuera lo más precioso de su mundo, ni sintió que era capaz de reconfortar a un ser humano con la simpleza de echarle los brazos al cuello. Nunca había tenido la sensación de estar salvando a alguien solo tocándole y concediéndole algo que, lo aceptara ella o no, estaba allí y era innegable.

La verdad. Algo que supo cuando vio aquel colgante en su mano e hizo un recorrido por la necesidad de aquel hombre de demostrarle que estaba allí, muy cerca de ella. Esperando el momento para quererla.

—Pensaba que me costaría convencerte —admitió Cromwell, acariciándole el pelo—. De hecho, pensaba que era una locura acercarme a ti y que el destino me empujaba, a través de tus negativas, a retroceder y resignarme.

Abby dejó fluir una sonrisa a través de las lágrimas.

—Tú también crees en todas esas cosas... como yo —murmuró—. No podría no haberte creído. Tienes la otra parte del colgante, la que lady Stratford mencionó... Además de que hace años que deseo encontrarle explicación a la clase de vida que llevo, tan llena de vacíos y miradas extrañas que era

imposible sentirse en casa. Aun así... —añadió, en voz baja. Se separó un poco, intentando acostumbrarse a la cercanía del hombre—. Aun así, me temo que siempre consideraré a lady Stratford mi madre.

—No pretendo que eso cambie. Es lógico que así lo veas: es quien te ha criado, quien te ha querido, quien te ha convertido en quien eres. Y si te dio la cadena es porque no quería cerrarte ninguna puerta. Ni siquiera la mía, que era la prohibida.

Abby asintió en silencio y se separó.

—¿Sabes qué me dijo antes de... antes de morir? —balbució—. Ella me entregó este colgante y me dijo... Me dijo: «esta eres tú, Abigail».

»No podría no haberte creído, porque también me pidió que echara mis raíces donde yo así lo quisiera. Aseguró que no pertenecía a un lugar o a otro, que el hogar no venía establecido... Yo tenía que crearlo.

Cromwell la miró muy serio.

—¿Y dónde quieres que esté?

—No puede estar... —carraspeó—. No puede estar contigo. Si viviera contigo, perderías tu noble abolengo, yo mi posición, además de toda respetabilidad. Nos veríamos en un serio aprieto si todo esto saliera a la luz, sobre todo porque involucraríamos a terceros. Pero ahora sé la verdad —continuó, segura—, y eso significa que ya no te tengo miedo y que podremos mantener una relación cordial... incluso amistosa. Con el tiempo —añadió—. Hace apenas un día creía que me asediabas porque eras un hombre sin escrúpulos que quería... —No terminó, pero le lanzó una mirada que habló por sí sola—. Tengo que acostumbrarme a todo esto, compréndelo.

Cromwell asintió, aunque en sus ojos asomó un atisbo de tristeza.

—Lo entiendo.

—Tampoco puede estar con mi padre —prosiguió, cada vez más tranquila. La niebla se iba disipando y ante ella iba apareciendo la verdad, la única certeza sobre todas las cosas—. Lord Stratford no me quiere y jamás lo hizo. Y yo... ahora que sé que nada nos une, ni la sangre, ni el amor... tampoco

quiero estar con él. Pronto se verá libre de mí. Así que, tal y como yo concibo esta situación, mucho me temo que lady Stratford se equivocaba —sonrió afectada—. Uno no elige a dónde pertenece. En mi opinión, acaba perteneciendo sin más. A veces por omisión, a veces por un descuido, a veces por la inercia, a veces porque el destino lo quiere...

»A veces porque alguien te dice que eres un pajarillo extraviado y debes encontrar tu lugar. Y por el camino te das cuenta de que en realidad ese alguien tenía razón: eras un pájaro sin alas, pero él te las ha dado.

Dorian estaba tan cansado de guardar reposo que ignoró las recomendaciones del doctor y se puso en pie. No era un hombre inquieto, más bien tranquilo y perezoso por naturaleza, pero estar encerrado en una habitación habiendo recuperado ya la temperatura corporal y el ánimo le parecía excesivo. Por no hablar de que tenía asuntos que tratar urgentemente con Celinia Haviland. O no asuntos en general, sino uno solo: debía pararle los pies.

Si se tomaba un momento para pensarlo, se veía en la encrucijada de echarse a reír o prorrumpir en maldiciones. Thomas Doyle tenía razón una vez más: nunca se terminaba de conocer a alguien. Había puesto la mano en el fuego por Celinia, imaginando que al tratarse de una mujer atractiva y orgullosa superaría su despecho relativamente rápido e iría a por otro caballero. Y si no, al menos tendría la decencia de mantenerse lejos de él.

Pero había sido mucho suponer.

Más le valía poner los puntos sobre las íes antes de que todo se descontrolase. Las palabras de Celinia no habían sonado precisamente definitivas, y eso que su objetivo al empujarlo había sido matarlo.

Matarlo...

Solo de pensarlo, Dorian se estremecía. No era el favorito entre sus

compatriotas y ni mucho menos un buen amigo de las mujeres a las que había desechado, pero ninguno de los posibles ex amigos o amantes rencorosas había tenido madera de asesina. Definitivamente Celinia era un peligro, y en el fondo no podía odiarla. De hecho, se culpaba a sí mismo por no haber sido más sutil. Aunque se hubiera basado en ideas falsas para vengarse, sus argumentos podrían haber sido perfectamente factibles, y en caso contrario, seguía teniendo razones suficientes para odiarle.

Hasta Wilson lo odiaba aún por su poco tacto.

De todos modos no iba a permitir que lo destruyera. Si no se había destruido a sí mismo, si no lo había destruido su familia o Emma, no lo haría una mujer que no significaba nada para él.

Decidido a encontrarla y aclarar que no se ofrecería a ser su conejillo de indias para experimentos de lunática, procedió a vestirse con rapidez. Aún tenía la cabeza embotada y la migraña persistía, pero no era nada que no hubiera sufrido con anterioridad. Recordaba haber tenido síntomas parecidos después de una juerga, aunque su curación no había sido ni la mitad de dulce.

No se acordaba de todo lo ocurrido. Había amplias lagunas entre el momento en que cayó al agua y la actualidad. Sabía que Doyle lo sacó del agua en un acto heroico y que todos los asistentes intentaban echarle la culpa de su vertiginosa caída. Sabía que podría haber muerto si no hubiera intervenido. Sabía que podría haberlo hecho después si Abigail no se hubiera encargado de él con infinita paciencia y cariño, como si su vida hubiera quedado de pronto reducida a la suya.

En algún momento había escuchado su voz como una letanía, murmurando palabras de cariño y apoyo, contándole tonterías como si pudiera escucharla. Dorian había querido abrir los ojos en ese momento solo por el placer de verla y tener esa preciosa excusa para volver a sus cabales, porque en el fondo no lo necesitaba para saber quién era. Solo unas manos podían ser tan suaves, y solo ella desprendía la esencia del puro jazmín.

Inspiró bruscamente, buscando resquicios de ese perfume. Enseguida se

recriminó a sí mismo su debilidad. Se había dicho que no podía buscarla más, que no tenía derecho a quererla y que enamorarse de nuevo solo traería la tragedia a la vida de ambos... pero no pudo sino insistir en embriagarse con el recuerdo de sus manos acariciándole, queriendo reconfortarle.

Si halló al final su aroma no fue porque hubiera flotado en la habitación desde su última estadía, sino porque acababa de invocarla. Abigail abrió la puerta cuando él iba a salir, con los ojos llorosos y al mismo tiempo una expresión de serenidad infinita. La rodeaba ese aura suya de melancolía, pero también le dio la impresión de que había hecho las paces consigo misma.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó él enseguida, olvidándose de dónde tenía planeado ir.

Ella no contestó al principio, sino que cerró y apestilló la puerta antes de echarle los brazos al cuello.

De primeras, Dorian no supo cómo reaccionar. Le sorprendió la confianza, le confundió su extraño semblante y, por encima de cualquier cosa, le encendió el corazón lo genuino del gesto.

No tardó en envolverla con sus brazos y estrecharla con firmeza rabiosa, como si tuviera que demostrarle a alguien que era suya y la protegería de un ejército de Hércules. Allí decayó su deseo de huir de ella, pero por desgracia no terminó de perecer.

—Me he dado cuenta de algo —musitó ella.

Habló tan pegada a su pecho que Dorian sintió que sus palabras penetraban antes su alma que sus oídos. Y si el amor era arder antes que poder pensar con propiedad, por Dios que no lo quería, porque acabaría loco de atar. Pero Abby se separó de él, lo miró y volvió a dudar.

Su mirada curada de tristeza y nunca de la nostalgia le convirtió en un niño aterrorizado. Descubrir que era tan sencillo para ella vulnerar otras opciones que no fueran dárselo todo le hizo daño físico. Y ese daño fue curado por la confianza que depositó en él con lo simple de un parpadeo.

Ella, confiando en él... Una mujer como *ella*, dándole algo tan fácilmente

quebrantable como el saber que prometería silencio.

—¿Te acuerdas de cuando dije que deseaba ser importante para alguien? ¿Que deseaba ser imprescindible...? Al decirlo pensé en mi madre. Siempre fui para lady Stratford mucho más que una hija, si eso es posible. Me amaba más que a sí misma, y cuando murió... —empezó a balbucear—. Cuando murió me sentí tan sola que pensé que nunca más podría querer a alguien, y que nadie me querría a mí en primer lugar. Me encerré en mi propio dolor y me refugié en su recuerdo, y... Luego encontré a lady Saint-John y a lady Jezabel, y ese sentimiento remitió un poco.

»Pero continué siendo egoísta.

Lo miró con una paradójica mezcla de preocupación y serenidad, como si el diablo le estuviera susurrando que se callara y el ángel la incitara a continuar. Y como era fácil saber que se identificaba mucho más con el ángel, la decisión estaba tomada desde el principio.

—He recordado las últimas palabras de mi madre, y desde hace horas no dejan de repetirse en mi cabeza. No sé por qué, cuando mi corazón lo ha tenido claro desde mucho antes de que tararearas el *Danubio Azul*. Concretamente desde que me miraste y me dijiste exactamente quién era yo. Me convertiste en la clase de persona que siempre quise ser: una mujer bella a ojos de los demás, una mujer virtuosa y decente, una mujer sensual, una mujer que se merecería todo lo que quisiera poseer... Y no te hizo falta mentirme o adularme, solo utilizar esa sinceridad a veces brusca con la que ya no cabe lugar a dudas.

»Lady Stratford me dijo que yo debía crear mi hogar. Que independientemente de dónde viniese, o a dónde debiera ir, estaba en mis manos la potestad de ubicarme en el camino y decidir a dónde quería llegar. Me dijo que soy *algo* de nacimiento, que muchos han contribuido a convertirme en lo que soy con el paso del tiempo, pero que yo seré la que diga la última palabra sobre con quién quiero acabar.

»Y quiero acabar contigo, porque al igual que tú dijiste que me perteneces...

yo te pertenezco a ti. Con todo lo que eso conlleva.

»Te quiero —declaró finalmente, mirándolo con la barbilla temblorosa y los ojos anegados en lágrimas de auténtica felicidad—. Si me caso con lord Ashton no seré ni la mitad de feliz de lo que podría serlo solamente pasando unos minutos contigo al final del día. Y si no me casara, no sería tan infeliz por el hecho de estar sola como por el de no tenerte conmigo. Siento haber tardado tanto en darme cuenta, pero no supe cuánto necesitaba que me quisieras hasta que no lo dijiste...

Dorian superó el colapso mental sacudiendo la cabeza bruscamente. Quizá no fuera horror lo que había en su gesto, pero definitivamente no le alegraba ser el centro de los sentimientos de la joven.

—¿Cuándo dije yo eso? —preguntó, incrédulo—. Te agradecería que no pusieras en mi boca palabras que jamás he pronunciado...

Dejó de hablar cuando un recuerdo lejano surcó su mente. La imagen de Abigail con los ojos cuajados, acariciándole el pelo y diciéndole que todo estaría bien mientras temblaba de frío en un carruaje que no conocía, acabó por descomponerle la cara. Retrocedió un paso cuando empezó a evocar su discurso.

«Me salvaste apareciendo en mi salón...».

Frunció el ceño y negó con la cabeza.

No podía haber dicho. Sencillamente... Él no podía haber dicho eso.

«Estoy tan enamorado de ti que Dios no podría llevarme sin pedirte permiso antes...».

Dorian dejó de caminar hacia atrás cuando se topó con la pared contraria. Se había retirado tan rápidamente que la figura de Abigail ahora quedaba enmarcada en la puerta, vestida con uno de los trajes que él le había regalado.

«¿Qué pretendías demostrar?», se espetó silenciosamente, queriendo mirar a cualquier otra parte que no fuera la mujer herida que estudiaba su reacción con incredulidad. Él mismo no terminaba de creerse hasta qué punto el miedo le había atenazado los músculos. Por eso hizo un esfuerzo salvaje por

concentrarse en su rostro y liberar la tensión, llegando por fin a adoptar esa expresión serena e inescrutable de la que un centurión se habría servido para sentenciar a muerte.

Y eso fue lo que hizo. Perpetrar la condena de una inocente.

—Pensaba que estaba a punto de morir —dijo, tan ausente como consciente de todo lo que sucedía a su alrededor. Incluso le pareció escuchar en primer plano cómo ella tragaba saliva—. Le habría dicho algo semejante a cualquiera que hubiese tenido cerca. Es lo que hacen los moribundos: intentar expiar sus pecados en el último momento.

—¿Y los habrías expiado diciéndome que me amabas? ¿Cómo? Porque decir algo así sin sentirlo solo es otro pecado más, a mi entender —replicó ella. No había ni rastro de la perenne serenidad en su voz, sino una nota desesperada que le rasgó el corazón. Más le dolió que no se acercara a él, sino que se mantuviera allí con la voz alzada, como si fuera un animal acorralado—. Y tú mismo dijiste que nunca mentías. ¿Por qué hacerlo en tu lecho de muerte?

—Nunca miento estando consciente —se escuchó decir. Las palabras salieron de su boca antes de pensarlas—. Pero como tú comprenderás, con la temperatura corporal por debajo de lo saludable y después de un shock... No es fiable lo que un hombre pueda decir.

—¿Qué quieres decir con eso entonces? —musitó, inmóvil. Toda ella era el centro de dolor, de pérdida—. ¿No me quieres?

Dorian no lo pensó.

—No. Y tú tampoco deberías quererme a mí —añadió, en un intento por devolverle el corazón que ella le había dado sin un solo rasguño. Pero era tarde, porque Abby se llevó una mano al pecho en un movimiento involuntario y la retuvo allí, con el gesto contraído por la traición y la tristeza—. Abigail, te has dejado llevar por los acontecimientos... Es lógico que creas que estás enamorada de mí, pero no es más que una ilusión. Han sido los momentos que hemos vivido, el hecho de que yo haya sido el primer hombre que te ha tocado, escuchado y sentido, lo que te ha convencido de que es amor. No lo es...

La voz de Dorian se extinguió, pero siguió escuchando en su cabeza lo que acababa de decir. Una, y otra, y otra vez, hasta que lo consagró como la segunda blasfemia que había soltado no ya solo en contra de Abigail, sino contra sí mismo.

No, nunca mentía... pero acababa de mentir de manera tan convincente que su lado egoísta temió haberla persuadido de que esa era la única verdad.

Después, el miedo pasó a un segundo lugar cuando la imagen de Emma y el último discurso de su padre aparecieron sin más.

Lord Standish le había dicho lo mismo que él utilizaba ahora como excusa para alejarla, algo que si bien podía ser cierto desde su parte, no parecía serlo para Abigail. Porque el dolor que reflejaban sus ojos pardos no tenía nada que ver con el alivio que sintió él al escuchar a lord Standish.

«Elegiste a Emma porque no había otra mujer en tu entorno (...) Fue el capricho de la juventud y las primeras hormonas».

¿Y si tenía razón...? Quizá él no había querido a Emma a fin de cuentas, y solo se obsesionó tanto con la idea del amor que aún la llevaba arrastrando. En cualquier caso, el recuerdo de su eterno padecimiento palidecía al lado de la reacción de Abigail, que denotaba mucho más que pena y ultraje. Estaba destrozada por creer que podría tener en tan baja consideración su amor, y enseguida quiso retractarse.

Pero no pudo, porque por encima de todo brillaba una única certeza: no se la merecía. Aún estaba pagando por lo que le hizo a Emma y por lo que podría haberle evitado a Emma. No pecaría de egoísta concediéndose el honor de amar a Abigail sin reservas cuando podría procurarle un daño irreparable... justo como a la primera.

Justo como todo lo que tocaba.

—Estás mintiendo —murmuró Abigail—. No puedes... No puedes haber hecho todo lo que has hecho por mí si no sintieras algo...

Dorian temió por un momento que insistiera hasta hacer surgir su lado codicioso. Porque la codiciaba: infiernos si lo hacía. Si el espacio que los

separaba hubiera estado compuesto de espinas en lugar de aire, se habría hecho paso arrancándolas con sus propias manos y luego se habría puesto de rodillas. Pero no podía.

—Cásate con lord Ashton, Abigail —cortó. Nunca pensó que pudieran dolerle tanto cinco palabras, pero el calvario fue tal que casi le dobló por la mitad—. Créeme cuando te digo que él podrá darte mucho más de lo que yo podría soñar con ofrecerte.

Abigail se lo quedó mirando un instante. Parecía que quisiera ver más allá de lo que mostraba, que quería comprenderlo, persuadirlo de que estaba equivocado... Y no solo lo parecía, porque Abigail jamás engañaba: ese era su pensamiento. Pero fuera lo que fuera que viese, no fue suficiente para convencerla de insistir.

Así pues, se dio la vuelta aún con el rostro congestionado por la pena y se marchó, dejando a Dorian odiándose a sí mismo. No tanto por a lo que estaba renunciando como por lo que podía significar algo así para ella, pues le había dicho a una mujer a la que nadie había querido lo suficiente que no la amaba, estando convencido de que nadie podría quererla de esa manera.

Desgraciadamente, en la gran mayoría de los casos, el amor no era suficiente.

Como tampoco fue suficiente esa excusa para consolarle.

Lo más conveniente dadas las circunstancias habría sido que se marchara a casa, muy lejos de Abigail y Ashton y su futura propuesta de matrimonio. Sobre todo después de escuchar de la propia boca de lady Saint-John que iba a pedir su mano en los próximos días, algo que no estaba dispuesto a ver y ni mucho menos a festejar.

No obstante, ese lado masoquista con el que todo ser humano contaba se había hecho con el poder sobre sus actos. Veía imposible anunciar su marcha,

meterse en el carruaje y retomar su vida como si no hubiera cambiado todo. Como si no fuera ahora conde de Standish y tuviera oportunidad de enmendar sus errores empezando a relacionarse con quienes debía; como si no hubiera reemplazado un amor perdido por uno tan real que incluso sentía su mirada cuando no estaba presente. Como si no se hubiera roto el corazón adrede, en un impulso por darse y darle a ella lo que merecía.

Por no hablar de que la idea de que se comprometiese con él estando lejos de allí le producía ardor instantáneo. De una manera u otra necesitaba comprobar, con solo mirarla a la cara, que su futuro casamiento era lo que la hacía feliz. De lo contrario tendría que añadir otro motivo más para odiarse a sí mismo...

...Aunque si no, acabaría obligándose a odiarla a ella.

Estando donde estaba en el momento, de pie en medio del salón donde los grupos jugaban a las cartas, leían en silencio o charlaban animadamente, solo podía pensar en lo mucho que le costaba no ponerse a rabiar. Abby hablaba con lord Ashton como si fueran una pareja de toda la vida. Ambos sonreían, encantados el uno con el otro, mientras él le mostraba su colección de Dios sabía qué.

Dorian no tenía ojos para nada que no fuese ella, vestida con uno de sus regalos y tan perfumada que había llenado la sala con su esencia de jazmín.

No lo soportaba. No soportaba pensar que Ashton pudiera soltar la frase mágica en cualquier momento, y que ella, segundos después, asintiera. Y tampoco podía darse la vuelta y marcharse antes de que sucediera, porque necesitaba tenerla cerca para no sentirse muerto por dentro.

Era humillante para él y sospechaba que pronto sería muy obvio para los demás. Había pillado a Celinia Haviland mirándolo de reojo en algún que otro momento, quizás intentando leerle el pensamiento o averiguar qué tenía exactamente la mujer que había conseguido lo que ella no. Y podría haber aprovechado ese interés genuino para agarrarla del brazo y sacarla de allí, espetarle unas cuantas cosas y revelar, siempre a favor del que se creía

culpable, que había sido ella quien había intentado matarlo y no Doyle. Pero incluso dentro de los beneficios de darle un escarmiento, sentía que esa posibilidad empequeñecía frente al hecho de que Abigail, dentro de su tristeza silenciosa, estaba tan bonita que cortaba la respiración.

No podía arrancarla de los brazos de Ashton sin más, pero eso no hacía que menguase su deseo. A cada segundo que pasaba le parecía más y más bella, hasta un punto en el que la garganta se le atascaba y tenía que carraspear para recuperar el dominio de sí mismo. Si ya había sido intenso el anhelo de poseerla cuando solo le parecía un rostro diferente y un cuerpo perfecto, ahora que la amaba y era consciente de que haría cualquier cosa por ella, se había convertido en algo superior a sus principios.

En más de una ocasión estuvo al borde de agarrarla con necesidad cuando pasó por su lado, de susurrarle una indecencia al oído e incluso arrastrarla a otra habitación para arrancarle el vestido a tirones, y hacerle el amor hasta que solo pudiera rendirse a la evidencia de que le pertenecía.

Pero es que *no le pertenecía*.

—Parece que lord Ashton está interesado en ella —comentó una voz calma a su espalda.

La serenidad de Doyle, para no variar, le puso el vello de punta. Esta vez no se giró para comprobar que en su rostro estaba escrito lo mucho que sabía sobre todo el mundo, y lo poco que le importaba que prefiriesen guardarlo en secreto: él siempre se haría escuchar por encima de la decencia y la inmoralidad.

—No me digas. ¿Crees que hay algo más evidente?

—Solo una cosa —repuso—. Que ella no está interesada en él.

—Claro que no lo está —farfulló Dorian, sin poder contener la mueca desdeñosa—. Ese hombre nunca podría maravillarse a una mujer como ella. No a una que prefiere los monstruos defectuosos a los dechados de virtudes.

—¿Entonces? —inquirió Doyle, mirándolo de soslayo—. ¿Por qué no le das lo que prefiere? ¿No es eso una mayor muestra de amor que elegir por ella,

matándola en el acto?

Dorian se giró y dejó bruscamente la copa que sostenía en el hueco del zócalo.

—¿Y tú qué diablos sabes sobre amor? No te he visto cerca de una mujer en toda mi vida.

Doyle ni siquiera parpadeó.

—Yo no sé nada de amor —reconoció, sin alterarse un ápice—. Únicamente sé que te estás convirtiendo en un resentido, y no me gustaría tener que dejarte solo volviéndote loco, que es lo que pasará si sigues así. No voy a aguantar tus tonterías, Blaydes.

—Ah, ¿no? ¿Y qué me recomienda el héroe?

—Que te comportes como un hombre y no como un niño cagado en los pantalones.

Acto seguido, el señor Doyle se retiró.

Abby era consciente de que tenía los ojos de Dorian sobre ella. No los había apartado ni un solo momento, razón por la que se preguntaba cómo era posible que nadie se hubiera dado cuenta aún de su escrutinio. Pero eso era lo de menos.

No le prestaba atención ni a los invitados, ni a sus pensamientos, ni siquiera a la conversación que proponía lord Ashton, quien aún seguía manteniendo que era necesario que hallase una afición apasionante. Sus sentidos apuntaban en una única dirección, y era la de Dorian Blaydes. Aunque por supuesto, no había llevado a cabo ningún movimiento brusco por si acababa huyendo.

Después del intercambio que habían tenido en el que él había recurrido a la mentira para ocultar sus sentimientos, Dorian era para Abigail algo similar a un animal herido al que no asustar con imprevistos. Y no había mayor imprevisto que su declaración.

Evidentemente no se arrepentía de haberle confesado cómo se sentía. Tampoco de las maneras. Si algo sabía, era que el amor era la clase de emoción que no se debía ocultar bajo ningún concepto, algo que lady Stratford le había enseñado y que ella había tomado al pie de la letra. Se consolaba también pensando que Dorian habría reaccionado así hubiera escogido el momento que hubiese escogido. Lo que determinaba que había un motivo para rechazarla que escapaba a su entendimiento y que él no deseaba exponer.

Razón de sobra para no poder librarse de la ansiedad.

—¡Está nevando! —exclamó Valentina de repente, quebrando la calma del salón.

Los invitados intercambiaron una mirada cómplice que podía significar perfectamente lo estúpido que les parecía ese arrebato. En cambio, Abby sonrió de oreja a oreja y desplazó la mirada hasta Viviana, que también observaba la caída de los copos de nieve con los ojos muy abiertos. Por último, giró la cabeza un poco más e intercambió una mirada con Killian, al que se le escapaba la ternura por los ojos al mirar a la Conti más joven. Como si se hubiera dado cuenta de que Abby lo miraba, se giró en su dirección y le sonrió.

Aquello la reconfortó milagrosamente.

—En Italia no debe nevar a menudo, ¿no es así? —inquirió Ashton, observando al otro lado de la ventana.

—No. El clima allí es más bien cálido. Lady Saint-John lo echa muchísimo de menos —añadió, ausente—. Supongo que es por la costumbre, porque si yo viera el sol todos los días también echaría de menos la lluvia. Y la nieve, sobre todo la nieve.

—¿Le gusta ver nevar?

Abby le sonrió, viendo correspondido su gesto al instante. Le pareció que era el hombre más guapo del mundo, y también estuvo segura de que nadie podría decir lo contrario. Era hermoso de una manera para la que no había ninguna explicación lógica. Rasgos perfectos, mirada limpia y cabello dorado,

además de reflejar la amabilidad y el anhelo de los sueños en la expresión. Definitivamente nadie tenía ni punto de comparación con él. Y sin embargo, a Abby no le conmovía lo más mínimo. No aceleraba su pulso, no deseaba que la tocara, y tampoco necesitaba como respirar sus palabras de amor...

Como sí las necesitaba del hombre que la miraba desde la otra punta de la sala.

—Desde que era muy pequeña. Aunque supongo que es porque de pequeños todos teníamos esa fijación por el mal tiempo.

—No crea; mi hermana y yo siempre hemos preferido el sol —comentó, también distraído. A continuación le ofreció su brazo—. ¿Le gustaría salir a ver la nevada en primer término?

—Pero usted ha dicho que no le gusta.

—No he dicho que no me guste, solo que no es mi afición preferida. Vamos, venga conmigo. Invitaremos a todo el que quiera unirse.

Abby no lo dudó. Dejó que el caballero la guiase seguido de buena parte de los invitados del salón. No avanzaron mucho más del porche: se quedaron resguardados del frío helado del campo abierto y la caída de los copos bajo el tejado. Allí se reanudaron las conversaciones.

—Entonces ya hay algo que le apasiona —empezó Ashton—. La nieve.

—No es tanto la nieve como lo que significa que esté nevando —rebatía suavemente, con el cuello echado hacia atrás—. Me apasionaba la Navidad. Colgar adornos con mi madre, recibir pequeños regalos, salir a la calle y ver todos los negocios profusamente decorados... También la nieve, sí. Pero esa idea ya no existe tal y como la concibo.

Buscó la mirada de Ashton, mas él ya tenía los ojos clavados en el cielo. A Abigail le sobrevino repentinamente una certeza, y es que la melancolía también se paseaba de vez en cuando por la mente vivaz del conde.

Enseguida lo rechazó.

—La entiendo —dijo quedamente, aunque con una tranquilidad que echó por tierra su deseo de indagar—. Siente que todo lo que le apasionaba ya no lo

hará porque le falta la persona con la que compartirlo.

Abby esbozó una sonrisa trémula.

—No exactamente... pero sí. Creo que además de las aficiones, nos apasionan las personas. Porque, ¿qué sería el cricket sin unos compañeros? ¿Qué sería la esgrima sin un contrincante? ¿Y de las competiciones de equitación sin los animales...? Todos dependemos, de una manera u otra, de si nos agradan o no los demás. En caso afirmativo nos gustará todo. En caso negativo... Será muy difícil contentarnos.

Abby se giró hacia Ashton, que la miraba muy atentamente. Agradeció en silencio su interés con una ligera sonrisa, y poco a poco se fue haciendo a la idea de que había llegado la hora de hacer lo que tenía que hacer.

—Pero no es lo mismo que nos apasione un ser humano a que nos agrade su compañía. Yo, milord, disfruto de veras cuando converso con usted. Me divierten sus chanzas, me interesa toda su sabiduría y me siento halagada porque me escucha con atención. Realmente me entristecería si dejara de contar con usted...

—Pero no le apasiono —terminó por ella.

Abby estudió su expresión un momento, sobrecogida. No había tristeza, decepción u ofensa. Ashton estaba tan sereno como de costumbre.

—No es su culpa, sino mía. Me dijo una vez hace un tiempo que yo era para usted una orquídea australiana —empezó en voz baja—. Al principio pensé que me tenía en muy alta consideración, pero si ahora me paro a meditarlo, tenía razón. Es cierto que crezco en un único paraje, que podría morirme en cualquier otro fácilmente y necesito cuidados intensivos... Y por encima de todo, no hay mayor verdad que solo una persona puede sacar lo que merece la pena de mí. Esa persona...

—Es Dorian Blaydes —sonrió Ashton—. Lo sé, milady. Todos lo supimos cuando la agarró del brazo y le suplicó entre balbuceos que no se fuera. Y es correspondido, por supuesto. Usted pareció enfermar con él durante el enfriamiento.

A Abby no le sorprendió que lo supiera.

—¿Y eso cómo le sienta?

—¿La verdad? —inquirió. Ella asintió, ciertamente inquieta—. Por un lado estoy preocupado, y por otro aliviado. Primero porque me da la impresión de que lord Standish no es la clase de hombre con escrúpulos que mide lo que dice, y eso podría hacerle daño. No quiero que se lo hagan. Lo segundo viene porque en el fondo yo tampoco la veo para más que una buena amiga.

—Lord Standish es un buen hombre... con pequeños defectos, como todo el mundo —le alentó ella, con una escueta sonrisa—. Y en cuanto a sus sentimientos... ¿Por qué no me lo dijo antes? ¿Cuánto tiempo lleva sintiéndose así... y por qué iba a pedirme matrimonio?

Ashton arrugó el entrecejo. Luego, como si acabara de darse cuenta de algo importante, sonrió para su colete.

—Así que pedirle matrimonio...

A Abigail tampoco le costó llegar a la misma conclusión que él. La mirada cómplice entre Viviana y Jess apareció en su memoria como un fogonazo de luz. No necesitó nada más para darse cuenta de lo que había pasado, pero el conocimiento no trajo consigo ninguna tranquilidad. Se ruborizó hasta el nacimiento del pelo, avergonzada.

—Yo... ¡lo siento... Eh...

—No se preocupe, estoy enterado... —El conde rio suavemente—. No iba a pedirle matrimonio, milady. Al principio sí, lo admito, pero hace un tiempo que no la veo de la misma manera.

Su tranquila respuesta calmó en buena parte a Abigail, que hizo el esfuerzo de machacar la humillación y mirarle a los ojos.

—¿Desde cuándo? ¿Y por qué iba a pedírmelo?

Ashton se la quedó mirando unos instantes, como si en algún rincón secreto de su rostro estuviera escrita la respuesta. Abby aprovechó para fijarse en sus ojos castaños ribeteados en oro, tan brillantes que parecían piedras ámbar sobre un fondo de carbones negros. Sin duda alguna su belleza resaltaría de

manera sublime estuviera donde estuviese, y le acompañara quien le acompañase.

—Usted me recordó desde un primer momento a una persona... una mujer que... —Abby alzó las cejas, sorprendida. Era la primera vez que lo veía descolocado, pero no le duró mucho. Pronto se recompuso y sacudió la cabeza con una sonrisilla, como si estuviera avergonzado por sus pensamientos—. Es lo que usted ha dicho antes. Pensé que podría apasionarme como ser humano por el simple hecho de parecerse a quien una vez me hizo vivir intensamente. Y me equivoqué. Aunque no crea que me arrepiento —añadió, mirándola con cariño—. Usted bien puede no ser ella, pero es usted misma, y eso habría sido suficiente para mí.

Abby sonrió de oreja a oreja.

—No crea que no ha colaborado a convertirme en la persona que soy ahora. Que un hombre como usted se hubiera fijado en mí, bajo los criterios que fueran, ha ayudado a que aprenda a apreciarme.

—Debería apreciarse más, lady Abigail —convino, cabeceando—. Es usted un diamante. Espero que lord Standish lo sepa y nunca se le olvide.

Por curiosidad, Abby echó un vistazo por encima de su hombro para buscar a Dorian. De casualidad lo encontró mirándola con la mandíbula a punto de explotar, como si ante sus ojos se estuviera desarrollando una escena de matanzas en la que no fuera posible intervenir. Después se dio la vuelta y volvió a meterse en la casa, no sin antes mirarla con rencor acumulado.

Abby, no tan sorprendida por la reacción como decidida a pasar por alto sus defectos para quererlo sin nada ni nadie que lo impidiese, se disculpó con lord Ashton y echó a andar detrás de él.

—¡Dorian! —llamó ella. No caminaba lo suficientemente rápido para alcanzarlo, así que se agarró las faldas y probó a correr detrás de él—.

Dorian, ¡espera...!

No contó con que él, en su frenética huida, acabara frenando bruscamente. Abby no paró a tiempo y se chocó con su espalda. No logró moverlo ni un ápice del lugar original: solo que se girase y la mirara con los ojos llenos de reproches.

—Tengo que hablar contigo —declaró. No se iba a dar por vencida: claro que no. Todos sus actos, tanto los premeditados como los involuntarios, lo habían llevado a él. Así como él había caminado siempre hacia ella. Era hora de que lo asumiera, lo aceptase y decidiera quererla a su lado—. Es importante.

—¿El qué es importante? ¿Que te vas a casar con lord Ashton? Ya lo sabía —escupió, con el rostro congestionado—. Muy romántico... Una propuesta bajo la nieve de diciembre. Sin duda te acordarás durante el resto de tu vida. Y él también. ¡Mejor! —exclamó, avanzando un paso hacia delante. Le echó un rápido vistazo de arriba a abajo—. Así nunca se olvidará de vuestro aniversario.

—¿De qué estás...?

—No te molestes en invitarme a la boda —prosiguió Dorian, con los puños apretados—. No apareceré por allí. Y puedes guardarte tus disculpas: nunca llegué a creerme esa estupidez de que no ibas a casarte ni con Ashton ni con nadie. Lo único que siempre has querido era un marido con título y dinero, así que me alegro de que lo hayas obtenido.

Abigail lo miró con incredulidad.

—¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que soy una oportunista?

Su silencio contestó por él: no lo pensaba, pero necesitaba creérselo para alejarla.

—Por si no lo he dicho ya, felicidades. —Sonrió fríamente y evocó una reverencia minúscula—. Le deseo una gran dicha a la feliz pareja. Teniendo en cuenta que sois iguales, tendréis un matrimonio próspero.

Dorian no esperó a que dijera nada más. Se dio la vuelta y se marchó pasillo

abajo, con el objetivo de encerrarse en su habitación y no rendirle cuentas a nadie. Mientras, a Abby le habría convenido molestarlo, pero no pudo hacerlo. Le costó no sonreír de satisfacción al verle marchar con ese clásico andar suyo de «llego tarde a un lugar que no me importa».

Estaba celoso. Dorian Blaydes estaba celoso, y eso significaba *esperanza*.

Solo por eso no podía ni debía renunciar a él.

Lo había visto en sus caras antes de abandonar el porche. Las señales eran inequívocas: él se había girado con expresión determinada, y ella había aceptado sus manos, estrechándolas con una gran sonrisa. Incluso se había ruborizado.

Ashton acababa de pedirle matrimonio, y Abigail había terminado aceptando.

¿De qué se extrañaba? No se merecía el gran corazón de Abigail. Era cuestión de tiempo que ella también se diera cuenta, por no mencionar que, dentro de su generosidad, existía un minúsculo lado calculador que le decía en todo momento lo que era mejor. Y lo mejor para ella era el estúpido príncipe dorado, tanto si le gustaba como si no.

Claro que eso no le hacía sentir mejor. Desde que se había encerrado en la habitación no había dejado de dar vueltas a paso ligero, pasándose las manos por la cara, tirándose del pelo... ¿Cómo se sobrevivía a no volver a ponerle un dedo encima a Abigail Appleby? ¿Cómo se sobrevivía a no escuchar de sus labios cada noche y cada mañana que lo amaba? Porque dentro del temor y el horror a que se rindiera a él, a que lo quisiera inmerecidamente, existía ese placer inconmensurable al haber sido el elegido por su corazón...

...Aunque al final no lo había elegido a él.

«Maldita mujer», pensó, sabiéndose egoísta. Se estaba comportando como un crío: Doyle no señalaba las cosas ni hablaba jamás en vano. Y no solo eso,

sino que en el camino de la abnegación a darle a Abigail lo mejor, estaba detestándola por haberlo aceptado. Como si no pudiera haberlo evitado diciéndole la verdad y mandando al carajo todas sus reservas.

Dorian se sirvió una copa de coñac y se la bebió de un trago. Definitivamente tenía que irse. Había perdido a una mujer por una negligencia y por querer acapararla cuando no era para él: no era tarde para quitarse de problemas propios y ajenos evitándose los a la segunda.

Era evidente que no iba a olvidar a Abigail. No quería hacerlo, además de que sería imposible. Tal y como su padre había mencionado, no había ni punto de comparación entre el amor adolescente y el amor de un hombre, y aunque no se estuviera comportando como tal, eso no significaba que no lo fuera. Era un hombre, y un hombre enamorado hasta la médula. Y Dios sabía que el amor jamás era suficiente. Que el amor no podía con todo. Que el amor destruía mucho más de lo que construía.

Se bebió otro par de copas y se recostó en la cama, aun dándole vueltas a la boda inminente. Al principio no pudo contener las arcadas imaginando a Abigail vestida de raso blanco y colgada del brazo de lord Ashton, y después no pudo contener la excitación y voluptuoso regocijo cuando se visualizó a él besándola en el altar. Escandalizaría al mismísimo sacerdote plantándose allí para impedirlo, saqueando esa boca tierna y grande delante de un sinnúmero de gente, sacándola en volandas de la iglesia y haciéndole el amor en cada rincón de la casa que compraría para ella, mandando construir en secreto un cielo a su medida...

Sus pensamientos fueron degenerando más y más hasta que los párpados le pesaron. Pero no quería dormir en ese estado, porque nadie lo despertaría de las pesadillas y Abigail no cogería su mano preocupada por su bienestar. Por eso se levantó, mareado, y decidió que saldría a dejarse calar por el frío invernal. Quizá la nevada le refrescara las ideas, o las congelase de manera que no pudiera seguir desarrollándolas.

Agarró la chaqueta y caminó hacia la puerta sin saber muy bien dónde ponía

el pie, cuando se topó con que había una nota justo delante de la misma. Dorian arrugó el entrecejo y se agachó muy despacio para cogerla. Alguien debía haberla colado por la rendija; al no poner fecha ni hora, no pudo saber cuánto tiempo llevaba ahí.

Desdobló el papel con manos torpes y tardó un buen rato en enfocar la vista para descifrar la perfecta caligrafía. Solo había una así, y desgraciadamente la conocía. Por eso se le cayó el alma a los pies cuando leyó: «Donde más podría dolerte».

Si Celinia pretendía marearlo con un enigma no lo había conseguido, porque sabía perfectamente qué era lo que más podría dolerle. Por eso guardó apresuradamente la nota en uno de los bolsillos de la chaqueta, abrió la puerta de la habitación y echó un vistazo a ambos lados del corredor.

No tenía ni idea de dónde podrían estar los aposentos de lady Abigail, pero el hecho de oler a quemado inspiró su clarividencia y lo llevó a tomar el camino correcto.

Al principio caminó con falsa tranquilidad, valiéndose de una esperanza que nunca había tenido. Después, como si su corazón mismo impulsara el movimiento de sus piernas, echó a correr y dobló la esquina de la planta de arriba para llegar al lugar en cuestión.

Dorian perdió el aliento cuando vio que las llamas iban trepando por la entrada a la primera alcoba, y aunque sintió que le atornillaban los empeines al suelo, no se dejó amilanar. Aún mareado por el alcohol pero muy decidido a morir si era necesario, empujó la puerta con el hombro varias veces hasta que esta se rompió tras un crujido.

Tuvo que ponerse el brazo delante de los ojos para que el fuego no lo deslumbrase. Fue preso de un ataque de tos instantáneo: quienquiera que quisiera respirar allí no podría hacerlo sin intoxicarse al momento, pero tentó a la suerte forzando el aliento con los labios despegados. Se abrió camino entre las llamas altas, que se iban comiendo las cortinas, la ropa de cama, parte del armario... Toda tela o madera iba desmenuzándose a un ritmo

paulatino pero constante. Y justo cuando vio que el techo de la cama de cuatro postes caía ruidosamente sobre el colchón, su estómago se vino abajo.

—No... —jadeó, con voz ronca—. ¡Abigail!

La habitación había quedado dividida en dos espacios por una línea de fuego que no podría atravesar sin morir en el intento. No podía ver qué estaba pasando al otro lado, pero si Abigail había estado durmiendo plácidamente durante el incendio sería imposible que estuviera viva. Y se negaba a irse de allí sin ella, así que ignorando lo que el buen juicio le decía, dio un salto y cruzó la lumbre. Esta prendió su chaqueta, pero se la quitó enseguida y la abandonó lo más lejos posible del cuerpo femenino que encontró tendido en el suelo.

Dorian se aproximó con la garganta atascada y se puso de rodillas a su lado. Estaba boca abajo, pero podía ver su rostro de perfil. Tenía los ojos cerrados, y respiraba tan artificialmente que temió por el estado de sus pulmones.

Tenía que ser a ella. *Ella*. Con su camisón, su pelo suelto y su piel de porcelana.

Habían intentado matarla a ella.

No tan esclavo de la rabia como de la primera necesidad de ponerla a salvo, Dorian la alzó entre sus brazos. En ese momento crujió la columna que levantaba el techo, pero no le dio importancia hasta que una de las vigas no cayó bloqueándole el paso. Dorian desencajó la mandíbula y miró a Abigail con latente pánico. La bajó un momento para taponarle la boca, impidiendo que entrara más humo tóxico en su cuerpo, y después sopesó fríamente las opciones. Si solo podía salvarse uno, no sería él quien cruzara aquella hilera de llamas. Y quizá era egoísta; quizá únicamente estaba protegiendo su corazón al morir por ella, porque no pensaba vivir sabiendo que había vuelto a perder a su ser más amado por su culpa. Pero no existía otra opción.

Por eso buscó la parte donde el fuego era menos violento y zigzagueó con ella en brazos hasta que se topó con la columna brillante. Tenía que cruzar y tenía que hacerlo ya, o las llamas acabarían consumiéndolos a ambos. No tuvo

que prepararse mentalmente: sabía cuál era su deber, aunque su corazón lo hubiera fabricado sin preguntarle antes. Por eso alzó más aún a Abigail, de manera que el fuego no pudiese ni rozarla, y pasó lanzando un aullido de dolor al sentir el fuego atravesándole la ropa.

Eso no le frenó, aunque los tobillos le flaquearon al notar el ardor de las quemaduras en las piernas. No dejó de caminar hasta que no llegó a la otra punta del pasillo, donde el incendio no podría llegar ni con la peor de las suertes. Allí dejó en el suelo a la inconsciente Abigail. Le acomodó el cuello con cuidado, le estiró las piernas y se aseguró tras un ávido vistazo de que no había sufrido el menor daño. Solo encontró una quemadura en el brazo, pero fue lo de menos. En cuanto a él...

El fuego se había comido los pantalones y ahora su piel arrugada estaba salpicada por heridas sanguinolentas que no tardarían en infectarse, si es que no lo estaban ya: unas cuantas gotas de supuración le resbalaban por los gemelos, poniéndole los tobillos a temblar. Fue tan difícil caminar hacia el ala opuesta que tuvo que agarrarse a la pared para no desvanecerse. Sentía que se le iban a pudrir las piernas, pero tenía que hacerlo. Tenía que hacerlo. Por la gente que vivía allí, por la gente que se alojaba allí, *por la gente que ella quería*.

Pero no hizo falta que se arrastrase. No quiso dejarla allí sola sin estar del todo seguro de si estaba o no estaba consciente, así que se puso de rodillas ignorando el dolor intenso que le atenazó los muslos y le taladró las caderas y le tomó el rostro entre las manos. Estaba sudando por el calor imposible del incendio, y estaba a pesar de todo tan bonita que habría merecido la pena cruzar el Infierno sin zapatos para librarla de cualquier hecatombe.

—Mi Abigail... Abre los ojos —gimoteó, temblando de dolor, de preocupación y de tantas otras cosas que al final se reducía a una vibración enfermiza generalizada. La sacudió suavemente, y después de manera más brusca, pero nada la sacó del sueño—. Dios mío, despiértate. Despiértate, colibrí. Respira por mí, vuelve conmigo...

La ansiedad de Dorian creció hasta llegar a un punto insostenible cuando vio que tenía una herida abierta en la cabeza. Sintió que le atravesaban el corazón, abriendo un canal del que solo emanaba sangre.

—No, no... —gimoteó, observando el líquido escarlata que le empapaba los dedos—. ¿Qué es esto...? Abby...

Tiró de sus hombros para acercarla a su pecho mientras buscaba su latir. Aún seguía vital, pero débil... Y no era suficiente. Saber que podría haberla perdido lo desequilibró de tal manera que se mareó y tuvo que agarrarse a ella para no caerse.

—Yo te he hecho e-esto... —murmuró, con los ojos ardiendo. La apretó contra su pecho, necesitado de sentirla viva y caliente—. He sido yo quien casi te... —Su voz se quebró—. Dios mío, mi vida. ¿No ves por qué no puedo quererte? ¿No ves por qué no puedes elegirme? Estar conmigo es sinónimo de destrucción, y no soportaría que te pasara algo por mi culpa. —Pegó su frente a la de ella y se puso en tensión al ver que su respiración era forzada—. Si no hubiera llegado a tiempo...

El sonido de un par de pasos apresurados lo distrajeron.

—¿Lord Standish? —llamó una lady Saint-John descolocada. Dorian levantó la mirada y la vio con la nariz arrugada, olisqueando en todas direcciones. Dejó de elucubrar cuando se fijó en quién era la persona que tenía entre sus brazos—. *Dannazione!* ¿Qué ha ocurrido? —Se apresuró a ponerse de rodillas para mirar a Abigail. No debió considerarlo muy grave, porque enseguida desvió la mirada a Dorian, quien en su lugar sí le preocupó—. Milord, ¿se encuentra bien?

Fue con esa pregunta cuando se dio cuenta de que no podía respirar, le dolía el pecho horrores y solamente era consciente de las partes chamuscadas de su cuerpo. Lady Saint-John pareció entenderlo, porque bajó la vista y se fijó en sus pantorrillas quemadas.

—¿Cómo ha ocurrido...?

—¿Qué está pasando? —preguntó lady Jezabel, con una lámpara de gas en la

mano. Abrió los ojos como platos al dar con el estado de la dama y el caballero. Este no soltaba a Abigail, y tenía la mirada tan perdida que no había lugar a dudas de que estaba en estado de shock—. Por Dios... Me he despertado por un estruendo y el olor a quemado. ¿De dónde procede? ¿Es la habitación de lord Standish...?

—Su habitación —consiguió articular. La inquietud le impidió encontrar su voz—. La habitación de lady Abigail... Estaba en llamas.

Viviana parpadeó varias veces. Se levantó y buscó la mirada de su marido, que asistía a la escena de Dorian abrazado a Abigail con la mandíbula apretada. Por un momento les dio la impresión de que no la soltaría ni aunque su vida dependiera de ello. De que no la soltaría ni aunque eso le concediera la paz eterna.

—¿Qué? —jadeó la duquesa—. Marcus, tenemos que ir a...

—Yo iré. Tú quédate aquí —declaró, sin discusión. Vio que Viviana iba a replicar, pero la cortó con una mirada acerada—. He dicho que no. No hay que rescatar a nadie, así que no vas a poner vuestras vidas en peligro. Quédate con lady Abigail o ve a buscar a gente que nos ayude con esto, pero no me sigas.

—Iré a despertar a mi hermano y al servicio —dijo Jess, sin apartar los ojos de Dorian. Despegó los labios para decir algo más, pero la llegada de otros tantos la interrumpió.

—Hay un incendio —exclamó Leverton, que apareció acompañado de Doyle, ambos sudando—. Talbot, Cromwell, otros tantos y yo estamos intentando apagarlo, pero necesitamos refuerzos.

—¿Un incendio? —jadeó Megara, que se cerraba el batín con un gesto decidido. Tragó saliva y miró a los dos recién llegados alternativamente. Miró a Doyle al preguntar—: ¿Todo bien? ¿Hay alguien herido? Yo puedo colaborar. Podría pedir ayuda a los vecinos...

—Con que busques a la servidumbre será suficiente —declaró Leverton. Después le hizo un gesto con la cabeza a Doyle, ordenándole volver a la habitación. Antes de eso le lanzó una mirada rápida a Jess—. Poneos a

resguardo.

—Abigail parece la única que ha sufrido las consecuencias del humo — intervino Jezabel—. ¿Qué vamos a hacer con ella?

—Creo que deberíamos llevarla a alguna habitación y llamar al doctor. Quizá ha inhalado demasiado... —murmuró Viviana, con la garganta atascada.

—Lord Standish también necesita un médico —declaró Jess, sin perder de vista las heridas dolorosas a la vista del hombre—. Milord, si fuera tan amable de venir conmigo...

Aquella voz amable lo sacó de su ensoñación. Dorian se concentró en el rostro inexpresivo de Abigail, en sus pulsaciones y el ritmo de su respiración. Al notarla cada vez más falta de vitalidad se le encogió el estómago y no pudo resistirse a estrecharla contra sí otra vez, aunque aquello le produjese un dolor extenuante por las heridas. Cerró los ojos y pasó los labios por los mechones de su pelo recogido en una gruesa trenza. No quería dejarla. No quería dejarla ni con sus amigas, las personas que mejor la cuidarían... Que la cuidarían mejor que él.

—¿Cómo ha ocurrido esto, lord Standish? —preguntó Viviana, cambiando el registro a uno más duro—. ¿Estaban juntos cuando el fuego...?

Dejó de hablar cuando se acercó a ellos y vio que Dorian le susurraba palabras de cariño a Abigail. No escuchó nada de lo que decía, pero no cabía lugar a dudas. Sus labios se movían como si la estuviera besando, y le sostenía la cabeza por la nuca teniendo presente que era un tesoro entre sus dedos.

—Milord, tiene que curarse eso —insistió Jess—. Venga conmigo. Vivia... Lady Saint-John se quedará con ella, ¿de acuerdo? Luego podrá pasar a verla. A lady Abigail no le gustaría enterarse de que permitimos que sus heridas se infectasen...

Después de un rato, Dorian hizo el hercúleo esfuerzo de apartarse de ella. Lo hizo como si la distancia física fuera en realidad una daga a la altura del corazón, y en consecuencia se llevó una mano a la zona. No apartó los ojos de ella, tan turbado que no parecía ni él mismo, ni su expresión... Tampoco era

dueño de su cuerpo, que sufría convulsiones por la angustia.

Antes de dejarse arrastrar por lady Jezabel, quien lo enganchó del brazo y animó a apoyarse en su hombro, desvió la mirada hacia una lady Saint-John que lo miraba con los ojos entornados.

—¿Por qué no se queda con ella de una vez por todas?

—Porque no podría protegerla de todo.

Lo primero con lo que se encontró Abby al abrir los ojos, fue con tres caras conocidas observándola con el ceño fruncido. Notaba la cabeza embotada y sentía que le presionaban los párpados con los dedos, síntomas de una jaqueca monumental. Fue lo que favoreció el mareo cuando quiso concentrarse en una de las acompañantes y no supo cuál.

Al final se dejó llevar por el italiano fluido que hablaba una de ellas y ladeó la cabeza en su dirección.

—Estábamos comentando que Denton Park podría pasar a llamarse «la casa encantada» —declaró Viviana en tono lúgubre—. Los hombres se caen solos desde vertiginosos acantilados, se prende fuego a una habitación misteriosamente...

Abby comprendió lo que le preguntaba entre líneas y quiso contestar, pero cuando cogió aire para darle una explicación, sus pulmones se resintieron y sufrió un doloroso ataque de tos. Jess la ayudó a incorporarse poniéndole una mano en la espalda, sentándola sobre el colchón. Valentina le dio unos cuantos golpecitos que conforme se fue calmando fueron derivando a caricias comedidas.

—¿Mejor? —preguntó la hermana menor, sonriéndole con cariño—. No tienes que hablar todavía si no te sientes bien. Solo han pasado unas horas.

—Pero sería conveniente desmentir lo antes posible eso de que mi casa está encantada —terció Jess. En su mirada dorada se debatían la preocupación y la

súplica—. Si alguien está intentando perturbarnos deberíamos saberlo para poner medidas.

«¿Qué medidas?», quiso preguntar Abby. Se llevó las manos a las sienes y se las frotó con cuidado, intentando recordar qué había pasado el día anterior. Después de la pequeña discusión con Dorian, se retiró a su habitación y lo dispuso todo para acostarse, tal y como habría hecho Jane en caso de haberla acompañado. Se había puesto el camisón, deshecho el peinado y apartado las sábanas...

Una cara conocida apareció en su cabeza al instante. Recordaba haberse girado ante su nombre pronunciado por una voz que ni le venía ni le dejaba de venir, y de repente, toparse con el rostro descompuesto de Celinia Haviland. Quiso averiguar qué la traía a su habitación, pero entonces la mujer le golpeó la cabeza con un objeto contundente.

Lo demás era historia, porque cayó al suelo inconsciente.

—No sé quién pudo tirar a Dorian... lord Standish —empezó Abby—, aunque cada quién tiene sus sospechas. Se dice que pudo ser el mismo señor Doyle, pero lo dudo. En cuanto a mí... Mucho me temo que fue enteramente mi culpa —mintió, suspirando—. Me quedé dormida con la vela encendida en la mesilla. Es posible que se cayera y eso desencadenara el incendio. —Como si acabara de asimilar lo que significaba el concepto, abrió mucho los ojos y miró a sus amigas con temor—. ¿Alguien salió herido? ¿Se propagó por el resto de las habitaciones del ala?

Jess negó con la cabeza.

—Pudimos apagarlo antes de que sucediera algo peor, con ayuda de gente del pueblo y toda la servidumbre. La habitación ha quedado en pésimas condiciones, pero nada que no se pueda arreglar. Seguramente para el año que viene ya esté como nueva. Y en cuanto a los heridos... Lord Standish y tú fuisteis los únicos perjudicados.

—Aunque mirándote bien no lo estás ni la mitad que él —comentó Viviana, mirándola de hito en hito—. Parece que a lord Standish le atacó el monstruo

de la heroicidad y quiso honrarlo entrando en la habitación para sacarte de allí.

—No hables como si no te alegraras de que lo hubiese hecho —se quejó Jezabel.

Abby sacudió la cabeza bruscamente.

—¿Cómo? ¿Fue él quien me... salvó? ¿Y cómo está?

«¿Por qué no está aquí conmigo?».

—Tiene quemaduras en las piernas y algunas en los brazos. Las de los brazos no son muy graves; podrá curarse. En cuanto a las piernas... —Jess carraspeó—. El doctor le ha estado viendo y cree que... con el tiempo... podría mejorar.

Abby hizo el esfuerzo de incorporarse más.

—¿Cuánto tiempo? ¿Puede... moverse? ¿Caminar?

—Puede hacerlo, pero sospecho que más por fuerza de voluntad que porque sea posible —intervino Viviana—. Y lo del tiempo es relativo, depende de cómo cicatrice. Fue una suerte que tomara la precaución de llevar pantalones, o no podría volver a hacerlo —comentó sin demasiada alegría.

—¿Dónde está? —Apartó las sábanas, ignorando el dolor de cabeza y la debilidad de su cuerpo—. ¿En su habitación, o lo han trasladado a...?

—No creo que sea buena idea que te muevas —murmuró Jess—. Estás aún muy débil...

Abby apretó los labios. Con solo imaginarse a Dorian corriendo el riesgo de morir para salvarla se estremecía, y no tanto de dicha o deleite como pavor. Habían salido muy bien parados los dos, pero si no lo hubieran hecho y solo ella hubiera logrado salvarse, o si hubiesen muerto ambos... ¿Qué les habría quedado? ¿Qué habría hecho? Le dolió tanto pensar en realidades paralelas, que cuando alcanzó a darse cuenta de la gravedad del asunto tuvo que retener las lágrimas.

—Solo dime... d-dime dónde está. Necesito verlo —balbució, con la garganta atascada—. Será un momento, lo juro. Volveré tan rápido que ni

siquiera me cansaré.

—Permíteme que lo dude.

Abby le lanzó una mirada suplicante a Viviana.

—Te lo contaré todo más adelante —prometió. Los ojos de la italiana brillaron de satisfacción—. Pero ahora necesito ir con él.

Abby esperaba encontrarse a Dorian descansando en la cama; quizá leyendo, o tal vez acompañado por alguno de sus amigos. No fue así. Cuando abrió la puerta sin llamar, se topó con que el hombre caminaba de un lado a otro. En sus manos llevaba diferentes camisas y calzones.

No le costó descifrar el significado.

—¿Te marchas? —preguntó en voz baja.

Dorian frenó bruscamente su recorrido y se giró para mirarla. Tenía la mandíbula apretada y los ojos inyectados en sangre, como si llevara una semana sin dormir. A Abby le habría gustado tener fuerza de voluntad suficiente para asegurarse de que sus heridas mejorarían con un vistazo de arriba a abajo, pero los mares de su mirada la atraparon como nunca antes. Su barco se fue a pique y quedó a merced de las olas, casi alegrándose por ser ella quien se ahogara con él.

A Dorian le pasó algo similar, pero reaccionó a tiempo para cortar de raíz la atracción. Dispuso lo que le quedaba por ordenar guardándolo en su baúl.

—Así es —dijo quedamente, sin mirarla.

Abby no se dejó amedrentar por su estoicismo, y tampoco permitió que sus ideas claras calaran en ella. Mientras hubiera una rendija por la que colarse, no desistiría. Así pues, cerró la puerta y avanzó hasta él con comedida decisión. Le puso una mano en el hombro, notando enseguida su tensión. Contuvo el aliento al ver que él se quedaba inmóvil, como si sus dedos tuvieran el poder de convertirlo en piedra.

—No lo hagas —pidió suavemente. Aprovechó su indefensión para acercarse más a él y pegarle el pecho a la espalda, abrazándolo con cariño. Envolvió su pecho con los brazos y apoyó la mejilla en el hueco de su columna, esperando genuinamente que fuera suficiente—. Quédate conmigo, Dorian.

Él se quedó un momento en blanco, sin reaccionar. Verla lo había relajado lo indecible. Estaba bien, estaba sana y consciente. Ni una sola herida sin curar... Parecería ella misma si sus ojos destilasen serenidad en lugar de ansiedad, o de eso quería convencerse. En el fondo sabía que estaba siendo más Abigail que nunca, sufriendo a voz en grito por lo que aún no había hecho.

Ya incluso dudaba. El calor del cuerpo femenino traspasó su ropa y le tocó el corazón. Pero no se dejó conmover, porque sus principios eran ahora sólidos y no dejaría que volvieran a hacerle daño. No por su culpa.

—Ya te dije que no. No insistas, Abigail. Creo que no he de recordarte cómo trato a las mujeres cuando me machacan con que cumpla sus deseos...

—Pero yo no soy otras mujeres —replicó ella sabiamente—. No lo soy, porque a mí me amas.

Lo soltó para rodearlo y así poder mirarlo a los ojos, lo que tuvo tal peso sobre él que por un momento se planteó asentir y besarla para pactar un acuerdo de fidelidad. En su lugar, Dorian se quedó en silencio y sostuvo aquella mirada de melancolía y amor explícito que pretendía convencerle de que estaba en sus manos. Pero no lo necesitaba: lo sabía. Ella lo quería tanto como ella era amada. Y si bien eso no cambiaba las cosas, quizá reconfortaba un lado masoquista que pretendía erradicar.

—¿Vas a negarlo otra vez? ¿Dirás de nuevo que no me quieres y que deseas que me case con lord Ashton?

Dorian se planteó asentir. Y no solo eso: pensó en hacerle tanto daño que Abigail no encontraría otra salida al dolor que darse la vuelta, decirle adiós y no volver a acercarse a él. No obstante, ni siquiera en su favor sería capaz de hacer algo así. La miraba y le bastaba con verse en el espejo de sus ojos

oscuros para saber que siempre querría, de un modo u otro, ser su preferido. Estar dentro de ella eternamente.

Negó con la cabeza, aún con el ceño fruncido.

—No lo voy a negar —declaró en voz baja—. Pero ya estás prometida con él...

—No lo estoy. Eso es lo que fui a decirte —replicó Abigail en el mismo tono. Estiró los brazos para abarcar su rostro con las manos, como si temiera que le apartase la vista en un momento tan importante—. Él no quiere casarse conmigo, y aunque me lo hubiera pedido, le habría dicho que no.

Si Abigail esperaba conmoverlo, tuvo que resignarse con una emoción muy distinta. Dorian le apartó los brazos y se retiró, dando unos cuantos pasos hacia atrás. La miró como si acabara de asestarle una puñalada, mientras el rojo trepaba por la base de su cuello y lo hacía entrar en un estado de turbación en el que no lo había visto jamás.

—¿Por qué? —rugió—. ¿Por qué?

—Porque no mentía cuando dije que no podría casarme o estar con otro hombre que no fueras tú —replicó, intentando que no le afectase su horrorizado semblante—. Porque te quiero; te quiero tanto como tú me quieres a mí.

Dorian sacudió la cabeza. Se dio la vuelta y apoyó las manos en la repisa de la ventana, con los hombros encogidos y el cuello hundido. Abby dudó. No sabía si aproximarse y abrazarlo de nuevo, teniendo presente que lo chantajeaba con su calor y su cariño, o dejar que se calmara poco a poco...

Lo único que tenía claro era que no se iba a marchar.

Hasta que se giró de nuevo, esta vez con los ojos enrojecidos.

—Si quieres casarte alguna vez, Abigail, te sugiero que rehagas tus pasos y vuelvas a pedirle a lord Ashton que te pretenda. Porque este hombre que tienes delante jamás va a quedarse contigo —declaró, respirando artificialmente. Se acercó muy despacio a ella, mirándola como si tuviera la culpa de todo. Y en el fondo la tenía, de una manera u otra. Tenía la culpa de que la quisiera a

matar. De que la amara a morir—. Espero que ni se te ocurra utilizar como excusa que te quiero, porque ni todo el amor del mundo podría salvarte de lo que podría pasarte estando a mi lado. ¿No te has hecho una idea aún? —preguntó, antes de que ella pudiera manifestarse—. ¿Aún no te has dado cuenta de quién ha sido el culpable de que anoche casi...? —No pudo decirlo. Su voz se quebró al final—. Si piensas que por quererte voy a arriesgarte y exponerte a mi mala suerte, estás tan equivocada...

Abby avanzó sin temer su reacción.

—¿De qué estás hablando? Dorian, sé quién fue la que me golpeó y luego le prendió fuego a la habitación. Está loca —soltó—. No quise creerlo, no quise prestar atención a las habladurías, pero Celinia padece de demencia. Por eso rara vez la dejan salir de su habitación. Ante eso, ¿qué podrías haber hecho? ¿Qué culpa tienes tú?

—¡Toda! —gritó, extendiendo los brazos a cada lado de su cuerpo—. Tengo la culpa porque soy incapaz de proteger a mis seres queridos. Porque siempre me enamoro de una persona a la que no me merezco, y por culpa de ese egoísmo la conduzco a la perdición. Celinia quería vengarse y decidió darme donde más me dolía... Y por culpa de hacerla cómplice de lo que siento por ti. Si nunca te hubiera querido, Abigail, si nunca me hubiera cruzado en tu camino para acabar haciéndolo irremediabilmente... Ahora no estaríamos en esta situación.

—¿Y qué te hace pensar que no quiero estar en esta situación? Estás hablando por ti, cuando yo jamás he dicho que tenga miedo, o que no esté dispuesta a afrontar cualquier situación que se plantee en el futuro. No solo digo que te quiero para hacerte partícipe de mis sentimientos, sino para incluirte en mi vida. Desconozco lo que significan los tuyos, pero mis «te amo» tienen intrínseco el «quiero estar contigo». Pase lo que pase —recalcó, parándose delante de él.

Dorian la miró con tanta rabia impotente como deseo animal. Por un instante pareció que iba a cernirse sobre ella, a besarla para darle una respuesta nueva

y que necesitaba como la tierra que la mantenía en equilibrio... Pero en el último momento venció el pulso la desolación.

—No lo entiendes... No lo entiendes —repitió, pasándose una mano nerviosa por el pelo. Se tiró de uno de los mechones con tanta fuerza que fue un milagro que no se lo arrancase—. Yo simplemente no puedo... No puedo cargar con más remordimientos. Si te pasara algo me moriría. Me moriría, colibrí. —La cogió de las muñecas y las presionó contra su pecho—. ¿No puedes intentar comprender eso?

—Tienes miedo —asintió Abby—. Y es normal... Tener miedo a perder significa que hay algo de valor en juego...

—No eres algo de valor. Eres... Eres tanto para mí que no encuentro palabras. Una vez hace mucho tiempo me sentí de manera similar, y cuando lo perdí todo no supe cómo hacerlo para no volverme loco. Si vuelve a ocurrirme... Y esta vez a ti... No voy a poder reponerme.

—No te entiendo —musitó Abby, conmocionada al ver lágrimas en sus ojos—. Si me explicarás... Si me pudieras explicar qué ocurrió para que te asuste tanto la idea...

—Perdí a la mujer que amaba por codiciarla más de lo que me podía permitir —confesó, apretando los labios—. Se llamaba Emma y era la doncella de mi madre. La conocí cuando tenía diecinueve años y ella veintiuno... Quizás mi padre tenía razón y es posible que la amara porque no hubiese otra mujer con la que comparar, porque me impactó su belleza y lo confundí al principio... Pero el sentimiento fue tan real que no lo pensé dos veces a la hora de pedirle que se escapara conmigo. Íbamos a casarnos en Gretna Green cuando lord Standish se enteró y frustró mis planes. Apartaron a Emma de mi lado, silenciaron lo que podría haber sido un escándalo y me desheredaron por haber tenido tan mala idea de enamorarme de alguien de la clase baja.

Abby abrió y cerró la boca varias veces antes de decidirse a balbucear:

—Pero tú no tuviste la culpa... Uno no decide a quién ama, no...

—Pero sí decide si se queda con él, y yo me obcequé tanto en la idea de hacerla mía en todos los sentidos, yendo en contra de lo que estaba bien, que al final... pagué por ello. —Su rostro se contrajo en una mueca de dolor—. Lord Standish la obligó a marcharse a América en un barco que naufragó. Naufragó —repitió, conmovido—. Lo he odiado, a mi madre y a él, por alejarla de mí y propiciar tal desenlace... Cuando solamente trataba de quitarme a mí la culpa. Si hubiera hecho lo correcto y no me hubiera obsesionado con ella... Ella ahora estaría viva, feliz.

Abby tragó saliva compulsivamente. No pudo contenerse y lo abrazó con fuerza, tratando de apaciguar ese temblor violento que lo sacudía desde el corazón.

—Nadie tuvo la culpa, Dorian —susurró—. Tú la quisiste de veras, y estoy segura de que solo por eso ella jamás te habría acusado... Tus padres tampoco imaginaban que algo así ocurriría. Y que todo eso sucediera, que la perdieras... No significa que vayas a perderme a mí también. Porque no dejaría que nadie intentara separarnos, ¿entiendes? A no ser... que seas tú quien quiere irse. En ese caso... No podría luchar por ti.

Dorian la separó cogiéndola por los hombros. Le dedicó una mirada insondable, dolorosamente penetrante, que se incrustó en lo más profundo de su ser como una estaca. Supo que nunca podría olvidarlo, como tampoco podría sacarla.

—Cuando vi el fuego y a ti en medio, me di cuenta de que alguien intentaba darme una lección. Llámalo Cielo, llámalo Destino o Infierno. La historia se estaba repitiendo, solo que esta vez pude evitarlo a tiempo. Qué más da si es agua o fuego lo que me separa de la mujer que amo... Al final siempre hay algo. Por muy distinto que fuera el desenlace, aunque esta vez pudieras haber muerto entre mis brazos en lugar de tan lejos de mí que no hubiese podido abrazarte una última vez... aunque no lo hayas hecho, la sensación fue la misma. O no la misma: fue mil veces peor —rectificó, con la mirada perdida—. No te haces una idea de cuánto sufrí al verte ahí por mi culpa. No te

imaginas lo que podría haber sido de mí si...

—¡Pero no me ha pasado nada! —exclamó ella, apoyándose en sus brazos. Lo zarandeó suavemente—. Estoy aquí, Dorian. Viva y diciéndote que te quiero, que necesito estar contigo. Suplicándote que no te eches las culpas, porque no puedes ser más rápido o más perspicaz que el destino y tampoco prevenir una maldad...

—Claro que puedo —musitó, tomando su rostro entre las manos—. Quedándome solo.

Abby negó con la cabeza. No le dio tiempo a secarse las lágrimas antes de que cayeran libremente por sus mejillas.

—No quiero que estés solo. Menos cuando sé y tú también sabes que tu lugar está conmigo. —Sorbió por la nariz y se estiró más para mirarlo a los ojos—. No puedes dejar que el miedo te venza, no...

Dorian la silenció con un beso.

No se anduvo con contemplaciones y la saqueó brutalmente, como si fuera una bestia aprendiendo a tocar a una mujer por primera vez. La cogió de la cintura y la pegó a su cadera, abrazándola con tanto ímpetu que su cuerpo se encogió para acoplarse al de ella. Profundizó el beso hasta que Abby no pudo sostenerse sobre sus piernas, y entonces la elevó de manera que apenas rozaba el suelo con las puntas de los dedos. Sus lenguas se enzarzaron en una batalla campal de la que él era consciente que saldría chamuscado, y así fue. Un estallido de fuego le quebró las venas y se extendió por su cuerpo hasta poseerlo por completo, desterrando un instante la despedida para implantar con más fuerza que nunca que aquel era su lugar y moverse de allí sería entregarse a la perdición por voluntad. Y esa sería su voluntad futura, porque la presente quería continuar indagando en la suavidad de aquellos labios femeninos y la esencia de jazmín que se le pegaba a la piel.

La estrechó contra su pecho al romper el beso y se tomó un momento para suspirar. El aire que exhaló después, lleno de ternura inservible, se perdió entre los mechones de su pelo oscuro. Después se separó, tomando la

precaución de no mirarla a los ojos, y salió de la habitación a paso ligero.

«Evidentemente no basta con aparentar virtuosismo y carecer de mácula... La buena dama ha de ser inocente y casta hasta que llegue el momento».

Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta.

Ante la noticia de que el incendio había sido un accidente, lord Ashton decidió no suspender las fiestas y pasar reunidos los días que quedaban. Eso no significaba que Dorian fuera a quedarse, pero sí señalaba dónde pasaría Celinia Haviland las próximas jornadas y eso le procuraba cierta ventaja. Si pensaba que iba a librarse de él estaba muy equivocada. Y aunque no iba a pagarle con la misma moneda porque ni era su estilo ni quería que volviera a peligrar la vida de Abigail, no se iría de allí sin que Celinia sufriera las consecuencias de sus actos.

Ya no se acordaba siquiera del intento de asesinato que había promovido contra él. Estaba tan cegado por la rabia de que se hubiera atrevido a tocar a Abigail que le parecía una estupidez encararla por tan nimio motivo. Estaba vivo y eso era lo que importaba: estaba vivo y, además, era gracias a Doyle, un hombre que por pasiva había recibido el desprecio de todos los asistentes por no poder relacionar su caída con otra persona. Quizá también cobrara por eso... O quizá no. Los Haviland no merecían pasar el resto de su vida bajo la sombra del escarnio porque uno de sus familiares fuera un completo neurótico.

Así pues, en lugar de dirigirse primeramente a Celinia, se acercó a la señora Haviland y a su marido. Se trataba de un par bastante cómico: una mujer baja y rechoncha y un hombre muy alto y desgarbado, pero parecía que se llevaban de maravilla. No era eso en lo que pensó cuando se plantó delante de ellos sin ninguna expresión, buscó la nota que Celinia coló debajo de la rendija de su puerta y se la tendió.

Ya fuera porque ante las últimas situaciones había desarrollado los sentidos o porque Celinia tenía mirada infrarroja, sintió sus ojos desde la otra punta del salón.

—¿Milord? —preguntó la señora Haviland, con el ceño fruncido.

—¿Reconoce la caligrafía? Es de su hija, la señorita Celinia Haviland — declaró inexpresivo—. Espero sinceramente que la reconozca, al igual que la escueta firma del margen inferior.

—Sí parece su caligrafía —murmuró el padre, claramente sin comprender su papel—. ¿Por qué? ¿A qué viene todo esto, lord Standish?

—A que fue la nota que colaron debajo de la puerta de mi habitación la noche en la que ardió la alcoba de lady Abigail. Por lo visto debió descubrir que una fuerte amistad me une a la dama, o pensar incluso que mantenía alguna relación fuera de lo normal con ella... En cualquier caso, no tengo ni la más remota idea de por qué podría haber decidido hacer esto. Quizá fue un episodio de celos, o quizá pura maldad... Lo desconozco. Fuera lo que fuese, me apena y me avergüenza haberme enterado de la profundidad de sus sentimientos hacia mí de este modo. Y si se preguntan por qué he reconocido la caligrafía, es sencillo: no es la primera vez que recibo una misiva de su parte. Ha estado atosigándome con mensajes subidos de tono durante mucho tiempo. Por lo que, si no creen en lo que digo, bastará con que un día me acompañen a mi humilde hogar. Allí podré hacerles una selección de las cartas de amor más interesantes, todas firmadas con esa sencilla «C» al final.

La pareja se quedó a caballo entre la estupefacción y el horror. Los dos pares de ojos no tardaron en dirigirse a la figura de su hija mayor, que había

estado observando la escena con los labios apretados y la expresión interrogante. Los tres se debieron comunicar con lo simple de un vistazo, porque Celinia no tardó en acercarse a ellos a paso ligero. A esas alturas, Dorian ya se había dado la vuelta, no sin antes decir:

—El secreto estará a salvo conmigo siempre y cuando se aseguren de que no vuelve a acercarse a mí o a Abigail.

Su objetivo era darse la vuelta y volver por donde vino, pero el señor Haviland lo retuvo con una súplica. Dorian atendió inicialmente de mala gana, aunque su disposición tendió a la piedad al percatarse de las arrugas de preocupación que surcaban su rostro.

—Milord, no sabe cuánto lo lamentamos —murmuró, visiblemente devastado—. En nombre de Celinia y de toda la familia, suplicamos su compasión. Hace un tiempo que nuestra hija no está como siempre y manifiesta tendencias histéricas, agresivas incluso. Hemos intentado... curarla, recluirla, pero... —Su voz se apagó—. Nos marcharemos hoy mismo para evitar más problemas, y tomaremos serias medidas, pero por favor... Sea compasivo con la situación y no lo haga de dominio público. Elaine y Louisa no podrán aspirar a un buen matrimonio si esto llega a saberse.

Dorian creyó entonces en las palabras de Abigail, a las que no atendió por estar demasiado cegado por la desesperación. Todas las piezas encajaron como un rompecabezas: el comportamiento de Celinia por fin cobraba sentido. Sus ataques repentinos, sus broncas, incluso sus gestos erráticos y su continua necesidad de atención... Dorian desconocía, en realidad, los síntomas de la locura, pero sin duda, Celinia podía manifestarlos todos.

No supo qué decir, más que lamentar no solo no haberlo imaginado, sino haber iniciado un idilio con una mujer a la que podría haberle agravado la enfermedad. Enmudecido por lo drástico de los acontecimientos, asintió, acordando tácitamente guardar silencio, y optó por dejar allí el día de confesiones.

Cuando llegó a su habitación terminó de completar el baúl con el ajuar. No

tuvo que hacer mucho más que guardar un par de pantalones más, pero se sorprendió tan cansado por las últimas horas que necesitó sentarse en el borde de la cama. Ahí se quedó mirando fijamente su reflejo en el espejo, pálido y con ojeras; el cabello despeinado, y los restos del fuego brillando en sus gemelos desnudos.

Necesitaba llevar la herida al aire durante algunos minutos al día para no sentir que le ardía todavía.

«No quiero que estés solo. Menos cuando sé y tú también sabes que tu lugar está conmigo».

Claro que estaba con ella. Eso era indiscutible. Pero el lugar de ella no estaba con él, lo que hacía las cosas difíciles. Se perteneciera a quien se eligiese o por motivos que escapaban a la razón humana, Abigail debía construir un futuro con alguien mejor. Lo que no quería decir que no le costara asumirlo, porque solo de pensar en marcharse y no volver a verla hasta la temporada siguiente, cuando con suerte estaría casada, se le cortaba la respiración y le daba la sensación de estar perdiendo la vida poco a poco.

«Nadie tuvo la culpa, Dorian».

«Estoy aquí, Dorian. Viva y diciéndote que te quiero».

Tuviera o no la culpa de la muerte de Emma, habría pasado toda la vida penando por haber perdido a Abigail si no hubiera llegado a tiempo. Ahora entendía que su padre había tenido la razón. Ya no cabía lugar a dudas. Quería a Abigail Appleby más de lo que habría creído posible. ¿Eso justificaría que la secuestrase, se la llevara a casa y le impidiera amar a otro hombre que no fuese a él? ¿Perdonaría el amor la conducta egoísta de quererla con él y con nadie más, sabiendo que Ashton podría darle muchas otras cosas...?

Unos toquécitos en la puerta lo distrajeron. Como si lo hubiera invocado, bajo el umbral apareció el señor de la casa, que apoyó el hombro en el marco y le lanzó una mirada significativa.

—Así que es cierto —comentó—. Se marcha.

Dorian se puso de pie de mala gana y asintió.

—Espero que tenga un buen motivo, porque creo que hay por aquí muchas cosas que podrían interesarle —declaró, avanzando hacia él. Plantado a una distancia relativa, se cruzó de brazos—. Y no hablo precisamente de las delicias de Cornualles, que ya sabemos que volverían loco a cualquiera.

No se molestó en reír la gracia. Sostuvo su mirada áurea con aburrimento. Fuera o no a casarse con Abigail, siempre le tendría frío respeto al hombre que tenía delante. Quizá porque representaba todo lo que él podría haber tenido y de lo que finalmente carecía. Interés por los demás, inteligencia emocional, educación y modales, respeto por la gente de su misma condición...

—¿Sabe? —Ashton se sentó en una de las butacas de la otra esquina de la habitación. Aquello sorprendió a Dorian: ¿iban a hablar a una distancia tan absurda? Al ver que volvía a despegar los labios, supo que así era—. He pasado bastante tiempo a solas con lady Abigail estos últimos meses, y he llegado a considerarla una buena amiga. Es una mujer excepcional, como probablemente sepa ya...

Dorian estuvo seguro de que Dios lo perdonaría por ser grosero con el anfitrión al contestar:

—Usted no sabe nada de lo que yo sé o dejo de saber.

—En efecto. Pero tengo mis sospechas. Y descuide: si mis sospechas están en lo cierto, no estoy interesado en conocer los detalles —cortó, acomodándose. No había ni rastro de rencor o aburrimento. Lord Ashton era todo serenidad y transmitía una confianza abrumadora, como si en vez de un hombre fuera la almohada sobre la que se derraman lágrimas en las noches más duras—. Como iba diciendo, es una mujer excepcional. Puede parecer tímida al principio, pero no es tan introvertida como simplemente melancólica, ni tan melancólica como esclava de una pasión frustrada. Sabe Dios que creí que me habría hecho feliz desatarla, y ella también pensó lo mismo de mí, pero es evidente que el que tenía la llave de sus secretos era otro.

—¿Ha venido a mi habitación a sermonearme sobre el amor, lord Ashton?

—He venido a pedirle que no sea cobarde. No hemos hablado jamás

directamente. De hecho, nunca he hablado con alguien en estos términos, pero... Lady Abigail me ha abierto los ojos a una realidad a la que le aparté la mirada, y creo que debo devolvérselo de algún modo. —Inspiró profundamente y lo miró de manera distinta, esta vez sin verlo. Pronto supo que se debía a que los recuerdos lo habían consumido—. Verá... Yo también me alejé de una mujer una vez por razones completamente estúpidas, y puedo asegurarle —solo en confianza y bajo mi propia amenaza; no lo admitiré en ningún otro momento y lo negaré todo si lo saca a colación—, que no hay día que no me acueste pensando en lo estúpido que fui. Y créame: puede existir una gran diferencia entre un hombre con corazón y uno sin él. Son contrarios de tan opuestos. En su día fui alguien, y ahora no soy nada excepto remordimientos. Si usted no quiere serlo, le sugiero que dé un paso al frente. Yo no soy, ni fui desde el principio en realidad, un rival para usted.

—Pero usted es perfecto para ella.

Ashton sonrió como si fuera un chiste.

—¿Por qué? ¿Porque soy rico? Usted también lo es. ¿Porque soy amable? Seguro que usted también lo es. Dudo que una dama como lady Abigail se hubiera enamorado de un amargado. ¿Porque soy atractivo? Gracias —cabeceó—, pero la belleza es subjetiva. ¿O lo dice porque me llevo bien con la aristocracia? Porque en ese caso deje que le diga que esas relaciones son pura cortesía y son tan hipócritas conmigo como con usted. Si Abigail se queda con usted, al menos sabrá distinguir entre quiénes van de frente y quiénes no.

Dorian fue a añadir algo, pero lord Ashton lo interrumpió.

—Creo que piensa que soy perfecto porque los dos somos mansos y nunca nos levantaríamos la voz. Y ahí reside justamente el problema. Una persona que no te saca la vena irascible, aunque sea sin querer, o aunque sea para la pasión, no es perfecta para el susodicho. —Al ver que Dorian arrugaba el entrecejo, aguantó una carcajada—. ¿Le sorprende que haga referencia a la cama con tanta normalidad? Supongo que es porque no ha hablado mucho con

lady Jezabel. Soy digno familiar de mi hermana.

—Se está equivocando, Ashton. Arrojar a una mujer a los brazos de un hombre que no podría hacerla feliz no es obrar en nombre de la justicia.

—¡Vaya! —exclamó, divertidísimo—. ¡Acaba de entender justamente lo que está haciendo!

»Yo solo pretendo arrojar a un hombre a los brazos de una mujer que podría hacerlo feliz tanto como podría hacerle infeliz estar sin ella. ¿No se ha parado a pensar en que si lady Abigail tiene sentimientos por usted es porque lo merece? A pesar de parecer muy generosa, lady Abigail no ama a cualquiera por cualquier motivo. De hecho, es muy difícil ganarse su aprecio. Si lo ha conseguido en tan poco tiempo es porque es usted el elegido.

Dorian entornó los ojos y se quedó mirando a Ashton con una mueca.

—¿Es usted su ángel de la guarda, Cupido, o algo parecido? ¿Quién le manda?

—La buena voluntad. El deseo de calmar mi conciencia. Aprecio hacia la involucrada. Quizá incluso aburrimiento... O tal vez, y solo tal vez, la Comitiva del Cortejo. —Sonrió como un malandrín, gesto que Dorian no comprendió—. Sea cual sea el motivo, Standish, deje de tener miedo a hacer las cosas bien por su propio bien y por el de Abigail. Si no se acabará arrepintiéndose.

Dorian fue a preguntarle quién se creía que era para darle lecciones moralistas. Desgraciadamente, Ashton fue más rápido levantándose y despidiéndose. Y no de cualquier manera: antes de abandonar la habitación, le dedicó una mirada elocuente que solo podía significar que tenía puestas altas expectativas en él.

Sería una lástima decepcionarlo... O no.

Cuando Ashton salió, Dorian se acercó al escritorio donde había dejado otros enseres de bolsillo. Por curiosidad echó un vistazo al cielo oscuro y se compadeció de la noche sin estrellas, sonriendo cómplice a esa enormidad de vacíos. Su vida también había sido últimamente como una noche así. Y tenía

que seguir siéndolo, ¿no? Por el bien de la estrella...

Por casualidad deslizó los ojos hasta la arboleda que rodeaba el gran caserón, y luego a la nieve que cubría la amplia explanada de la entrada. Allí había un grupo de mujeres conversando animadamente: una de ellas, lady Saint-John, era inconfundible por su altura y espeso cabello oscuro. Pero sus ojos estaban programados para ir a parar a otro sitio, y era el que Abigail ocupaba sentada en un banco cercano. Estaba sola, con la barbilla alzada. Mirando al cielo como él, como si pudiera encontrar una respuesta a sus preguntas...

Dorian se la quedó mirando durante tanto tiempo que no se percató del correr de los minutos hasta que se le durmió la pierna. Tampoco se dio cuenta de que sus labios habían esbozado irremediablemente una sonrisa resignada; sabiendo cuál era su destino y lo difícil que era evitarlo.

Cambió el peso y dejó escapar un suspiro mezclado con lamento.

Abby sabía que Dorian se había marchado, y con ello todas sus esperanzas de futuro.

Era duro dejar ir a la persona que amabas, pero era aún peor hacerlo cuando sabías de buena tinta que era recíproco. Aunque por otro lado, debía admitir que le dolía. Le hería profundamente saber que Dorian había permitido que el demonio de los recuerdos se interpusiera entre ambos. O no ya solo entre los dos, sino entre su felicidad y él. Su paz mental: algo que no tenía precio.

Igualmente, Abby hizo el esfuerzo de arreglarse. Muchos de los vestidos que Dorian le había proporcionado se habían quemado tras el incendio, lo que le dejaba con menos de la mitad de sus nuevas adquisiciones. Afortunadamente, uno de los trajes era el que la señora Lamarck había insistido en que se pusiera cuando tuviera a quien deslumbrar. Y aunque no quiso deslumbrar a nadie, se lo puso.

Por ella.

En cuanto terminó de arreglarse supo por qué era especial. La sobrefalda era de una seda tan fina que transparentaba el raso de debajo, y la finísima capa de tul que la envolvía en un tono más oscuro terminaba de conferirle un aspecto etéreo. Por no hablar de que el corsé se ceñía perfectamente a sus curvas y realizaba sus pechos, y las mangas hasta el codo favorecían sus estilizados miembros.

Se sintió bonita por primera vez en mucho tiempo. Concretamente desde que estuvo sentada en el regazo de Dorian, cuando la miró y acarició como si fuera obra de un artista y tocarla fuera una bendición.

No dejó que la tristeza de su recuerdo arraigase y pidió ayuda para que le recogiesen el cabello y la ayudaran con las joyas. Estaba terminando de arreglarse frente al espejo cuando sonaron unos toques en la puerta. Abby se puso de pie y abrió ella misma.

No ocultó su asombro cuando observó que se trataba de su padre.

Lord Stratford tampoco se defendió del aguijón del asombro. Se la quedó mirando con la frente arrugada. Su vistazo de arriba a abajo habló por sí solo.

—¿De dónde has sacado el vestido? No recuerdo haberte dado dinero para costear algo así.

—Desde luego que no —repuso ella, con todo el humor que fue capaz de reunir—. Han sido mis amigas. ¿Le gusta? —Soltó la capa de falda que había cogido para hacer una especie de reverencia y mantuvo su semblante medianamente cortés. Cuando supo que no iba a contestar, prosiguió—. ¿Necesita algo de mí?

—No. Solo venía a preguntarte si ya lo tienes todo listo para que nos marchemos mañana. No quiero demorarme.

—Sí, mi baúl está en orden. ¿Lo tiene usted todo listo? —Hizo una pausa—. ¿Está listo para decirme la verdad sobre mis padres y sobre lady Stratford? ¿O planeaba ocultármelo para siempre?

Lord Stratford no pareció ofendido. No cambió de expresión; ni siquiera se

alteró. Daba la sensación de que llevaba preparado para ese momento años.

—Parece que no tengo que contarte nada.

—No, ya no. Pero, ¿no se planteó abrirse a mí? ¿Aunque solamente para explicarme los motivos por los que nunca me ha querido? Me habría hecho a la idea rápidamente, y me habría ahorrado un sufrimiento innecesario.

El silencio de lord Stratford le dijo lo que ya sabía, pero que necesitaba constatar. Le importaban un bledo sus sentimientos. Solo le quedaba averiguar por qué lo había escondido: cuál era el motivo de su silencio. Qué era lo que le movía.

—Frente a estos casos nunca se sabe cómo podrías haber reaccionado —dijo solamente—. A lo mejor decidías contárselo a todo el mundo, y no era algo que me hubiese gustado esparcir por allá.

Abby sonrió con desgana, pero no abandonó la postura.

—Ese pensamiento denota lo poco que me conoce, milord. Nunca habría puesto en peligro su reputación —declaró. Esperó a que añadiera algo, pero incluso en conversaciones como esa era parco en palabras. Acabó ahogando un suspiro—. Visto que tiende a pensar lo peor de mí pese a todo, supongo que estará de más preguntarle si alguna vez me ha querido. O respetado, ya puestos.

El silencio que siguió fue el más triste de todos, incluso a pesar de saber ya que estaba en lo cierto. Hacía años que se había dado cuenta de que el aprecio era unilateral, y meses habían transcurrido desde que se dio cuenta de que tampoco merecía la pena quererlo por su vínculo sanguíneo. Ahora que ni eso los unía, lo miraba y solo veía a un desconocido. Un hombre del que no sabía nada: ni sus aficiones, ni sus manías, ni sus gustos, ni sus odios... Lo único que conocía eran sus defectos, y lamentablemente eso no bastaba para amar a alguien.

—Ya no me importa la respuesta, lord Stratford —confesó al fin—. Afortunadamente ya tengo a una persona que me ama y que me ha estado buscando hasta encontrarme. No necesito su amor para sentirme completa.

A continuación se retiró de la puerta y bajó las escaleras flotando. No tanto por el vestido como por el peso que se había quitado de encima.

—¿Que se ha marchado? —farfulló Viviana, ojiplática—. ¿Sin más? ¿Sin despedirse...?

—Menudo canalla... De veras me molesta que os enamoréis de hombres que no os merecen —comentó Jess, mirando a sus amigas alternativamente.

—Un burro hablando de orejas. —Viviana sacudió la cabeza y volvió a concentrarse en Abigail, ignorando la mueca de aprensión que compuso Jess—. Abby, estaba convencida de que estaba enamorado de ti. Pero supongo que hasta los genios se equivocan. No querrás por casualidad que te preste mi lista para convencerlo de que eres sensacional, ¿no?

—Creo que es un poco pronto para ponerse a bromear con listas —declaró Jess.

—Nunca es pronto para bromear sobre las miserias de uno. Si nos lo tomáramos todo a pecho, ¿qué nos quedaría? *Niente*. Además, la lista fue lo de menos. —Enseguida prosiguió para no dar pie a una pausa incómoda e inequívocamente dolorosa—. En fin. ¿Cómo te encuentras? ¿No crees que podría convenirte casarte con Ashton después de todo?

Abby negó.

—Yo sé que él va a volver conmigo, Viv —sonrió en formato secreto—. Dorian es un hombre muy impulsivo y cree que me está protegiendo, pero siempre acaba dejando que los deseos y el egoísmo lo machaque. Y cree que no hay mayor acto de egoísmo que raptarme y quedarse conmigo.

—Entonces no tiene ni idea de qué va el juego —rio Viviana, mirando a su amiga con evidente orgullo—. Pero por si acaso no lo hace... Creo que deberías dejar de tener esperanzas. Es más coherente prepararse para lo malo que para lo bueno. A la larga renta lo primero, mientras que lo segundo ejerce

de espina que se va clavando.

—No creo que los seres humanos seamos capaces de perder la esperanza —terció Jess, pensativa—. Es la llama fatua que nos mantiene siempre a la expectativa. No se puede apagar.

—Que no se apague la tuya no significa que la de los demás tampoco, *ragazza* —dijo Viviana, pasándole un brazo por la cintura—. Y no te preocupes por eso. Todo fuego se acaba extinguendo. El tuyo no será distinto.

—Damas —interrumpió una voz masculina. Todas se giraron para mirar a lord Cromwell, que miraba únicamente a Abigail—. ¿Me concedería el siguiente baile, milady?

Viviana no tardó en interponerse entre los dos con los ojos echando chispas. Por suerte, Abby fue rápida y la tranquilizó poniéndole una mano en el hombro. Tuvieron un silencioso intercambio en el que la duquesa fruncía el ceño y no sabía cómo proceder. Finalmente comprendió lo que Abigail le dijo sin palabras y se retiró, aunque aún sin tenerlas todas consigo.

Abigail pasó el resto de la velada entre bailes y carcajadas. Conversó con Cromwell sobre banalidades, maravillándose al descubrir que tenían mucho más en común de lo que parecía. Él la escuchaba atentamente y preguntaba de vez en cuando cualquier tontería sobre lo expuesto. Más tarde pasó un buen rato charlando con Ashton, con quien estuvo cómoda y relajada por primera vez en mucho tiempo. Viviana, Jess y Valentina también colaboraron en la tarea de amenizar la noche, sabiendo que necesitaba distracciones para no pensar en lo que le carcomía.

Abigail se sintió querida, se sintió casi completa... Pero seguía faltándole algo esencial. Y ni su hermano ni sus amigas podían llenar ese hueco.

Al llegar la hora de acostarse, el grupo se dispersó y cada uno regresó a sus aposentos. Abby hizo el camino hasta la habitación sumida en sus pensamientos. Dorian no había aparecido en el baile y eso solo podía significar que se había marchado *de veras*. La esperanza era lo último que se perdía, sí; y Jess hablaba de ella como si fuera algo bueno, pero lo cierto era

que la incertidumbre y el amor no eran una buena combinación.

A solas en la alcoba, se llevó las manos al broche trasero del vestido y se ensañó con él, intentando recordar cómo se quitaba.

¿Estaba enfadada con Dorian? ¿Podría estarlo alguna vez, aunque jamás volviera a verlo? Y lo que era más importante: ¿lo querría para siempre, incluso pese a perderlo de vista y no comunicarse con él...?

—Solo yo estoy autorizado para quitar ese vestido.

Abby tembló como una hoja al oír su voz. Estaba a su espalda, tan cerca que ahora que lo pensaba podía sentirlo. Todo él emanaba una fuente de poderío y peligro, y que Dios la amparase porque echaría de menos el riesgo si se fuera de su lado.

Pero si estaba allí significaba que no lo haría.

Se dio la vuelta y lo miró directamente a los ojos. Esos ojos que podían volverla loca de remate, amenazar con enterrarla o concederle la felicidad más compleja. Esa que estaba formada por dos personas en equilibrio.

Quiso alargar las manos y acariciar los contornos de su rostro duro, maltratado. Seguir las líneas de sus pómulos, nariz y frente romana. Pero su mirada era tan determinada que supo que él decidiría el primer paso.

Dorian se pasó la lengua por los labios y avanzó hacia ella hasta que sus pechos se rozaron.

—Verás, colibrí... —empezó con voz ronca. Sus ojos volaron, pesados, por el cuerpo femenino—. Me he dejado una lección por enseñarte. La lección culmen de todas ellas.

—Lo sé.

En los ojos de Dorian brilló el peligro.

—Podría haber dejado que te la enseñara otro —prosiguió. Coló los dedos debajo de la manga del vestido y tiró de ella hacia abajo. Con la otra, deshizo el lazo del corsé—, pero es una de esas cosas que un hombre jamás se perdona.

—Tú eres la clase de hombre que nunca se perdona nada.

—Pero hay pecados peores que otros. Y entre todos los que he cometido, dejarte es el que me proporcionaría el remordimiento mortal.

Abby siseó de placer al sentir sus manos frías colándose en el escote.

—Entonces estás aquí para evitar ir al infierno.

Dorian la pegó a su zona pectoral, sin sacar los dedos de la constricción de sus pechos. Se inclinó sobre su oído y susurró:

—Estoy aquí para irnos al cielo, colibrí. Así que dame tus alas; sin ti no puedo volar a ninguna parte.

Dorian la tendió sobre la cama muy despacio. No apartó los ojos de los suyos ni por un momento, queriendo atesorar cada chispa en sus pupilas para no olvidarla nunca. El familiar rubor se fue extendiendo poco a poco por su piel, llenándolo de gloria. Algo tan sencillo como el color de sus mejillas podía elevarlo al séptimo cielo, y por primera vez, no le asustó ser consciente de ello.

—Si no me fascinara tu cuerpo desnudo, te haría el amor así vestida —susurró, acariciándole la sien y el pómulo con la nariz. Despegó los labios para aspirar su aroma por partida doble, encogiéndose y creciendo al mismo tiempo al sentirse lleno de su esencia—. ¿Tienes idea de cómo me he sentido al verte aparecer con este vestido...? Quería mandar al carajo todo este paripé de aparecer cuando menos lo esperabas, entrar en el salón y arrancarte de los brazos de todos los que te han tocado.

Abigail no podía hablar. Atendía con los ojos entornados, sin recordar cómo se mantenían los párpados plegados. Si hacía el grave esfuerzo de mirarlo era porque necesitaba tener los cinco sentidos cuando le hablaba desde el corazón. Pero lo ponía difícil tentándola de esa manera, desnudándola tan despacio que le ardían las venas por la urgencia de sentirlo cerca.

—Qué preciosidad... —escuchó que decía una vez le sacó el corsé y sus pechos se desparramaron entre sus manos. Dorian los acarició con devota lentitud. Los ahuecó con las palmas y pellizcó los puntos erógenos, haciendo que ella se retorciera—. Tu cuerpo desnudo debe ser la imagen que trastorna a

todos los que sufren demencia. Yo me volvería loco por esta curva... —Trazó el recorrido de la cintura al muslo—. *Estoy loco por esta curva.*

Abby se aclaró la garganta como si fuera posible. El concepto de haber estado asumiendo su destino como solterona hacía unos minutos, y ahora estar de pronto al borde del derrame, hacía que se marease y el placer se acentuara lo indecible.

—¿Siempre eres tan hablador cuando haces... esto? —balbuceó—. Porque si yo ya soy callada normalmente, en estos momentos me convierto en una tumba. Y no quiero decepcionarte...

—No podrías decepcionarme ni aunque estuvieras hecha de escamas y escupieras fuego por la boca. Y no, normalmente no suelo pararme a hablar... Pero se está dando una situación anormal, porque tú no eres cualquier otra mujer. Y yo no soy cualquier otro hombre cuando estoy contigo.

Abigail observó anonadada cómo se quitaba la chaqueta, se desanudaba la camisa y se abría el frac muy despacio. Siguió cada uno de los movimientos hasta que no pudo más y lo ayudó, con unas manos tan decididas que no las reconoció como suyas. Se deleitó con la visión de su torso elegante, de líneas perfectas; los trazos largos de sus brazos y piernas, modeladas por músculos que se tensaban con cada movimiento... Era como todas esas copias romanas que había visto en el museo de Londres, lo que le trajo dulces recuerdos e inspiró a sonreír.

—¿Qué quieres decir con eso? —tartamudeó.

Dorian esbozó una sonrisa perezosa y, ahora completamente desnudo, se acomodó entre sus caderas. Apoyó un brazo a cada lado de su cabeza y se acercó hasta rozar sus labios. El fuego del casi beso fue contagioso. Se convirtió en un incendio sin parangón cuando cerró el debate besándola con firmeza. Abigail le devolvió a sus labios todo lo que le daban y permitió que la sedujera con esa parsimoniosa sinuosidad que la hacía estremecer, sobreexcitada por la calidez de su piel contra la suya.

—Me ha dicho un pajarito que no tienes doncella. Un colibrí, concretamente

—susurró cuando se separó. Abby ahogó un grito al notar los dedos de Dorian tanteando los pliegues ocultos de su feminidad—. Así que supongo que necesitarás a alguien que te acompañe a todas partes, que te vista y desvista, que te cepille el pelo antes de acostarte... Alguien a quien contarle tus secretos, sabiendo que no traicionará tu confianza.

»Yo quiero ser esa persona.

Abby tragó saliva, a punto de desmayarse. Sus caderas se movían en la dirección que marcaba la mano de Dorian, que antes de penetrarla, se cuidaba de estimular todos esos pequeños puntos que la ponían a suspirar trágicamente. Frotó la zona superficial de su sexo y sedujo los pliegues que se humedecían para él.

—¿Mi... doncella?

Verlo sonreír con ternura fue un espectáculo que se alegró de disfrutar a solas.

—Tu hombre, colibrí.

No dijo nada más. Sostuvo su mirada determinada a hacer lo que fuera para merecer el puesto, y después notó que dos dedos se abrían paso en su cavidad. Abby separó los labios para coger aire. Fue él quien se lo insufló, atrapándolos con su boca ardiente y besándola con un claro objetivo. Hablar de rendición.

Dorian se retiró de sus labios para arañarle el cuello y el pecho, besarla en todas sus zonas, marcarla. Se sentía pletórico, extasiado: tener a aquella mujer entre sus brazos, retorciéndose y gimiendo de placer, era más excitante que dormir con un sinnúmero de otras. Porque ahora reconocía al resto como *otras*, frente a esa *una* entre miles de millones que le enardecía el corazón al suspirar su nombre.

—Dime de nuevo a quién perteneces, Abigail —susurró, lamiendo el borde de su tierna oreja enrojecida—. Dímelo como lo dijiste hace unos días.

Abby se mordió el labio para no gemir ruidosamente. Como si quisiera compensarla por entregarse así al frenesí, volvió a besarla. Así apaciguó parte

del monstruo que la incitaba a revolverse. La ablandó, la reformó a gusto y la volvió loca al tocarla con manos expertas.

—A... a ti —jadeó—. A ti, Dorian Blaydes.

Él cerró los ojos un instante, queriendo saborearlo. Se quedó en el limbo durante el tiempo suficiente para que el estómago de Abigail comenzase a contraerse. Dorian sonrió al escucharla suplicar y se retorció aún más en su interior. Observando su preparación y sus ojos empapados, la liberó de sus dedos y los reemplazó por el roce lánguido de su miembro. Abigail se quejó entre sollozos por su ausencia, pero no tardó en llenarla introduciéndose tan lentamente que cada segundo era una agonía.

—Adoro que me ames en todas tus partes —gruñó Dorian, acariciando su vientre terso y jugando a perseguir el vello escaso del esternón al ombligo—. Mira cómo te pones para mí, por mí... Todo tu cuerpo me necesita.

—Siempre —gimoteó—. Toda yo te n-necesito.

Tras la confesión, Dorian balanceó las caderas y se clavó en ella sin contemplaciones. Abby ahogó el grito de doloroso placer alzándose para agarrarse a su espalda, en la que los músculos se movían sin seguir ningún patrón. Lo miró con los ojos muy abiertos, de pronto consciente de lo que significaba aquella unión. Juró que la incomodidad remitía al admirar la expresión decidida y amorosa del hombre que la sostenía.

Abby dejó que la alzara del colchón y la pegara a su cuerpo. Ambos pechos quedaron aplastados a la altura del pectoral. Sintió su calidez en los pechos, su masculina dureza ahondando en su intimidad... Y cómo toda ella se iba abriendo a un mar de sensaciones que comenzó en su vientre. Le rodeó la cintura con las piernas y, esclava de un deseo que parecía de moribundo, lo atrajo hacia sí, hincándolo más en sus carnes.

—Dorian...

Él respiraba con fuerza bruta, como si el aire a su alrededor fuera un bien que hubiera que esforzarse por poseer. La miraba con la brujería en los ojos, la magia negra y el poder sobre todas las cosas. Y la tierra dejó de tener

sentido cuando se quedó ahí, porque supo que podría haber vivido anclada a la caída de sus párpados durante siglos.

—Aunque no me haya portado siempre como uno, soy un hombre. Un hombre que te anhela —empezó, con la voz inyectada en pasión—. Dejaré que hagas conmigo lo que quieras, Abigail, porque te amo tanto que aunque este desenlace fuera inevitable, aunque debería acostumbrarme porque sé que nunca dejaré de hacerlo, aunque tendría que saber que ya no seré yo mismo si no lo hiciera, jamás podré hacerme a la idea de que pertenezco al ser más bello de la tierra. Te amo tanto que me das miedo y me asusta perderte de una manera que me asfixia, pero he descubierto que ni siquiera eso me aterriza tanto como no tenerte a mi lado. Así que cástate conmigo. No porque quiera curarte de la enfermedad de la melancolía, para poder hacer mío tu cuerpo y explorar los confines de tu mente; cástate conmigo porque necesites salvarme de la soledad, la pena y el infierno tanto como yo te necesito a ti.

Dorian la besó con la única furia rendida que podía enternecerla y licuó toda reserva que pudiera haber tenido. Sus labios se movieron sobre los suyos con desesperación e impaciencia, y al mismo tiempo deleitándose con gusto con su sabor. Aceleró el ritmo como si temiese que fuera a acabarse el momento, y al tiempo inició un ritmo inexorable de embestidas profundas que desterraron sus pensamientos a otra tierra.

Abby abrió la boca para coger aire. Con cada penetración, Dorian la iba colmando de algo distinto, algo intangible y para lo que esta vez sí encontraba una definición que le hiciera justicia. *Júbilo*. Era la felicidad con la que había soñado desde que tenía memoria, y no estaba diseccionada en pequeños momentos. Era un todo inabarcable que le calentaba el corazón y tenía forma de hombre.

—Oh, Dios mío... —jadeó, colgándose de él y moviendo las caderas en su dirección. Agachó la cabeza y observó que estaba tan dentro de ella que el vello de ambos se confundía. Aquello la hizo removerse de excitación y vergonzoso deleite—. Te quiero, Dorian Blaydes. Desde que me besaste por

primera vez. Y-ya lo sabes, p-pero... Vas a tener que hacer la pregunta en condiciones.

Dorian soltó una carcajada y la besó de nuevo. Fue recorriendo su enhiesto cuello con pequeños mordiscos. Aumentó el ritmo y número de las embestidas, empujándola al límite, llevándola a otra dimensión, envuelta en una nube de promesas y palabras de amor que la condujeron a un final apoteósico. Dorian la sostenía por la espalda y le pellizcaba el pezón con los dientes cuando el orgasmo se hizo dueño de la situación. Como si lo hubiera contagiado, Dorian también se encogió y por un instante se quedó sin aire. Lo recuperó tan pronto como le fue posible, y sin abandonarla, la cogió por las caderas y la elevó consigo de manera que pudo quedarse de rodillas sobre la cama.

—Muy bien, colibrí. Esta es tu pedida —empezó, entre divertido, extasiado y ardorosamente excitado—. Estoy de rodillas... y dentro de ti...

—Eso n-no es román... romántico.

—Pero esto no es el Manual de requisitos y otros patéticos o humillantes consejos para solteras; esta es mi manera de hacer las cosas, así que vas a tener que contentarte con esto —declaró. Cogió aire—. Sé que no soy el conde, quien era el que al principio debía arrodillarse, pero... ¿Quieres casarte conmigo?

Abigail, temblorosa y alterada por el miembro pulsante que seguía moviéndose dentro de ella, encontró a tiempo la risa para dejarla escapar.

—Claro que sí, p-pero... Tú también eres conde.

Dorian negó dulcemente.

—No soy conde, colibrí. Soy tuyo.

Siguió una pausa en la que se miraron a los ojos. Todo lo que pudieron ver fue rendición y pasión, ambas cogidas de la mano para crear lo que Abby siempre había querido.

Un vínculo especial e inquebrantable que se convertiría en un hogar.

Su hogar.

Epílogo

«Gracias por los consejos, mi estimada escritora... Pero mi mujer ha estado y va a seguir haciendo lo que le apetezca, y según aprecio, se le antoja violar todas las normas que ha plasmado hasta la última página. Así pues, bienvenida sea, matrona, a este nuevo libro de códigos: *Manual de imprudencias y otras locuras que cometer para ser la perfecta mujer libre*».

Nota escrita a mano al final del *Manual de modales y otros requisitos para ser la dama perfecta*.

Londres, 1881

Lord Standish se abrió paso en el salón con su clásico caminar. Elegante y felino, como una pantera estirándose, pero también apresurado; temiendo llegar tarde a un lugar que no le importaba lo más mínimo. Era una controvertida mezcla que avisaba a los presentes de que había llegado, lo que inevitablemente provocó que todas las miradas cayeran sobre él. Y él, como venía siendo costumbre, las ignoró...

A excepción de una.

Una dama ataviada con un elegante vestido de seda púrpura y un abanico con historia propia lo miraba a través del gentío. A Dorian le pareció que todo el mundo desaparecía, y ella era la única que quedaba de pie cerca del palco de

las solteronas.

Aquella idea le hizo sonreír. Ya estaba dándole vueltas a cuál sería su modo de presentarse, cuando se dejó arrastrar por la emoción insondable de sus ojos oscuros. En otro tiempo podrían haberle parecido comunes, pero ahora se le antojaban misteriosos y secretos. Y lo peor —o lo mejor— era que lo miraban a él y solo a él, diciéndole sin necesidad de palabras que era el único hombre que merecía la pena de todos los que conocía.

Se acercó lentamente, con cuidado de no amedrentarla. Una mujer como esa, tan sofisticada y preciosa, no aceptaría a un malandrín como él. Necesitaría una técnica de persuasión para llevársela al jardín y allí poder besarla a gusto.

—¿Cómo una dama tan hermosa como usted puede estar aquí parada, en lugar de bailando en brazos de cientos de caballeros? —inquirió al llegar a su altura. Ella cerró el abanico con gracia estudiada. Mantuvo su expresión imperturbable, a excepción de un ligero pero persistente rubor que hizo sonreír ladino a Dorian—. Sobre todo con ese color tan irresistible en las mejillas.

—Esta dama no acepta los brazos de cualquiera.

—¿Qué brazos acepta, entonces?

—Solo los de granujas con remedio.

Dorian lanzó una mirada pensativa al techo. Sus hombros temblaron suavemente por la risa contenida.

—Oh, entonces mucho me temo que no seré de su gusto. Soy un granuja, sí, pero no tengo remedio alguno.

La dama alzó las cejas, descolocada por su respuesta.

—Ah, ¿no?

—No, porque resulta que tengo una esposa por la que estoy loco de remate. Y dudo que algún día vaya a curarse esta demencia degenerativa que sufro irremediabilmente.

—Estoy segura de que su mujer no merece que muera por amor.

Dorian avanzó un último paso, sin poder ocultar la sonrisa de canalla cínico

que le torcía una comisura más que la otra.

—Mi mujer merece que el mundo entero muera de amor por ella, pero puede que a mí no me dé tiempo. —Se inclinó sobre su oído y añadió—: Antes me meterán en la cárcel porque me podrá el insoportable deseo de desnudarla en público.

Ella abrió los ojos como platos.

—Milord, eso sería un escándalo... —exageró—. Será mejor que huya de usted antes de que se le ocurra pervertirme...

Dorian le acarició la cadera en un descuido, aprovechando las distracciones del resto. Su mano trepó decididamente a su vientre, donde dejó la palma abierta. Su sonrisa derivó a algo más profundo cuando lo notó abultado.

—Puede correr a donde quiera, milady. Mis dotes como pervertido son imparables y pueden viajar a través del tiempo. —Cogió su abanico con la mano libre y lo colocó de la manera correcta. Añadió en voz baja—: Sigue sin saber cómo usar esto en condiciones.

—Mi instructor se ha esmerado en darme otra clase de lecciones. Por lo visto esta la consideraba... menos importante.

—No puedo imaginar por qué. —Sus ojos brillaron con sorna—. Resérveme un baile, lady Abigail. O mejor: resérveme todos los que pueda llegar a bailar.

Abby sonrió y asintió. Lo vio marchar hacia su grupo de amigos con aquel caminar desenfadado que había logrado despertar su curiosidad un año atrás.

Colocó la mano donde él la había acariciado antes.

—No le hagas caso a tu padre —murmuró, más para sí misma—. De todo lo que ha dicho, lo único que hay que tener presente es que está loco...

—¿Otra vez hablando sola? —intervino una voz de acento marcado. Abby se giró para mirar a Viviana, se acercaba con Valentina, Jess y Cromwell—. Yo también hago eso con Gabriella. Marcus dice que por culpa de hablarle solo en italiano va a decir su primera palabra en mi lengua materna. Y yo lo estoy deseando —sonrió, perversa—. Me niego a que mi hija nazca con ese desagradable acento británico.

—¿Cómo sabes que no es un varón? —preguntó Abby, curiosa.

—Me leyó la mano una gitana —contestó con desahogo—. Y quiero que sea una niña. Así seremos dos pequeñas locas en casa. Haré lo que sea para que su primera palabra sea en italiano.

—Pues mi primera palabra fue en inglés —se quejó Valentina—. Y fíjate, aún no sé hablar en condiciones ninguno de los dos idiomas... Espero que Gabriella no haya *horadado* mi maldición.

—Es heredado —corrigió Cromwell suavemente—. Y equivocarse no es tan terrible. Mi primera palabra fue «fragrancia».

Valentina, que en un principio quiso fruncir el ceño, acabó dedicándole una mirada de agradecimiento. Incluso se atrevió a sonreírle tímidamente, gesto que él recibió con evidente satisfacción y que se le contagió a Abigail.

—Yo no sé cuál fue mi primera palabra —comentó Jess, ajena al intercambio.

—Seguramente fue «paralelepípedo» o algo en extremo complicado —propuso Viviana con brío—. O a lo mejor saliste del vientre de tu madre recitando los principios de Karl Marx. Voto por lo segundo.

Abby sacudió la cabeza y se concentró en Jess, a la que hacía tiempo que no veía. Aún no había averiguado los motivos de su depresión en las fiestas de Navidad, y ella tampoco parecía interesada en contarlo. No obstante, la Comitiva del Cortejo seguía en pie y le había llegado el momento.

Viviana y Abigail esperaron a que Cromwell sacara a Valentina a bailar para rodear a Jess y bombardearla con preguntas.

—Este año es tu año —declaró Viviana, con las cejas en alto—. ¿Has pensado en a quién quieres seducir? Porque supongo que lord Leverton está más que superado.

Jess pareció sorprendida al escuchar su comentario. Se repuso relativamente rápido, y no solo eso: encontró el valor para estirarse y lanzar una mirada calculadora a lord Leverton y la señorita Swift, que bailaban una cuadrilla en el centro del salón.

—Si creéis que me he rendido... —empezó, con un amago de sonrisa decidida—, es porque no me conocéis en absoluto.

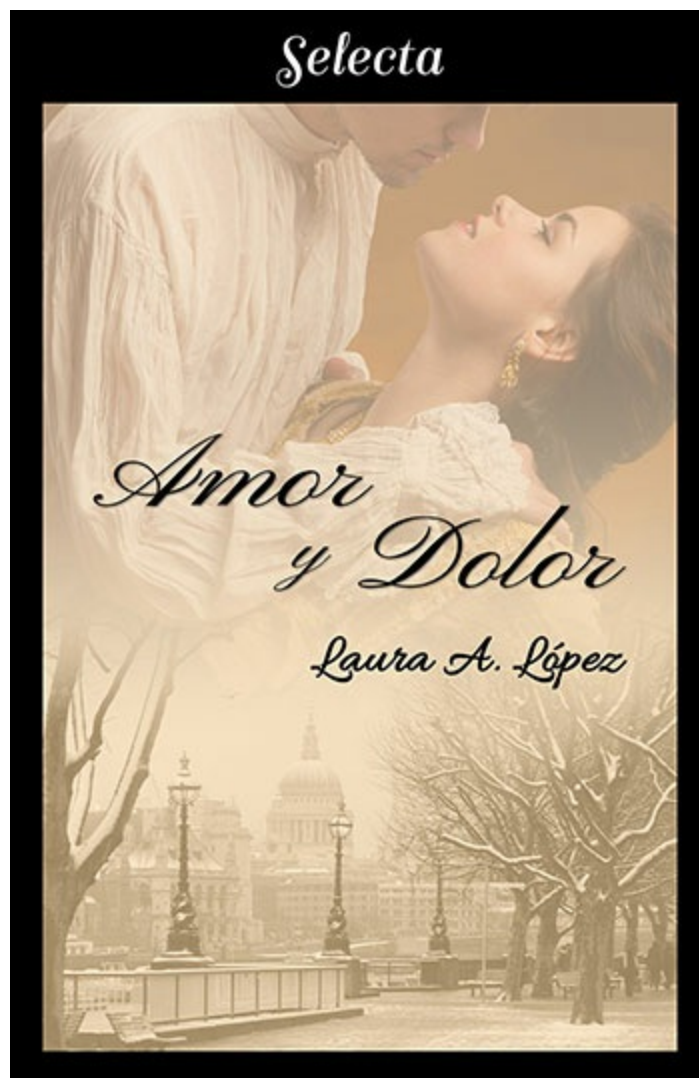
Si te ha gustado

Cómo hacer que un conde se arrodille

te recomendamos comenzar a leer

Amor y dolor

de *Laura A. López*



Capítulo 1

Londres, 1836

Lady Anne era una joven de 17 años, sencilla y vivaz, rubia de ojos entre azules y verdes, toda una beldad, tenía una prima a la que quería como una hermana, lady Cecilia Woods. Cecilia era extraña pero muy amistosa, la mejor amiga de Anne, y estaba la pequeña pelirroja lady Imogen de 12 años, quien vivía en su pequeño mundo de fantasía, y que pronto sería enviada a una escuela para señoritas.

Lord Charles Woods, conde de Torrington, amaba a las tres niñas y más a su sobrina Cecilia, pues había quedado huérfana a los 5 años de edad. Sus padres habían muerto en un incendio en su mansión y nunca supieron qué sucedió, solo Cecilia se había salvado.

—Charles, pronto presentaremos a Anne en sociedad, ¿crees que no habrá problemas para que consiga un buen matrimonio? —preguntó la condesa, preocupada por ubicar a su hija con un excelente partido.

—Ella es una joven bien educada y llena de gracia —mencionó, intentando calmar las inseguridades de su esposa.

—Está bien, la llevaré a la modista para que se haga preciosos vestidos, de esa forma, es probable que consiga los mejores partidos.

—No gastes mucho, querida, recuerda que el barón Hebert de Ros puede dejarnos en la ruina y debemos guardar cada penique.

—Lo sé, no hace falta recordar a ese estafador. Solo un buen matrimonio para Anne nos salvaría de ese hombre.

—Anne lo conseguirá, potencial le sobra.

La condesa asintió y subió a ver a las tres niñas, que casi siempre discutían entre ellas.

—Anne, prepárate, vamos a salir —avisó su madre.

—Sí, madre —obedeció Anne, buscando su sombrero.

—¿Puedo acompañarlas, madre? —preguntó Cecilia.

—Cecilia, no puedes ir —agregó su madre.

—¿Madre, por qué? —la cuestionó.

—Porque le compraré vestidos a Anne para su presentación.

—¿Por qué solo a ella?! —se quejó haciendo un berrinche con los pies y moviendo su vestido como una niña malcriada.

—Porque ella cumple los requerimientos de la edad, Cecilia.

Con los brazos cruzados, enojada y llena de envidia, Cecilia observaba cómo su madre le colocaba correctamente el sombrero a Anne.

Ella odiaba que la dejaran de lado, pese que los condes jamás la habían tratado mal, incluso, la consideraban una hija más y por lo cual tenía las mismas oportunidades que el resto de las hijas del matrimonio.

—Madre, llevemos a Cecilia para que no se sienta mal, ¿podemos? —pidió mirando cómplice a su prima, amiga y hermana, Cecilia.

Anne tenía un gran corazón, amaba a su prima Cecilia, eran confidentes y se llevaban pocos años, por lo tanto se daban las palabras entre ambas.

—¿Y yo puedo ir, madre? —preguntó la pequeña, Imogen.

—Querida, ya seríamos multitud —manifestó su madre besando su frente.

—¿Quién querría llevar al fuego de las manos? —se burló Cecilia, haciendo referencia al pelirrojo cabello de Imogen.

—No seas así, Cecilia —dijo Anne—, por esta vez te quedas, pero luego te lo describiré todo, ¿estás de acuerdo, Imogen?

—¡Claro, Anne! ¡Gracias! —respondió juguetona y animada su hermanita.

Ambas eran bastante parecidas, solo el color del cabello era diferente, pero tenían la misma alma transparente, amaban la música tanto que podían hacer un precioso dúo, Anne en el piano e Imogen, en el canto.

Las tres damas salieron de la residencia y se dirigieron a la exclusiva tienda de la señora Pollet.

—Buen día, señora Polett —saludó, lady Vitoria—, venimos a ver unos vestidos para la presentación de Anne.

—Buen día, lady Vitoria. ¡Oh, claro! Pasen, les mostraré lo más nuevo que hemos diseñado.

Pasaron a donde los vestidos estaban siendo exhibidos.

—Oh, madre, mira este vestido, está hermoso. —Se emocionó Anne. Era un vestido de ensueño, color celeste confeccionado con las más finas telas.

—Es realmente maravilloso, creo que ese es tu vestido —la apoyó su madre—, ¿qué opinas, Cecilia?

Cecilia lo miraba en silencio deseando que ese vestido fuera suyo.

—¡Claro que es tu vestido, Anne! —expresó sonriendo.

—Entonces, me lo probaré —decidió Anne mirando a la señora Pollet.

—Acompáñeme, lady Anne —le pidió la modista para llevarla a los probadores.

Se probó el vestido, y era lo más maravilloso que habían visto sus ojos y sentido su piel.

—¡Es este, definitivamente lo es! —exclamó Anne, emocionada girando en el frente a su madre y Cecilia.

—¡Lo llevaremos! —declaró la condesa. Sabiendo que aquel vestido le quedaba tan perfecto como un guante, aquella prenda, sumada a la belleza de Anne, lograría atraer a los mejores partidos.

—Gracias, madre.

Al salir de la tienda de la señora Polett, las tres mujeres se cruzaron con el barón Hebert de Ros, un hombre de unos 50 años, de cabellos negros, alto de 1,85, y atractivo pese a su edad.

—Lady Vitoria —saludó el mismo.

—Lord de Ros —expresó la mujer con cierto aire temeroso, no quería que se fijara en sus niñas.

—¿Pero qué tenemos aquí? ¿Quiénes son estas jovencitas? —preguntó observando a Anne y a Cecilia con una sonrisa.

—Son mis hijas —contestó con temor —, Anne y Cecilia.

El barón, directamente, fijó sus ojos en Anne.

—Un placer, lady Anne —cumplió, mirándola deseoso.

Al escuchar aquel tono de voz y la mirada que le había proferido, se sintió cohibida, no le agradaba ese hombre, pero aun así le pasó la mano y él la besó.

—Un gusto —respondió fría, pues sabía la situación en la que ese hombre tenía a su familia.

—Aún no ha sido presentada en sociedad, ¿no es así?

—No, milord, lo haremos en esta temporada —replicó velozmente la condesa, observando el comportamiento del barón con su hija—, ya nos retiramos. Con su permiso, milord.

—Que tengan un buen día —se despidió, mirando con fijeza a Anne.

El barón quedó enamorado de la belleza de lady Anne, pese a su edad, deseaba una mujer como ella. Sin duda, tenía ventaja sobre el resto para intentar hacer un cortejo por las buenas, pero si no resultaba lo haría por las malas, pues tenía el poder sobre su padre.

—Ese hombre no me gusta, madre —masculló Anne—, me da miedo. Además, ya sabemos qué clase de persona es.

—No le hagas caso, Anne —recomendó Cecilia.

—No piensen en ese caballero, su padre se encargará. —Les sonrió la condesa mientras guiaba a las jóvenes para cruzar la calle.

En casa del duque, Brandon y Bradley llegaron de una cacería, no muy lejos de la ajetreada Londres.

—¿Quién mató más patos? —increpó Bradley a su gemelo mientras colocaban los cuerpos sobre la mesa de la cocina.

—Tú, Brad, eres más diestro con un arma que yo, pero solo un poco, ahora

que lo pienso, ¿para qué cazaste tantos? —respondió Brandon.

—No lo sé. Quizás a la abuela le gusten los patos —dijo sin encontrar una explicación racional a la cantidad que habían llevado.

—Un pato creo que le gustará, pero no seis, no somos tantos.

—¿Y si hacemos una gran cena e invitamos a nuestros tíos y sus familias?

—Sería una excelente idea, vayamos por Lía a preguntarle.

Ambos buscaron al ama de llaves que estaba colgando manteles en la parte trasera de la mansión.

—Buenas tardes, Lía —saludó Bradley.

—Mi pequeño lord, ¿en qué te has metido para estar amable? —curioseó ante tan sospechosa actitud.

—Tenemos algo para ti, en la cocina —manifestó Brandon, sonriendo.

Entraron a la cocina, y Lía se tomó del pecho al ver a los patos muertos y sangrando sobre su mesa de trabajo.

—¡Mi Dios bendito, pequeños demonios! ¿Qué creen que haremos con tantos patos? —gruñó y los miró con los brazos en jarras.

—Lía, no grites. Podríamos hacer una gran cena o un gran almuerzo e invitar a todos nuestros familiares —sugirió Bradley.

—¿Tú quién crees que eres? Se lo contaré a milady —reprendió Lía.

—Soy el futuro duque de Malborough por si no estás informada —comentó con altanería Bradley.

—¡Mi querido lord estirado!, le diré una cosa, yo lo crié desde que era un bebé y, debí ser más exigente con ustedes —lamentó, fingiendo un sollozo.

—Lía, por favor, no llores, perdón —pidió Bradley, arrepentido.

—¡Caíste! —se burló el ama de llaves—, le preguntaré a milady.

—Jugaste con mis sentimientos —reprochó con los brazos cruzados mirando a su gemelo.

—Te lo merecías por estirado —agregó Brandon.

Bradley le restó importancia haciendo un gesto con las manos.

—El asunto está solucionado. ¿Ahora qué haremos?

—Puede ser que vayamos a una de esas presentaciones, ¿no crees que es hora de divertirnos un poco? —sugirió Brandon, jocoso.

—Vayamos para ver quiénes creen que nos atraparán esta temporada.

—Es el momento de hacer volar a esas palomas.

Los gemelos Waldow eran los jóvenes más prometedores en todo Londres. Las madres casaderas estaban tras sus rubios cabellos y rellenos bolsillos.

Habían sido vistos en las calles, pero nunca aún en ningún acontecimiento, eran mujeriegos, con una vida nocturna muy agitada.

En la sala de música, la pequeña Imogen intentaba tocar el piano y cantar a la vez. Cantar le nacía del alma, lo hacía como los ángeles, pero para tocar el piano, aún le faltaba mucho.

—Tocas como si te faltaran dedos, querida Imogen —pronunció Cecilia, acariciándose la punta de sus cabellos.

—Aún no sé cómo hacerlo bien, Anne me estaba enseñando.

—¡Pues creo que pierde su tiempo contigo! —musitó burlona.

—Cecilia, Imogen no está perdiendo el tiempo —la corrigió Anne, mientras la sacaba del banco del piano—. Imogen, canta mientras yo toco y te fijas en como lo hago.

Emocionada y sonriente, Imogen obedeció.

Anne tocaba como si hubiera nacido para ello, le encantaba su piano, era su pasión al igual que enseñarle a Imogen todo lo que sabía.

—Pues me retiro entonces —se despidió Cecilia, no muy contenta por las atenciones de Anne para su hermana.

Cecilia era egoísta, siempre trataba de quedar bien con todos, salvo con la pequeña pelirroja, a ella la odiaba, su extraña cabellera, sus pecas doradas y sus labios rojos quizás podrían ser un gran problema en el futuro.

—Anne, tocas tan bien —la felicitó su hermana—, cuando tengas esposo

será tan afortunado por tenerte, quisiera algún día ser como tú.

—Algún día serás grande como yo, y verás que no solo es importante tener talentos, Imogen, sino también corazón. Cuando cantas tan bien, sé que lo haces de corazón, al igual que yo cuando toco el piano.

—¿Ese es tu secreto?

—Sí, querida, ese es mi secreto. —Le sonrió—. Ahora práctica tú, hazle doler los oídos a Cecilia.

—Será un absoluto placer. —Rio Imogen, comenzando la tortura.

**"Un maestro único, una alumna excepcional,
y entre ellos, la clase de fuego por el que merece
la pena quemarse"**



Antes de formar la Comitiva del Cortejo, las probabilidades de encontrar marido de Abby Appleby eran nulas. Con veintisiete años recién cumplidos, vestidos horriblos en el guardarropa y ni una libra que ofrecer como dote, veía su futuro tan negro que ya empezaba a preparar el luto por su juventud echada a perder.

Pero después de fundar esa entidad secreta, donde dos de las mujeres más inteligentes de Londres deciden poner a su disposición sus dotes de cortejo, Abby empieza a creer en sus posibilidades. Ahora tiene un objetivo claro y un respaldo: lo que no tiene es la más mínima idea sobre seducción, un conocimiento material que le parece indispensable para atrapar a un hombre. Y sobre dicha materia, sus amigas tienen más bien poco que enseñarle, a diferencia de cierto caballero...

Eleanor Rigby es el seudónimo bajo el que escribe una andaluza amante de las letras. Le apasiona la historia, el arte y la música, y durante muchísimo tiempo también la danza, que practicó durante diez años en un conservatorio superior. Actualmente estudia Historia del Arte en la Universidad de Granada, e intenta crear un estilo propio que abarque todos los subgéneros románticos posibles.

Edición en formato digital: julio de 2018

© 2018, Eleanor Rigby

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-09-8

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Cómo hacer que un conde se arrodille

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Si te ha gustado esta novela...

Sobre este libro

Sobre Eleanor Rigby

Créditos